

La Compañía Negra

Sueños de Acero



GLEN COOK

Lectulandia

Restábamos ya solo cinco candidatos. El ídolo se había movido. Había posado el pie que había mantenido alzado, aplastando una cabeza, y ahora levantaba su otra extremidad inferior. El cuerpo del hombre que estuviera dos posiciones más allá yacía bajo la mole. Antes que la luz se hubiera apagado, la mano de la criatura apresó un puñado de huesos. En su otra mano seguía asiendo una espada, pero ahora la hoja brillaba con fuerza. La sangre bañaba los labios, la comisura de la boca y los colmillos del ídolo. Sus ojos refulgían.

¿Cómo era aquello posible? ¿Contendría en su interior alguna clase de ingenio mecánico? ¿Eran el sacerdote y su colaborador responsables de aquel asesinato? De ser así, habría tenido que actuar con increíble rapidez.

Los sacerdotes parecían tan perplejos como yo.

Lectulandia

Glen Cook

Sueños de acero

La Compañía Negra - 6

ePUB r1.0
author 19.06.13

Título original: *Dreams of Steel*

Glen Cook, 1990

Traducción: Pablo Rueda

Ilustración de cubierta: Michael Whelan

Editor digital: arthor

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com



Habían transcurrido ya muchos meses. Había vivido muchas cosas, y otras muchas ya las había olvidado. Conservaba en mi memoria detalles insignificantes, y habían escapado a ésta hechos más importantes. Hay cosas que ahora solo sé por terceras personas, y otras que apenas logro adivinar. ¿En qué medida puedo confiar en el juicio de otros testigos?

No fue hasta la llegada del impuesto periodo de inactividad en el que ahora vivo cuando empecé a pensar que estaba pasándose por alto una tradición clave, que nadie estaba registrando las hazañas de la Compañía. En ese momento dudé, pues consideraba que podía ser presuntuoso el que yo cogiera una pluma. No soy ninguna ilustrada. Tampoco historiadora, y mucho menos escritora. Carezco a todas luces del ingenio, la vista o el oído de Matasanos.

Es por eso que me ceñiré a relatar los hechos según los recuerdo. Espero que mi propia presencia en la historia, o lo que esta ha influido en mi devenir, no la empañe.

Así, con estas aclaraciones, me dispongo a conceder mi aportación a los Anales de la Compañía Negra, siguiendo la tradición de todos los analistas que me precedieron, con el Libro de la Dama.

—Dama, analista, capitana.



La cima no era la más adecuada. La distancia era excesiva. Pero Sauce Swan no tenía dudas sobre lo que estaba viendo.

—Les están dando una buena tunda.

Dos ejércitos se enfrentaban a las puertas de Dejagore, en el centro de una llanura circular algo elevada. Swan contemplaba la escena junto a otros tres compañeros.

Hoja gruñó en señal de acuerdo. Fibroso Mather, el más antiguo amigo de Swan, no abrió la boca. Estaba ocupado intentando apartar la maleza de su vista.

El bando del que eran partidarios en aquel enfrentamiento estaba siendo vencido.

Swan y Mather eran rubios y de tez blanca, aunque tostada. Procedían de Rosas, una ciudad a diez mil kilómetros al norte de aquel campo de batalla. Hoja era un gigante de piel negra de incierta procedencia, un tipo temerario y de pocas palabras. Swan y Mather lo habían rescatado de las fauces de unos cocodrilos unos años antes. Desde entonces había permanecido junto a ellos; ahora formaban un equipo.

Swan maldecía constantemente, en voz baja, al ver cómo la situación de la batalla empeoraba cada vez más.

El cuarto integrante del grupo no cabía definirse del todo como tal. Aquel equipo no lo habría admitido en sus filas de haberse ofrecido. Respondía al nombre de Humo. Oficialmente, era el jefe de bomberos de Taglios, la ciudad-estado cuyo ejército estaba siendo vencido en aquellos momentos. En realidad era el mago de la corte de Taglios. Un hombre menudo, de piel color avellana, cuya sola existencia hacía enfadar a Swan.

—Humo, ese ejército de ahí abajo es el tuyo —masculló Sauce—. Si es vencido, tú también lo serás. Apuesto a que los Maestros de las Sombras estarían encantados de echarte el lazo. —En aquel momento, en el campo de batalla resonaban los aullidos y silbidos de las magias que intercambiaban los contendientes—. Quizá te reducirían a pulpa. A menos, claro está, que ya hayas pactado algún trato.

—Calma, Sauce —dijo Mather—. Está haciendo algo.

Swan fijó la vista en el aquel mequetrefe color canela.

—Eso ya lo veo, ¿y qué?

Humo mantenía los ojos cerrados. Musitaba y murmuraba. A veces su voz crujía y carraspeaba como tiras de beicon sobre una sartén demasiado caliente.

—Seguro que nada que vaya a servir de ayuda a la Compañía Negra. Deja ya de balbucir, vieja rapaz. Tenemos problemas. Están zurrando a nuestro bando. ¿No crees que deberíamos intentar hacer algo para dar la vuelta a la batalla? ¿O prefieres que sea yo quien te dé la vuelta contra el suelo?

El anciano abrió los ojos. Contempló la escena en la llanura. Su expresión no era nada agradable. Swan dudaba que los ojos de aquel petimetre le permitieran ver con detalle lo que estaba sucediendo. Pero con Humo no podía darse nada por sentado. Con él, todo era apariencia y pretensión.

—No seas tarado, Swan. Carezco de asistencia, y soy demasiado débil y viejo. Ahí abajo hay Maestros de las Sombras. Podrían aplastarme como a una cucaracha.

Inquieto, Swan refunfuñó. Ahí abajo estaban muriendo amigos suyos.

Humo espetó:

—Lo único que podría hacer... Lo único que todos podríamos hacer ahora, sería atraer su atención. ¿De verdad quieres hacer caer sobre ti a los Maestros de las Sombras?

—Claro. Eso es cosa de la Compañía Negra, ¿no? Ya se sabe, asumieron los riesgos del enfrentamiento, sabían lo que podía costarles. ¡Como llevarse por delante a cuatro mil taglianos!

Humo apretó los labios hasta que parecieron una pequeña pasa.

Sobre la llanura, una marea humana se arrojaba sobre el montículo en el que se había posicionado el estandarte de la Compañía Negra, para ofrecer la última resistencia. La marea ascendió cerro arriba.

—Las cosas no van como te gustaría que fueran, ¿no es así? —La voz de Swan sonaba ahora amenazante; había abandonado el tono inicial criticón. Humo era un animal político, mucho peor que un cocodrilo. Es posible que estos se coman a sus crías, pero al menos sus traiciones eran predecibles.

Aunque irritado, Humo contestó con un tono de voz casi tierno.

—Han conseguido más de lo que nunca hubiéramos imaginado.

La llanura estaba repleta de cadáveres y cuerpos moribundos, tanto de hombres como de bestias. Elefantes de guerra enloquecidos corrían encabritados por la explanada, sin respetar afiliación alguna. Solo una legión tagliana había conseguido mantenerse en pie. Se había abierto paso hasta la puerta de la ciudad, y cubría la huida a otros compañeros taglianos. Más allá de la ciudad, se alzaban las llamas de un campamento militar. Aquel era todo el éxito que había podido alcanzar la Compañía frente a los aparentes vencedores del envite.

Humo se pronunció:

—Perdieron una batalla, pero salvaron Taglios. Dieron muerte a uno de los Maestros de las Sombras. Han hecho imposible que el resto de las tropas pueda atacar Taglios; deberán emplearlas para reconquistar Dejagore.

Swan resopló.

—Vaya, perdona si no me pongo a bailar de alegría. Tenía apego por esa gente. No me gusta el modo en que los jodiste.

Humo no pudo contenerse por más tiempo.

—Swan, no luchaban por Taglios. Su única intención era abrir un frente por las tierras de las sombras, hacia Khatovar. Y eso habría sido peor que cualquier conquista de los Maestros de las Sombras.

Swan fue consciente del giro en la conversación.

—Claro, y como no quisieron besarte los pies, aun cuando estaban dispuestos a salvarte el pellejo de los Maestros de las Sombras, ahora te viene muy bien que hayan caído así. Qué lastima. Me hubiera encantado ver cómo te las hubieras tenido que arreglar para cumplir la última parte de tu trato, en caso de que la Compañía hubiera salido vencedora.

—Basta ya, Swan —dijo Mather.

Swan lo ignoró.

—Puedes llamarme cínico, Humo. Pero apuesto cualquier cosa a que tú y la radisha habíais previsto joderlo todo desde el principio. ¿A que sí? Para ello había que dejarlos reducidos a pulpa por todas las tierras de las sombras. Pero qué diablos, ¿por qué no? Lástima que tardara demasiado en deducirlo.

—Aún no ha acabado, Swan —dijo Hoja—. Ten paciencia. A Humo le llegará su momento.

Todos miraron boquiabiertos a Hoja. Eran tan pocas las veces que abría la boca que, cuando lo hacía, significaba algo. ¿Sabría algo que ellos desconocían?

—¿Me he perdido algo? —preguntó Swan.

—¡Maldita sea, quieres calmarte de una vez! —espetó Fibroso.

—¿Y dime, por qué debería hacerlo? Todo el maldito mundo está lleno de asquerosos maquinadores como Humo. Nos han estado jodiendo a todos desde que los dioses tienen memoria. Mira a este cagado. Su única preocupación es mantener la cabeza agachada, lejos de la mirada de los Maestros de las Sombras. Está claro que no tiene pelotas. Y esa Dama... Imagino que habrás oído hablar de su pasado. Ella sí que tuvo pelotas para hacerles frente. Párate a pensar en ello un segundo, y entenderás que se expuso mucho más de lo que este mequetrefe pudo llegar a hacer nunca.

—Cálmate, Swan.

—Al diablo la calma. Estoy harto. Alguien tiene que mandar a los mierdas como este a chupar piedras.

Hoja mascullo en se1al de aprobaci3n. Claro que a Hoja le disgustaba cualquiera que estuviera al mando.

Swan, que en realidad no estaba tan enfadado como aparentaba, vio que Hoja estaba en posici3n para tumbar de un golpe al mago si este se pasaba.

Humo sonri3.

—Swan, hubo un tiempo en que todos los mierdas como nosotros 3ramos llorones como t3.

Mather se interpuso entonces entre ambos.

—¡Ya basta! En vez de discutir, pong3monos en marcha antes de que nos alcance este desastre. —Los supervivientes de la batalla se arremolinaban en las estribaciones de la colina—. Podemos reunir a las guarniciones de las ciudades al norte, y engrosarlas con todos aquellos que podamos recoger en Ghoja.

Swan asinti3 agriamente.

—De acuerdo. Quiz3 otros en la Compa1a hagan lo mismo —dijo fulminando con la mirada a Humo.

El anciano se encogi3 de hombros.

—Los que escapen podr3n intentar adiestrar a un verdadero ej3rcito. A3n tienen tiempo suficiente.

—Claro. Y si el prahbrindrah Drah y la radisha se ponen de una vez por todas manos a la obra, quiz3 puedan cerrar filas como aut3nticos aliados. Incluso puede que esta vez les acompa1e un mago con algo de pelo en el culo. Uno que no quiera pasarse toda la vida escondido entre la maleza.

Mather inici3 el descenso colina abajo.

—Vamos, Hoja. A ver si se cansan de discutir.

Despu3s de unos instantes, Humo concedi3:

—Venga, Hoja, vamos. Si tiene raz3n.

Swan se sacudi3 su larga mata de pelo rubio, mirando a Hoja. Este lade3 la cabeza en direcci3n a los caballos que hab3a colina abajo.

—Est3 bien. —Swan dedic3 una 3ltima mirada a la ciudad y la llanura que hab3an visto el fin de la Compa1a Negra—. Pero lo que est3 bien, est3 bien, y lo que est3 mal, est3 mal.

—Y lo que es realista, es realista, y lo que es necesario, acaba siendo inevitable. En marcha.

Swan empez3 a caminar. Ten3a que recordar aquel comentario. Estaba decidido a tener la 3ltima palabra en aquel asunto.

—Idioteces, Humo. Eso son idioteces. Hoy he visto c3mo eres en realidad. Y no me gusta. No conf3o en ti. A partir de ahora te vigilar3 como si fuera tu sombra.

Y por fin subieron a las monturas y se encaminaron hacia el norte.



En aquellos días, la Compañía estaba al servicio del prahbrindrah Drah de Taglios. Se trataba de un príncipe demasiado taimado como para regir sobre un pueblo tan numeroso e insurgente como el de los taglianos. No obstante, su natural optimismo y su naturaleza condescendiente eran compensados de sobra por el carácter de su hermana, que ostentaba el cargo de radisha Drah. Se trataba de una mujer menuda, adusta y severa, con una voluntad de acero y la conciencia de un canto rodado.

Mientras la Compañía Negra y los Maestros de las Sombras se enfrentaban por el control de Dejagore o Borrascosa, el prahbrindrah Drah celebraba una audiencia a quinientos kilómetros al norte.

El príncipe llegaba casi al metro ochenta de altura. Aunque de tez oscura, sus rasgos eran caucásicos. En aquel momento, consideraba con el ceño fruncido a los sacerdotes y peritos que tenía frente a él. Deseaba poder echarlos a todos de allí. Pero en aquel Taglios repleto de dioses, nadie osaba ofender al sacerdocio.

Observó a su hermana, que le hacía señas desde las sombras de la parte trasera de la cámara.

—Disculpadme —dijo entonces. Y abandonó a sus invitados para caminar al encuentro de su pariente. Sabrían perdonar aquel desplante—. ¿Qué sucede? —preguntó a la radisha.

—Aquí no.

—¿Es que son malas noticias?

—Ahora no. —La radisha se alejó de la cámara—. Majarindi parecía consternado.

—Tiene las manos atadas. Ha insistido en que debemos levantar esa muralla, apuntando que Shaza ha estado teniendo visiones sagradas. Pero en cuanto los demás exigieron su parte de la posible construcción, cambió de actitud. Le pregunté si es que a Shaza le habían abandonado las visiones. No pareció divertirlo.

—Bien.

La radisha condujo a su hermano a través de tortuosos pasillos. El palacio era una construcción antigua, y durante cada reinado se añadían nuevas construcciones. Solo Humo conocía la extensión completa de aquel laberinto.

La radisha fue hasta una de las cámaras secretas del mago, una estancia a prueba de fisgones, pues sobre ella obraban los más audaces conjuros del anciano. El prahbrindrah Drah cerró la puerta.

—¿Y bien?

—Una paloma trajo un mensaje. De Humo.

—¿Malas noticias?

—Nuestros mercenarios han sido derrotados en Borrascosa.

Los Maestros de las Sombras se referían a De jagore como Borrascosa.

—¿Estrepitosamente?

—¿Es que puede ser de otra forma?

—Entiendo.

Hasta la aparición de los Maestros de las Sombras, Taglios había sido un estado pacifista. Pero en cuanto esta amenaza hizo su aparición, el prahbrindrah hubo de desenterrar a los antiguos strategikons.

—¿Fueron aplastados? ¿Aniquilados? ¿Qué daño se consiguió infligir a los Maestros de las Sombras? ¿Está Taglios en peligro?

—Su error fue atravesar el río Principal.

—Lo hicieron para hostigar a los supervivientes del vado de Ghoja. Ellos son los profesionales, hermanita. Acordamos que no interferiríamos, ni los cuestionaríamos *a posteriori*. Nunca confiamos en que salieran victoriosos de Ghoja, y es por eso por lo que estamos bien lejos de allí. Dame más detalles.

—Una paloma no es un cóndor —dijo la radisha torciendo el gesto—. Marcharon con huestes de esclavos liberados, lograron tomar De jagore furtivamente, acabaron con Sombra de Tormenta e hirieron a Conjura Sombras. Pero apareció Sombra de Luna al mando de un ejército de refuerzo. Ambos bandos sufrieron gran cantidad de bajas. Sombra de Luna estuvo a punto de morir. Pero fuimos derrotados. Una fracción de las tropas se replegó a la ciudad. El resto se desperdigó. La mayoría de los mercenarios, incluidos el capitán y su esposa, murieron.

—¿Así que la Dama ha muerto? Vaya, es una lástima. Era bellísima.

—No eres más que un mono lujurioso.

—Desde luego, y lo reconozco. Pero debes admitir que allí por donde iba hacía detener corazones.

—Y no le preocupaba lo más mínimo. Solo tenía ojos para su capitán. Ese Matasanos era todo un caso.

—¿No serás tú la ofendida porque él no estuviera interesado en ninguna otra mujer?

La radisha dedicó a su hermano una mirada de enojo.

—¿Y cuáles son los planes de Humo?

—Escapa hacia el norte. Junto a Hoja, Swan y Mather, intentará reunir a los supervivientes en Ghoja.

—No me gusta nada. Humo debía haber permanecido en el lugar. Debió reunirlos allí mismo, para servir de apoyo a los confinados en la ciudad. No es bueno regalar el terreno que ya has ganado.

—Humo teme que los Maestros de las Sombras averigüen su presencia.

—¿Y cree que no serán ya conscientes? Me sorprendería lo contrario —dijo el prahbrindrah encogiéndose de hombros—. ¿Y para qué se reserva exactamente? Debo ir hacia allí.

La radisha se carcajeó.

—¿Qué pasa?

—No puedes. Esos necios sacerdotes te sacarían hasta los ojos. Debes quedarte aquí. Mantenerlos ocupados con ese absurdo muro suyo. Seré yo quien marche. Le patearé el culo a Humo hasta que despierte y decida actuar.

El príncipe suspiró.

—Tienes razón. Pero ve con calma. Siempre trabajan mejor cuando se sienten observados.

—La última vez ni se percataron de mi presencia.

—Bueno. Mantenme informado. No es fácil tratar con ellos cuando saben más que yo.

—Los mantendré en la cuerda floja —dijo dándole a su hermano una palmadita en el brazo—. Ve y sorpréndeles con tu cambio de planes. Haz que se ahoguen en el frenesí de la construcción de ese muro suyo. Debes mostrarte benevolente con aquellos cultos que se muestren más productivos. Y consigue que se rebanen unos a otros la garganta.

El prahbrindrah sonrió complacido, con una mueca infantil. Aquella era la clase de juegos que adoraba. Ese era el modo de incrementar su poder: hacer que fueran los propios sacerdotes quienes se desarmaran.



Era un desfile breve pero del todo grotesco. Lo encabezaba una criatura ennegrecida, a medias entre un tocón de árbol y una persona de constitución caricaturesca, que transportaba una caja bajo el brazo. Lo seguía un hombre que avanzaba flotando un metro sobre el suelo. Iba con los pies por delante, estirado sin ningún tipo de garbo. Tenía el pecho atravesado por una flecha que le asomaba por la espalda. Estaba vivo, pero por poco.

Al hombre flotante lo seguía otro igualmente atravesado, pero este por una lanza. Flotaba a la deriva, a unos dos metros sobre el suelo, aullando de dolor cada poco, como un animal con la columna rota. Dos monturas sin jinete lo seguían, dos corceles negros mayores que cualquier caballo de batalla.

En el cielo revoloteaban cientos de cuervos, que se acercaban y apartaban del grupo como exploradores.

La inusitada formación ascendió por las colinas al este de Borrascosa, avanzando en la penumbra. Tras detenerse, aguardó inmóvil unos veinte minutos, observando el paso de unidades dispersas de fugitivos taglianos. Estos no los avistaron. Estaba claro que allí había magia en juego.

El desfile continuó avanzando al amparo de la noche. Los cuervos no cesaron de revolotear, y se agruparon en la retaguardia, como a la espera de ver algo. En varias ocasiones graznaron a las sombras cambiantes, pero enseguida se calmaron. ¿Se trataría de falsas alarmas?

De nuevo el grupo se detuvo, esta vez a unos quince kilómetros de la ciudad asediada. La criatura que lo encabezaba pasó horas recogiendo rastrojos y ramas secas, agrupándolos en una profunda grieta en una ladera de granito. Finalmente agarró la lanza flotante, arrastrando con ella a su víctima, desgarrándola.

Su voz, que sonaba ausente y amarga al mismo tiempo, exclamó al ver el rostro:
—¡No es uno de los Tomados!

Los cuervos comenzaron a granar con estridencia. ¿Estarían debatiendo? ¿Discutiendo? La criatura habló de nuevo, preguntando:

—¿Quién eres? ¿Quién eres? ¿De dónde eres?

El herido no respondió. Quizá hubiera perdido el conocimiento. Puede que no entendiera aquella lengua. Es posible que estuviera resistiéndose.

La criatura tampoco obtuvo respuesta alguna al torturar a su cautivo.

El inquisidor arrojó al hombre a la pila de rastrojos, hizo una señal con la mano y esta se prendió en llamas. Empleó la lanza para evitar que su víctima pudiera escapar; el cautivo, en llamas, parecía un pozo inagotable de energía.

Había magia en juego.

Aquel personaje que estaba siendo abrasado era el Maestro de las Sombras Sombra de Luna. Su ejército había resultado triunfante en la batalla librada en las afueras de Borrascosa, pero su destino había resultado infausto.

El caricaturesco grupo no reanudó la marcha hasta que el Maestro de las Sombras fue consumido por completo, el fuego quedó reducido a cenizas y estas se enfriaron. La criatura con aspecto de muñón recogió los restos. Una vez reanudada la marcha, los fue repartiendo pizca a pizca.

El hombre atravesado por la flecha cabeceaba a la estela de la criatura. Los corceles seguían cerrando la formación.

Los cuervos no cesaron en su patrullar. En una ocasión, una bestia felina se aproximó demasiado al grupo y las aves se violentaron. El tocón obró un gesto místico. La criatura, un leopardo negro, dio media vuelta y se alejó, como ausente.



Una figura esbelta, enfundada en una lujosa armadura negra, lidiaba con todas sus fuerzas. Uno de los muchos cadáveres apilados sobre ella se bamboleó. Desplazar aquel peso muerto le permitió retorcerse para abrirse paso fuera de aquella fosa improvisada. Libre al fin, la figura yació inmóvil durante algunos minutos, jadeando en el interior de un casco de apariencia atroz. Finalmente se irguió hasta quedarse sentada.

Transcurrido otro minuto más, la figura se despojó trabajosamente de sus guanteletes, descubriendo unas delicadas manos. Unos delgados dedos tiraron de los seguros de su casco, que también se soltó.

Una larga melena oscura bailó junto a un rostro que habría dejado boquiabierto al más pintado. Aquel terrible traje de acero albergaba una mujer.

* * *

Si me veo obligada a recitar este relato de esta forma es porque los recuerdos no me acompañan. Para mí son como un oscuro sueño. Una pesadilla con el rostro de una mujer de piel negra, dotada de unos colmillos semejantes a los de un vampiro. El primer recuerdo vivido que se me viene a la cabeza es el de estar sentada junto a la pila de cadáveres, sosteniendo el casco en mi regazo. Jadeaba, apenas consciente de que, de algún modo, había conseguido salir al fin de entre aquel montón de cadáveres.

El hedor de miles de estómagos terriblemente despedazados inundaba el aire como la podredumbre de la más grande y hedionda cloaca que pudiera haber en todo el mundo. Aquel era el olor del campo de batalla. ¿Cuántas veces lo habría sentido ya? Miles. Y aún no había logrado acostumbrarme a él.

Vomitó. No logré expulsar nada. Ya había vaciado mi estómago en el interior del casco, estando bajo los muertos. Tengo el vago recuerdo de haber sentido terror por

poder perecer ahogada en mis propios vómitos.

Empecé a temblar. A derramar lágrimas. Me escocían, pero el picor en los ojos del cálido líquido era casi un alivio. ¡Había sobrevivido! Había vivido ya muy por encima de la media de la mayoría de los mortales, pero aún conservaba todo el deseo de seguir adelante.

Recuperando el aliento, intenté ubicarme. Debía saber dónde estaba, y qué estaba haciendo allí. Aparte de sobrevivir.

Los últimos recuerdos que tenía no eran nada placenteros. Recordé ser consciente de que iba a morir.

No podía ver mucho en la penumbra, pero no necesitaba hacerlo para saber que habíamos sido derrotados. Si la Compañía hubiera vuelto las tornas en su favor, hacía mucho que Matasanos hubiera dado conmigo.

Pero, ¿por qué no lo habían hecho tampoco los vencedores?

Sentía movimiento en el campo de batalla. Escuché a hombres discutir en voz baja. Se movían hacia donde yo estaba, lentamente. Tenía que salir de allí.

Me puse en pie. Conseguí dar apenas cuatro pasos tambaleantes antes de caer de bruces, demasiado débil para poder moverme siquiera un palmo más. La sed era un diablo que me devoraba las entrañas. Tenía la garganta tan seca que no podía ni quejarme.

Debí hacer algún ruido; los saqueadores guardaban ahora silencio.

Avanzaban a hurtadillas hacia mí, en pos de una víctima más. ¿Dónde estaba mi espada?

Esta vez sí que iba a morir. En realidad, ni siquiera tenía fuerza suficiente para empuñar un arma, si es que lograba dar con una antes de que ellos dieran conmigo.

Ahora alcanzaba a verlos; tres figuras en la penumbra, apenas insinuadas por la débil luz de Dejagore. Hombres enjutos, como la mayoría de los soldados al servicio de los Maestros de las Sombras. Ni fuertes ni especialmente diestros, pero en mi caso no les iba a hacer falta ni la fuerza ni la habilidad.

¿Serviría de algo que me hiciera la muerta? Qué va. No picarían. A estas alturas, los cadáveres debían estar ya bien fríos.

¡Malditos fueran!

Antes de matarme, harían algo más que saquearme.

En realidad, no me matarían. Reconocerían la armadura. Los Maestros de las Sombras no eran necios. Sabían bien quién había sido. Sabían todo lo que albergaba en mi cabeza, tesoros que ansiaban poseer. Seguro que habría recompensas por mi captura.

Entonces, algo me hizo creer en los dioses; estalló un jaleo a la espalda de los salteadores. Sonaba como una evasiva desde Dajagore, algún tipo de incursión de asalto. Mogaba no iba a quedarse de brazos cruzados esperando a que los Maestros de

las Sombras cayeran sobre él.

Uno de los saqueadores dijo algo en un tono de voz más habitual. Un compañero lo mandó callar. Un tercer hombre se metió por medio. Empezó una discusión. El primer hombre no tenía intención de investigar el reciente tumulto. Decía haber tenido ya bastante lucha.

Sus compañeros rechazaron sus argumentos.

El destino parecía sonreírme. La responsabilidad de dos soldados me entregaba la vida.

Aún yacía justo donde había caído. Estuve descansando durante algunos minutos antes de ponerme a cuatro patas y arrastrarme de vuelta a la montaña de cadáveres. Encontré mi espada, una antigua hoja consagrada creada por Carqui, en los primeros días de la Dominación. Una hoja con historia. Una historia que nadie, ni siquiera Matasanos, había oído.

Gateé hacia el montículo en el que mi amado había estado asestando sus últimos golpes la última vez que lo había visto. El lugar en el que él, Murgen y el estandarte de la compañía habían intentado contener al enemigo. Se me antojó un viaje interminable. Por el camino di con un soldado muerto que aún tenía agua en su cantimplora. La apuré y seguí avanzando. Sentía cómo recobraba las fuerzas mientras me arrastraba.

Cuando alcancé el montículo pude avanzar erguida, aunque siempre tambaleante.

No encontré nada. Solo más muertos. Matasanos no estaba entre ellos. El estandarte de la Compañía había desaparecido. Me sentí hundida. ¿Lo habrían cogido los Maestros de las Sombras? Lo odiaban por aplastar a su ejército en Ghoja, por tomar Dejagore, por matar a Sombra de Tormenta.

No podía creer que lo hubieran atrapado. Me había llevado tanto tiempo encontrarlo... No imaginaba dios ni destino que pudiera ser tan cruel.

Grité.

La noche guardó silencio. La incursión se había retirado. Los saqueadores regresarían ahora.

Comencé a moverme, topé con el cadáver de un elefante y estuve a punto de soltar otro grito, pensando que me había dado de bruces con algún monstruo.

Aquellos elefantes habían transportado toda clase de cosas. Quizá encontrara algo útil. Conseguí algo de comida seca, un odre de agua, un pequeño tarro de veneno para flechas, algunas monedas. Recogí todo lo que pude. Al fin me encaminé al norte, decidida a alcanzar las lomas antes del amanecer. Me deshice de la mitad de mi carga saqueada antes de alcanzar mi objetivo.

Debía apresurarme. Con los primeros rayos del sol, las patrullas enemigas se dispondrían a buscar cadáveres que pudieran serles útiles.

¿Qué otra cosa me restaba hacer, aparte de sobrevivir? Era la última de la

Compañía Negra. No había quedado nadie más. A mi cabeza vinieron viejos recuerdos. Podía volver atrás. Volver a ser lo que había sido.

Intentar apartar los pensamientos tampoco ayuda. De modo que dejé que los recuerdos fluyeran. Cuanto más recordaba, más furiosa estaba. La furia dio forma a mis pensamientos, hasta que solo tenía en la cabeza sed de venganza.

Me entregué a ella por completo al comenzar la ascensión por la ladera. Aquellas bestias que habían inundado mis sueños habían firmado su propia sentencia de muerte. No iba a parar hasta devolverles todo el mal que habían causado.



Sombra Larga caminaba por una cámara tan vivamente iluminada que hacía parecer su figura un espíritu oscuro atrapado en las fauces del sol. Se recluía en aquella estancia de paredes de cristal, cubierta de espejos, aquella en la que no nacía ninguna sombra sin previa intencionalidad. Su temor por las sombras era patológico.

La cámara ocupaba el lugar más elevado en la más alta torre de la Fortaleza de Atalaya, al sur de Lugar de las Sombras, una ciudad situada en el extremo meridional del mundo. Más al sur aún de Atalaya se extendía una llanura de reluciente roca en la que unas solitarias columnas se alzaban como el sostén olvidado del cielo. Aunque la edificación de la fortaleza se remontaba diecisiete años atrás, Atalaya aún no había sido completada. Si Sombra Larga culminaba su obra, no habría fuerza material o sobrenatural en el mundo capaz de penetrar en ella.

Criaturas espantosas, extrañas y letales iban tras él, ansiando la liberación de la reluciente piedra. Se trataba de criaturas sombrías capaces de atrapar a un hombre y darle muerte; siempre que este no alcanzara antes alguna fuente de luz.

La magia de Sombra Larga le había permitido presenciar la batalla de Borrascosa, a más de seiscientos kilómetros al norte de Lugar de las Sombras. Estaba complacido. Sus rivales Sombra de Luna y Sombra de Tormenta habían perecido. Conjura Sombras había resultado herido. Apenas unos sutiles toques aquí y allá lo mantendrían debilitado.

Pero aún no podía matársele. No, aún no. Peligrosas fuerzas estaban actuando. Conjura Sombras debía hacer las veces de rompeolas en el que la tormenta consumiera sus energías.

Era imperativo conceder a esos mercenarios de Borrascosa ciertas probabilidades de socavar la fuerza del ejército de Conjura Sombras. Su poder era tal que ya regía sobre los tres ejércitos norteños de la Sombra.

Sutileza. Siempre sutileza. Debía ponerse cuidado hasta en el más mínimo movimiento. Conjurator no era ningún estúpido. Sabía bien quién era su más

peligroso enemigo. Si lograba librarse de los taglianos y de los líderes de la Compañía Libre, no tardaría un segundo en dirigir su mirada hacia Atalaya.

Y también estaba ella, ahí fuera, en alguna parte. Moviendo sus peones en el juego, aún no en la cima de su poder, pero aun así completamente letal. Por otra parte, estaba la mujer de conocimientos incalculables, sola, un tesoro en las manos del primer aventurero que diera con ella.

Él también necesitaba tener su propio peón. Pero no podía abandonar Atalaya. Las sombras lo aguardaban ahí fuera. Y su paciencia era infinita.

Avistó un destello de oscuridad con el rabillo del ojo. Soltó un chillido y escapó a toda prisa.

Era solo un cuervo, un maldito cuervo curioso revoloteando en el exterior.

Su peón: los pantanos al norte de ese miserable Taglios albergaban un gran poder. Un poder que se alimentaba de toda clase de agravios; reales e imaginarios. Y podría ser seducido.

Había llegado el momento de atraer a ese poder, de hacerlo entrar en el juego.

¿Pero cómo hacerlo sin abandonar Atalaya?

Algo se revolvió en la brillante piedra.

Las sombras aguardaban, observándolo. Percibían cómo crecía el ardor del juego.



Dormí sobre una maraña de maleza, en una hondonada. Había huido por un olivar y trepando por los precarios cultivos de arroz de las laderas, corriendo desesperanzada, hasta ir a parar a aquel diminuto parche de tierra sin cultivar, en un barranco. Exhausta, me había arrastrado a su interior, esperando que me sonriera de nuevo la fortuna.

El graznido de un cuervo me sacó de otro terrible sueño. Abrí los ojos. El sol se abría paso entre los arbustos. Sus rayos me veteaban el cuerpo. Esperaba que nadie alcanzara a verme allí, pero aquella resultó ser una esperanza vana.

Alguien recorría el perímetro de los matorrales. Distinguí una figura, luego una segunda. ¡Maldita sea! Hombres de los Maestros de las Sombras, sin duda. Retrocedieron y cuchichearon.

Pude distinguirlos por un segundo; parecían agitados, más como cazados que como cazadores. Intrigante.

Estaba segura de que me habían visto. Si no, no estarían apostados ahora a mi espalda, murmurando en voz baja para que no los oyera.

No podría girarme hacia ellos sin dejarles ver que los había visto. No quería intimidarlos. De ser así, podrían hacer algo que lamentaría. El cuervo volvió a graznar. Empecé a girar la cabeza muy lentamente.

Y me quedé helada.

Había una tercera figura. Ere un tipo menudo y oscuro, vestido con un mugriento taparrabos y un turbante hecho jirones. Estaba en cuclillas tras los arbustos. Me recordaba a uno de los esclavos que Matasanos había liberado tras nuestra victoria en Ghoja. ¿Sabrían los soldados que estaba allí?

Aunque, ¿acaso importaba? No creo que fuera a servir de ayuda.

Reposaba mi cuerpo sobre mi costado, sobre un brazo. Sentía un hormigueo en los dedos. La mano empezaba a dormírseme, pero aquella sensación me recordaba que mis habilidades habían dado muestras de volver desde que atravesamos el ecuador del mundo. Hacía semanas que no había tenido oportunidad de ponerlas a

prueba.

Tenía que hacer algo, o ellos tomarían la iniciativa. Mi espada apenas a una cuarta de mi mano...

El Martillo Dorado.

Era un conjuro para niños, un ejercicio práctico, no un arma en realidad, al menos en el sentido en que no lo era un cuchillo de carnicero. En otro tiempo, conjurarlo no me hubiera costado más que dar una patada a una china. Pero ahora se me antojaba como hacer hablar a alguien atravesado por una espada. Comencé intentando dar forma al conjuro en mi cabeza. ¡Me resultaba frustrante! Esa sensación de saber cómo hacer algo, pero ser incapaz de ponerlo en práctica...

Pero conseguí que funcionara, casi de la forma en que lo hubiera conseguido antiguamente. Sorprendida, complacida, murmuré las palabras de poder, moví los dedos. ¡Los músculos parecieron recordar!

El Martillo Dorado tomó forma en mi mano.

Salté, lo lancé y blandí mi espada. La trayectoria del reluciente martillo fue apropiada. El soldado chilló como un cochino azuzado e intentó esquivarlo, pero fue incapaz de evitar que le golpeará en el pecho.

Estaba frenética. Haber acertado en una cosa tan tonta suponía para mí un triunfo glorioso sobre la incapacidad que me lastraba.

Pero mi cuerpo no respondía por completo a mi voluntad. Estaba demasiado agarrotada, demasiado maltrecha y magullada para escapar corriendo, así que intenté cargar contra el segundo soldado. Más bien avancé dando tumbos hacia él. Me miró y echó a correr. No podía creerlo.

A mi espalda escuché un sonido como de un tigre carraspeando.

Un hombre apareció de la nada, barranco abajo. Arrojó algo. El soldado que huía cayó de bruces y no volvió a moverse.

Salí de entre la maleza y me coloqué de forma que pude ver al mismo tiempo al asesino y al sucio esclavo, aquel que había emitido el sonido felino. El primero era un tipo gigantesco y vestía restos del atuendo de un legionario tagliano.

El tipo menudo rodeó lentamente los arbustos, estudiando a mi víctima. Estaba impresionado. Espetó una disculpa en tagliano, luego siguió hablando nervioso, más rápidamente, en un dialecto que no me era familiar, dirigiéndose a su compañero grandullón, que había marchado en pos de su víctima. Lograba entender una frase aquí y allá; todo sonaba a culto, pero no lograba ubicarlo en aquel contexto. Era incapaz de establecer si se dirigía a mí o si rezaba a uno de sus dioses. Entendí las palabras «la Anunciada», «la Hija de la Noche», «la Novia», «el Año de los Cráneos». Ya había escuchado antes en alguna otra parte las expresiones «Hija de la Sombra» y «Año de los Cráneos», junto a la palabrería mística de los siempre religiosos taglianos, pero no conocía su significado.

El grandullón gruñó. No parecía impresionado. Maldecía al soldado muerto, pateándolo.

—Nada.

El pequeñajo empezó a adularme.

—Mil perdones, Dama. Llevamos toda la mañana matando a esos perros, intentando reunir algunas ganancias. Pero son más pobres de lo que lo era yo siendo esclavo.

—¿Me conocéis?

—Claro que sí, Dama. Sois la Dama del Capitán. —Puso especial énfasis en estas dos últimas palabras, espaciándolas y pronunciándolas en voz más alta. Entonces se inclinó tres veces. En cada ocasión, su pulgar derecho y su índice agitaron un triángulo de tela oscura que asomaba sobre su cintura—. Hicimos guardia mientras dormíais. Debimos habernos dado cuenta de que no necesitaríais protección. Perdonad nuestra presunción.

Dioses, aquel tipo apestaba.

—¿Habéis visto a alguien más?

—Así es. Dama. Vimos a algunos, en la distancia. Corriendo casi todos.

—¿Y qué hay de los soldados de los Maestros de las Sombras?

—Proyectaron partidas de búsqueda, pero sin demasiado entusiasmo. Sus amos no enviaron a demasiados. Unos miles, como estos cerdos de aquí —dijo señalando al hombre al que yo había derribado. Su compañero rebuscaba en el cadáver—. Y a unos pocos cientos de jinetes. Deben de andar ocupados con la ciudad.

—Mogaba se lo hará pasar mal, si consigue recomponerse. Dará tiempo para que acudan los demás.

—Este buitres tampoco lleva nada, jamadar —dijo el grandullón.

El pequeño gruñó.

¿Jamadar? Así es como los taglianos llamaban a sus capitanes. El mismo tipo menudo la había utilizado antes, pero con una entonación diferente, al referirse a mí como la Dama del Capitán.

—¿Habéis visto al Capitán? —pregunté.

Aquella pareja intercambió miradas. Luego, el pequeñajo se quedó mirando al suelo.

—El Capitán ha muerto, Dama. Murió mientras intentaba reunir a los hombres junto al estandarte. Martinete lo vio. Una flecha le atravesó el corazón.

Me senté en el suelo. No había nada que decir a eso. Ya lo había sabido. Yo misma había visto cómo había sucedido, pero no había querido creerlo. No hasta aquel instante. Fui consciente de que había albergado una pequeña esperanza de estar equivocada.

Era imposible que sintiera tanto dolor por la pérdida. ¡Maldito seas, Matasanos,

eras solo un hombre! ¿Cómo pude llegar a comprometerme tanto? Nunca quise complicarlo hasta aquel punto.

No iba a ninguna parte actuando así. Me puse en pie.

—Perdimos una batalla, pero la guerra continúa. Los Maestros de las Sombras lamentarán para siempre el día que decidieron lanzarse contra Taglios. ¿Cómo os llamáis?

—Mi nombre es Narayan, Dama —dijo el tipo menudo. Lo hizo sonriendo de una forma que hizo que un nauseabundo escalofrío me recorriera todo el cuerpo—. Es un apodo shadar. —Pero estaba claro que aquel tipo no era shadar, era gunni—. ¿Lo aparento? —Entonces ladeó la cabeza hacia su compañero, que sí era shadar. Los nativos shadar acostumbra a ser altos, velludos y fornidos. Este en cuestión tenía una cabeza como una bola de cables de la que asomaban un par de ojos—. Trabajé como mercader de hortalizas, hasta que los Maestros de las Sombras llegaron a Gondowar y esclavizaron a todos los que sobrevivieron al asedio a la ciudad.

Aquello debía de haber sido antes de que llegásemos a Taglios, el año anterior, mientras Swan y Mather habían estado esforzándose torpemente por contener la primera incursión.

—Este es mi compañero, Martinete. Martinete conducía carros en Taglios, antes de unirse a la legión.

—¿Cómo es que te llamo jamadar?

Narayan miró a Martinete, mostró por un segundo una sonrisa repleta de caries, se inclinó hacia mí y murmuró:

—Martinete no es muy listo. Es fuerte e incansable como un mulo, pero algo corto.

Asentí, aunque no del todo satisfecha. Aquellos tipos no acababan de convencerme. Los shadar y los gunni no congenian. Los primeros se creen por encima de todos los demás. Ir por ahí con un gunni se consideraría un envilecimiento de la persona. Y Narayan era un gunni de baja casta. Sin embargo, Martinete parecía tenerle respeto.

Ninguno de los dos parecía albergar malas intenciones hacia mí. Además, al menos por el momento, cualquier compañía sería mejor que viajar sola. Me dirigí a ellos.

—Deberíamos ponernos en marcha. Podrían venir más de dónde salieron estos... ¿Qué está haciendo?

Martinete sostenía una roca de cinco kilos por lo menos. Con ella le machacaba los huesos de la rodilla al hombre que había matado.

—Ya basta, Martinete. Nos vamos —dijo Narayan.

Martinete pareció desorientado. Se quedó pensativo. Finalmente se encogió de hombros y se deshizo de la roca. Narayan no dio explicación alguna de aquellas

acciones. Se limitó a decirme:

—Esta mañana pudimos ver a un grupo bastante numeroso, quizá de unos veinte hombres. Es posible que podamos alcanzarlos.

—Eso sería un comienzo. —Me di cuenta de que me moría de hambre. No había comido desde antes de la batalla. Compartí con mis nuevos compañeros lo que había cogido del elefante muerto. No iba a servir de mucho. Martinete se lo tomó como un festín, ahora ya del todo indiferente al muerto.

Narayan sonrió.

—¿Ves? Un mulo. Venga Martinete, coge la armadura de la Dama.

* * *

Dos hora más tarde alcanzamos a veinte fugitivos en lo alto de una colina. Eran hombres abatidos, apáticos, tan desalentados que realmente no les importaba ni conseguir escapar. Algunos aún transportaban sus armas. No logré reconocer a ninguno. No era sorprendente. Habíamos llevado a la batalla a cuatro mil de ellos.

Ellos sí me conocían. Su conducta y su actitud mejoraron al instante. Me complació ver florecer en ellos la esperanza. Se levantaron e inclinaron sus cabezas en señal de respeto.

Desde aquel cerro alcanzaba a ver la ciudad y la llanura a sus puertas. Las tropas de los Maestros de las Sombras dejaban las colinas, siendo claramente requeridas. Eso era bueno. Dispondríamos de algo de tiempo hasta que acabaran de reagruparse.

Estudié a aquellos hombres.

No habían tardado en aceptarme. Otro punto más a favor.

Narayan había empezado a hablar con ellos uno a uno. Algunos parecían tenerle miedo. ¿Por qué? ¿Qué se me escapaba? Estaba claro que había algo extraño en aquel pequeño grupo.

—Martinete, enciende un fuego. Necesito mucho humo.

Su compañero refunfuñó, reunió a cuatro hombres más y se encaminó cerro abajo para recoger ramas secas.

Narayan volvió a escena con esa sonrisa en el rostro, seguido por un hombre fantásticamente grueso. Los taglianos suelen ser muy delgados, tanto que a veces llegan a estar escuálidos. Este, aunque no tenía ni un gramo de grasa, tenía una constitución que recordaba a la de un oso.

—Os presento a Sindhu, Dama, tiene una gran reputación. —Sindhu se inclinó ligeramente. Parecía encontrarse algo forzado—. Nos podrá ser de gran ayuda —añadió Narayan.

Vi que el tal Sindhu tenía un paño triangular de color rojo en la cintura. Era

gunni.

—Sindhu, apreciaré vuestra ayuda. Ambos deberéis organizar a este grupo. Y comprobar de qué recursos disponemos.

Narayan sonrió, hizo una pequeña reverencia y se marchó rápidamente junto a su nuevo amigo.

Me senté con las piernas cruzadas, separada del grueso del grupo, contemplando la ciudad, apartada del mundo. Había conjurado con relativa facilidad el Martillo Dorado. Debía intentarlo otra vez.

Me abrí a las pocas habilidades que conservaba. Uní las manos formando un cuenco, y entre ellas nació un chispazo de fuego. Estaba volviendo.

No había forma de expresar mi complacencia.

Empecé a concentrarme en caballos.

Transcurrida media hora, apareció un enorme corcel negro, trotando directo hacia mí. Los hombres estaban impresionados.

Yo misma estaba impresionada. No había esperado tanto éxito. Además, aquella bestia fue solo la primera en responder. Al llegar la cuarta montura, lo habían hecho también una centena de hombres. El cerro estaba atestado.

Los reuní.

—Señores, hemos perdido una batalla. Algunos de vosotros habéis perdido también el coraje. Es del todo comprensible. No fuisteis criados según la tradición guerrera. Sin embargo, esta guerra no está perdida. Y no acabará mientras viva uno solo de los Maestros de las Sombras. Si no os veis dispuestos a afrontar estos hechos, no quiero que permanezcáis a mi lado. En ese caso, prefiero que os marchéis ahora mismo. Más adelante, no os daré esa oportunidad.

Todos intercambiaron miradas de preocupación, pero ninguno se atrevió a marchar.

—Vamos a encaminarnos hacia el norte. Recogeremos comida, armas y hombres. Deberemos adiestrarnos. Llegará el día en que regresemos. Cuando lo hagamos, los Maestros de las Sombras creerán que se habrán abierto las puertas del infierno. —Seguía sin desertar nadie—. Mañana al alba nos pondremos en marcha. Si para entonces aún estáis conmigo, lo estaréis para siempre. —Intenté transmitir la certeza de que podríamos aterrorizar al mundo entero.

Al prepararme para pasar la noche, Martinete se apostó cerca de mí. Parecía decidido a ser mi guardaespaldas, tanto si lo quería como si no.

Empecé a divagar pensando qué habría sido de los cuatro corceles negros que no habían respondido a la llamada. Habíamos traído a un total de ocho aquí, al sur. Habían sido criados específicamente en los primeros días del imperio que luego había abandonado. Uno de ellos podía ser más valioso que un centenar de hombres.

Presté atención a los murmullos, y escuché una y otra vez los mismos vocablos

que había empleado Narayan. La mayoría de aquellos hombres parecían compartir las mismas inquietudes.

Vi que Martinete también lucía un paño plegado. El suyo era color azafrán, aunque no lo hacía tan fastidiosamente vistoso como Narayan o Sindhu. Tres hombres, cada uno con una religión diferente, cada uno con un paño de color. ¿Qué significaría aquello?

Narayan alimentó las llamas. Apostó centinelas. Impuso una modesta disciplina. Demasiada disposición organizativa para un mercader de hortalizas o un antiguo esclavo.

Y de nuevo aquel oscuro sueño, idéntico a los anteriores, aunque esta vez particularmente vivido. Sin embargo, al amanecer, apenas retuve la impresión de que una voz pronunciaba mi nombre. Perturbador, pero lo juzgué solo una mala pasada de mi mente.

* * *

En algún lugar, de alguna forma, la noche había recompensado a Narayan con un botín suficiente para conceder a los presentes un frugal desayuno.

Conduje al grupo bajo los primeros rayos del sol, tal y como había prometido, entre noticias de que la caballería enemiga se aproximaba ya a las colinas. Entre todo aquel panorama, la disciplina suponía una grata sorpresa.



Un anillo de colinas envolvía De jagore. La llanura que la albergaba estaba a una altura menor que las tierras al otro lado de las colinas. Solo la sequedad del clima impedía que la anterior acabara convertida en un lago. Secciones de los cauces de dos ríos habían sido desviadas para abastecer de riego los cultivos en las colinas, así como para alimentar de agua la ciudad. Decidí establecer el grupo recientemente constituido junto a uno de estos cauces.

Los Maestros de las Sombras centraban su inquietud ahora en De jagore. No acosaban a nuestro grupo, y por ello no me preocupaba cubrir más territorio en menor tiempo. El futuro por el que había optado no resultaría una conquista sencilla. La posibilidad de la aparición del enemigo en cualquier momento alimentaba la disciplina; esperaba poder mantener viva esa inquietud hasta conseguir inculcar algunos hábitos necesarios.

—Narayan, necesito tu consejo.

—¿Sí, Dama?

—Tendremos problemas para mantenerlos agrupados una vez recuperen el sentimiento de seguridad. —Acostumbraba a hablar como si él, Martinete o Sindhu fueran proyecciones de mí misma. Y no protestaban.

—Soy consciente de ello, Dama. Quieren regresar a sus casas. Consideran la aventura acabada. —De nuevo esa sonrisa. Empezaba a estar harta de ella—. Intentamos convencerlos de que forman parte de un destino común. Pero aún deben deshacerse de muchos hábitos.

Era muy cierto. La cultura tagliana se me antojaba una amalgama religiosa que aún no alcanzaba a comprender, confundida en un sistema de castas carente de sentido. Formulaba preguntas, pero ninguno las comprendía. Las cosas eran como eran y no había más. Siempre había sido así. Estuve tentada de declarar todo aquello obsoleto, pero no tenía poder suficiente. Ni siquiera había tenido un poder semejante en el norte. Hay cosas que no se pueden erradicar por mandato.

Seguí haciendo preguntas. Si alcanzaba a comprender aunque fuera una mínima

parte, podría utilizar ese conocimiento para manejar el sistema.

—Narayan, necesito a una cuadrilla de confianza. Hombres con los que pueda contar en cualquier situación. Quiero que me busques a esos hombres.

—Como digáis, Dama, así se hará —dijo sonriendo. Debía tratarse de alguna especie de reflejo condicionado defensivo, un vicio adquirido en sus días de esclavo. Aun así... Cuanto más me relacionaba con él, más siniestro se me hacía.

Desconocía el origen de ese sentimiento; no era más que un tagliano de baja casta. Un mercader de hortalizas con esposa e hijos, incluso ya con un par de nietos, por lo que había oído. Uno más entre el populacho, un tipo calmado, que se conformaba con abrirse paso en su vida. Y la mitad del tiempo actuaba como si fuera su hija predilecta. ¿Qué podía haber de siniestro en algo así?

Martinete tenía más razones para ser tachado de extraño. Tenía veintitrés años y estaba viudo. Se había casado por amor, algo raro en un Taglios donde los matrimonios eran siempre acordados. Su esposa había muerto al dar a luz, y su hijo había corrido el mismo destino aquel día. Aquello lo había dejado afligido y deprimido. Sospecho incluso que engrosara las filas de la legión en busca de la muerte.

Por su parte, Sindhu era todo un misterio para mí. No decía una palabra hasta que no le obligabas a hacerlo, y era aún más inquietante que Narayan. Con todo, siempre cumplía las órdenes de manera eficiente y sin formular una sola pregunta.

Toda mi vida la había pasado en compañía de personajes siniestros. Durante siglos había estado casada con el Dominador, el más siniestro de todos. Podría sobrellevar a estos nuevos compañeros.

Ninguno de los tres era especialmente religioso, y eso era algo muy curioso. La religión domina todo Taglios. Cada minuto de cada día de cada vida forma parte de la experiencia religiosa, está regido por la religión y sus obligaciones. Me resultaba molesto, pero llegó un momento en que percibí una reducción en tal fervor religioso. Escogí a uno de ellos y lo interrogué al respecto.

Su respuesta fue elemental: «No tenemos sacerdotes entre nosotros».

Tenía sentido. Ninguna sociedad consta únicamente de fervientes creyentes. Por otra parte, lo que aquellos hombres habían presenciado debía bastar para remover los cimientos de su fe. Habían sido sacados a la fuerza de sus pacíficas rutinas familiares, abocados a acontecimientos que no encontraban asiento en las respuestas tradicionales. Cuando regresaran a sus hogares con aquellas experiencias a cuestas, Taglios no volvería a ser el mismo.

* * *

El grupo triplicó su tamaño. Disponía de más de seiscientos seguidores que rendían culto a las tres religiones mayoritarias y a algunos otros cultos menores. También de más de un centenar de antiguos esclavos, que no eran del todo taglianos. Podrían convertirse en buenos soldados en cuanto ganaran algo de confianza. No tenían hogar al que regresar. El grupo sería su hogar.

El problema de aquella mezcolanza era que cada día era sagrado para alguno de ellos. De haber tenido sacerdotes en nuestras filas, habría resultado un grave problema.

Empezaban a sentirse seguros. Eso los liberaba de viejos prejuicios, pero también hacía que la disciplina fuera menos estricta, que olvidaran la guerra y, lo más fastidioso de todo, que recordaran que yo era una mujer.

Por ley y costumbre, las mujeres taglianas están peor consideradas incluso que el ganado. Este es sustituido con menor facilidad. Las mujeres que adquieren cierta posición o poder lo hacen en la sombra, a través de hombres a los que manipulan o influncian.

Un obstáculo más que sortear. Quizá el mayor de todos.

Una mañana llamé a Narayan.

—Estamos a unos ciento cincuenta kilómetros de Dejagore. —No estaba de muy buen humor. Había vuelto a tener ese sueño. Me había dejado con los nervios a flor de piel—. Por el momento estamos seguros. —Los hombres ganaban confianza día a día—. Voy a empezar a hacer algunos cambios bastante importantes. ¿De cuántos hombres de confianza disponemos?

Se acicaló. Parecía una ratita petulante.

—Un tercio del grupo. Quizá más si los pusiera a prueba.

—¿Tantos? ¿De veras? —Me resultaba sorprendente. No lo veía tan claro.

—Hay que tener una visión global. Algunos adquirieron disciplina y tolerancia en la legión. Los esclavos se libraron de sus ataduras, hastiados y llenos de odio. Ansían venganza. No conocen a ningún tagliano que los pueda dirigir contra los Maestros de las Sombras. Y algunos incluso os consideran ya esa persona.

Esas palabras me habían hecho bien, pequeño.

—Y los demás, ¿sí tendrían inconvenientes en seguirme?

—Es posible. —Aquella odiosa sonrisilla. Ese constante atisbo de malicia—. Los taglianos no acostumbramos a tolerar bien las alteraciones en el orden natural.

—Ese orden no es otro que los fuertes gobiernan sobre el resto. Narayan, yo soy aquí la fuerte. Taglios no ha visto nunca antes algo parecido a mí. Aún no me he revelado al pueblo. Y espero que nunca deba verme enojada. Preferiría encauzar mi ira hacia los Maestros de las Sombras.

Entonces hizo varias reverencias, repentinamente estremecido.

»Nuestro destino final sigue siendo Ghoja. Haz correr la voz. Allí recogeremos a

más supervivientes, nos los ganaremos y nos reagruparemos. Pero no tengo intención de llegar allí hasta que hayamos dado antes forma a nuestras fuerzas.

—Entiendo, Dama.

—Reúne todas las armas de las que dispongamos. No des explicaciones. Luego redistribúyelas, entregándolas a los hombres que consideres de confianza. Haz que esos hombres marchen en la columna de la izquierda. Los que estén a su derecha deberán ser de diferentes religiones. Deberán quedar separados de los que ya conocieran antes de Dejagore.

—Eso podría resultar problemático.

—No me importa. Quiero localizar el origen de esos problemas, listaremos atentos. Ve. Desármalos a todos antes que puedan darse cuenta de lo que está ocurriendo. Martinete, ayúdale.

—Pero...

—Se cuidar de mí misma. —El amparo de aquel hombre era un fastidio.

Narayan se puso en marcha. Solo a unos pocos de los hombres se les debieron arrebatar las armas a la fuerza.

Organizados según mis órdenes, marchamos durante todo el día hasta que todos quedaron demasiado cansados como para poder quejarse. Di el alto a la tarde, y Narayan mandó formar para pasar revista, situando a nuestros hombres de confianza en la retaguardia. Me coloqué la armadura, monté en uno de los corceles negros y cabalgué para estudiarlos con pequeñas llamas mágicas brincando a mi alrededor. No había conseguido reunir demasiadas. Recobraba mi talento, pero a pasos muy pequeños.

La armadura, el caballo y las llamas eran parte de la imaginería popular del personaje conocido como el Tomavidas, aquel que yo misma había ideado antes que la Compañía fuera al cauce del Principal para hacer frente a los Maestros de las Sombras, en Ghoja. Conjuntamente con el personaje del Creaviudas, de Matasanos, se esperaba que intimidasen al enemigo con algo más poderoso que la propia vida, mediante unas figuras arquetípicamente letales. Algo de intimidación podría servir ahora también entre mis hombres. En una tierra en la que la hechicería no era más que un rumor, aquellas llamas mágicas deberían bastar.

Pasé revista pacientemente, estudiando a los soldados. Todos eran conscientes de la situación. Sabían que estaba buscando a aquellos que no toleraría, a los dados a no hacer las cosas a mi modo.

Volví a dar otra pasada a caballo. Tras siglos observando a la gente, no me resultaba complicado avistar alborotadores en potencia.

—Martinete —le señalé a seis hombres—. Expúlsalos. Que se vayan tan de vacío como llegaron hasta nosotros. —Me esforcé porque mi voz sonara incontestable—. En la próxima revista, los elegidos probarán el látigo. En una tercera, asistiremos a

algunas muertes.

El sobrecogimiento recorrió las tropas. Habían captado el mensaje.

Los seis elegidos se apartaron con resentimiento. Arengué a los demás.

—¡Soldados! ¡Mirad a los hombres que tenéis a vuestra derecha! ¡Ahora mirad a los de vuestra izquierda! ¡Miradme! Los que veis son soldados, y no gunni, ni shadar, ni vehdna. ¡Soldados! La guerra nos enfrenta a un enemigo implacable y unido. En la batalla, no serán vuestros dioses quienes estén a vuestra izquierda o a vuestra derecha; serán hombres como los que están a vuestro lado ahora. Servid a vuestros dioses en vuestros corazones si es ese vuestro deber, pero en este mundo, en el campamento, marchando o en el campo de batalla, no antepondréis a vuestros dioses a mi persona. No tendréis ningún maestro de mayor rango. Hasta que el último de los Maestros de las Sombras caiga, no habrá recompensa ni castigo de dioses o príncipes que vayáis a encontrar con mayor presteza o certeza que en mis manos.

Sospechaba que quizá estaba llegando demasiado lejos, demasiado pronto. Pero no tenía tiempo para alimentar por más tiempo una posible cuadrilla.

Me alejé cabalgando mientras meditaba lo sucedido. Desmonté y me dirigí a Martinete.

—Haz que se retiren. Levantad el campamento. Y mándame a Narayan.

Quitó la silla a mi montura, y me senté en ella. Un cuervo aterrizó en las cercanías y ladeó la cabeza. Otros más lo imitaron. Aquellos oscuros diablos estaban por todas partes. Era imposible eludirlos.

A Matasanos lo habían vuelto loco. Había estado convencido de que lo perseguían, de que lo espiaban, incluso de que lo hablaban. Yo lo había achacado a la presión a la que había estado sometido. Pero lo cierto es que la aparente omnipresencia de esos animales resultaba irritante.

No había tiempo para Matasanos. Ya se había ido. Ahora caminaba por el filo de la navaja. Ni las lágrimas ni la autocompasión lo traerían de vuelta.

Durante mi viaje hacia el norte había sido consciente de que había hecho algo más que perder mis habilidades en Túmulo. Me había abandonado a mí misma. En los últimos años había perdido la forma.

Culpa de Matasanos. Todo por esa debilidad suya. Había sido demasiado comprensivo, demasiado tolerante, se había mostrado demasiado dispuesto a regalar segundas oportunidades. Había sido demasiado optimista con la gente. Era incapaz de asumir que al alma humana la acompaña una permanente sombra. Siempre había sostenido que incluso en las personas más malvadas intenta asomar la bondad.

Está claro que debo mi propia vida a sus creencias, pero eso no las hace más válidas.

Narayan regresó artero como un gato. De nuevo me dedicó esa sonrisa suya.

—Hemos ganado algo de terreno, Narayan. Se lo tomaron bien. Sin embargo, aún

nos queda mucho camino por recorrer.

—¿Os referís a la religión, Dama?

—En parte. Pero no creo que ese sea el peor obstáculo. Ya antes he superado cosas así —dije sonriendo al ver su cara de sorpresa—. Veo iludas. No me conocéis. Solo de oídas. La mujer que abandonó un trono para seguir al Capitán. ¿No es eso? Pero no soy la niña malcriada y sin corazón que se piensa. Una mocosa con una pizca de talento que debía heredar alguna corona menor que no quería. Una zopenca que escapó en brazos del primer aventurero que se cruzó en su camino.

—No se sabe demasiado, aparte de que erais la Dama del Capitán —admitió—. Hay gente cuyo pensamiento coincide con lo que decís. No hay muchas noticias acerca de vuestros antecedentes. Personalmente creo que sois mucho más de lo que se dice, pero cuánto exactamente, soy Incapaz de sugerirlo.

—Entonces te daré una pista. —Aquello me divertía. Aunque Narayan tenía esperanzas de que mi historia no fuera del todo común, se seguía sorprendiendo cada vez que me comportaba fuera de los cánones de comportamiento de las mujeres taglianas—. Siéntate, Narayan. Es hora de que entiendas por quién has apostado.

Tras mirarme con recelo, aceptó sentarse. Un cuervo lo observaba. Sus dedos jugaron con el pliegue de su pañuelo negro.

—Narayan, el trono al que renuncié pertenecía a un imperio tan enorme que no te habría bastado un año para recorrerlo de oriente a occidente. Se extendía a lo largo de tres mil kilómetros de norte a sur. Y lo alcé desde unos comienzos tan humildes como estos. Aquello fue antes de que el abuelo de tu abuelo naciera. Y aquel no fue el primer imperio que erigí.

Sonrió inquieto. Creía que le estaba mintiendo.

—Escucha, Narayan. Los Maestros de las Sombras eran mis esclavos. Con todo el esplendor de su poder. Hace unos veinte años, desaparecieron durante una gran batalla. Los creía muertos, hasta que desenmascaramos al que matamos en Dejagore.

»Ahora estoy debilitada. Hace dos años libré una gran batalla en la región más septentrional de mi imperio. El Capitán y yo misma derrotamos a un diablo que estaba despertando, amenazando al primer imperio que fundé. Para lograr el éxito, para impedir que aquel diablo despertase, tuve que aceptar que todos mis poderes fueran neutralizados. Ahora los estoy recuperando, pero de forma lenta y dolorosa.

Narayan era incapaz de aceptar lo que le decía. Estaba demasiado apegado a su cultura. Pero quería creer. Finalmente, dijo:

—Pero sois tan joven...

—En ciertos aspectos. Nunca antes había amado, antes de conocer al Capitán. Este caparazón es solo una máscara. Accedí a este mundo antes de que la Compañía Negra lo pisara por primera vez. Narayan, soy vieja. Vieja y perversa. He hecho cosas que nadie creería. Conozco la maldad, las intrigas y las guerras como si fueran mis

hijas. Durante siglos las alimenté.

»Aun como la esposa del Capitán fui más que una simple amante. Era la Lugarteniente, el jefe de su tropa. Y ahora me he convertido en la Capitana, Narayan. Mientras sobreviva, la Compañía sobrevivirá. Crecerá. Verá una nueva vida. Narayan, pienso reconstruirla. Puede que por ahora tenga que llamarse de otra forma, pero tras el biombo seguirá siendo, y acabará siendo, la Compañía Negra. Y será el instrumento de mi voluntad.

De nuevo lució esa sonrisa.

—Después de todo, quizá seáis Ella realmente.

—¿Que seré quién?

—Cada cosa a su momento, mi Dama. Aún no es posible decirlo. Baste con mencionar que no todo el mundo acogió el retorno de la Compañía Negra con igual decepción. —Entonces entornó los ojos.

—Esperaré ese momento, pues. —Decidí no presionarlo. Lo necesitaba cómodo en su tarea—. Mientras tanto, estamos levantando un ejército. Y carecemos por completo de uno de los más preciados requerimientos necesarios: sargentos veteranos. No disponemos de nadie que pueda ejercer de adiestrador. Esta noche, antes del rancho, ordenarás a los hombres por su religión. Deberás organizarlos en pelotones de diez hombres, tres integrantes de cada culto más un décimo elemento no tagliano. Asignarás a cada pelotón un lugar permanente en el campamento y también en el orden de la marcha. No quiero relaciones entre pelotones hasta que no hayan elegido a un líder y a su segundo. Deberían apañárselas para congeniar entre sí. Los pelotones serán inamovibles.

Un riesgo más a añadir a la lista. Los hombres no estaban especialmente de buen humor. Pero al menos estaban lejos del clero y de la cultura que alimentaban sus prejuicios. Sus sacerdotes llevaban toda la vida pensando por ellos. Ahora solo me tenían a mí para decirles lo que debían hacer.

—No pondré rumbo a Ghoja hasta que los pelotones hayan elegido a sus líderes. Cualquier enfrentamiento entre miembros de un pelotón será castigado. Establece puestos de vigilancia antes de formar los grupos. Conforme los vayas constituyendo, ve enviándolos a cenar. Que a prendan a cocinar juntos servirá de ayuda. — Finalmente le hice ver que podía marcharse.

Se levantó.

—Dama, si logran comer juntos, podrán hacer cualquier cosa.

—Lo sé. —Cada uno de los cultos promovía una dieta basada de una serie de absurdas leyes. Por eso, algo así supondría un principio. Serviría para socavar los prejuicios desde su nivel más básico.

Estaba claro que estos hombres no iban a deshacerse de la noche a la mañana de sus tan arraigados rencores, pero podían hacerlos a un lado con respecto a aquellos

junto a los que luchaban. Cuando marchas con alguien y debes confiarle tu propia vida, no es fácil mantener cualquier tipo de animadversión irracional.

* * *

Me esforcé por mantener a la tropa ocupada con entrenamientos. Aquellos que ya los habían superado en la rápida constitución de las legiones servían de ayuda, especialmente al hacer que el resto lograra marchar en formación. Pero a veces llegaban a desesperarme. Había tanto por hacer... Y solo estaba yo.

Necesitaba establecer una base firme antes de atreverme a dar cualquier paso político.

Se nos unieron más fugitivos, y otros se marcharon. Hubo algunos que no sobrevivieron a las exigencias disciplinarias. El resto se esforzó por convertirse en soldados.

Fui generosa en castigos y desprendida con las recompensas. Intenté inculcar orgullo y, sutilmente, la convicción de que eran mejores hombres que todos aquellos que no pertenecían a nuestras tropas, la seguridad de que no podrían confiar en nadie que no perteneciera a estas.

No escatimé esfuerzos. Llegué a dormir tan poco que ni siquiera tuve tiempo de soñar, o al menos no de recordar lo que había soñado. Aproveché hasta el último de los momentos libres de los que dispuse para avivar mis habilidades. Las iba a necesitar muy pronto.

Regresaban lentamente. Demasiado mansamente.

Era como tener que aprender a caminar de nuevo tras haber sufrido una lesión.



No había sido mi intención avanzar especialmente rápido, pero había dejado ya atrás a la mayoría de los supervivientes. Para los solitarios y los pequeños grupos, era más importante el escamoteo que la celeridad. Por eso, en cuanto frené la marcha para evitar alcanzar Ghoja, más y más hombres nos alcanzaron. Aunque no todos decidieron enrolarse en nuestras filas.

Nuestra tropa suponía ya un adversario a tener en cuenta. Impresionaba a los intrusos.

Calculo que unos diez mil hombres escaparon a la debacle. ¿Pero cuántos sobrevivirían para llegar a Ghoja? Si Taglios era afortunado, quizá la mitad. La tierra se había vuelto hostil.

A sesenta kilómetros de Ghoja y del Principal, en territorio históricamente dentro de los márgenes taglianos, ordené la construcción de un verdadero campamento, rodeado incluso por una zanja. Elegí un prado en la orilla norte de un arroyo bastante limpio, a diferencia de la orilla sur, que estaba densamente arbolada. Lo consideré un lugar bastante acertado. Planeé apostarnos allí, descansar y llevar a cabo adiestramientos, hasta que mis incursores agotaran la campiña.

Hacía días que los fugitivos que se nos habían unido habían estado informando de haber sufrido la persecución de la caballería ligera del enemigo. Una hora después de haber empezado a levantar el campamento, recibí noticias del avistamiento de una columna de humo al sur del bosque. Caminé algo más de un kilómetro hasta el extremo opuesto, hasta alcanzar a ver una nube que se alzaba sobre una aldea situada a unos nueve kilómetros camino abajo. Estaban realmente cerca.

¿Supondría un problema? Debía reflexionar.

¿Quizá sería una oportunidad? No lo consideraba probable, a las alturas que estábamos del juego.

* * *

Narayan apareció corriendo a cobijo de la noche.

—Dama, son los hombres de los Maestros de las Sombras. Han acampado en la frontera sur del bosque. Mañana nos habrán alcanzado. —Había abandonado todo su anterior optimismo.

No estaba segura de hasta qué punto considerarlo preocupante.

—¿Lo saben los hombres?

—Se está corriendo la voz.

—Maldita sea. Está bien. Dispón a hombres de confianza a lo largo de la zanja. Acaba con cualquiera que intente desertar. Deja a Martinete al mando, luego regresa conmigo.

—Entendido, Dama. —Narayan se fue correteando. A veces me recordaba a un ratón de campo. Enseguida volvió—. Los he dejado refunfuñando.

—Déjalos. No importará mientras no intenten escapar. ¿Son conscientes los hombres de los Maestros de las Sombras de lo cerca que están? —Narayan se encogió de hombros—. Necesito saberlo. Manda una avanzadilla medio kilómetro bosque adentro. Veinte hombres. Que sean competentes. Que no interfieran con los exploradores que vengan del norte, pero sí los embosquen cuando vayan de vuelta. —No esperarían encontrar problemas al replegarse—. Emplea a hombres que no sean especialmente diestros en levantar un muro de contención junto al arroyo. Que usen estacas. Afiladas. Encuentra enredaderas y échalas al agua. En la orilla sur no hay mucho espacio para maniobrar. Tendrán que jugárselas para venimos de frente. Vuelve en cuanto lo hayas puesto todo en marcha. —Haríamos bien en mantenerlos a todos ocupados, distraerlos de sus temores. Entonces espeté—: ¡Espera, Narayan! Averigua si hay gente que sepa manejar caballos.

Aparte de mis monturas, dispondríamos de media docena de otros animales en la tropa; todos caballos perdidos con los que nos habíamos topado. Quería enseñar a Martinete a cuidar de las mías. Entre los taglianos, cabalgar estaba restringido a gunni de casta elevada y a ricos shadar. Las bestias que acostumbraban a emplear en el trabajo eran únicamente bueyes y búfalos.

Narayan regresó a la décima hora. Entretanto estuve merodeando. Estaba complacida. No vi rastro de pánico, ni muestras explícitas de terror; solo la justa medida de miedo atemperada por la certeza de que teníamos más probabilidades de sobrevivir aquí que huyendo a la carrera. Era mayor el temor de la tropa a desagradarme que el que profesaban a un enemigo al que aún no habían avistado.

Hice una sugerencia acerca de la inclinación con la que estaban situadas las estacas frente al muro de contención, y luego fui a hablar con Narayan.

—Ahora marcharemos a reconocer su campamento.

—¿Nosotros dos solos? —dijo con esa sonrisa suya, aunque ahora algo más forzada de lo habitual.

—Tú y yo.

—Entendido, Dama. Aunque lo cierto es que me sentiría más cómodo si nos acompañara Sindhu.

—¿Es capaz de moverse sigilosamente? —Era incapaz de imaginarme a aquella mole andando a hurtadillas.

—Como un ratón, Dama.

—Ve a por él entonces. No perdamos tiempo. Debemos aprovechar la oscuridad. Narayan me dedicó una mirada extraña y se marchó.

Tras intercambiar salvoconductos, cruzamos la empalizada. Narayan y Sindhu se escabulleron entre los árboles como si hubieran nacido para el sigilo. Más silenciosos que un ratón. Alcanzaron nuestra avanzadilla por sorpresa. Nos comunicaron no haber tenido señal del enemigo.

—Parecen muy seguros de sí mismos —masculló Sindhu la primera vez que le oí ofrecer su opinión voluntariamente.

—Puede que sean completamente estúpidos. —Los soldados de los Maestros de las Sombras no habían dado ningún otro motivo para impresionarme aparte de su número.

Llegamos a avistar sus hogueras antes de lo que había esperado.

Habían acampado entre los árboles. No había previsto esa posibilidad. Malditos desconsiderados.

Narayan me tocó el brazo tímidamente. Al oído me susurró:

—Tienen centinelas. Esperad aquí. —Se escabulló como un espectro, y regresó también como tal—. Son dos. Parecen dormidos. Caminad con cuidado.

Así fue como nos adentramos hasta un lugar en que pudiera ver lo que quería. Estudié la situación durante algunos minutos. Satisfecha, dije:

—En marcha.

Uno de los centinelas se había despertado. Se enderezó al ver pasar a hurtadillas a Sindhu, con la luz de la hoguera reflejándose en sus amplias espaldas desnudas.

Narayan echó mano a su cintura. Estiró el brazo, chasqueó la muñeca. Un pañuelo negro que empuñaba, y que recordaba a una serpiente, se enroscó en el cuello del centinela. Narayan lo estranguló de manera tan eficaz que su compañero ni siquiera llegó a despertarse.

Sindhu se ocupó del otro con un retazo de tela escarlata.

Por fin sabía para qué servían aquellos trozos de tela que colgaban de sus taparrabos. Eran sus armas.

Colocaron a las víctimas de tal forma que pareciera que estaban durmiendo, con la lengua fuera. Mientras lo hicieron, no dejaron de ratonar un suave cántico que sonaba a ritual. Dije:

—Sindhu, quédate aquí haciendo guardia. Avísanos si descubren los cuerpos.

Narayan, acompáñame.

Me apresuré tanto como permitía la oscuridad. Cuando llegamos al campamento, hablé con él.

Estuvisteis impecables. Quisiera aprender ese truco del pañuelo.

Le sorprendió el comentario. No contestó.

—Reúne a las diez mejores cuadrillas. Ármalas. Coge también a los veinte hombres que consideres mejor dotados para cabalgar. ¡Martinete!

Mi guardaespaldas llegó mientras empezaba a preparar mi armadura. La escena pareció preocuparle.

—¿Qué pasa? —Entonces vi lo que le había hecho a mi casco—. ¿Qué demonios significa esto? Te dije que lo limpiaras, no que lo destrozaras.

Con la timidez de un niño, me dijo:

—Dama, de esta guisa imitaréis la imagen de la diosa Kina. La también conocida como Tomavidas. ¿Entendéis? Bajo esa encarnación, su aspecto es muy similar al que os podrá conferir esta armadura.

—Pregunta antes, la próxima vez. Y ayúdame a enfundarme esto.

Diez minutos más tarde estaba en el centro del grupo que había mandado a Narayan reunir.

Vamos a atacar. Y no está en juego la gloria ni la victoria. Lo único que queremos es disuadir un posible ataque suyo. Vamos, causamos algunos daños, y nos retiramos.

Entonces describí el campamento, concedí misiones, escribiendo libre el suelo junto a una hoguera.

—Entrar y salir. No perdáis tiempo esforzándoos por matarlos. A penas dañar a alguno. Un muerto puede abandonarse donde yace pero un herido, en cambio, se convierte en una carga para sus camaradas. I 'ase lo que pase, no vayáis más allá del extremo opuesto de su campamento. Nos retiraremos cuando hayan comenzado a reorganizarse. Coged todas las armas que podáis. Martinete, hazte con cada montura que encuentres. Y, todos, si no podéis coger armas, coged comida o herramientas. Que nadie ponga en riesgo la vida de nadie intentando coger más de una cosa a la vez. Y, sobre todo, sed silenciosos. Si nos oyen llegar, estaremos muertos.

* * *

Narayan informó de que los centinelas muertos seguían sin haber sido descubiertos. Lo envió como avanzadilla para que eliminase a tantos más como él y Sindhu pudieran. Hice que el grueso del grupo se separase para recorrer los dos últimos doscientos metros. Por mucho que se esfuercen, ciento veinte hombres moviéndose a la vez hacen ruido.

Estudí de nuevo el campamento. Los hombres se desperezaban. Parecía que se acercaba la hora del cambio de guardia.

Se nos unió el grupo de Martinete. Me puse el casco, volví la espalda a mis hombres y me dirigí al único resguardo que había en el campamento. Debería pertenecer al comandante. De nuevo hice que a mi alrededor bailaran las llamas mágicas, y desenvainé mi espada.

Su hoja despedía llamas.

Estaba recuperando.

Los pocos sureños que estaban despiertos se quedaron boquiabiertos.

Mis hombres llovieron sobre el campamento, acuchillaron a los que dormían, se echaron sobre los más espabilados. Derribé a un hombre, alcancé la tienda del comandante y la corté a tajos mientras su habitante apenas empezaba a reaccionar ante el tumulto. Lo atacé sosteniendo la hoja con ambas manos, y lo golpeé. Lo sostuve por los cabellos, en alto, girándolo para que observara el progreso del saqueo.

Los sureños no parecían estar haciendo demasiados esfuerzos por defenderse. Ya debían de haber muerto doscientos de ellos. El resto intentaba escapar. ¿Era posible que los hubiéramos hecho desbandar tan fácilmente?

Sindhu y Narayan llegaron a la carrera, se postraron ante mí, casi golpeando las cabezas contra el suelo, y parlotearon algo entonando uno de esos cánticos que acostumbraban. Entre los árboles revoloteaban los cuervos de forma estridente. Mis hombres se arrojaban asestando tajos y acuchillando, dejando fluir la energía del temor que habían ido acumulando durante toda la noche.

—Narayan, ve a ver qué están haciendo los supervivientes. Rápido, antes de que tengan tiempo de montar un contraataque. Sindhu, tú ayúdame a hacerme cargo de estos hombres.

Narayan salió corriendo. En unos minutos ya había vuelto.

—Han empezado a reagruparse a unos cuatrocientos metros de aquí, sendero abajo. Creen haber sido atacados por un demonio. No quieren regresar. Sus oficiales les están diciendo que no podrán sobrevivir si no recuperan el control del campamento y de sus animales.

Y ora cierto. Puede que un vistazo más al demonio que tanto temían sirviera para animarlos a mantenerse alejados.

Hice formar a los hombres, aunque no demasiado eficientemente. Avancé con ellos hasta el límite del bosque. Narayan y Sindhu se escabulleron como avanzadilla. Quería que nos alertaran si los sureños mostraban señal de querer combatir. En ese caso me replegaría.

De nuevo huyeron. Narayan informó de que habían acabado con los oficiales que habían intentado azuzarlos.

—La suerte nos sonrío —murmuré. Tendría que estudiar más en profundidad a

aquella diablesa, Kina. Debía de gozar de cierta reputación. Me pregunté por qué nunca habría oído hablar de ella.

De nuevo retrocedí hasta el campamento capturado. Ahora dispondríamos de gran cantidad de material, que nos resultaría útil.

—Martinete, ve a por el resto de la tropa. Haz que traigan estacas del muro de contención. Narayan, quiero que tengas claro qué hombres son los menos merecedores de recibir armas. —Ya casi habría suficientes para todos.

Las armas debían ser un honor y una muestra de confianza que ganar.

* * *

Se produjo un cambio dramático. Parecía que hubiéramos asistido a un nuevo triunfo en Ghoja. Incluso los que no habían tomado parte en la escaramuza habían ganado confianza. La tropa había cambiado su actitud. Aquellos hombres tenían un sentimiento renovado de confianza en sí mismos. Estaban orgullosos de formar parte de una empresa, aunque fuera una tan desesperada como aquella, y por fin me concedían el lugar debido en ella. Recorrí el campamento dejando caer pistas de que pronto formarían parte de algo más poderoso.

Había que ir alimentando su confianza, hacer crecer en ellos continuamente los celos y la desconfianza hacia aquellos que no pertenecieran a la tropa.

Hace falta tiempo para forjar un martillo. Más del que dispondría. Llevaba años, incluso décadas, formar una fuerza como la Compañía Negra, que había sido impulsada hasta lo más alto de la tradición guerrera.

Ahora volcaba mis esfuerzos para obrar mágicamente un Martillo Dorado, algo estridente pero sin sustancia real, letal solo ante los ignorantes y los más desprevenidos.

Había llegado el momento de celebrar una ceremonia que acabaría de distanciarlos del resto del mundo. La hora de un rito de sangre que los vincularía entre sí, y también conmigo.

Ordené que instalaran las estacas de la empalizada a lo largo del sendero sur hacia el bosque. Entonces hice decapitar a todos los sureños muertos, para que sus cabezas fueran dispuestas en lo alto de las estacas, mirando al sur, como un claro aviso a los viajeros que compartieran sus ambiciones.

Narayan y Sindhu estaban encantados. Segaron cabezas con gran entusiasmo. No albergaban ni un ápice de horror por lo que estaban haciendo.

Tampoco yo lo hacía. En mi vida ya lo había visto todo.



Swan estaba recostado a la sombra, bañándose en una de las orillas del Principal, contemplando perezosamente cómo su tripa flotaba en una profunda poza en calma. Apenas corría una ligera brisa, se estaba fresco a la sombra y hasta los insectos parecían estar demasiado ociosos como para molestarlo. Estaba medio dormido. ¿Qué más podía pedir un hombre?

Hoja se sentó.

—¿Qué, pican?

—No. Aunque no sé qué haría si lo hiciesen. ¿Cómo ha ido?

—Ella requiere nuestros servicios. —Se refería a la radisha, a quien habían encontrado aguardándolos al llegar a Ghoja (para consternación de Humo)—. Tiene un trabajo para nosotros.

—¿Pues vaya novedad, no? ¿Y no le dijiste que se metiera sus requerimientos por donde le quepan?

—Pensé reservar para a ti ese placer.

—Hubiera preferido que me hubieras ahorrado la caminata. Estoy comodísimo aquí.

—Quiere que arrastremos a Humo hasta donde no quiere ir.

—¿Y por qué no le dijiste cómo estaban las cosas? —Swan empezó a salir del agua. Nada había picado en su anzuelo—. Ya sabía que aquí no iba a picar un solo pez. —Entonces apoyó la caña contra un tronco. Toda una declaración de intenciones—. ¿Dónde fue Fibroso?

—Imagino que estará allí, esperando. Quería ver a Jah. Ya le informé de lo sucedido.

Swan contempló el río.

—Mataría por una pinta de cerveza. —Antes de dejarse llevar por la creciente agitación, habían estado ocupándose del negocio de la cerveza, en Taglios.

Hoja bufó, encaminándose hacia la fortaleza que dominaba el vado del Ghoja.

* * *

Aquella fortaleza se alzaba en la orilla sur del Principal. La habían levantado los Maestros de las Sombras después de que su invasión de Taglios fuera repelida, y con el fin de defender sus conquistas al sur del río. La Compañía Negra había tomado la fortaleza después de su victoria al norte del río. Los artesanos taglianos estaban robusteciéndola y comenzaban a levantar una fortaleza hermana en la orilla norte.

Swan escudriñó el escabroso campamento al oeste de la fortaleza. Contenía a ochocientos hombres. Muchos trabajaban en la construcción o remodelación de las fortalezas. En su mayoría eran fugitivos sureños. Pero un grupo especialmente grande de estos le irritaba.

—¿Crees que Jah habrá adivinado ya que ella está aquí?

Jahamaraj Jah era un sacerdote shadar ansioso de poder. Había encabezado a la caballería de refuerzo durante la incursión al sur. Su huida al norte había sido tan precipitada que había empujado al grupo de Swan al vado durante varios días.

—Seguramente. La pasada noche intentó hacer pasar a hurtadillas a un mensajero. —La radisha, a través del propio Swan, había prohibido que nadie cruzara el río. No quería recoger más noticias del desastre antes de que se establecieran las verdaderas dimensiones de este.

—¿Y qué pasó?

—El mensajero se ahogó. Fibroso dice que Jah lo cree a él culpable. —Hoja se carcajeó. Odiaba a los sacerdotes. Hostigarlos era su pasatiempo favorito. A todos por igual, sea cual fuera su fe.

—Eso está bien. Así nos lo quitaremos de encima un tiempo, al menos hasta que averigüemos qué hacer con él.

—Yo ya lo sé.

—Piensa en las consecuencias políticas —lo alertó Swan—. ¿Es que siempre es esa la solución que se te ocurre? ¿Rebanar cabezas?

—Eso acostumbra a frenar los pies.

Los guardias de la puerta de la fortaleza los saludaron. Se contaban entre los preferidos por la radisha y, aunque ni Hoja, Swan o Mather lo habían buscado, ahora estaban al mando de las defensas de Taglios.

—Tengo que acostumbrarme a pensar en términos más grandes de tiempo, Hoja —dijo Swan—. Nunca habría pensado que volveríamos a estar así, después de la actuación de la Compañía Negra.

—Tienes tanto que aprender aún, Sauce-Fibroso y Humo aguardaban en el exterior de la habitación de la radisha. Por su aspecto, se diría que Humo andaba mal

del estómago. Parecía apremiado por estar en otro lugar.

Swan dijo:

—Tienes mala cara, Fibroso.

—Solo estoy cansado. Estoy harto de esos pesados.

Swan arqueó una ceja. Se suponía que Fibroso era el sereno, el chico paciente, el que calmaba las aguas. Humo sabía bien cómo pincharle.

—¿Está lista?

—Siempre lo está.

—Pues en marcha. Me espera un río lleno de peces.

—Mejor hazte a la idea de que para cuando vuelvas les habrán salido canas. — Mather llamó a la puerta y empujó al mago para que encabezara al grupo.

En cuanto Swan cerró la puerta, la radisha accedió al cuerpo principal de su cámara, desde una habitación lateral. Allí, reunida en privado con hombres que no compartían su cultura, no tenía que aparentar ese papel que estaba más tradicionalmente ajustado a su sexo.

—¿Se lo has contado ya, Fibroso?

Sauce y Hoja intercambiaron fugaces miradas. ¿Llamaba a su viejo compinche por su nombre de pila? Qué interesante. ¿Cómo la llamaría él a ella? No parecía mostrarse muy afectuoso.

—Todavía no.

—¿Qué sucede? —preguntó Swan.

—He hecho que mis hombres se mezclen con los soldados —explicó la radisha—. Les han llegado rumores de que la mujer que fue lugarteniente de la Compañía Negra ha sobrevivido. Ahora intenta reunir a los supervivientes, hacia el sur.

—Esas son las mejores noticias que he escuchado desde hace mucho —dijo Swan, guiñándole un ojo a Hoja.

—¿De verdad?

—Claro, habría sido una lástima haber perdido a una aliada así.

—Apuesto a que es por eso. Swan, eres un malpensado.

—Cierto. Pero estarías igual si la hubieras visto. Vaya qué sí. Nos salvó a los tres. Es una profesional.

—Eso está por ver. Tenemos dificultades. Fibroso, ponlos al día.

—Acaban de llegar veintitantos hombres de la Segunda. Se mantuvieron apartados de los senderos para evitar a las patrullas de los Maestros de las Sombras. Se hicieron con un par de prisioneros a unos cien kilómetros hacia el sur. Han declarado que, la noche antes de ser capturados, Kina y un ejército fantasma a sus órdenes atacaron su campamento y acabaron con la mayoría de sus integrantes.

Swan miró a Hoja, a la radisha y de nuevo a Fibroso.

—Hay algo que no entiendo. ¿Quién es ese Kina? ¿Y qué le pasa a Humo? —El

mago temblaba como si lo hubieran sumergido en un lago de aguas heladas.

Mather y Hoja se encogieron de hombros. No tenían ni idea.

La radisha se sentó.

—Poneos cómodos —dijo mordiéndose el labio—. Lo que os voy a contar no es agradable. Kina es el cuarto ángulo del triángulo de la religión tagliana. No está adscrita a ninguno de los panteones, pero es capaz de aterrorizar al más pintado. No tiene nombre, a menos que nadie la llame, Es extraordinariamente depravada. Por fortuna, su culto no está muy extendido. Y está prohibido. La pertenencia al mismo es castigada con la muerte. Y debo decir que es una pena apropiada. Los ritos del culto siempre implican torturas y asesinato. Con todo, aún persiste. Sus miembros dicen aguardar la llegada de alguien conocido como el Anunciado, y del Año de los Cráneos. Es un culto ancestral y oscuro, que no conoce de naciones ni de vínculos étnicos. Los que lo profesan se ocultan tras apariencias respetables. A veces se hacen llamar los Impostores. Llevan vidas normales, integrados en sus comunidades. Cualquier persona puede pertenecer al culto. Son pocas las personas conscientes de todo esto.

Swan no acababa de entenderlo, y así lo hizo saber:

—No suena muy diferente de las encarnaciones Hada o Khadi de los shadar.

La radisha le dedicó una sonrisa amarga.

—Esos no son más que sombras de la realidad. —Hada y Khadi eran las personificaciones del dios de la muerte shadar—. Jah podría mostrarte mil aspectos en los que Khadi, comparado con Kina, sería como un gatito. —Jahamaraj Jah era un devoto de Khadi.

Swan se encogió de hombros, dudando aún poder encontrar diferencias si le enseñaran un dibujo de cada uno. Hacía tiempo que había apartado la idea de intentar discernir en el maremagno de dioses taglianos, cada uno de ellos con sus diez o veinte diferentes formas o encarnaciones.

—¿Y qué le pasa a este? —dijo señalando a Humo—. Tiembla como si quisiera que le cambiáramos los pañales.

—Humo predijo la llegada del Año de los Cráneos: una época de caos, regida por un baño de sangre, si empleábamos a la Compañía Negra. Pero en realidad no lo creía posible. Solo lo hizo para asustar a mi hermano y que no hiciese algo que temía. Pero ha declarado públicamente esa predicción. Y ahora parece posible que pueda ocurrir.

—Ya, claro —dijo Swan frunciendo el ceño. Aún aparentemente perdido—. Déjame ver si lo he entendido. ¿Resulta que existe por ahí un culto mortal que hace que tipejos como Jah y Khadi parezcan un par de nenas? ¿Y eso basta para aterrorizar al más pintado?

—Así es.

—¿Y adoran a una diosa llamada Kina?

—Sí, ese es el más conocido de sus nombres.

—¿Y por qué no me sorprende escucharlo? ¿Es que no hay ningún dios aquí abajo con más nombres que un estafador de dos mil años de antigüedad?

—Kina es como la bautizaron los gunni. También se la conoce como Patwa, Kompara, Bhomahna y por muchos otros nombres. Los gunni, los shadar, los vehdna, todos han encontrado formas de aceptarla en sus panteones. Muchos shadar que han acabado siendo sus seguidores, por ejemplo, la consideran la verdadera forma de Hada o Khadi, a quienes juzgan como solo otros de sus engaños.

—Agh. De acuerdo. Me rindo. De modo que hay una bastarda entre las malas hierbas llamada Kina. ¿Y cómo es que ni Fibroso, ni Hoja, ni yo habíamos oído hablar nunca antes de ella?

La radisha pareció entonces algo incómoda.

—Porque estabais fuera de todo esto. Eráis extranjeros. Norteños.

—Quizá. —¿Pero qué tendría que ver ser del norte con todo aquello?—. ¿Y por qué tanto pánico? Tanto lío con esta Kina, ¿por un par de prisioneros que no tienen por qué decir la verdad? ¿Solo por eso Humo va y se lo hace encima y vos os ponéis a echar espuma por la boca? Se me hace bastante difícil tomarme todo esto en serio.

—Te entiendo perfectamente. Tendremos que abrirte los ojos. Por eso te envío a primera línea, a verificar toda la historia por ti mismo.

Swan sonrió, intentaba sonsacarla.

—Pero sin perdernos de vista. Cuéntanos la historia completa. Ya sabemos que la liasteis con la Compañía Negra. Y ahora crees que nos vas a meter en esto con la excusa de que no somos de Taglios...

—Ya basta, Swan. —La radisha empezaba a enfadarse.

Humo pareció relinchar. Negó con la cabeza.

—¿Y qué hay de él? —preguntó Sauce. Le quedaba poco para lanzarse a estrangularlo y que dejara ya de retorcerse.

—Humo ve fantasmas en cada sombra. En vuestro caso, teme que seáis espías enviados por la Compañía Negra.

—Oh, claro. ¡Menudo capullo! Lo que faltaba. ¿Por qué sigue todo el inundo dándole vueltas a eso? Puede que patearan algunos culos de aquí al norte, pero hace ya mucho de eso. Han pasado cuatrocientos años ya, maldita sea.

La radisha ignoró aquel comentario y siguió hablando.

—La historia de Kina es bastante incierta. Es una diosa extranjera. La leyenda cuenta que un príncipe de las Sombras engañó al más apuesto de los Señores de la Luz para adoptar su forma física durante un año entero. En ese tiempo sedujo a Mahi, la Diosa del Amor, y engendró con ella a Kina. Kina creció aún más hermosa que su madre, pero con las entrañas vacías, desprovista de alma, sin amor ni compasión. Aunque sí ansiosa por poseer todo ello. Era incapaz de satisfacer esos apetitos. Rogó

a dioses y hombres de igual manera por que la satisficieran, a Sombras y a Luces. Entre sus nombres están los de la Devoradora de Almas, o la Diosa Vampiro. Debilitó de tal manera a los Señores de la Luz que las Sombras buscaron derrotarlos, y para ello arrojaron contra ellos una horda de demonios. Los Señores de la Luz se encontraron en unos apuros tales que se vieron obligados a rogar ayuda a Kina. Ella accedió a sus súplicas, pero sin explicar los motivos para hacer tal cosa. Hizo frente a los demonios, los derrotó y los devoró, consumiendo toda su locura.

La radisha hizo una pausa. Enseguida continuó.

»Kina se convirtió en una criatura aún peor de lo que ya había sido antes, siendo conocida también a partir de entonces como la Devoradora, la Devastadora o la Destructor. Se convirtió en una fuerza aún superior a los propios dioses, más allá del equilibrio entre la Luz y las Sombras, enemiga por igual de todos ellos. Engendró un terror tan terrible que incluso la Luz y las Sombras aunaron sus fuerzas en su contra. Su propio padre fue quien la engañó para hacerla caer en un sueño mágico.

Hoja murmuró:

—Para mí tiene tanto sentido como la historia de cualquier otro dios. Lo que quiere decir que no tiene ninguno.

—¡Kina es la personificación de la fuerza a la que algunos se refieren como Entropía! —dijo Humo entre chillidos. Y luego, dirigiéndose a Radisha—: Corregidme si me equivoco.

Esta lo ignoró.

—Antes de que Kina quedara dormida, fue consciente de que había sido engañada. Tomó aliento con fuerza, exhaló una fracción diminuta de su esencia vital, apenas algo más que la sombra de un fantasma. Ese espectro vaga por el mundo en busca de un cascarón viviente que poder poseer, para poder dar a luz al Año de los Cráneos. Si esta personificación lograra dar caza a las suficientes almas y liberar el dolor necesario, Kina podría ser despertada.

Swan se rió entre dientes, como una anciana que soltara una regañina.

—¿De veras crees en toda esa cháchara?

—Swan, no importa lo que yo crea. Son los Impostores los que creen. Si se corre la voz de que Kina ha sido vista, y de que hay pruebas que lo sostienen, predicarán una cruzada de asesinatos y tortura. ¡Ya lo veréis! —dijo levantado una mano—. Taglios está al borde del estallido de revueltas violentas. Al haber sido ahogados los rebotes habituales durante generaciones, se ha generado una enorme acumulación de violencia potencial. Los Impostores querrán que estalle, y dar inicio así al Año de los Cráneos. Mi hermano y yo misma intentamos encauzar esa furia.

Hoja refunfuñó ante los desatinos que la gente podía llegar a cometer blandiendo la fe. No entendía por qué esta no tenía el suficiente sentido común como para acallar a los aspirantes a sacerdotes.

La radisha dijo:

—No creemos que los Impostores tengan un clero jerárquico que se pueda definir como tal. Parecen constituir grupos flexibles, o compañías, al mando de un capitán electo. Ese capitán designa a un sacerdote, a un lector de augurios, y así sucesivamente. Dispone de una autoridad limitada. No tiene demasiada influencia fuera de su banda, a menos que haya hecho algo para adquirir reputación.

—Pues no me suena tan mal —añadió Hoja.

La radisha frunció el ceño.

—El principal requisito para llegar a ser sacerdote parece ser la educación y la escrupulosidad para con los de su propia clase. Las bandas consienten crímenes de todo tipo. Una vez al año comparten sus botines, de acuerdo con la valoración que el sacerdote haga de las contribuciones de los miembros en pro de la mayor gloria de Kina. Apoya sus decisiones, en previsión de posibles disputas, en una detallada crónica de las actividades de la banda.

—Todo muy bonito —dijo Swan—. ¿Pero cómo pretendes que nos acerquemos a nuestro objetivo? ¿Se supone que tenemos que andar con Humo a cuestas a la espera de encontrar alguna pista que explique qué les sucedió a los soldados de los Maestros de las Sombras?

—Exacto.

—¿Pero por qué deberíamos molestarnos?

—Pensé que os lo acababa de explicar... —La radisha trató de contenerse—. En caso de que se trate de una verdadera aparición de Kina, los problemas para nosotros serán mayores de los que pensamos. Entonces puede que los Maestros de las Sombras pasen a un segundo plano.

—¡Os avisé! —chilló Humo—. Os avisé cientos de veces. Pero no me quisisteis escuchar. Os lo tenéis merecido.

—Calla —le dijo la radisha, clavándole la mirada—. Estoy tan harta ya de ti como Swan. Salid a averiguar lo sucedido. Y recopilad también todos los datos que podáis sobre esa mujer.

—No hay problema —dijo Swan, sonriendo—. En marcha, viejo amigo —dijo cogiendo a Humo por el hombro. Y preguntó entonces a la radisha—: ¿Podrás arreglártelas con Jahamaraj Jah sin nosotros?

—Ya me las apañaré.

* * *

En su montura, listo para partir, mientras aguardaba a Hoja y a Humo, Swan preguntó:

—Fibroso, ¿no tienes la sensación de estar perdido en el bosque, en plena noche, mientras todo el mundo parece esforzarse por no dejar pasar ni un solo rayo de luz?

—Mmm... —Mather era bastante más reflexivo que Hoja o Swan—. Temen que si llegamos a ser conscientes de todo lo que está pasando, desertemos. Están desesperados. Han perdido a la Compañía Negra. Nosotros somos todo lo que les queda.

—Como en los viejos tiempos.

—Mmm.

Los viejos tiempos. Antes de que irrumpieran todos aquellos profesionales. Cuando la tierra que los había adoptado como hogar los había convertido, aunque a regañadientes, en capitanes. Y todo porque los señores, enemistados, no toleraban acatar órdenes de nativos no creyentes. Tras un año entero en la refriega, siendo imposible decidir quién sabía menos de lo que estaba sucediendo, haciendo frente diariamente a chanchullos políticos, había acabado por dejarse convencer por Swan y Hoja: no haría daño librar al mundo de unos pocos cientos de sacerdotes.

—Te has tragado todas esas chorradas sobre Kina.

—No creo que ella mienta. Simplemente no dijo toda la verdad.

—Quizá cuando consigamos apartar a Humo unos cincuenta kilómetros de cualquier asentamiento más o menos grande, podamos sacársela a él.

—Quizá. Pero siempre conservando en mente lo que es. Si lo presionamos demasiado, es posible que quiera mostrarnos la clase de mago que es. Recordémoslo. Ya vienen.

Humo parecía un condenado a muerte. Hoja tenía el mismo aspecto infeliz de siempre, pero Swan sabía que estaba contento. Hoja esperaba tener ahora la oportunidad de patear a unos cuantos tipos que lo merecieran.



El hombre, herido, pensó estar bajo el efecto de narcóticos. Había ejercido como médico. Sabía de la existencia de sustancias que podían tener efectos semejantes sobre la mente humana. Los sueños que lo aquejaban eran muy extraños. Era incapaz de despertar.

Algún leve resquicio de racionalidad, agazapado en un rincón de su mente, observaba, sentía, se cuestionaba vagamente su estado, mientras él sobrevolaba sin descanso un paisaje, a unos cuantos metros del suelo, sin distinguirlo apenas. A veces, sobre su cabeza, le pasaban ramas. En otras ocasiones veía colinas con el rabillo del ojo. En una ocasión se despertó sobre un denso pasto, en otra sintió estar vadeando una gran masa de agua.

De vez en cuando, un gran corcel negro lo miraba desde lo alto. Creyó reconocer a aquel animal, pero fue incapaz de recomponer su imagen completa en su cabeza.

Otras veces, una figura informe saltaba sobre la montura, a horcajadas, contemplándolo también desde lo alto, desde las profundidades de un hábito.

Sospechaba que todo aquello era real. Sin embargo, todos los sucesos estaban envueltos en un halo de incoherencia. Solo aquel caballo le resultaba en mayor medida familiar.

Diablos. No era capaz ni de recordar su propia identidad. Sus recuerdos no parecían encajar. Sucesos aparentemente pasados no dejaban de entrometerse en lo que parecía ser el presente, casi siempre tan reales como este mismo.

Estas intrusiones eran retazos del campo de batalla, inciertas escenas que al mismo tiempo contenían un brillo intenso color sangre. Una gran masacre estaba siempre presente. A veces esos recuerdos iban acompañados de nombres: señores. Encanto. Berilo. Rosas. Caballo. De jagore. Juniper. Túmulo. El Puente de la Reina. De nuevo De jagore. Tan a menudo De jagore.

Raramente recordaba algún rostro. Una mujer de hermosos ojos azules, largos cabellos azabache, y siempre vestida de negro. Debía de haber sido alguien importante en su vida. Sí. La única mujer... Cada vez que se le aparecía, su imagen

tardaba apenas segundos en desvanecerse, enseguida reemplazada por semblantes masculinos. A diferencia de las escenas de la orgía de sangre, aquellas imágenes nunca iban acompañadas de nombres. Pero, con todo, debía conocerlos. Ahora los sentía como espectros, aguardando a darle la bienvenida entre ellos.

De vez en cuando sentía un terrible dolor en el pecho. Se sentía más consciente cuanto más intenso era este. El mundo casi parecía tener sentido para él en esos momentos. Pero la criatura enfundada en color negro lo visitaba irremediablemente, y enseguida volvía a hundirse entre sueños.

¿Habría muerto la Compañía Negra? ¿Estaría él en pleno viaje al averno? Su mente no cavilaba lo suficiente como para aprehender siquiera aquella idea.

No había sido una persona religiosa. Había considerado que no había nada más allá tras la muerte. Significaba un punto y final, como para un gusano aplastado, o una rata ahogada. Había sostenido que la inmortalidad está en las mentes de aquellos a quienes se deja atrás.

Pasaba durmiendo mucho más tiempo del que consumía en vigilia. Esta le era esquiva.

Experimentó una vivida sensación de *déjà vu* al pasar junto a un solitario árbol maltrecho, apenas justo antes de entrar en un oscuro bosque. Aquel árbol, de alguna forma, había significado algo importante para él, en otro tiempo.

Se abrió paso a través del bosque, hasta llegar a un claro, atravesando el umbral de un edificio. Su interior era muy oscuro.

Una luz cobró vida en el límite de su rango de visión. Descendió. Sintió contra su espalda una superficie plana. De nuevo apareció frente a él la figura envuelta en negro, inclinándose. Una mano envuelta en un guante negro lo tocó. Una vez más, perdió el conocimiento.

* * *

Se despertó hambriento. Una lanza de agonía se abrió paso a través de su pecho, que palpitaba con fuerza. Estaba empapado en su propio sudor. Le dolía la cabeza, se sentía como relleno de algodón empapado. Estaba febril. Sin embargo, su mente parecía estar trabajando lo suficientemente bien como para identificar los síntomas y concluir que había sufrido heridas y que estaba horriblemente congestionado. Una combinación que podía resultar letal.

Los recuerdos le venían a la cabeza, tan desordenados como una camada de bulliciosos gatitos, amontonados, sin demasiado sentido.

Había liderado a cuatro mil hombres en una batalla en las afueras de DeJagore. Y los resultados no habían sido buenos. Recordaba haber estado esforzándose por

recomponer las tropas. Una flecha, salida de la nada, le había atravesado la coraza y su propio pecho. Milagrosamente, no le había acertado en ningún órgano vital. Pero había caído. Su portaestandarte se había colocado su armadura, intentando cambiar las tornas, en una valiente acción ficticia.

Pero estaba claro que Murgén había fracasado.

De su árida garganta brotó un sonido de asfixia.

La oscura figura volvió a aparecer.

Recordaba algo. Aquella criatura había estado persiguiendo a la Compañía Negra por medio mundo, acompañada por una horda de cuervos. Intentó incorporarse.

El dolor era terrible. Aún estaba demasiado débil.

¡Conocía a aquella terrorífica criatura!

El recuerdo le vino de la nada, como un relámpago, pero estaba seguro.

Atrapa Almas.

Era increíble. Una muerta caminando...

Atrapa Almas. Mentora en otro tiempo. Señora de la Compañía Negra en la antigüedad. Y más recientemente una enemiga letal, pero hacía tanto tiempo... Se la suponía muerta desde hacía más de una década.

Ella había estado allí. Lo había visto morir. Había participado en su caza...

Intentó volver a alzarse, pero alguna vaga fuerza lo impulsaba a combatir algo a lo que no podía hacer frente.

Una mano enfundada en un guante lo sostuvo. Una voz amable se dirigió a él:

—No hagas esos esfuerzos. No estás sanando bien. No has comido ni tomado los fluidos suficientes. ¿Estás despierto? ¿Estás consciente?

Logró asentir débilmente en respuesta.

—Bien. Voy a intentar sostenerte erguido. Te daré un caldo. No malgastes energías. Debes dejar que tu cuerpo recupere las fuerzas.

Lo irguió y lo apoyó, haciéndole sorber el caldo a través de un junco. Sorbió una pinta entera. Dejó que se aposentara en su estómago. Enseguida, un destello de energía recorrió su cuerpo.

—Eso deberá bastar por ahora. Ahora te limpiaremos.

No estaba muy de acuerdo.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —graznó.

Ella le posó un cuenco de agua entre las manos, y le colocó otro junco.

—Sorbe y no hables. —Entonces empezó a retirarle la ropa a tajos—. Matasanos, pasaron ya siete días desde que fuiste alcanzado. —La voz sonaba ahora completamente distinta. En realidad, cambiaba cada vez que hacía una pausa. Esta en particular sonaba masculina, como burlona, aunque no era él el objeto de esa burla—. Tus camaradas controlan aún Dejagore, para bochorno de los Maestros de las Sombras. Ese Mogaba tuyo está al mando. Es terco, aunque podría encontrar

dificultades. Por muy testarudo que sea, no podrá resistir por siempre. Los poderes alineados en su contra son demasiado fuertes.

Intentó formular una pregunta. Ella se le adelantó.

—¿Ella? —inquirió la voz burlona. Siguió una carcajada enloquecida—. Sí. Sobrevivió. Todo esto no tendría sentido de no haber sido así.

Una nueva voz, femenina pero tan incisiva como un diamante de punta de flecha, espetó:

—¡Intentó matarme! ¡Ja ja! ¡Sí! Y tú estabas allí, amor mío. La ayudaste. Pero no soy rencorosa. Estabas bajo los efectos de algún conjuro. No sabías lo que estabas haciendo. Ahora podrás redimirte ayudándome a cobrar mi venganza.

El hombre no respondió.

Ella lo bañó. Fue generosa con el agua.

La herida le hacía menguar, pero seguía siendo un hombre robusto, de más de dos metros de alto. Tenía unos cuarenta y cinco años. Su cabello era de un color castaño normal. La frente había empezado a despejarse. Sus ojos eran recios, poco vidriosos, de un azul glacial, estrechos y profundos. Sus finos labios, que rara vez sonreían, estaban rodeados de una barba recortada ya algo grisácea. Su semblante mostraba salpicaduras de los recuerdos de una viruela infantil y más que unos cuantos recuerdos de acné. En otro tiempo podría haberse considerado bastante apuesto. Pero los años lo habían tratado mal. Su expresión resultaba ahora siempre dura, e incluso podía decirse que un tanto descentrada.

Desde luego, su aspecto no correspondía a lo que había sido durante toda su vida adulta, historiador y médico al servicio de la Compañía Negra. Más bien se ajustaba al papel que había heredado, el de Capitán de la Compañía.

Acostumbraba a describirse como un depravado listo para actuar. No se sentía cómodo con su aspecto.

Atrapa Almas lo frotó con una fuerza que le recordó a la forma en que lo había hecho su madre.

—No te lleves también la piel.

—Tu herida sana lentamente. Deberás decirme en qué me equivoqué. —Nunca había hecho el papel de sanadora. El suyo era de destructora.

A Matasanos le confundían tantos cuidados. No se consideraba valioso. Al fin y al cabo, no era más que un mercenario venido a más, que había sobrevivido por encima de las expectativas de los de su clase. Logró graznar su inquietud en forma de pregunta.

Ella se carcajeó, respondiendo con un tono de voz lleno de deleite infantil.

—Venganza, querido. Una simple, llana y vil venganza. No tengo intención de ponerle la mano encima. Dejaré que sea ella quien se encargue de todo. —Entonces le palmeó la mejilla, pasando uno de sus dedos por su mandíbula.

»Me ha llevado tiempo. Pero siempre supe que la llegada de este momento era inevitable. Estaba predestinado. Que se consumiera, el intercambio de magias, tres palabras letales. Estaba predestinado. Lo supe antes incluso de conocerte. —De nuevo aquella carcajada risueña—. Le costó una era dar con algo que poder apreciar tanto. Mi venganza será arrebatárselo.

Matasanos cerró los ojos. Aún era incapaz de razonar con certeza. Lo único que entendía era que no corría un peligro inmediato. Podría eludir aquella trama. Acabaría convertido en una marioneta inservible, rota.

Debía aclarar sus ideas. Antes que nada debía sanar. Ya habría tiempo luego para ocuparse de lo demás.

Más carcajadas. Esta vez sonaban en boca de una mujer adulta y consciente de los acontecimientos.

—Matasanos, ¿te acuerdas de cuando combatimos codo con codo? ¿La trampa en la que hicimos caer a Rastrillador? ¿Lo bien que nos los pasamos atormentando al Renco?

Gruñó. Ahora recordaba. Lo recordaba todo, menos esa supuesta diversión.

—¿Te acuerdas de que siempre pensaste que podía leer tu mente?

Sí que se acordaba. Y también recordaba el terror que le había inspirado aquella idea. Aquel viejo terror volvió arrastrándose.

—Estás recordando. —Entonces se volvió a carcajear—. Soy tan feliz... Lo vamos a pasar muy bien. Todo el mundo te cree muerto. Y cuando estás muerto, puedes escapar de cualquier cosa. —Entonces su risa viró a la locura—. Matasanos, les daremos caza. Eso es lo que haremos.

* * *

Con el tiempo, consiguió recobrar las suficientes energías como para caminar con ayuda. Su captora lo empujó a hacerlo, lo impulsó a recuperar fuerzas. Con todo, seguía durmiendo la mayor parte del tiempo. Y cuando lo hacía, lo acompañaban terribles pesadillas.

Aunque lo desconocía, aquel lugar anclaba los sueños. Estos le decían que no estaba en lugar seguro, que los propios árboles, la tierra y la piedra recordaban los males allí acaecidos.

Los sueños eran absolutamente vividos, aunque al despertar no le quedaba prueba alguna de su realidad. Eso, claro, sin contar los siempre presentes cuervos. Invariablemente, esas bestias, decenas, cientos, miles de cuervos.

Estando de pie, en el umbral de su refugio (una estructura de piedra medio derruida, enterrada entre la vegetación, en el corazón de un oscuro bosque), preguntó:

—¿Qué es este lugar? ¿Es el mismo bosque hasta el que te perseguí hace algunos meses?

—Así es. Se trata de la arboleda sagrada para los adoradores de Kina. Si limpiáramos el espacio de plantas trepadoras, podrías ver las tallas. En otro tiempo fue un lugar importante para la Compañía Negra, que lo tomó de los shadar. Esta tierra esta llena de huesos.

Él se volvió lentamente, mirando al sombrío hábito. No le hacía falta mirar la caja que sostenía en sus manos. Sabía lo que debía contener.

—¿La Compañía Negra?

—Llevó a cabo sacrificios aquí. Cien mil prisioneros de guerra.

Matasanos palideció. No era algo agradable de escuchar. Su romance con la historia de la Compañía se remontaba mucho tiempo atrás. Y no había sitio en él para un pasado retorcido.

—¿Es eso cierto?

—Es cierto, amor mío. Yo misma lo leí en los libros que el mago Humo te ocultó, en Taglios. Los volúmenes no incluidos en tus Anales. Tus antepasados fueron hombres crueles. Su misión requería el sacrificio de millones de almas.

Un nudo le encogió el estómago.

—¿Para qué? ¿En nombre de quién? ¿Con qué motivo?

Ella dudó. Él sabía bien que no fue honesta al decir:

—No está claro. Aunque seguro que tu lugarteniente Mogaba lo sabe.

No eran exactamente sus palabras, sino la forma en que las decía, la voz con la que las decía. Se estremeció. Y creyó. A lo largo de toda su sociedad con la Compañía, Mogaba se había mostrado reservado y huidizo. ¿Qué estaría haciendo ahora con las tradiciones de la Compañía?

»Los discípulos de Kina visitan este lugar dos veces al año. Celebrarán su Festival de las Luces de aquí a un mes. Para entonces, debemos haber acabado.

Confuso, Matasanos inquirió:

—¿Por qué estamos aquí?

—Estamos recuperándonos —dijo carcajeándose—. Sanando en un lugar en que nadie nos molestará. Todos lo evitan. Y cuando haya culminado mis cuidados contigo, serás tú quien me ayude. —Aún divertida, se retiró la capucha.

Esta no contenía cabeza alguna.

Alzó la caja que siempre llevaba consigo, abollada y de menos de medio metro de ancho. Abrió un habitáculo. Entonces asomó una cara. Un rostro hermoso, como el de su amada, aunque en cierta medida menos aquejado por las preocupaciones, carente de vida.

Aquello era imposible.

De nuevo un nudo le cerró el estómago. Recordó el día en que se le había sido

separada la cabeza del resto del cuerpo hasta caer al suelo, mirándolos a la Dama y a él mismo. La hermana de su amada. Se había merecido aquel trato. La Atrapa Almas le había traicionado. Había intentado suplantar a su hermana como regente del imperio.

—No puedo hacer nada semejante.

—Claro que sí. Lo harás. Lo harás porque es lo que nos mantendrá a los dos con vida. Es algo que todos compartimos, ¿no es cierto?: las ganas de vivir. Yo quiero que ella viva porque deseo verla sufrir. Tú quieres vivir por ella, porque veneras a la Compañía, porque... —entonces se carcajeó sonoramente—. Porque mientras hay vida, hay esperanza.



Resonaron truenos. Relámpagos de color plata azotaron nubes de tinte rojizo, agrietando el cielo sombrío. Una horda rugió surcando una llanura de basalto, en pos de las doradas cuadrigas de los dioses.

Una figura avanzó abandonando la formación. Tenía más de tres metros de alto, era de reluciente ébano, estaba desnuda y levantaba cada uno de sus pies hasta la altura de la rodilla, hacia un lado, para luego ondear la pierna hacia el frente y apoyarla con fuerza sobre el suelo. La tierra temblaba.

La figura era femenina, absolutamente perfecta, aunque carente de un solo vello, y vestía un cinturón hecho de cráneos de infantes. Su semblante era cambiante: durante un instante irradiaba una belleza oscura, y al siguiente bullía en una pesadilla de ojos en llamas y colmillos de vampiro.

La figura agarró a un demonio y lo devoró, desgarrándolo, haciéndolo trizas, haciendo volar entrañas y vísceras. La sangre del demonio salpicaba y chorreaba; quemando agujeros en la superficie de la llanura. Las mandíbulas de la criatura se ensancharon. Engulló la cabeza del demonio de un solo bocado. Acto seguido, un bulto bajó por su cuello, como un ratón engullido por una serpiente.

La horda la rodeó, incapaz de hacerle daño. Devoró a otro diablo, entre gritos de este, y luego a otro y a otro más. Con cada uno, crecía y se hacía más terrible.

—Estoy aquí, hermana. Ábrete a mí. Yo soy tu sueño. Y soy el poder.

La voz flotaba como una telaraña en doradas cavernas, bordeadas por ancianos, sentados, congelados, inmortales, incapaces de pestañear una sola vez. Deforma increíble, muchos parecían estar cubiertos por telarañas de hielo, como si cientos de arañas las hubieran tejido con hebras de agua helada. En lo alto, un mágico bosque de carámbanos de hielo colgaba del techo de la caverna.

—Ven. Pues yo soy lo que ansias. Eres mi prole.

Pero el firme era traicionero, y hacía imposible tanto avanzar como retroceder.

La voz la llamó, conjurándola con una paciencia infinita.

* * *

Al despertar, esta vez pude recordar ambos sueños. Aún estaba temblando por el frío de las cavernas. Pensé que aquel sueño parecía diferente en cada ocasión, pero al mismo tiempo era el mismo. Algún conjuro.

No soy ninguna necia. Había visto cosas lo bastante increíbles como para saber que aquellos sueños eran más que pesadillas. Algo intentaba atraparme, reclutarme para una causa que era incapaz de adivinar. La forma de hacerlo era ancestral. Yo misma la había utilizado en miles de ocasiones. Se trataba de ofrecer poder, riquezas, colmar toda clase de deseos, agitando el anzuelo hasta que el pez picara, sin llegar nunca a revelar el coste.

¿Me conocería aquella criatura? No lo creo. Simplemente yo estaba receptiva, y por ello intentaba atraerme.

De ninguna forma estaba dispuesta a considerarla una deidad; aunque seguramente querría ser considerada como tal. Solo había conocido a un dios, al Viejo Padre Árbol, el Señor de la Llanura del Terror. Y ni siquiera él se puede considerar un dios en el sentido estricto, únicamente un ser de inmensa longevidad y poder.

Este mundo me había revelado solo dos seres con mayor poder al mío. Uno de ellos era mi marido, el Dominador, a quien ya había desterrado al olvido. En mil años, bien podría ser recordado como un dios oscuro.

El otro era el Padre Árbol, más poderoso de lo que yo nunca podría haber sido, con raíces que le servían para anclarlo. Era capaz de proyectar su poder fuera de la Llanura del Terror solo a través de sus heraldos.

Matasanos me habló de un tercer poder que yace enterrado bajo el Padre Árbol, aprisionado en ese lugar mientras este viva. El árbol se puede considerar una criatura inmortal, según los estándares humanos.

Pero donde existen estos tres grandes poderes, bien puede tener cabida alguno más. El mundo es viejo. El pasado está envuelto en velos. Aquellos que acumularon poder en alguna edad pasada, a menudo lo hicieron explotando los secretos de antiguas épocas. ¿Quién sabe cuántos demonios pueden yacer bajo esta tierra encantada?

¿Quién sabe qué dioses de los que proclaman los hombres, desde épocas pasadas, no son sino ecos de aquellos que pudieron caminar por una senda semejante a la mía pero que, finalmente, acabaron siendo víctimas del implacable paso del tiempo?

No era un pensamiento tranquilizador. El tiempo es el único enemigo al que no se le agota la paciencia.

* * *

—¿Dama? ¿Es que algo os inquieta? —La sonrisa de Narayan parecía haberse ausentado de su semblante. Estaba verdaderamente preocupado.

—No. —Había aparecido sigilosamente—. Una pesadilla persistente. Los malos sueños son la cuota que tenemos que pagar por nuestros actos.

Me miró con curiosidad.

—¿Tú tienes pesadillas, Narayan? —Había empezado a azuzarle con cuidado, para sopesar sus respuestas a preguntas que sondearan sus flancos.

—Nunca, Dama. Duermo como un niño. —Entonces se giró poco a poco, contemplando el campamento. El horizonte estaba envuelto en brumas—. ¿Qué planes tenemos para hoy?

—¿Disponemos de armas suficientes para hacer un combate de entrenamiento? ¿Una batalla simulada que enfrente a dos batallones? —Tenía ya hombres suficientes como para constituir dos batallones de cuatrocientos hombres cada uno, descontando unos pocos centenares para dejarlos encargados de las tareas del campamento, y para que sirvieran de improvisada caballería.

—Apenas. ¿Queréis probar?

—Me gustaría. Estoy pensando en cómo podríamos recompensar a los vencedores. —Había llegado el momento de incluir el factor de la competitividad en el adiestramiento, con recompensas que premiaran la victoria y el esfuerzo. El mayor esfuerzo debía ser reconocido, aunque fuera acompañado de la derrota. El reconocimiento alienta a los soldados, les hace dar todo lo que llevan dentro.

—Descanso para aliviar la fatiga. Están también las incursiones, y las tareas de vigilancia.

—Es una posibilidad. —Por mi parte, estaba considerando también dejar que algunos fueran en busca de sus esposas, después que nos pusiéramos camino de Ghoja.

Martinete me trajo una escudilla con el desayuno. No se podía decir que estuviéramos alimentándonos bien en cuanto a calidad pero, por el momento, sí en cantidad. Narayan preguntó:

—¿Cuánto tiempo más crees que podremos estar apostados aquí?

—No demasiado. —El tiempo estaba convirtiéndose en un factor en nuestra contra. En el norte debían tener noticias ya de la existencia de la banda. Sin duda, los potenciales enemigos políticos debían de estar haciendo ya sus movimientos—. En lugar de un combate simulado, pasaremos revista. Encárgate de hacer circular el rumor de que nos pondremos en marcha si lo que veo me complace. —Eso debería servir para motivarlos.

—Como digáis, Dama. —Narayan se retiró. Reunió a sus compinches, una docena de hombres que lucían pedazos de telas coloreadas en su cintura.

Era un grupo interesante; los había de las tres religiones mayoritarias, dos cultos menores y también esclavos extranjeros que habían sido liberados. Se encargaban en gran parte de hacer funcionar el campamento, aunque únicamente Narayan y Martinete disfrutaban de una posición oficial de mando. Mantenían la paz. Los hombres no estaban demasiado seguros de cómo actuar ante ellos, pero respondían con gravedad ante un aura siniestra que yo misma también sentía en ellos.

Narayan nunca admitía nada parecido. Dirigió a su grupo hábilmente para transmitir mis órdenes. No había duda de que tenía mano sobre aquella docena de hombres, aunque muchos de ellos pertenecieran a castas por encima de la suya.

Me había habituado a vigilarlo de cerca. El tiempo lo delataría si es que no se descubriría él mismo antes, como por su comportamiento daba a entender que ocurriría.

Por el momento, me era demasiado útil como para presionarlo más de la cuenta.

* * *

Asentí en señal de aprobación.

—Casi parecen soldados. Tenemos que conseguirles uniformes.

Narayan asintió también. Parecía petulante, como si considerase que su ingenio fuera el responsable de nuestros avances, y del renacimiento de un nuevo fervor en la tropa.

—¿Qué tal van las clases de monta? —Solo quería conversación. Sabía bien cómo iban. Estrepitosamente mal. Ninguno de aquellos payasos pertenecía a una casta que le hubiera permitido acercarse a un caballo más que para barrer sus huellas, y a unos cuantos pasos de distancia. Pero qué diablos, sería un pecado desperdiciar las monturas de las que disponíamos.

—No muy bien. Aunque unos pocos hombres parecen prometedores. Entre ellos no estamos incluidos Martinete ni yo mismo. Nacimos para caminar.

«Prometedores» se había convertido en la expresión favorita de Narayan. La utilizaba para referirse a todo. Por ejemplo, al enseñarme a usar aquel pañuelo estrangulado o pañoleta, después de mi insistencia en aprender. Había dicho que mis modales eran prometedores.

Sospecho que le sorprendió comprobar lo rápido que me había hecho con aquella práctica. Manejarlo era casi algo tan natural como respirar, aunque siempre había contado con mi destreza. Quizá fueran los siglos de práctica con los veloces y sutiles gestos necesarios para obrar magia.

—¿Decíais algo de ponernos en marcha? —preguntó Narayan—. ¿Dama? —Esta vez había reparado en mostrarse educado en el último instante. Era ese espíritu tagliano. Narayan empezaba a dar por sentada mi condescendencia hacia él.

—Nuestros exploradores deben adentrarse ya demasiado lejos para hacer nuevas indagaciones.

Narayan no contestó, pero parecía reacio a abandonar el campamento.

Tenía la sensación de estar siendo observada. Al principio lo achaqué a los cuervos. Me hacían sentir incómoda. Ahora era más consciente del modo en que había reaccionado ante ellos Matasanos. No se comportaban como verdaderos cuervos. Se lo comenté a Narayan. Él se limitó a sonreír. Dijo que lo consideraba un buen presagio.

Claro que, eso solo significaba que otros debían considerarlos un mal presagio.

Escudriñé los alrededores. Había cuervos, a puñados, pero...

—Narayan, reúne a los doce mejores jinetes. Voy a salir con una patrulla.

—Pero... ¿Creéis que...?

Qué terco era.

—No soy ninguna florecilla. Saldré con una patrulla.

—Como ordenéis, Dama, así se hará.

Por tu bien, Narayan. Por tu bien.



Swan miró a Hoja. La actitud de aquel hombre moreno hacia Humo había virado del desdén al desprecio. El mago no tenía más nervio que un gusano. Temblaba como una hoja seca.

—Es ella —dijo Fibroso.

Swan asintió. Sonrió, pero se guardó su pensamiento para sus adentros.

—Está armando a un grupo. Una banda mucho más organizada que cualquiera que se haya visto por esta región.

Se retiraron de la loma desde la que habían estado observando el campamento. Hoja dijo:

—¿Vamos a presentarnos ahí? —Tenía agarrado al mago de una de sus mangas, como si temiera que aquel mequetrefe echara a correr.

—Aún no. Quiero rodear el campamento, observar la parte sur. No debió de ser muy lejos de aquí donde se enfrentaron a los hombres de los Maestros de las Sombras. Quiero ver el lugar. Si es que somos capaces de encontrarlo.

—¿Crees que sabrán que estamos aquí? —preguntó Fibroso.

—¿Qué? —La idea hizo sobresaltar a Swan.

—Dijiste que estaban organizados. Si hay algo que no pueda achacársele a la Dama es no ser eficiente. Habrá dispuesto vigilancia.

Swan cavilaba. No habían visto a nadie entrar o salir del campamento, pero Mather tenía razón. Sería mejor que se pusieran en marcha, si querían seguir pasando inadvertidos.

—Tienes razón. En marcha. Hoja, ya antes estuviste por esta zona. ¿Sabes cómo cruzar ese arroyo sin desviarnos demasiado de nuestro rumbo?

Hoja asintió. En los días oscuros, antes de que la Compañía Negra tomara las riendas, había dirigido guerrillas contra las fuerzas de los Maestros de las Sombras.

—Abre la marcha entonces. Humo, viejo compinche, me gustaría saber qué pasa por esa cabeza tuya. Nunca había visto a alguien con tantas ganas de hacérselo encima.

El mago no respondió.

Hoja encontró un buen vado a cinco kilómetros al este del sendero del sur, y encabezó la marcha entre bosques más tupidos de lo que había esperado Swan. Al llegar al extremo sur, Hoja dijo:

—El camino está a tres kilómetros hacia ese otro lado.

—Lo imaginaba. —El cielo estaba atestado de aves de carroña—. Ahí encontraremos a nuestros cadáveres.

Aquel era el lugar.

El aire estaba enrarecido. El hedor era un miasma putrefacto. Ni Swan ni Mather tuvieron estómago para echar un vistazo más de cerca. Hoja, sin embargo, parecía carecer por completo de sentido del olfato.

Regresó, y Swan dijo:

—Volviste blanco como la cal.

—No queda demasiado. Di una vuelta. Serían doscientos o trescientos hombres. Es difícil decirlo ahora. Los animales no se han reprimido. Pero... eso sí: ni una cabeza.

—¿Cómo?

—Las cabezas desaparecieron. Las han cortado.

Humo gimió, y enseguida vomitó su desayuno. Su montura dio un respingo.

—¿No tienen cabezas? —preguntó Swan—. No lo entiendo.

—Tengo una idea. Seguidme —dijo Mather. Entonces cabalgó en dirección sur, hacia el lugar en que los cuervos volaban en círculo, descendían y reñían.

Allí encontraron las cabezas.

Hoja preguntó:

—¿Queréis que las contemos? —dijo, y se echó a reír.

—No. Dejémonos caer donde nuestros amigos.

Humo empezó a hacer ruiditos en señal de protesta.

—¿Sigues teniendo ganas de ir al trote en busca de esa altiva belleza? —preguntó Fibroso.

A Swan no se le ocurría ninguna respuesta socarrona.

—Quizá esté empezando a entender el punto de vista de Humo. Debemos buscar la mejor forma de aproximarnos a ella.

—Un kilómetro y medio en dirección a su campamento, recto a través del sendero —dijo Hoja.

Swan bufó.

—Mejor lo rodearemos, gracias.

Tras cruzar el paso del vado, Mather sugirió:

—Suponed que nos echamos a la carretera y aparecemos como si no supiéramos nada de lo ocurrido ahí abajo. Veamos cómo actúan si piensan que simplemente

aparecemos al trote.

—Deja de lloriquear, Humo —dijo Swan—. Supéralo. No te queda otra. Fibroso, tienes razón. Nos servirá como prueba, para ver si ella intenta hacernos alguna jugada.

Entonces cabalgaron hacia el norte, hasta estar casi de vuelta a la cresta. Entonces Mather, que iba a la cabeza, gritó:

—¡Ey! ¡Cuidado!



Cruzamos el arroyo para entrar en el bosque, sobre nuestras monturas. Sindhu iba a la cabeza; había estado explorando esa zona, hasta la última hoja y ramita. Nos condujo a través de un serpenteante sendero de caza que discurría en paralelo al arroyo, hacia el oeste. Me preguntaba qué habría sido de las presas de caza. Lo más grande que habíamos visto había sido una ardilla. Debían rondar unos pocos ciervos nativos, aunque en realidad ni los gunni ni los shadar probaban la carne.

Fue una caminata bastante larga. Mis acompañantes gruñían y discutían.

La vigilancia debía de estar centrada en un bosquecillo que poblaba una loma, desde el que era posible contemplar lo que sucedía en nuestro campamento. No había estado atenta. Había concentrado los pensamientos demasiado en el futuro. De haber tenido un poco más de cordura, habría mandado apostar aquí un escuadrón. Los vigías que tenía en el perímetro estaban demasiado desperdigados como para avistar todo movimiento en la zona, aunque no fuera respecto a posibles escaramuzas. Continuamente se escabullían fugitivos. Habían dejado rastros.

Sabía más o menos lo que encontraríamos sobre aquella loma. Alguien del norte al que le hubieran llegado los rumores y que estuviera preocupado por los problemas que pudieran suponerle mi presencia. Y esperaba que fueran bastantes, frente a los Maestros de las Sombras y todo aquel que se interpusiera en nuestro camino.

Volvimos a cruzar el arroyo unos pocos kilómetros corriente abajo, lejos de la mirada de la loma, luego nos encaminamos de nuevo al este, para descubrir que no había forma de aproximarnos a la arboleda sin ser vistos durante el último medio kilómetro. Les dije a los hombres:

—Lo único que podemos hacer es cabalgar directos hacia ellos. Aunque no deberemos hacerlo desordenadamente. Es posible que no echen a correr hasta que estemos tan cerca que les sea imposible escapar.

No sabía si iban a ser capaces de controlarse. De nuevo se dejaban llevar por la excitación. Estaban mentalizados, pero asustados y ansiosos también.

—En marcha.

Habíamos recorrido la mitad del terreno al descubierto cuando los vigías se descubrieron como codornices.

—Shadar —dijo alguien.

Sí. Caballería shadar, uniformada, y bien equipada.

—¡Son hombres del Jahamaraj Jah! —espeté.

Los hombres maldijeron. Incluso los que eran shadar.

Jah era el sumo sacerdote shadar en Taglios. Cosa de Matasanos. Sin embargo, las concesiones de Jah a esa deuda aparentemente se habían saldado ya, llegada la batalla en Dejagore. Pues tanto él como su caballería habían abandonado el campo de batalla siendo el resultado aún incierto.

Muchos de los hombres los habían visto a la carrera, o habían oído comentarlo. Yo había insistido en la idea de que la batalla se hubiera decantado de nuestro lado de haber permanecido Jah en su puesto.

Y podía ser cierto. En un momento en que el solo peso de una pluma podría haber decantado la balanza hacia un lado u otro, la contribución de Jah fue nula.

Achacaba su huida a un destello de oportunismo. Había intuido un infausto destino para la batalla, y había decidido mandar a todos sus hombres a casa. Había ejercido gran influencia por ser el único agente auxiliar, por muy inepto que fuera, con respaldo de una fuerza militar.

Por ello, ahora merecía una atención especial.

No tuve ni siquiera que ordenar la persecución. Eran cinco shadar. El que huyeran era prueba de que no eran trigo limpio. Los hombres cabalgaron con los ojos inyectados en sangre. Por desgracia, los shadar eran mejores jinetes.

Tenía que alcanzarlos. Exprimí a mi corcel al máximo de sus posibilidades, y me aproximé rápidamente a los fugitivos.

No todos los días tenía posibilidad de poner a prueba a mi montura.

Los shadar tomaron el camino del norte. Mientras me ponía a la altura de los más rezagados, los que iban a la cabeza recorrían la cresta. Solo para toparse con otros jinetes que se encaminaban hacia el sur, en dirección contraria.

Los caballos se sobresaltaron. Los jinetes quedaron desmontados. Cerré el paso a un shadar que se había puesto en pie, echando a correr. Había perdido su casco. Lo agarré por el pelo y cabalgué sosteniéndolo quince metros antes de girarme para examinar a las víctimas de la colisión.

Vaya. Si eran Swan, Mather y Hoja. Y ese necio magucho de Humo. ¿Qué más podíamos esperar?

Mather, Humo y Hoja seguían sobre sus monturas. Swan había sido derribado, y estaba en el suelo, quejándose, sudoroso. Se puso en pie, siguió blasfemando, pateó a un shadar caído y miró a su alrededor en busca de su caballo.

Humo temblaba como un flan. Estaba completamente pálido y murmuraba alguna clase de plegaria.

Mather y Hoja ignoraron el histerismo de Swan. Supuse que eso debía significar que no estaba herido.

Mi cautivo intentó escapar. Lo arrastré unos cuantos metros más, para soltarlo cuando le fue imposible seguir el paso del caballo. Salió volando por los aires, cayó de bruces, y aterrizó a los pies de Swan. Este se sentó sobre él. Entonces pregunté a Mather:

—¿Qué estáis haciendo aquí? —De toda aquella pandilla, era el único más o menos sensato.

—Nos envía la radisha. Quiere saber qué está ocurriendo aquí abajo. Ha habido rumores. Hay quien dice que estáis viva, otros aseguran vuestra muerte.

—Bueno, pues aún no ha sucedido eso último. Aún no.

Llegó el resto de mis hombres.

—Chopal, Hakim: llevaos a estos dos e interrogadlos hasta saber por qué estaban figoneando.

Eran dos compinches de Narayan, los únicos jinetes decentes. Probablemente los habría enviado para echar un ojo a la situación.

Swan se levantó y se apoyó en una de las piernas de Mather.

—No hace falta que andes retorciendo brazos para averiguarlo. Se escuchan cosas últimamente. Tienes a Jah tan nervioso como un gato en una perrera.

—¿De veras?

—Al principio las cosas le fueron bien. Regresó a Dejagore antes que nadie. Solo la mala suerte hizo aparecer a la radisha en Ghoja, ante su presencia. Cerró el vado, se sentía el rey. Pero entonces le llegó el rumor de que alguien había pateado el culo a una banda al servicio de los Maestros Oscuros. Y justo después empezó a correrse la voz de que erais vos. Que no hayáis muerto no conviene demasiado a las aspiraciones de Jah. Y ahora, la Compañía se ha granjeado gran respeto después de su veloz recomposición. Ha hecho que a todos esos clérigos se les haya quedado cara de estúpidos maquinadores convenidos.

Hoja rió entre dientes. Mather dijo:

—Parte de ese respeto os lo granjeasteis como mujer que ha hecho saber a todo el mundo la forma de recomponer una tropa. —Me clavó la mirada—. Pero el mismo hecho de ser mujer va a suponeros un lastre a partir de ahora.

—Mather, ya me las he tenido que arreglar sola antes. —Y no me había hecho muy feliz. Pero la felicidad es pasajera. No viene de nacimiento. No es nada que pueda esperar, y sí algo que acepto cuando me doy de bruces con ello. Entretanto, el poder debería bastar—. Jah tiene también sus lastres. Es vulnerable. Allí atrás tengo a un millar de hombres. Y todos te dirán que Jah nos dejó tirados en Dejagore. De no

haber sido por su actuación, nos habríamos hecho con la victoria.

Entonces Swan me sorprendió.

—Estuvimos observando el desarrollo de la batalla. Lo vimos. Y también otros muchos que han llegado desde entonces. Incluso algunos de los propios hombres de Jah lo admiten.

—Será un lastre —dijo Mather—. Pero no va a bastar para desarmarlo.

Ghopal se encargó de recordarme que tres shadar habían logrado escapar. Era cierto. Huirían encaminándose directamente hacia su maestro, que sin duda debería mover entonces pieza. Sin embargo, dudaba que lo fuera a hacer de inmediato. Acostumbraba a vacilar. Estaría dándole vueltas a la cabeza antes de decidirse.

—Regresemos al campamento. Venid vosotros. Ghopal, trae a los prisioneros. — Encabecé la marcha, forzando a mi corcel al máximo—. Dad la voz de alarma. Tocad repliegue —dije a los soldados de la puerta norte—. ¡Narayan! ¡Martinete!

Ambos llegaron a la carrera.

—¿Qué sucede, Dama? —dijo el primero, resoplando.

—Nos largamos. Ahora mismo. Marcha forzada. Prepara a los hombres. Que los caballos lleven la mayor carga posible. Y asegúrate de que cada hombre transporte comida. No pararemos para repostar alimentos. Vamos.

Salieron pitando.

Era media mañana. Ghoja estaba a sesenta kilómetros de distancia, una caminata de diez horas si todos lograban mantener el paso. Si la noche no se hacía demasiado oscura, lo que no sucedería si el cielo seguía despejado. La luna estaría en cuarto creciente en el cielo una hora después de la puesta de sol. No es que fuera demasiada luz, pero quizá fuera bastante.

Los cuernos que habíamos arrebatado a la caballería de los Maestros de las Sombras no dejaron de resonar con la llamada a filas. Los vigías regresaron a toda prisa. Llegó también el grupo que había dejado sendero arriba. Swan y Mather estaban alarmados por el bullicio.

—Los has adiestrado bien —dijo Mather.

—Eso creo.

—¿Qué esperas hacer? —preguntó Swan.

—Tomar Ghoja antes de que Jah tenga tiempo de reaccionar.

Un gemido fue la respuesta.

—¿Algún problema?

—Solo que acabamos de llegar cabalgando hasta aquí. Cincuenta kilómetros más y no me quedará un solo hueso en el cuerpo.

—Pues entonces camina. ¡Sindhu! Ven aquí. —Me llevé a un lado al orondo hombre y le di instrucciones. Se alejó sonriendo, reunió a dos docenas de hombres de estómago recio, casi todos compinches suyos, y cruzó el arroyo. Envié a otro tipo

más a recoger los postes que había utilizado para practicar como lanzas y picas.

Swan preguntó:

—¿Os importa si vamos a buscar algo para comer?

—Servios. Luego buscadme. Tengo que hablar con vosotros.

Necio. Me dedicó una amplia sonrisa nerviosa. No necesitaba saber leer la mente para poder ver lo que se cocía en su cabeza.

La tropa se recompuso antes de lo que había esperado. Sabían lo que les aguardaba. Hoja. En línea recta.

Pero seguía teniendo un problema grave: la falta de una estructura de mando. Disponía de escuadrones bien definidos y de sus líderes. Estos, por decenas, habían escogido a los comandantes de la compañía, pero ninguno de ellos disponía de más de unos pocos días de práctica en su labor. Y tampoco ninguno de los batallones que había instituido tenía a nadie al cargo.

—Mather.

Se presentó enseguida.

—¿Dama?

—Te me antojas un tipo responsable. Además, sé que tienes experiencia sobre el terreno y cierta reputación. Tengo dos batallones de cuatrocientos hombres, pero ningún comandante. Narayan podrá arreglárselas con uno de ellos si le dejo libre de otras preocupaciones. Necesito a alguien que se ocupe del otro. Un héroe en palabras del grupo sería perfecto; siempre que estuviera segura de que no se volviera en mi contra.

Mather me clavó la mirada durante varios segundos.

—Trabajo para la radisha. No podría.

—Yo sí podría.

Me di la vuelta. Era Hoja.

Humo soltó su chillido correspondiente.

Hoja sonrió, era la primera vez que lo veía hacerlo.

—No te debo nada, hombrecillo. —Se volvió hacia Swan—. ¿No lo había dicho ya? Esto no ha acabado aún.

A Swan le cambió la cara. No estaba nada cómodo con la situación.

—Hoja, nos estás exponiendo demasiado.

—Swan, para hacerlo te bastas tú solo. Dejaste claro la clase de gente que los consideras. En cuanto tienen lo que necesitan, te olvidan. ¿No es eso, mago? ¿No es lo que hiciste tú con la Compañía Negra?

Humo se tambaleó. De haber sufrido del corazón, ya estaría muerto. Me miró como esperando que lo friera de una llamarada. Me limité a sonreír. Antes lo dejaría cocerse algo más.

—Hoja, acepto tu ofrecimiento. Ven a conocer a tu centenar de líderes.

En cuanto estuvimos suficientemente lejos de los demás, tanto como para que no nos oyeran, le dije:

—¿Qué queríais decir con ese comentario?

—Menos de lo que aparentaba. El mago, la radisha, el prahbrindrah, causan más daño por engaño que por traición. Retienen información. No podría deciros cuál exactamente. Lo desconozco. A nosotros nos tomaron por espías a vuestro servicio. Lo que si puedo deciros es que nunca tuvieron intención de mantener su palabra. Por alguna razón, no quieren que lleguéis a Khatovar.

Khatovar. El misterioso destino de Matasanos, el lugar que vio nacer a la Compañía Negra. Durante cuatrocientos años, la Compañía avanzó lentamente hacia el norte, al servicio de diferentes príncipes, hasta llegar al mío y al de mis enemigos, y quedó reducida a un puñado de hombres. Tras la batalla en Túmulo, Matasanos se volvió hacia el sur con menos seguidores incluso de los que podrían sumar mis líderes de escuadrón.

Recogimos a un hombre allí, a otro acá y a otro más, y al alcanzar Taglios descubrimos que no podíamos cruzar los últimos seiscientos kilómetros que nos separaban porque los principados de los Maestros de las Sombras se interponían entre nosotros y Khatovar. Solo había una forma de recorrer ese último trecho: tomar Taglios, con toda su historia de pacifismo pero ya bajo el yugo de los Maestros de las Sombras, y ganar una guerra imposible.

El acuerdo con el prahbrindrah consistió en que la Compañía adiestraría y dirigiría a un ejército tagliano. Tras obtener la victoria en la guerra, ese mismo ejército ayudaría a la Compañía en su camino hacia Khatovar.

—Muy interesante —le dije a Hoja—. Aunque no sorprendente. ¡Sindhu! —Estaba de vuelta. Había actuado con rapidez. Fuera lo que fuera, hacía bien su trabajo —: Quiero que no te separes de nuestros invitados —le dije señalando a Swan, Mather y Humo—. Ante cualquier indicio de que quieran abusar de nuestra hospitalidad, déjales ver tu pañoleta.

Asintió en respuesta.

—Ah, y caminarán como todos los demás.

Volvió a asentir, y regresó a colocar cráneos sobre los postes.

Hoja observó la escena pero no dijo nada, aunque estaba segura de que algo bullía en su interior.

Estuvimos caminando durante una hora antes de decidir ponernos en marcha. Estaba complacida.



Finalmente no alcanzamos Ghoja en diez horas, pero tampoco había esperado hacer seis kilómetros por hora en la oscuridad. Llegamos antes del amanecer y, con el consejo de Hoja, elegimos un lugar en el que acampar: un emplazamiento no demasiado alejado de la carretera y que casi lindaba con el campamento de Jah. Alcanzamos dicho campamento en una hora, antes que nadie se diera cuenta. Estaba descuidado. Mortalmente descuidado. Si hubiéramos sido la caballería de los Maestros de las Sombras, habríamos arrasado el lugar en un abrir y cerrar de ojos.

Utilizamos los cráneos y los postes para marcar los límites del campamento. Había dispuesto el interior en una cruz formada por un tablero de ajedrez, con el cuadrado central para el cuartel general, y los cuatro cuadrados de sus puntas para los cuatro batallones, con los intermedios como campos de adiestramiento. Los hombres refunfuñaron por tener que hacer el trabajo de un grupo que doblara su número, sobre todo después de que a algunos miembros más favorecidos, cuya actuación había sido más apropiada, se les encargó colocar los mástiles con los cráneos.

A Matasanos le encantaban los juegos mentales. Solía decir que se podía moldear la mente de aquel que te observa para hacerle creer lo que te conviene. Ese nunca fue mi estilo. Claro que, en el pasado, había tenido fuerza bruta de sobra para emplear. Ahora, si dejaba creer a todo el mundo que pronto dispondría de hombres suficientes para engrosar cuatro batallones, esa misma idea haría crecer los batallones.

Tan cansados como estaban, los hombres se contentaban con refunfuñar mientras trabajaban. No vi a nadie haraganeando. Nadie desertó.

La gente acudía desde la fortaleza y desde otros campamentos a curiosear. Los hombres a los que Narayan envió para recoger ramas secas y leña ignoraron a sus indisciplinados homólogos. Los amenazadores cráneos hacían a los curiosos mantener la distancia. Sindhu hacía de canguro de Swan, Mather y Humo. Hoja se tomó su tarea muy en serio. Los hombres de su batallón lo aceptaron bien. Era uno de los héroes de la época desesperada, antes de la llegada de la Compañía.

Estaba siendo casi demasiado amable.

Pero no apareció nadie amenazante. Me esforcé en vigilar a los vigías.

El campamento estaba completo ya en sus tres cuartas partes, incluyendo una zanja, un terraplén y una improvisada empalizada, recubierta de espinas de algarrobo y cañas de rosas salvajes. Jahamaraj Jah abandonó su campamento a lomos de su caballo y estuvo estudiando la escena durante unos quince minutos. No parecía complacido con nuestra diligencia.

Llamé a Narayan.

—¿Viste a Jah? —Difícil no haberlo hecho. Vestía tan chillón como un príncipe. ¿Habría llevado todo eso encima durante la campaña?

—Sí, Dama.

—Me retiraré durante un rato al otro extremo del campamento. Si alguno de tus hombres, especialmente los shadar, tuvieran un desliz en su disciplina y lo llamaran cobarde o desertor, no creo que fueran a tener graves represalias.

Me devolvió una sonrisa y se dispuso a marchar.

—Espera.

—¿Si, Dama?

—Pareces tener amigos en todas partes. No me importaría saber cuál es la situación exactamente aquí, si encuentras los contactos necesarios para averiguarlo. Puede que Ghopal y Hakim y algunos otros pudieran desertar a tus espaldas. O salir y fisgonear de alguna otra forma.

—Podéis darlo por hecho.

—Lo hago, pues lo considero dentro de tus posibilidades. Sé bien que harás lo que deba hacerse.

La sonrisa desapareció de su rostro. Había pillado el aviso.

Tras hablar con Narayan me reuní con Swan.

—¿Qué tal vas?

—Muerto de aburrimiento ¿Estamos prisioneros?

—No. Más bien somos invitados con movilidad limitada. Aunque libres de quedarnos o partir. Quizá podría aprovechar tu posición. —Humo negó con la cabeza, como si temiera que Swan abandonara el bando de la radisha. Le dije—: Te veo ansioso. ¿Quizá por no perder a un espía en la Compañía Negra?

Me miró, y mientras lo hacía sentí que alguna clase de cambio interior tenía lugar en él, como si hubiera decidido abandonar alguna táctica aparentemente no demasiado fructífera. De todas formas, no fue un cambio especialmente dramático. El papel que había estado representando no debía alejarse demasiado de la personalidad del verdadero Humo.

No acostumbraba a dejar escapar palabra.

Swan sonrió y guiñó un ojo.

—Me voy. Aunque volveré.

El rastrillo en el sector de Narayan se levantó, y vi salir a Swan. Me preguntaba cómo estaría digiriendo todo aquello Jah.

Swan regresó en menos de una hora.

—Quiere veros.

—¿Por qué será que no me sorprende? Martinete, coge a Narayan y a Hoja. A Sindhu también.

Me llevé a Narayan y a Hoja conmigo. Dejé a Sindhu al mando, dejando entrever que me complacería que, al volver, el campamento estuviera listo.

Me detuve en la puerta de la fortaleza de Ghoja y volví la vista. Faltaba una hora para el mediodía. Llevábamos allí seis horas, y mi campamento ya era el más completo, el mejor protegido y el más militarizado.

Claro, supongo que la profesionalidad y la preparación son términos relativos.



Matasanos avanzó cojeando hasta la puerta del templo, y escudriñó el exterior. Atrapa Almas no aparecía por ninguna parte. Llevaba días sin verla. Empezaba a preguntarse si lo habría abandonado. Aunque lo dudaba. Habría estado esperando hasta ver que podía apañárselas solo, para entonces escabullirse en pos de alguna trama arcana.

Se le pasó por la cabeza escaparse. Conocía el terreno y la zona. Sabía de una aldea que podría alcanzar en unas pocas horas, incluso al mal paso que podría mantener. Pero escapar así no le serviría de nada.

Puede que Atrapa Almas hubiera salido, pero los cuervos seguían vigilando por ella. Y lo acompañarían a cualquier parte. La conducirían hasta él. Y tenía caballos. Bestias que podían correr sin descanso. Podría darle una semana de ventaja y aun así lo alcanzaría.

Con todo...

Aquel lugar era como una isla en medio de la nada. Lóbrego y deprimente.

Empezó a caminar sin rumbo, moviéndose por el simple hecho de hacerlo. Los cuervos lo acosaron. Se esforzó por ignorarlos, por ignorar el dolor que le palpitaba en el pecho. Caminó entre los árboles, adentrándose en el paisaje, emergiendo cerca del árbol medio podrido.

En ese momento recordó. Antes de Dejagore y Ghoja había bajado al sur en funciones de reconocimiento, había espiado a la Atrapa Almas mientras esta lo observaba, la había perseguido hasta aquella arboleda. Había estado junto a aquel árbol, dudando qué hacer a continuación, y entonces una flecha había acertado en su tronco, a punto de arrancarle la nariz. Había sido un mensaje, un mensaje que le había dicho que aún no era el momento de atrapar a quienquiera que estuviera siguiendo.

Entonces los hombres de los Maestros de las Sombras habían empezado a perseguirlo. Y ya se encontró demasiado absorto como para volver a reparar en aquel lugar.

Caminó hasta la altura del árbol. Los cuervos llenaron sus ramas. Metió el dedo

en el agujero donde había acertado la flecha. Desde entonces ella lo había estado observando, seguro. No había interferido, pero había estado acechando, asegurándose de estar siempre lo suficientemente cerca para cobrar su venganza.

Ante él se estiraba una larga colina. Decidió ignorar a los cuervos y siguió caminando.

El dolor en su pecho se hizo más insistente. No estaba aún listo para tanto esfuerzo. Sería incapaz de llegar lejos, incluso sin el acoso de los cuervos.

Mientras paraba para descansar, se preguntó en qué medida habría intervenido Atrapa Almas en sus intereses. ¿Podría haber tenido algo que ver en el desenlace de Dejagore?

Destruir a Tormentosa, aquel que se había hecho llamar Sombra de Tormenta, había resultado más sencillo de lo que había esperado. Y hacerse con Cambiaformas había sido también casi pan comido; claro que algo de traición había entrado en juego, pues este había estado ayudando a la Dama. Y eso le hacía acordarse de aquella chica, la aprendiz de Cambiaformas. Se había escabullido. Podría estar pensando en igualar la contienda. ¿La tendría vigilada Atrapa Almas? Mejor mencionársela en la primera ocasión que encontrara.

Había recuperado el pulso. El dolor había menguado. Retomó la caminata. Llegó a lo alto de la pequeña loma y se apoyó contra una informe roca gris que sobresalía del terreno, jadeando, con los cuervos volando en círculo a su alrededor, graznando sin parar.

—Oh, vamos, ¡callad! No voy a ir a ninguna parte.

Otro afloramiento rocoso cercano recordaba vagamente a un asiento. Se recostó en él y contempló el que todavía era su reino.

En realidad, todo Taglios podía haber sido suyo de haber salido victorioso en Dejagore, de haber sido esa su ambición.

Tres cuervos aparecieron volando a toda prisa desde el sur, como palomas a la carrera, se unieron al grueso de la bandada y graznaron. Entonces el grupo se esparció. Extraño.

Se reclinó, pensando en las secuelas de la batalla. Mogaba aún vivía y resistía en la ciudad, haciendo frente al asedio de los Maestros de las Sombras, según palabras de la Atrapa Almas. Puede que un tercio del ejército hubiera conseguido retroceder hasta el interior de los muros. Eso estaba bien. Una defensa pertinaz mantendría a sus enemigos lejos de Taglios. Aunque ahora no le preocupaba demasiado eso. Un buen pueblo, los taglianos, pero en todos al final acababa asomando la traición.

Le preocupaba los amigos (pocos) que había dejado al sur. ¿Habría conseguido sobrevivir alguno? ¿Habrían logrado salvar los Anales, esos preciados retazos de historia que servían de aglutinante temporal para la Compañía? ¿Qué habría sido de Murgen, del estandarte y de su armadura de Creaviudas? Según la leyenda, el

estandarte había permanecido con la Compañía desde el día en que había marchado de Khatovar.

¿Qué habría sido de los cuervos? Hacía apenas unos instantes había estado rodeado por miles de ellos. Ahora apenas podía contar una docena. Y todos volando a lo lejos, revoloteando sobre una extensión determinada del valle.

¿Habría acabado convirtiéndose Khatovar en un sueño sin esperanza? ¿Es que la última página de los Anales habría sido escrita apenas a seiscientos kilómetros de casa?

Le venían a la cabeza los recuerdos de las primeras horas de su partida de Dejagore. Apenas una imagen de un hombre flotando, aullando y atravesado por una lanza. ¿Sombra Lunar? Sí... Durante la batalla había quedado ensartado como una brocheta, en la misma lanza que había sostenido el estandarte.

No estaba perdido. Aquella reliquia era aún más importante que los propios Anales. Y estaba allí atrás, en algún lugar en el templo. Pero no la había visto. Ella debía haberla escondido.

Observó el cielo, los cúmulos que avanzaban sobre un fondo turquesa. Los cuervos estaban ahora más cerca; los pocos que quedaban en vuelo. Se incorporó, sobresaltado. Uno de ellos se arrojaba sobre él como un misil alado.

Se sacudía, agitando las alas. Estuvo a punto de suicidarse, pero aterrizó finalmente sobre una pequeña curvatura rocosa, a menos de un palmo de su mano izquierda. El pájaro dijo: «¡no te muevas!» con una voz perfectamente inteligible.

Y no se movió. Aunque, en un instante, cientos de preguntas le vinieron a la cabeza. No hacía falta ser un genio para comprender que no era una escena menor. De no ser así, aquel pájaro no se habría dirigido a él. De hecho, algo así solo había sucedido antes en otra ocasión, cuando le habían dado el aviso que le había permitido moverse a tiempo para batir a los Maestros de las Sombras en el vado de Ghoja.

El cuervo se agachó enseguida, confundiéndose con la roca y formando finalmente parte de ella. Matasanos se esforzó por calmarse. Intentó no resultar una forma humana tan aparente desde el cielo, y entonces se quedó petrificado. Vislumbró movimiento en el poco profundo valle que se extendía frente a él.

Eran figuras que corrían disparadas guarneciéndose de un refugio a otro. Luego siguieron más carreras, y aún más. Su corazón palpitaba acelerado, mientras recordaba las sombras que habían acompañado a los secuaces de los Maestros de las Sombras hacia el norte.

Pero aquellas no eran sombras. Parecían ser pequeñas figuras humanas, de tono marrón, pero no de la misma raza de los hombres de tez oscura que habían tratado con las sombras. Debían de ser parientes de los taglianos; le recordaban a estos. Pero estaban demasiado lejos para que pudiera asegurar su naturaleza.

No parecieron molestarse en mirar hacia donde él estaba sentado. O, si lo

hicieron, no pudieron avistarlo. Avanzaban valle abajo.

Cada vez eran más. Ahora podía contar unos veinticinco, y ya no se escabullían como los anteriores, que debían de haber sido sus exploradores. Por fin pudo apreciar al grupo lo suficientemente bien como para recordar dónde había visto antes a gente parecida. Había sido en el gran río cuyo cauce bajaba desde el corazón del continente, cruzando Taglios hasta llegar al mar. Había combatido con ellos un año atrás, a tres mil kilómetros al norte de donde estaba ahora. Habían levantado un bloqueo comercial sobre el río. La Compañía había conseguido romperlo, derrotándolos en una enloquecida batalla nocturna, entre rugientes destellos de magia.

¡Aullador!

Ahora tenía a la vista al grueso del grupo principal. Ocho hombres transportaban a un noveno en una especie de palanquín. Este último respondía a una figura menuda, tan envuelta en telas que parecía una pila de harapos. Mientras Matasanos lo veía ser transportado en el horizonte, la criatura dejaba escapar un prolongado lamento.

Aullador. Uno de aquellos de los Diez Tomados que habían estado al servicio de la Dama en sus días del Imperio del Norte, un mago terrible, supuestamente muerto en batalla hasta que apareció aquella noche en el río, ansioso por ajustar viejas cuentas con su antigua emperatriz. Solo la intervención del Cambiaformas le había hecho desistir.

El hechicero emitió un nuevo lamento. No era apenas una débil sombra de los acostumbrados gemidos de Aullador. Probablemente estaría intentando controlarlos, para evitar atraer la atención sobre sí.

Matasanos se mantuvo sentado, guardando tal silencio que casi sintió que el corazón se le paraba. Se le ocurrían pocas cosas que quisiera hacer menos en el mundo, en ese momento, que atraer la atención del hechicero. Estaba tan concentrado que no le molestaban ni la dureza de la roca ni el frío helado de la brisa.

El grupo continuó su marcha, seguido de más pequeños hombres negruzcos en la retaguardia. Hubo de pasar una hora para que Matasanos estuviera del todo seguro de haber visto pasar al último de ellos.

Había contado ciento veintiocho guerreros de la ciénaga, más el hechicero. Los guerreros no acostumbraban a estar tan lejos de su hábitat. Sin duda este terreno les sería extraño. Pero el Arrullador... pasaba por alto clima, terreno y todo lo que hiciera falta.

¿Hacia dónde se encaminaría? No era muy difícil adivinarlo. Se adentraba en las tierras de las sombras. El motivo sí podría ser más misterioso, aunque probablemente también podría sugerirse.

Aullador había sido uno de los Tomados. Y teniendo en cuenta que algunos de los Maestros de las Sombras habían sido también Tomados fugitivos, parecía probable que los supervivientes entre ellos mantuvieran el contacto con sus antiguos

camaradas y que, también, hubieran llegado a acuerdos para que Aullador fuera quien reempleara a los Maestros de las Sombras caídos.

Si la Atrapa Almas no le había mentido, la Dama estaba viva, y en Ghoja. O lo que era lo mismo, a menos de sesenta kilómetros de allí. Deseaba estar en condiciones de poder hacer ese viaje. Deseaba que pudiera haber alguna forma de hacerle llegar un mensaje. Tenía que saber lo que estaba pasando.

—Cuervo, no sé si eres consciente de lo que acabamos de presenciar, pero harías bien en informar a tu jefe. Tenemos problemas. —Entonces se levantó y caminó de vuelta al templo, donde se entretuvo intentando dar con el escondite del estandarte de la Compañía.



El día a día de la hechicería se parece más a un espectáculo de magia que a la brujería. Comprende malversación, engaño y trapicheos. La Dama no perdía de vista a Humo, esperando verle pasar información a la radisha con más o menos sutileza. Sin embargo, si finalmente llegó a hacerlo, fue de manera demasiado hábil para que ella lo averiguara. Aunque lo dudo.

Al encontrarse con la radisha, uno se percata en seguida de que está ante una figura de férrea personalidad. Es una lástima que una persona así esté lastrada por su cultura y tenga que aparentar ser un títere en manos de su hermano. Podría haber hecho cosas muy interesantes.

—Buenas tardes —me saludó—. Me alegra comprobar que sobrevivisteis.

¿Serían ciertas sus palabras? Es posible, sobre todo porque aún existían Maestros de las Sombras a los que derrotar.

—Lo mismo digo.

Se percató de que era Hoja quien me acompañaba, y no sus leales. Vio a Narayan, de evidente baja casta e igual de sucio que el día en que nos conocimos, aunque no es que yo estuviera para criticar. Una sombra cruzó su mirada.

—Aquí mis comandantes de batallón —dije—. Hoja, al que ya conocéis, y Narayan, quien ha resultado de gran ayuda en la tarea de rehacer las tropas.

Fijó su mirada en Narayan, es posible que intrigada por su peculiar calificativo y por el hecho de que no había añadido ningún sobrenombre a este. En realidad lo había hecho así porque lo desconocía. Narayan era un apellido. Teníamos seis Narayan más entre los miembros shadar de la tropa. Y todos compartían el nombre de Singh, que significa León.

Pareció satisfecha tras observarlo durante un rato, dio un pequeño respingo y miró a Humo. El mago le devolvió un leve asentimiento. Entonces miró a Hoja.

—¿Has decidido dejarme?

—Me voy con alguien que pueda hacer algo además de hablar.

Una frase bastante larga para las que nos tenía acostumbrados Hoja, y que no le

iba a granjear simpatías. La radisha lo fulminó con la mirada.

—Tiene algo de razón —apuntó Swan—. Vos y vuestro hermano siempre andáis entre chanchullos.

—Eso es porque estamos más expuestos. —La gente que ocupa cargos como los de ellos se ve obligada a actuar atada de manos, para evitar ser derrocada. Pero intentar explicar ese hecho a hombres que en su vida no han sido más que capitanes ocasionales, y que ni siquiera al adquirir semejante poder lo habían deseado...

La radisha se alzó.

—Venid —nos dijo. Entonces, mientras caminábamos, me habló—: Me alegra que sobrevivierais. Sin embargo, puede que os resulte difícil continuar haciéndolo.

Aquello no acababa de sonar como una amenaza.

—¿Cómo?

—Os encontraréis en una difícil posición, debido a que vuestro Capitán no logró sobrevivir. —Nos condujo a través de una escalera de caracol, hasta el parapeto de la torre más alta de la fortaleza. Mis acompañantes estaban tan perplejos como yo. La radisha señaló en la lejanía.

Más allá de los árboles y de las estructuras construidas a lo largo del río se extendía un improvisado y variopinto campamento. La radisha dijo:

—Algunos fugitivos fueron de un sitio a otro haciendo correr la voz hacia el norte. Empezó a llegar gente el día después que Swan cabalgó hacia el sur. Hay ya alrededor de dos mil personas. Y habrá miles más.

—¿Quiénes son? —preguntó Swan.

—Familiares de los legionarios. Familiares de los hombres esclavizados por los Maestros de las Sombras. Han venido para conocer el destino de sus maridos. —Entonces señaló río arriba.

Mujeres, a puñados, se afanaban apilando leña.

—¿Qué están haciendo? —pregunté.

—Levantán piras —dijo Narayan perplejo—. Debí haberlo tenido en cuenta.

—¿Piras para qué?

—Piras funerarias —dijo Mather—. Los gunni queman a sus muertos, en lugar de enterrarlos. —La cara se le había tornado de un tono verdoso.

No acababa de entenderlo.

—Pero no veo muertos por aquí. A menos que alguien tenga previsto causar unos cuantos. ¿Es una especie de gesto simbólico? ¿Funerales conmemorativos?

—Es una práctica llamada *suttee* —dijo Humo. Lo miré. Tenía la vista perdida, al frente, con una sonrisa falsa en el rostro—. Al morir un hombre, su esposa se une a él en la pira. En caso de que su muerte tenga lugar lejos de casa, se une a él en la muerte cuando tiene conocimiento de ella.

Así que era eso.

—¿Esas mujeres levantan piras en las que poder suicidarse, tras enterarse de la muerte de sus maridos?

—Exacto.

—Menuda estupidez.

Humo ensanchó su sonrisa.

—Se trata de una costumbre tan vieja como la propia Taglios. Apoyada por la ley. No me gustaba nada la forma en que parecía alegrarse. Debía pensar que tenía una herramienta que poder emplear contra mí.

—Me parece un despilfarro. ¿Quién se ocupa de los niños? Bueno, a quién le importa eso. —Aquella idea me resultaba tan ajena que la deseché. Ni siquiera estaba seguro de creerlo.

—Es una costumbre venerada por todos, incluso por los no gunni —dijo la radisha.

—Locos hay en todos los sitios. Me parece una práctica espantosa. Debería ser abolida. Pero no he venido a cambiar ninguna estúpida costumbre social. Estamos en guerra. Hemos sufrido un revés. Tenemos a muchos hombres atrapados en Dejagore, y no nos quedan demasiadas esperanzas de salvarlos. Otros más huyeron. A estos sinos resultará más sencillo recogerlos. Además, deberemos imponer algunas levas para poder cosechar lo que hemos obtenido.

—Querida, te olvidas de algo —dijo Swan.

—Swan, lo tengo en cuenta, y es irrelevante.

—Sois una mujer —dijo la radisha—. Y sin camaradas. Cualquier hombre de cierta relevancia en el clero señalará vuestra relación con vuestro Capitán. Y hablarán sobre el hecho de que no os hayáis suicidado de acuerdo con su pérdida. Supondrá un gran lastre para gran parte de la población.

—Acepto que sea una costumbre. Pero es una costumbre estúpida, y ni mucho menos universal. No daré ninguna respuesta a esa clase de sugerencias, al menos no otra diferente a aplicar la misma muerte que esta sugiere a aquel que me la sugiera.

La sonrisa desapareció del rostro de Humo.

Entrecerró los ojos, que parecieron oscurecerse. Dejó caer su mandíbula durante un segundo. Tenía la mirada perdida en mi mano. Me di cuenta que había adoptado uno de los tics de Narayan: estaba jugueteando con la punta del pañuelo amarillo que asomaba de mi cintura.

Humo se tornó de un color espectral.

—Radisha, pregúntales a esos dos por mi pasado —dije señalando a Swan y a Mather. Ambos habían emigrado de mi imperio mientras había estado en la cúspide de mi poder—. Puede que parte de la Compañía haya caído, pero nuestro acuerdo sigue en vigor. Y mi intención es la de cumplir mi palabra.

—Realmente admirable. Pero hay más gente de la que creéis dispuesta a

impedíroslo.

Me encogí de hombros.

—Lo que puedan querer o no carece de importancia. Se llegó a un acuerdo. Más vale que os lo metáis en la cabeza. Acostumbráis a pensar que sabéis más acerca de nosotros de lo que nosotros mismos sabemos. Tenéis que ser conscientes de que no vamos a dejar que nadie se retracte del acuerdo.

La radisha me clavó la mirada. No parecía temerosa, más bien mostraba curiosidad por la confianza que yo mostraba allí, perdida entre un mar de enemigos.

Continué diciendo:

—Mañana redactaré una lista de exigencias. Mano de obra, carros, bestias, armas, equipamiento. —Al menos la mitad de la confianza se genera desde la base de la apariencia misma de confianza.

Se escucharon gritos procedentes del hueco de la escalera. La radisha hizo señas a Mather, que se encargó de ver qué pasaba. Volvió y dijo:

—Jah está montando escándalo. Quiere veros. Deduzco de ello que debe saber que estáis aquí.

—Pues parece que se va a dar de bruces con su presa —dije.

—Mather, ordenad que lo traigan aquí.

Mather dio la orden. Aguardamos. La radisha y yo contemplamos a otra de las suicidas. Pregunté:

—¿Por qué no os fiáis de la Compañía?

No se inmutó.

—Lo sabéis bien.

—¿En serio? He estudiado con detalle la historia de la Compañía. No creo recordar ningún pasaje que explique vuestra actitud.

Humo musitó algo. Me acusaba de mentirosa. Cada vez me gustaba menos aquel tipo.

En ese momento, Jahamaraj Jah hizo una entrada propia de un rey.

Tenía curiosidad por comprobar la forma en que la radisha manejaba la supuesta inconveniencia de su feminidad.

Pero apenas transcurrido un instante, mi curiosidad viro a ver cómo Jah era quien se las apañaba con sus propias inconveniencias. Se había esforzado por hacer una entrada lo más dramática posible. Todo habían sido miradas altivas, pero ninguno habíamos respondido acorde con su supuesta superioridad, sus ricos ropajes, el poder que debía representar. Y ahora no sabía qué hacer.

Menudo necio. Matasanos había hecho bien en deshacerse de su predecesor shadar. Aquel hombre era considerado nuestro enemigo, pero Jah no había supuesto una gran mejora. Era todo apariencia, y nada de sustancia.

Había que reconocer que su aspecto era bastante impresionante, para tratarse de

un tagliano. Casi dos metros y cien kilos, alrededor de un palmo más alto que la media y bastante más corpulento. Tenía la piel mucho más clara que la de la mayoría de sus congéneres, un rasgo muy deseado entre estos. Las mujeres más adineradas a menudo pasaban media vida resguardándose del sol. Era apuesto incluso para los estándares del norte. Pero su boca destilaba petulancia, y su mirada denostaba la impresión de estar a punto de echarse a llorar, por no acabar de abrirse camino en su función.

La radisha le concedió diez segundos, y acabó diciendo:

—¿Tenéis algo que decir?

Indecisión. Jah estaba rodeado de gente que lo consideraba inútil, y muchos le habrían rebanado la garganta sin reparos. Hasta Humo encontró el valor para mirarlo como si fuera un gusano.

Dije:

—Te metiste en la boca del lobo. Te consideraba mejor en este juego.

—¿Qué juego? —No se le daba bien disimular. Era incapaz de ocultar sus sentimientos hacia mí.

—Intrigar. Salir corriendo de Dejagore no fue un buen movimiento. Todos te consideran culpable.

—No creo. La batalla estaba ya perdida. Lo que hice fue asegurar la supervivencia de una tropa.

—Escapaste antes de que nada estuviera decidido. Tus propios hombres lo confirman —espetó la radisha—. Si nos dieras algo de pena, no tendríamos más que recordar a los familiares de todos los que no regresaron a casa.

Puro odio. Jah no estaba acostumbrado a que se burlaran de él.

—No acostumbro recibir amenazas. Y es algo que no tolero, venga de quien venga.

Entonces le pregunté:

—¿Acaso no recordáis cómo alcanzasteis vuestro puesto? Quizá haya gente interesada en conocer los pormenores. —Y entre esa gente, todos los allí presentes. Todos miraron perplejos, preguntándose qué habría querido decir—. Harías bien en apartarte con calma. Abandonar esos sueños de poder, y contentarte con lo que tienes.

En sus ojos brillaron destellos de dagas.

»Sois vulnerable. No podéis negarlo. No habéis elegido bien últimamente vuestras acciones. Seguid así y pondréis fin a vuestra carrera.

Nos miró a todos, sin encontrar un ápice de simpatía en ninguno. Lo único que se le ocurrió hacer fue bravuconear. Y sabía lo que se jugaba.

—Habéis ganado esta ronda —dijo, y se encaminó escaleras abajo.

Hoja se carcajeó.

Lo hizo aun a sabiendas de que a Jah le irritaba enormemente que se burlaran de

él.

Hoja buscaba problemas.

Lo miré en señal de advertencia, pero me devolvió una mirada impasible. No se dejaba intimidar.

Jah se había ido ya. Entonces dije:

—Tenemos trabajo que hacer. Así no estamos consiguiendo nada. Cada uno conocemos las posiciones del otro. Mi intención es acabar el trabajo de la Compañía. Y la vuestra es permitirlo solo hasta el punto que os convenga. Luego, planeareis acuchillarme por la espalda. Y no pienso permitirlo. Hoja, ¿vienes o te quedas?

—Voy. Aquí no me retiene ya nada.

Swan y Mather parecían inquietos, Humo afligido, y la radisha exasperada.

Nada más dejar la fortaleza, Humo dijo:

—Jah podría intentar ahora alguna acción desesperada.

—Me encargaré de él. Seguro que estará dudando qué hacer hasta que ya sea demasiado tarde. Pasa revista a tu batallón. —Cuando Hoja no pudo escucharnos, le dije a Narayan—: Tiene razón. ¿Deberemos esperar a que Jah mueva pieza? ¿O lo hacemos nosotros primero?

No respondió, se limitó a esperar mi propia respuesta.

—Actuaremos cuando sepamos que esté planeando algo.

Inspeccioné el campamento. La cerca exterior estaba ya completa. Por el momento bastaría. Pero quería seguir haciendo mejoras, sobre todo para mantener a los hombres ocupados. Un muro nunca es lo suficientemente alto, ni una zanja lo bastante profunda.

—Quiero que los shadar sepan que busco caballería. Su respuesta nos mostrará el grado de apoyo que tiene Jah. Haz correr la voz entre los fugitivos de que aquellos que se unan voluntariamente disfrutarán de un trato preferente. Además, necesitaremos voluntarios procedentes de las provincias. Debemos correr la voz de nuestra historia, antes que esos necios azucen a sus perros fanáticos.

—Hay formas de hacer correr la voz —reconoció Narayan—. Pero tendremos que mandar a algunos de mis compañeros al otro lado del río.

—Haz lo que tengas que hacer. Pero empieza ya mismo. No desperdiciaremos tiempo. No hay que dejar que recuperen el equilibrio. Ve.

Trepé a lo alto de una plataforma que había sido erigida junto a lo que habría de convertirse en la puerta norte del campamento. Desde allí contemplé el exterior del acuartelamiento. Tenía a mis hombres tan ocupados como hormigas.

Su laboriosidad no tenía rival en la zona. Solo los encargados de las construcciones sobre el río, o las mujeres gunni, estaban a su altura.

Desde una de las piras, comenzaron a ascender volutas de humo. Cuando las llamas empezaron a rugir, una mujer se arrojó a ella.

No me quedaba otra que dar crédito a la historia.

Me retiré al refugio que Martinete me había construido, decidida a seguir ensanchando los límites de mi talento. Pronto lo iba a necesitar.



Los sueños empeoraron. Estaban poblados de muerte.

Es normal tener pesadillas, pero nunca las había recordado en tal número y tan vividamente después de despertar. Alguna fuerza, algún poder, quería atraerme. Quería enrolarme en sus filas, o simplemente someterme.

Esos sueños debían ser creaciones de una mente enferma. Si esperaba atraerme con ellos, es que ese poder no me conocía.

Paisajes de muerte y desesperación bajo cielos plumizos, campos repletos de cuerpos putrefactos y vegetación raquítica, derretida como nieve, como cera. Y todo cubierto de cieno, en filamentos que colgaban asemejándose a la arquitectura de una araña beoda.

Demente. Demente. Absolutamente demente. Y sin un solo ápice de color por ninguna parte.

Demente, pero siempre con un tinte de perverso atractivo. Entre los cadáveres distinguía rostros de aquellos a quienes deseaba ver muertos. Por ese paisaje caminaba pletórica e inmune, como su regente. Junto a mí paseaban espectros, extensiones de mi voluntad.

Parecía un sueño extraído de las fantasías de mi marido muerto. Un mundo que podría haber considerado su hogar.

Siempre cerca del amanecer, llegaba el alba para aquella tierra de pesadilla, como una salpicadura de color sobre un horizonte apenas definido. Y siempre, frente a mí, se abría ese amanecer para la esperanza.

Simple y directa, así era la arquitectura de mis sueños.

Había otro sueño, menos común, no relacionado con muerte o corrupción, pero igualmente escalofriante. Era también en blanco y negro, me hacía aparecer sobre una superficie rocosa, en la que mortales sombras acechaban tras incontables obeliscos. No acababa de ser consciente de lo que sucedía, pero me aterraba.

Era incapaz de controlar estos sueños. No obstante, me negué a permitir que ejercieran influencia alguna sobre mí durante la vigilia, y luché porque no

menoscabasen mi voluntad.

* * *

—Dama, ya he hecho correr la voz —informó Narayan, en respuesta a mi petición sobre nuevos reclutamientos. Cada vez que sacaba el tema de su hermandad, todo eran evasivas. Aún no se sentía preparado para hablar sobre ello.

—Alguien debería estar echando un ojo en De jagore —sugirió Hoja. Tenía razón. Aunque a veces era tan escueto que costaba entenderlo.

—Ghopal y Hakim pueden bajar con un grupo. Con veinte hombres bastará. Ahora estará más calmado —dijo Narayan.

—¿Ya los tienes espiando a nuestros vecinos? —inquirí.

—De hecho ya acabaron. Han estrechado lazos. Sindhu podrá hacerse cargo. Tiene mejor reputación.

Otra de esas rarezas que rodeaban a Narayan y sus compinches: tenían su propio sistema de castas no aparente. Era incapaz de establecer sus bases, pero sí sabía que Narayan era el hombre más respetado entre ellos, aquí. Y el impasible y firme de Sindhu lo seguía de cerca.

—Envíalo entonces. Sin embargo, se me ocurre algo. Si tenemos espías en todas partes, ¿cómo es que no me llega ninguna información?

—No hay nada de lo que informar que no esté ya en boca de todos. Excepto que entre los hombres de Jah reina la hostilidad. Podría llegar a desertar hasta un tercio de ellos, en caso de que os ofrecierais a enrolarlos. Jah ha estado difamándoos, argumentando que habéis ignorado vuestros deberes como esposa al no ofrecer vuestro suicidio o convertirlos en ermitaña, como corresponde a una mujer shadar. Intenta sacar adelante una docena de tramas diferentes, pero ninguna de vuestras amistades está presente en las filas de sus más próximos consejos.

—Matadlo —dijo Hoja. A lo que Sindhu respondió asintiendo.

—¿Por qué? Preferiría una victoria política, de mayor alcance.

—Si conoces la guarida de la serpiente, no dejas que salga a morderte. Vas y acabas con ella.

Una solución bastante simple, aunque atractiva por su efectividad. Causaría un gran impacto que lo eliminásemos allá donde aparentemente es menos vulnerable. Además, ahora mismo no me siento con la paciencia suficiente para resolver este problema con parsimonia.

—Acepto. Pero hagámoslo con delicadeza. ¿Disponemos de suficientes amistades en el campamento como para poder colarnos sin levantar sospechas?

—Deberán bastar —reconoció Narayan—. Será cuestión de sincronización. De

actuar justo cuando estén de guardia nuestros contactos.

—Hazlo para que así sea. ¿Qué hay de otros posibles enemigos? Jah es el más obvio solo porque está cerca, pero habrá más al norte.

—Nos ocuparemos de ellos —prometió Narayan—. Cuando haya tiempo y dispongamos de hombres. Nos sobra el trabajo para las manos de las que disponemos.

De eso no había duda. Aunque consideraba nuestras perspectivas alentadoras. Nadie más estaba moviéndose con tanta eficacia y rapidez.

—¿Podemos aproximarnos algo más a la radisha y a su mascota, ese mago, Humo? ¿Podemos considerar a Mather y Swan fervorosos aliados de la radisha? —pregunté.

—¿Fervorosos? —dijo Hoja—. No lo creo. Pero se puede decir que le deben su palabra. No le darán la espalda a menos que ella lo haga primero.

Un dato a considerar. Quizá fuera posible manejarlos, claro que eso acabaría funcionando en mi contra, siempre que lograsen averiguarlo.

* * *

Tras ofrecer puestos dentro del campamento y negar cualquier tipo de represalia, doscientos hombres de Jahamaraj Jah se pasaron a nuestro bando. Otros cincuenta más se limitaron a desertar, o simplemente desaparecieron. Varios cientos de fugitivos se enrolaron el mismo día que los shadar cambiaron de bando. Tenía la impresión de que a la radisha no le agradaba lo que estaba viendo.

Casi un centenar de mujeres gunni se arrojó al fuego el mismo día. Desde su orilla del río escuché maldecir mi nombre.

Crucé al otro lado para hablar con algunas de las mujeres, pero fui incapaz de entenderme con ellas.

Al regresar por el vado me encontré a Humo en la puerta de la fortaleza. Me dedicó una sonrisita al verme pasar. Me preguntaba hasta qué punto podría realmente echarlo de menos la radisha.

* * *

En ocasiones uno se pregunta sobre su yo desconocido. Eso era exactamente lo que estaba haciendo mientras me escabullía, junto a Narayan y Sindhu, en dirección al campamento de la caballería shadar.

Estaba nerviosa. Estaba ansiosa. Me sentía atraída por la acción como una polilla

a una llama. Me dije a mí misma que estaba actuando así porque tenía que hacerlo, no porque quisiera. No era nada agradable. Era la propia maldad de Jah la que le había hecho firmar un destino semejante.

Los contactos de Narayan habían confirmado que Jah planeaba deshacerse de la radisha y de mí misma, para luego hacer creer que había sido yo la que había acabado con ella. Desconozco cómo planeaba deshacerse de mí. Supongo que su plan incluiría que fuera yo la que asesinara a la radisha, eliminando así la espina de su hermano, para que luego me comportara como una buena chica y me suicidara. Con la ayuda debida, claro.

Pero era yo quien estaba haciendo el primer movimiento, aunque más pronto de lo que hubiera deseado.

Narayan intercambió contraseñas entre susurros con un compinche centinela, que se hizo el ciego a nuestro paso. El campamento resultó ser una fosa séptica. Por lo general, los shadar daban bastante valor a la limpieza. La moral estaba por los suelos.

Nos escabullimos como sombras. Me sentía orgullosa de mí misma. Mis movimientos estaban a la altura de los de mis dos compañeros. Estos se mostraban sorprendidos: una mujer parecía estar a su nivel. Juntos nos aproximamos hasta la tienda de Jah.

Era bastante grande y estaba bien guardada. Aquel tipo se sabía poco popular. En cada una de las cuatro esquinas de la tienda ardía un fuego. Junto a cada uno había apostado un guardia.

Narayan maldecía, dijo algo canturreando. Sindhu gruñó. Narayan murmuró finalmente:

—No podremos acercarnos más manteniendo el sigilo. Esos deben de ser hombres de su confianza. Y seguro que sabrán bien quiénes somos.

Asentí, hice que retrocedieran y dije:

—Dejadme pensar.

Mientras cavilaba, ellos estuvieron murmurando. No esperaban nada de mí.

Recordé un conjuro menor que permitía cegar a personas distraídas por un momento. Era perfecto, si conseguía obrarlo. Lo tenía bien memorizado, era una de esas cosas que de niña me habían resultado tan sencillas como parpadear, pero hacía siglos que no lo había vuelto a poner en práctica. Además, no habría forma de saber si estaría funcionando. A menos, claro, que lo arruinara y el centinela, al verme, diera la voz de alarma.

Lo único que podría perder sería la vida.

Empecé a pronunciar el conjuro, aun cuando lo sentía como un ejercicio desesperado. Lo repetí hasta tres veces, para intentar asegurarme de hacerlo bien, pero finalmente fui incapaz de establecer si había tenido éxito o no; el guardia parecía inalterado.

Sindhu y Narayan aún mantenían sus cabezas juntas. Dije «en marcha» y volví junto al límite alumbrado por la fogata más próxima. Solo el guardia junto a ella nos iba a tener a la vista.

Había llegado el momento de arriesgar o salir corriendo.

Caminé directamente hacia el centinela.

Narayan y Sindhu se pusieron a maldecir, e intentaron hacerme volver. Les hice señales para que se callaran. El guardia debía de ser incapaz de verme.

¡No me vio!

El corazón me saltó en el pecho, como me había ocurrido al conjurar a los caballos. Hice señas a Narayan y Sindhu, indicándoles que harían mejor manteniéndose fuera de la línea directa de visión del guardia. Quizá luego acabaría recordando haber visto a alguien. Y más tarde sería interrogado, sin duda.

Caminaron a hurtadillas, como perros de presa, sin acabar de creerse que aquel vigía no los estuviera viendo. Querían desesperadamente saber qué había hecho, cómo lo había conseguido, si ellos podrían aprender a hacerlo, pero no se atrevieron a pronunciar una sola palabra.

Aparté el faldón de la tienda apenas un dedo, y no distinguí a nadie al otro lado. El interior estaba compartimentado por telas que colgaban de arriba. Me adentré hasta lo que debía ser la pieza de audiencias. Ocupaba casi todo el interior. Estaba bien amueblada, lo que constituía aún otra prueba más de que Jah había antepuesto sus propias comodidades al bienestar de sus hombres, y a la seguridad de la tierra que debía defender.

Ya de niña había aprendido bien aquella lección: el respeto y la lealtad se obtienen más fácilmente al compartir las privaciones de tus hombres.

Con mirada aún de asombro, Narayan gesticuló recordándome la distribución del interior de la tienda, según se la habían comunicado sus espías. Nos adentramos hacia la sección que hacía las veces de dormitorio.

Desplacé la cortina que la separaba con una daga. Narayan y Sindhu sacaron sus pañoletas.

Estaba segura de no haber hecho ni un ruido. Sabía que ellos tampoco lo habían hecho. Pero, mientras nos adentramos a la estancia, Jah saltó como un resorte de entre sus cojines y se lanzó entre Narayan y Sindhu, apartándolos a los lados. Cargó contra mí. Un candil ardía en la estancia; nos había reconocido.

Aun tan necio como era, Jahamaraj Jah no perdió tiempo en gritar. Simplemente intentó escapar.

Mi mano bajó en picado hacia el pañuelo plegado en forma triangular, de color azafrán, que colgaba en mi cintura. Tiré de él y lo estiré. La pañoleta se movió como cobrando vida, serpenteó alrededor de la garganta de Jah. Agarré el extremo que volaba, estiré el nudo, hice un giro con las muñecas y tiré con fuerza.

Ya fuera la suerte o el sino del principiante, lo cierto es que no habría importado de haber estado sola. Jah era un tipo fornido. Podría haberme arrastrado hasta el exterior. Podría haberse zafado de mi presa.

Pero Narayan y Sindhu corrieron a sostenerlo por los brazos, manteniéndolos extendidos, retorciéndoselos, reduciéndolo. Especialmente fue cosa de la brutal fuerza de Sindhu; Narayan se concentró más en mantenerle los brazos extendidos.

Me puse de rodillas sobre la espalda de Jah, preocupándome por evitar que recuperara el aliento.

Se tarda un buen rato en asfixiar a un hombre por estrangulamiento. De un estrangulador experto se espera que se mueva tan velozmente y con tanta eficacia que consigue romper el cuello a la víctima, de forma que la muerte se produce al instante. Yo aún no había perfeccionado lo bastante el giro de muñeca. Por eso tuve que aguantar y hacerlo por la vía lenta. Mis brazos y hombros ya llevaban un rato quejándose cuando, por fin, Jah dio el último estertor.

Entonces Narayan me apartó a un lado. Yo temblaba por la intensidad de la experiencia, envuelta en una sensación de júbilo casi orgásmica. Nunca había hecho nada parecido, solo con mis propias manos, sin emplear acero o hechicería. Narayan sonrió. Sabía lo que estaba sintiendo. Por su parte, él y Sindhu aparentaban una calma sorprendente. Sindhu agudizaba el oído, intentando establecer si habíamos hecho demasiado ruido. A mí se me había antojado un estruendo terrible, pero evidentemente habíamos levantado menos jaleo del que había pensado. Nadie apareció. Nadie se hizo preguntas.

Sindhu murmuró algo casi en forma de cántico. Narayan pensó por un momento, me miró y volvió a sonreír. Asintió.

Sindhu anduvo a tientas por la estancia de Jah, escudriñando el suelo. Despejó una pequeña zona y siguió rebuscando.

Mientras yo lo observaba, intentando averiguar qué tramaba, Narayan sacó una extraña herramienta que había estado transportando bajo la oscura túnica con la que se había ataviado para la ocasión. El artefacto tenía una cabeza a medio camino entre la de un martillo y la de una pica, y por su aspecto debía de pesar al menos un kilo. Puede que incluso más, si realmente era del oro y la plata que aparentaba. Su empuñadura era de ébano con incrustaciones de marfil y algunos rubíes, que bajo la luz del candil brillaban como sangre fresca. Empezó a golpear la tierra con la parte del pico, en silencio, de forma no rítmica.

Aquel no parecía ser el uso común de aquella herramienta. Sabía reconocer un objeto empleado para el culto nada más verlo, aunque este me fuera desconocido.

Narayan excavó la tierra. Sindhu, por su parte, utilizó una cacerola de lata para depositarla sobre una alfombra que había plegado, con cuidado de no esparcirla. No tenía ni idea de lo que estaban haciendo, y ellos estaban demasiado concentrados para

poder explicármelo. Entre ambos intercambiaban una especie de oración, entre cánticos. Pude escuchar algo referente a auspicios y ofrecimientos a cuervos, también algo acerca de la Hija de la Noche y su pueblo, o algo parecido.

Lo único que podía hacer era seguir atenta.

Pasaron los minutos. Se produjo un momento de especial tensión, mientras escuchaban el cambio de guardia. Pero aquellos hombres no tenían mucho que decirse los unos a los otros. El recambio de la guardia no se molestó en inspeccionar el interior de la tienda.

Entonces escuché un golpe húmedo y un crujido sordo, y me volví para ver lo que estaban haciendo.

Habían hecho un agujero de apenas un metro de profundidad, y un diámetro algo menor. Era incapaz de imaginar para qué lo querían.

Pero no tardaron en demostrármelo.

Narayan empleaba el extremo con forma de martillo de su herramienta para romperle los huesos a Jah. Del mismo modo que Martinete había estado haciendo, empleando una roca, la mañana en que me había topado con ellos.

—Ha pasado mucho tiempo, pero no he perdido el tacto —murmuró.

Es sorprendente hasta qué punto puede reducirse el cuerpo de un hombre fornido después de hacerle polvo las articulaciones y plegarlo.

Finalmente destriparon a Jah y lo depositaron en el agujero. Narayan propinó al cadáver un último golpe en el cráneo con la pica. Luego limpió la herramienta y juntos rellenaron el agujero, aplastando la tierra.

Media hora más tarde, era imposible decir dónde habían estado excavando.

Volvieron a colocar las alfombras, ataron en un fardo el exceso de tierra y me miraron por primera vez desde que dieran inicio a su laboriosa tarea.

Les sorprendió encontrarme impasible. Hubieran deseado descubrirme furiosa o disgustada. O algo parecido. Cualquiera cosa que, en definitiva, sirviera de atisbo de debilidad femenina.

—No es la primera vez que veo a un hombre mutilado.

Narayan asintió. Puede que complacido, fui incapaz de decirlo.

—Aún tenemos que salir de aquí.

Los fuegos, en el exterior, seguían delatando las posiciones de los guardias. Seguían en los puestos que se esperaba que ocupasen. Si mi conjuro funcionaba por segunda vez, solo necesitaríamos algo de fortuna para salir sin ser vistos.

* * *

Narayan y Sindhu esparcieron la tierra que había sobrado de vuelta al

campamento.

—Estuvisteis fantástica con la pañoleta, Dama —dijo Narayan. Añadió algo más, entre cánticos, dirigiéndose a Sindhu, quien concedió a regañadientes.

—¿Por qué lo enterrasteis? —pregunté—. Nadie iba a saber lo que le había pasado. Quería hacer de él objeto de escarmiento.

—Haberlo dejado a la vista hubiera sido como señalar el responsable a todo el mundo. Una insinuación resulta más terrorífica que un hecho. Será más efectivo suponerlos culpable solo con rumores.

Era posible.

—¿Y por qué plegarlo y destriparlo?

—Es más difícil encontrar una tumba pequeña. Y lo abrimos para que no se hinchara. Si no lo haces, a veces se hinchan tanto que acaban brotando al exterior. O explotan, expulsando gas suficiente como para que la tumba acabe siendo descubierta por el olor. Especialmente por los chacales, que escarban hasta descubrir el cuerpo y repartirlo por todas partes.

Era práctico, lógico y obvio, una vez escuchada la explicación. Nunca antes había tenido ocasión de ocultar un cuerpo. Resultaba que me había rodeado de asesinos especialmente eficaces, y con una experiencia evidente.

—Narayan, luego tendremos que aclarar algunas cosas.

Me devolvió esa sonrisa suya. Tendría que aclararme unas cuantas cosas cuando se lo pidiera.

Aquella noche dormí bien. Soñé, pero no fueron sueños llenos de penumbra y perdición. En uno de ellos, una hermosa mujer de piel de ébano se acercó a mí, acariciándome y llamándome hija, diciéndome que había actuado bien. Al despertar lo hice fresca, como nueva, como si hubiera dormido toda la noche de una vez. Era una mañana hermosa. El mundo parecía teñido de colores especialmente luminosos.

Y los ejercicios que hacía con mi talento respondieron muy bien.



La desaparición sin dejar rastro del sumo sacerdote Jahamaraj Jah, un adversario que había resultado tan nimio que apenas lo recordaba ya como la desdibujada caricatura de un hombre, había dejado de piedra a los miles de habitantes que abarrotaban la región circundante del vado de Ghoja. Corría el rumor de que había sellado su destino al urdir tramas contra la radisha y contra mí misma. Lo cierto es que no fui responsable del rumor. Narayan también negaba cualquier participación. Dos días después de haber enterrado a Jah, todos estaban convencidos de que había sido yo quien lo había eliminado. Aunque nadie sabía cómo.

Estaban aterrados.

El suceso impactó especialmente a Hoja. Tuve la sensación de que pensaba que había celebrado alguna especie de rito de iniciación, y que por fin se sentía dispuesto a entregarse en cuerpo y alma a mi causa. Me complacía la idea, pero me hacía preguntarme también acerca de la gran repulsión que sentía hacia el clero.

Hice que Narayan corriera la voz de que seguía necesitando nuevos reclutas, especialmente jinetes expertos. En los días siguientes se enrolaron otros doscientos shadar. También unos quinientos supervivientes de la batalla de Dejagore, aunque muchos solo lo hacían en busca de una comida diaria y de la comodidad de ocupar un lugar conocido dentro de una jerarquía. Los sistemas de casta taglianos alientan la dependencia de un sistema jerárquico. El caos reinante en el vado no proporcionaba ninguno de los beneficios derivados de la rigidez social, y únicamente sus desventajas.

Di orden a Narayan de que considerara la opción de ampliar el campamento. Empezaba a estar masificado. Le dije a Hoja que se mantuviera atento a posibles líderes. Nunca teníamos suficientes.

Los taglianos no dejaban de sorprenderme. Su planteamiento continuaba siendo pacifista en su mayor parte, pero eso no les impedía sentir admiración por el modo tan efectivo y disimulado con el que acababa con mis adversarios. A mayor violencia, mayor celebración. Eso, siempre que no se sintieran amenazados personalmente.

La radisha mandó buscarme en la mañana del tercer día tras la muerte de Jah. Me entrevisté brevemente con ella, y no extraje ninguna conclusión relevante, excepto que Humo era más que un fakir. Se había adentrado lo suficiente en el velo del tiempo para asegurarse mi participación en la desaparición de Jah. Se mostraba más irritable aún que de costumbre. La radisha, por primera vez, aparentaba nerviosismo.

Y era consciente de que se le escapaba el control de sus sentimientos.

Aquella misma noche, ella, Humo y algunos seguidores más se escabulleron sobre el Principal para encaminarse hacia el Norte. Dejó atrás a Swan y a Mather, queriendo aparentar estar recluida en la fortaleza. Pero su farsa fue inútil. Narayan me puso al día de lo que estaba sucediendo antes siquiera que la radisha llegara a tocar el agua.

El día también fue notorio por otra causa: alistamos a la tropa a los primeros no veteranos. Apenas fueron tres. Y dos de ellos, amigos de conocidos de Narayan. No obstante, su llegada era señal de que empezaba a correr la voz, y de que había taglianos dispuestos a unirse a la causa.

Continuaron los entrenamientos y las instrucciones. Yo intentaba hacerlos tan intensos como podía, planeándolos siempre para despojar a todos los hombres de toda lealtad ajena a la que debían a sus camaradas y a su comandante.

Los antiguos esclavos eran los más voluntariosos y aplicados. Aquello era lo único que tenían. Los Maestros de las Sombras habían acabado con su mundo. Me empezaba a plantear la posibilidad de enviar a hombres de confianza a deambular por las tierras al sur del Principal, en busca de más hombres sin vínculos tan aparentes con Taglios.

* * *

Narayan y Sindhu me contaron que la radisha se traía algo entre manos. Les escuché, y por fin dije:

—Sentaos, ha llegado el momento.

Comprendieron a qué me refería, y no parecieron tan afligidos como había esperado. Ya debían haberlo hablado, y habían acordado explicarse.

—¿Quiénes sois? ¿Cuál es vuestro objetivo?

Narayan respiró profundamente. Entonces dijo, sin mirarme a los ojos:

—Dama, somos los Impostores. Seguidores de la diosa Kina, que disfruta de muchos nombres y encarnaciones, pero cuya única verdad la constituye la muerte.

Entonces siguió con una interminable explicación acerca de la diosa y la forma en que se relacionaba con los dioses de Taglios y sus vecinos. Se me antojaba una mezcolanza improbable, pero no muy distinta a la habitual para el génesis y los

atributos de casi todos los dioses oscuros. Estaba claro que Narayan no se había detenido demasiado en considerar las bases de su doctrina. Su explicación no me aclaró demasiado las cosas, excepto que él y Sindhu eran devotos de la diosa que había mencionado.

Tuve que presionarles algo, pero acabaron admitiendo que su adoración a Kina se basaba, en parte, en cometer asesinatos.

Sindhu explicó:

—Dama, Narayan, jamadar de la banda Changlor, es famoso entre los nuestros. —Evidentemente, había introducido él ese dato porque no hubiera sido educado que Narayan hubiera fanfarroneado de sus propios logros—. Ha entregado el regalo del paraíso a más de cien almas.

—Ciento cincuenta y tres —apostilló Narayan. Aparentemente, no consideraban eso fanfarronería.

—¿Paraíso? ¿Podrías explicar eso?

—Aquellos cuyas vidas son sustraídas para los dioses son liberados de la Rueda de la Vida, para ascender inmediatamente al paraíso.

La Rueda de la Vida era un concepto gunni. Se supone que no dejas de dar vueltas, reencarnación tras reencarnación, hasta que el bien que has obrado tiene considerablemente mayor peso que el mal. En ese momento es posible escapar de la Rueda. Pero no al paraíso. El paraíso no es un concepto gunni. Los gunni que abandonan la Rueda pasan a ser uno con la fuerza generativa que dio vida a los Señores de la Luz, los Dioses, aquellos que fueron sus campeones en la interminable lucha con la Sombra, que sería derrotada únicamente cuando la fuerza generativa se hubiera alimentado con suficientes almas buenas como para llenar el universo. La Sombra, por supuesto, combate ese enfrentamiento al reclutar hombres para su mal.

El paraíso es un concepto vehdna, algo originado en las mentes de adolescentes y viejos lascivos. Se le supone atestado de todos los lujos que un hombre acostumbrado a una dura vida puede ansiar. En particular, se dice que está infestado de vírgenes lascivos de ambos sexos, para entretener por toda la eternidad a los allí elevados.

El paraíso vehdna no permite el paso a las mujeres. Los vehdna aseveran que estas no tienen alma. Los dioses las crean con la única intención de verlas engendrar la plebe, servir a la concupiscencia de los hombres y lanzarse gustosas a tumbas tempranas.

La doctrina vehdna supone el culto más perniciosamente opuesto al sexo femenino de todo Taglios aunque, al mismo tiempo, es también el más flexible. Tienen en su panteón santas y heroínas femeninas, y los integrantes vehdna de mis tropas habían sido los que más fácilmente habían aceptado mi mandato, por delante de los shadar o los gunni. Se habían limitado a identificarme con sus guerreras santas Esmalla (tres belicosas que respondían al mismo nombre, pertenecían al mismo linaje

y vivieron a lo largo de un siglo, aproximadamente hace unos ochocientos años), para luego concentrarse en cumplir con las tareas encomendadas.

En mi concepción del mundo, las religiones no tenían especial cabida. Y no critico las creencias de Taglios. Aunque tampoco formulo preguntas. El entendimiento es una herramienta muy importante.

Narayan insistió en que sus creencias no eran derivadas de ninguna otra. Afirmaba que el culto a Kina era anterior a todas las demás religiones. Que lo que yo había visto no eran más que ecos de su influencia primigenia.

—Dama, se habla de la existencia de libros que registraron las historias de la Prole de Kina, casi en los tiempos primigenios, en la edad en que los primeros hombres recibieron el don de la escritura. Se dice que algunos volúmenes están escritos en lenguas que nadie ha hablado en diez mil años.

—¿Qué libros son esos? ¿Dónde están?

—Los Libros de los Muertos, así se los conoce a menudo. Creo que se perdieron. Hace tiempo corrieron épocas difíciles para la Estirpe de Kina. Un gran señor de la guerra, Rhadreynak, forjó un enorme imperio. Insultó a Kina. Ella lo visitó para cobrarse venganza en su propia casa, pero de casualidad salvó la vida. Entonces dirigió una cruzada inmisericorde. Aquellos que conservaron los Libros escaparon a escondites secretos. Todos los que conocían su ubicación fueron devorados por la ira de Rhadreynak, antes que el santo Mahtnahan dan Jakel le rompiera el cuello con su pañoleta de plata.

Entonces Sindhu dijo algo en voz baja, canturreando, como otras personas podrían decir «alabado sea» o «bendito sea».

—¿Y quién era ese? —pregunté.

—Mahtnahan fue el único hombre vivo que ha alcanzado la categoría de pañoleta de plata. El único Impostor que ha logrado enviar al paraíso a más de un millar de almas.

Sindhu añadió, aún en voz baja:

—Todo hombre, la primera vez que hace uso de su pañoleta y conoce el éxtasis de Kina, aspira alcanzar los éxitos obtenidos por Mahtnahan.

Narayan estaba eufórico, y en su semblante relucía esa sonrisa suya.

—Y a tener su misma fortuna. Mahtnahan no solo nos liberó de nuestro más firme perseguidor, también sobrevivió a la matanza. Vivió durante otros cuarenta años.

Entonces les expuse leyendas y tradiciones orales, interesándome por sus argumentos del mismo modo que lo hubiera estado Matasanos, intrigada por una historia tan oscura. Una y otra vez, Narayan insistía en que existían verdaderos registros escritos en algún lugar, y que el sueño de cada jamadar, en cada generación, era recuperarlos.

—Dama, el nuestro es hoy un mundo triste. Los mayores poderes corresponden a

los Maestros de las Sombras, y estos ni siquiera saben bien lo que están haciendo. Los Libros... Se cuenta que en ellos reposan grandes secretos. Las artes perdidas.

Volvimos a hablar sobre los Libros. No me acababa de tragar su historia. Ya había escuchado antes leyendas similares acerca de libros repletos de secretos estremecedores. Pero Narayan logró sorprenderme con la descripción del lugar en que se suponía estaban ocultos.

Me recordaba a las cavernas que había visitado en sueños. Y así es como eran recordadas tras una tradición oral de mil años.

La historia del culto de Kina podría ser merecedora algún día de estudio. Pero antes debía asegurar mi posición en el mundo presente.

No había concentrado mis esfuerzos en todo este tiempo únicamente en mantenerme a la espera de que Narayan decidiera que había llegado el momento de dejarme entrever alguno de sus secretos. A lo largo de las semanas transcurridas había estado escuchando a los hombres de la tropa, a cientos de ellos, y había conseguido componer una imagen exterior bastante certera del culto a Kina.

Todo habitante de Taglios había oído pronunciar el nombre de Kina, y creía en su existencia. Asimismo, todo tagliano había oído hablar de los Estranguladores. Los consideraban más unos bandidos y malhechores que unos fanáticos religiosos. Y ni uno solo entre un centenar creía que siguieran existiendo. Los Estranguladores pertenecían al pasado, y fueron erradicados a lo largo del último siglo.

Mencioné ese aspecto a Narayan. Me sonrió.

—Dama, esa es nuestra principal ventaja. Nadie cree en nuestra existencia. Habréis comprobado que tanto Sindhu como yo mismo no hacemos grandes esfuerzos por escondernos de los hombres. Caminamos entre ellos afirmando ser parte de los temidos y famosos Estranguladores, y que harían bien en no contrariarnos. No nos creen. Pero, aun así, nos temen. Es porque conocen las antiguas historias, y piensan que podríamos querer imitar a los Impostores de la vieja edad.

—Y algunos sí son creyentes. —Sospechaba que entre ellos se incluían Humo, la radisha y algunos otros individuos de importante posición social.

—Siempre los hay. Justo los suficientes.

Aquel pequeño hombrecillo me resultaba cada vez más siniestro. Y, después de todo, quizá fuera realmente en su comunidad un respetado vendedor ambulante de hortalizas, considerado un buen gunni, buen padre y buen abuelo. Sin embargo, durante la estación árida, cuando gran parte de la población de Taglios se desplazaba para comerciar, él también tendría que hacerlo. Entonces, junto a su banda, confundiendo entre los muchos otros viajeros, cometería asesinatos cuando se presentaba la oportunidad. Estaba claro que era un buen asesino. Por eso Sindhu lo tenía en tan alta estima.

Por fin conseguía comprender su sistema de castas. Estaba basado en el número

de asesinatos ejecutados con éxito.

Probablemente, Narayan debía de ser secretamente un hombre muy rico. Los seguidores de Kina acostumbraban a saquear a sus víctimas.

Podía decirse que era un culto más igualitario que otros. Narayan, de casta baja y maldito con un nombre shadar, había acabado convirtiéndose en el jamadar de su banda. Todo porque era un táctico brillante, y favorito de Kina (algo que supongo debía significar afortunado), según palabras de Sindhu. Era famoso entre los Estranguladores. Una leyenda en vida.

—Narayan no necesita sujetabrazos —apuntó Sindhu—. Y solo los mejores pañuelos matan con tanta rapidez y eficacia como para no necesitar de sujetabrazos.

Una leyenda viviente. Y era mi lugarteniente. Interesante.

—¿Sujetabrazos? —Había empleado la frase más como un título que como la descripción de una función.

—Las bandas constan de diversos especialistas, Dama. Los miembros más recientes de la misma empiezan su camino como cavatumbas y rompehuesos. Muchos de ellos nunca llegan a superar ese nivel, pues no llegan a desarrollar bien sus habilidades con la pañoleta. Los hombres de pañoleta amarilla son los Estranguladores de menor rango. Aprendices. No suelen tener oportunidad de matar, y suelen comenzar como sujetabrazos al servicio de pañuelos rojos, y también como exploradores y buscavíctimas. Los hombres de pañuelo rojo son los que se encargan de la mayoría de los estrangulamientos. Son pocos los que alcanzan el título de pañoleta negra. Estos últimos son los que se convierten en jamadares o sacerdotes. Los sacerdotes se encargan de los aspectos divinos y de los augurios, de interceder en nombre de Kina, y de registrar las crónicas y las estadísticas de la compañía. También, de ser necesario, pueden actuar como jueces.

—Yo nunca fui sacerdote —dijo Narayan—. Para serlo, hay que ser educado como tal.

No fue sacerdote pero sí esclavo. Y había logrado mantener su pañoleta durante todo su cautiverio. Me preguntaba si se habría defendido obrando muertes silenciosas.

—A veces, cuando la ocasión era propicia —admitió al preguntarle—. Pero Kina nos enseña que no debemos matar indiscriminadamente, ni llevados por la rabia. Solo en nombre de su mayor gloria. No matamos debido a razones políticas, excepto por la seguridad de la hermandad.

Interesante.

—¿Cuántos seguidores calculas que tendrá Kina?

—Dama, no hay forma de saberlo. —Narayan parecía mostrarse más aliviado con preguntas de ese tipo—. Somos proscritos. Una sentencia de muerte cae sobre nosotros en cuanto hacemos juramento a Kina. Un jamadar podrá conocer el número

de integrantes de su banda, y tendrá contactos con algunos otros jamadares, pero desconocerá el número de bandas existentes o lo poderosas que estas podrán ser. Claro que tenemos formas de reconocernos unos a otros, medios para comunicarnos, pero no solemos osar reunimos en gran número. Los riesgos son demasiados.

Sindhu señaló:

—El Festival de las Luces es nuestro mayor concilio. En él, cada banda envía a hombres para participar en los rituales del la Arboleda de la Condena.

Narayan lo silenció con un gesto.

—Se trata de un hermoso día sagrado, aunque no muy distinto del festival shadar que responde al mismo nombre. A él acuden muchos de los capitanes de las bandas, aunque con muy pocos de sus discípulos. Los sacerdotes, por supuesto, están presentes. Se toman diferentes decisiones y se juzgan algunos casos, pero diría que no llegan a atender al Festival más de uno entre veinte creyentes. Me aventuraría a decir que el culto puede estar constituido hoy por entre mil y dos mil de nosotros, lo que supone más de la mitad de los hombres vivos del territorio de Taglios.

No eran tantos, después de todo. Y solo una pequeña fracción eran asesinos realmente diestros. Claro que, sería una gran fuerza que emplear en la oscuridad, si llegara a conseguirla como instrumento en mis manos.

—Narayan, llegamos entonces a la pregunta clave. Al corazón de todo este asunto. ¿Qué lugar ocupo yo en todo esto? ¿Por qué me habéis elegido? ¿Y para qué?



Matasanos se despertó entre graznidos y repiqueteos. Se levantó y caminó hasta la entrada del templo. La neblinosa arboleda era atravesada por una espectral luz de amanecer.

Atrapa Almas ya había regresado. Los corceles negros echaban espuma por la boca. Habían cabalgado largo y tendido. La hechicera estaba rodeada por ruidosos cuervos. Los maldecía y apartaba, haciéndole señales a Matasanos. Este, obediente, salió preguntando:

—¿Dónde has estado? Han estado pasando muchas cosas.

—Eso deduzco. Había ido a por tu armadura —dijo señalando el caballo que había estado montando.

—¿Recorriste todo el camino hasta Dejagore? ¿Para recogerla? ¿Por qué?

—Nos hará falta. Cuéntame qué sucedió.

—¿Cómo estaban mis hombres?

—Resistiendo. Mejor de lo que había esperado. Quizá puedan aguantar aún más tiempo. Conjura Sombras no está en su mejor momento. —Su voz carraspeaba de irritación. Sin embargo, tras continuar, pasó a ser la de un niño engatusando—. Cuéntame. Me llevaría un siglo escucharlo de los cuervos. Intentan hablarme todos a la vez.

—Aullador pasó ayer por aquí.

Ella alzó entonces la caja de madera hasta la altura de sus ojos, aunque no hizo a Matasanos mirar el semblante que contenía.

—¿Aullador? Te escucho.

Y así lo hizo.

—El juego se pone interesante. ¿Cómo se las arreglaría Sombra Larga para sacarlo de su pantano?

—Ni idea.

—Habla retóricamente, Matasanos. Vamos, entra. Estoy cansada. Ya estaba de mal humor.

Matasanos obedeció, no quería tampoco ponerla a prueba. En el exterior, su captara parloteó con una masa tan densa de cuervos que llegó a desaparecer entre ellos. De algún modo, consiguió extirpar la confusión en medio de aquel caos. Minutos más tarde, el templo entero vibraba al son de incontables alas batiendo. Una nube oscura voló encaminándose al sur.

Atrapa Almas entró entonces. Matasanos mantuvo las distancias, y la boca cerrada. No es que estuviera especialmente intimidado, pero tampoco iba a meterle la mano en la boca a una cobra.

* * *

Llegó la mañana. Matasanos se despertó. Atrapa Almas aparentaba dormir profundamente. Pero resistió la tentación. Había sido una idea pasajera, de todas formas. No iba a cogerla desprevenida tan fácilmente. Seguro que no estaba tan dormida como aparentaba. Sí que estaba descansando, pero quizá lo estuviera poniendo a prueba. Era incapaz de recordar siquiera haberla visto dormir.

Se puso a hacerse el desayuno.

Atrapa Almas se despertó mientras cocinaba. Matasanos no se dio cuenta. Un espectacular destello color rosa lo sobresaltó. Se giró rápidamente. Tras la hechicera se arremolinó una humareda rosada. De su interior brincó una criatura del tamaño de un niño que dedicó una reverencia a la mujer y caminó con aire despreocupado hasta él.

—¿Qué tal estamos, capi? Hace tiempo que no os veía.

—¿Prefieres una respuesta honesta o una que pueda complacerte, Cara de Sapo?

—¡Chico! ¿Es que no te sorprende verme?

—Claro que no. Ya te había imaginado un infiltrado. Un Ojo no es tan tonto como para dejarse engañar por un demonio.

—¡Escucha! ¡Escucha! Vigila esa lengua, capi. No soy ningún demonio. Soy un imp.

—Vaya, disculpa el deje sureño. En realidad sí que llegaste a confundirme un poco, pues pensé que estabas al servicio del Cambiaformas.

—¿Ese inútil? ¿Qué habría podido ofrecerme?

Matasanos se encogió de hombros.

—¿Estuviste en Dejagore? —hablaba reprimiendo el enojo. El imp, a quien se suponía al servicio de la Compañía Negra, se había ausentado en la debacle final—. ¿Qué tal va todo?

El trasgo medía apenas algo más de medio metro de alto, aunque sus proporciones eran las de un adulto. Miró a Atrapa Almas y recibió de ella alguna

clase de permiso no aparente.

—Pues, capi, que Mogaba es un pésimo figurante. Está dando a los chicos de los Maestros de las Sombras todos los problemas que puedan querer y más. Los está haciendo quedar como idiotas. No les deja acabar de morder la presa. Claro que no durará demasiado. Están en el fregado también tus viejos compinches, Un Ojo, Goblin y Murgen. No están contentos con su forma de hacer las cosas. Y a él tampoco le gustan ellos, que todo el tiempo se están quejando. Se acabarán distanciando, eso si Conjura Sombras no revienta antes. Vamos a encontrarnos pronto con un nuevo tablero de juego.

Matasanos se acomodó con su almuerzo.

—¿Revienta?

—Exacto. Ya sabes que salió herido en la batalla. Su viejo compinche del sur, Sombra Larga, ha sacado provecho de su caída. Y le impide usar su talento. Vaya, esos Maestros Conjuros son unos tipos estupendos, siempre dispuestos a apuñalarse por la espalda, aun cuando están sobre un estanque lleno de cocodrilos ansiosos por comérselos. Ese Sombra Larga cree que podrá dar carrete a Conjura Sombras, lo justo para dejarle acabar con Dejagore, para luego deshacerse de su marioneta y quedar como amo del mundo.

—Pues ahora deberá preocuparse también de Aullador. Y de mí. —Dijo la hechicera con una voz que era poco más que un susurro.

La sonrisa desapareció del semblante del imp.

—Jefa, tus secretos no están tan bien guardados como crees. Saben que estás aquí. Todos lo sabían, desde el principio.

—¡Maldita sea! —dijo mientras caminaba nerviosa—. Creí haber sido lo suficientemente cuidadosa.

—¡Vamos! No te preocupes. Ninguno tiene la más mínima idea de dónde estás exactamente. Y puede que, cuando caigamos sobre ellos, deseen haber sido más amables contigo en los viejos tiempos. ¿No crees? ¿No crees? —dijo riendo como un niño.

Matasanos se había topado por primera vez con Cara de Sapo en Gea-Xle, lejos, hacia el norte. Un Ojo, uno de los magos de la compañía, lo había conducido hasta él. Todos menos el propio Un Ojo habían puesto en duda la lealtad y la procedencia del imp, aunque Cara de Sapo había acabado resultando útil.

—¿Tienes planeado algo? —preguntó Matasanos a la Atrapa Almas.

—Así es. Ponte en pie. —Así lo hizo. Entonces ella, de nuevo, apoyó un puño enguantado sobre su pecho—. Vaya. Has sanado bastante. Y se me está acabando el tiempo.

Matasanos se sintió recorrido por la excitación. Sabía lo que ella buscaba, y no deseaba ofrecérselo.

—Pensé que por eso estaba él aquí. ¿Confías en él tanto como para dejarlo vigilándome?

—Vamos, capi —dijo el imp—. Vas a herir mis sentimientos. Por supuesto que confía en mí. Le he demostrado mi valía.

—Con solo una palabra lo condenaría a toda una eternidad de tormentos. —Su voz sonaba como la de una juguetona niña pequeña. Parecía deleitarse.

—Y eso también —dijo el imp, con repentina hosquedad—. Capitán, la vida es dura. Parece que nadie acaba de confiar en mí. No me dejan un minuto de sosiego. Al menor descuido acabo frito. O algo peor. Desde luego, vosotros los mortales siempre estáis igual.

—¿Y qué crees que será de mí si tengo un descuido ahora? —espetó Matasanos.

—Tampoco será para tanto.

—Ya basta de chanzas —dijo Atrapa Almas—. Matasanos, cálmate. Y prepárate para la operación. El trago y yo nos encargaremos de los preparativos.

* * *

Desnuda y descabezada, la hechicera flotaba a más de un metro del suelo, boca arriba. Su cabeza, fuera ya de la caja que la había contenido, sobre una mesa de piedra próxima, tenía los ojos abiertos. Matasanos contempló el cuerpo. Era perfecto, aunque pálido y de aspecto céreo. Solo había visto uno con el que compararlo, el de la hermana de su captora.

Observó al imp, apostado sobre una monstruosa cabeza de piedra que sobresalía de una pared.

—Enséñanos de lo que eres capaz, capi —dijo guiñándole. Matasanos no se sintió precisamente tranquilizado.

Se miró las manos. Eran firmes, tenían sobre sí un legado de operaciones practicadas en una docena de campos de batalla, en las peores condiciones imaginables.

Se acercó a la mesa. La hechicera había reunido el mejor instrumental quirúrgico que el mundo podía ofrecer.

—Imp, esto nos llevará un buen rato. Cuando te diga que hagas una cosa, deberás hacerlo de inmediato. ¿Entendido?

—Claro que sí, capi. Aunque quizá ayudaría si supiera lo que piensa hacer.

—Empezaré retirando el tejido cicatrizado. Será un proceso delicado. Deberás ayudarme a controlar la hemorragia. —Ni siquiera estaba seguro de si habría hemorragia. Nunca había recompuesto a alguien al que se le suponía muerto hacía quince años. Ni siquiera podía creer que la operación pudiera ser factible. Claro que,

el solo hecho de que estuviera viva era algo imposible.

¿Qué nivel de conciencia mantendría? ¿Hasta que punto podría participar en la operación? Matasanos se limitaría a trabajar con el cuerpo para hacer que encajaran cabeza y cuello. El resto, enlazar nervio con nervio y los vasos sanguíneos entre sí, sería cosa de ella.

No iba a funcionar. No podía funcionar.

Se puso manos a la obra. Pronto estuvo tan concentrado que olvidó el precio de un posible fracaso.



Sombra Larga observaba el último retazo de sol desaparecer en el horizonte. Ladró una orden. Un hombre negruzco, menudo y arrugado murmuró una respuesta:

—Sí, mi señor. —Enseguida se escabulló fuera de la estancia de cristal. Sombra Larga seguía estando inmóvil, contemplando la puesta de sol.

—Demos la bienvenida a la hora de nuestro enemigo. —Era verano. A Sombra Larga le gustaban los veranos. Las noches eran más cortas.

Ahora estaba menos preocupado, menos temeroso. Las noches que habían seguido a la debacle en Borrascosa habían visto una crisis de confianza ya superada. No se sentía aún caballo ganador, pero sí había recobrado la seguridad en sí mismo. Todo lo que tocaba se estaba convirtiendo en oro, brotando hasta la perfección. Aullador iba ya camino de los pantanos, del todo inadvertido. El asedio de Borrascosa continuaba enervando a los ejércitos de Conjura Sombras. Este seguía impotente. Y ella parecía haberse desvanecido, contenta con haberse cobrado venganza de Dorotea Senjak. La propia Senjak desplegaba sus propias piezas, inconsciente de formar parte también de su trama. Pronto, muy pronto, encontraría trabas en su camino. Ya solo le quedaba un movimiento por hacer. Y había llegado la hora.

Cada veintitantos metros, a lo largo de la muralla de Atalaya, había una columna culminada de cristal. El interior de cada una de las estructuras cilíndricas contenía un gran espejo curvado, y allí prendían hogueras. Eran llamas que brillaban con fuerza. Los espejos arrojaban toda la luminosidad hacia el viejo sendero que descendía de la llanura de brillante piedra. Ninguna sombra sería capaz de moverse sin ser vista.

Sentía recuperar la confianza. Por fin podría dejar que fueran otros quienes vigilaran la noche. Tenía otras cosas de las que ocuparse. Informes que recibir, órdenes que mandar, comunicados que dirigir. Volvió la espalda al mundo fuera de la torre, se acercó a una esfera de cristal sobre un pedestal, en el centro de la cámara.

El artefacto tenía más de un metro de diámetro. Una serie de canales lo

atravesaban cual agujeros de gusano, hasta alcanzar un hueco en su corazón. Resplandores de luz recorrían su superficie. Serpientes luminosas reptaban por los canales de su interior. Sombra Larga apoyó sus manos marchitas sobre la esfera. La luz de la superficie pareció absorberlas. Sus manos se hundieron lentamente en el globo, como si estuvieran avanzando derritiendo hielo. Agarró las serpientes de luz, dándoles forma.

Allá donde la esfera reposaba sobre el pedestal se abrió una pequeña compuerta, destapando uno de los canales. A través de ella rezumó oscuridad. Lo hacía a regañadientes, con esfuerzo, luchando por cada milímetro. Odiaba la luz tanto como el Maestro de las Sombras odiaba la oscuridad. Esta relleno el corazón de la esfera.

Sombra Larga se dirigió a la oscuridad. La luz en la esfera se estremeció, arrastrándose por sus manos. La esfera vibró, y de ella brotó un sonido más callado que un murmullo. Sombra Larga agudizó el oído. Y entonces apartó a la sombra para conjurar otra nueva.

A la cuarta de las sombras se dirigió así:

—Lleva este mensaje a Taglios: «que emerja el agente».

Mientras la sombra se escabullía de vuelta, escapando de la luz, el Maestro de la Sombras sintió que había dejado de estar solo. Asustado, volvió la vista hacia el sendero que recorría la llanura.

Nada parecía moverse. Las trampas de sombra seguían intactas. ¿Qué sería?

Algo tenebroso, oscuro y lustroso, destelló junto a la columna más cercana.

—¿Cómo? —No era ninguna sombra. Era, ¡un cuervo! Multitud de cuervos. ¿Qué estarían haciendo allí unos cuervos?

Era de noche. Y los cuervos no vuelan de noche.

No podía ser otra cosa.

Hacía semanas que Atalaya había estado siendo sobrevolada por cuervos, aunque en raras ocasiones se habían comportado como tales.

—¡Le pertenecían a ella! —Maldijo, dando un fuerte pisotón en el suelo, infantilmente enojado. Lo había estado observando todo. ¡Ahora lo sabía todo!

El miedo le abandonó pero mantuvo la furia. Nunca había sabido controlarse demasiado. Apartó las manos rápidamente de la esfera, olvidando que no debía hacerse en ella ningún movimiento brusco. Los cuervos parecieron carcajearse de su acción.

Diablos. Se agolpaban contra las paredes de la torre, graznando como si se burlaran de él.

Consiguió liberar una mano de la esfera. Entre sus dedos saltaron gotas de sangre. ¡Pondría fin a esas cotorras negras! ¡Esos demonios no volverían a espiarlo!

Lanzó un relámpago. Una docena de cuervos estallaron. La torre fue salpicada de plumas y sangre. Los supervivientes graznaron con estruendo.

Por fin la razón se abrió paso entre la rabia. Algo no iba bien. Querían que los atacara.

¿Sería por diversión?

¡Era la esfera!

Allá donde había liberado la mano, había un hueco. El agujero se ensanchó hasta alcanzar el corazón del artefacto. De su interior ya brotaba oscuridad.

Dio un alarido.

Controló su miedo, retirando la otra mano con delicadeza. Cerró con cuidado el hueco, pero no antes que la sombra escapara.

Esta se arrojó por el umbral de la estancia, fuera de la cámara, hacia las entrañas de Atalaya, huyendo de la luz.

¡Había una sombra suelta en la fortaleza!

En algún sitio escuchó un grito. La sombra se había lanzado a cazar.

Sombra Larga se obligó a calmarse por completo. Era una única sombra, pequeña, controlable.

Fuera, los cuervos parecían celebrarlo.

Logró ahogar la rabia. No volverían a provocarlo.

—Vuestra hora está cerca —prometió—. Volad con vuestra perra. Informadla de vuestro fracaso. Estoy vivo. ¡Aún estoy vivo!



Cuando la mirada vigilante decae, aquella que es vigilada siempre percibe un instante de libertad.

Un prodigioso gemido escapó del menudo ser conocido como Aullador. Envueltos en él, los hombres que lo transportaban se apresuraron, transportándolo hasta el campamento del Maestro Conjura Sombras, mientras el Vigía del Sur permanecía distraído.

Aullador se demoró el tiempo justo para contactar con su objetivo, dirigirse a él brevemente, intercambiar puntos de vista, llegar a un entendimiento al que asirse para eludir la inevitable traición de Sombra Larga, y asegurarse de emerger justo cuando se evaporase la amenaza para Taglios.

Cuando los vigías de Sombra Larga volvieron a dar con él, Aullador ya había dejado el lugar. La única evidencia de su visita fue una mejora en el estado de Conjura Sombras. Pero este se cuidó mucho de hacerla evidente.



El viento había cambiado. Ahora soplaba del noreste, y empujaba el humo de las piras sobre el río.

—¿Podríamos requisarles la madera? —pregunté a Narayan—. Los suicidios se habían sucedido durante toda la mañana.

—No creo que fuera buena idea, Dama. Podrían tomarlo como una interferencia; suficiente para suscitar una revuelta. Aún no gozáis del suficiente poder.

En realidad, nunca tendría bastante para hacer algo así, por mucho que me disgustase lo que estaba viendo.

—Solo me hacía ilusiones. Nunca he considerado uno de mis cometidos enredar con costumbres arraigadas.

Y Narayan seguro que tampoco. No le insistí más al respecto. Aunque me resultaba fácil imaginar su respuesta: estaba implícita en sus creencias. Quería ver nacer el Año de los Cráneos. Ansiaba liberar a Kina. Deseaba llegar a ser inmortal, un santo Impostor.

—Algo así está lejos de nuestro alcance, Dama. ¿Cuáles son los planes para hoy?

—Creo que estamos llegando a ese punto en que, tras reunir un ejército, este se convierte en una bola de nieve.

—¿Una bola de nieve?

Había empleado el término Forsberger sin darme cuenta. Desconocía el vocablo tagliano. Y claro, no nevaba en aquella tierra; Narayan nunca había visto la nieve.

—Pues que crece hasta escapar de tus manos. Una semana más, según mis cálculos, y empezaremos a tener más reclutas de los que podremos cobijar.

—¿Aun con la radisha en nuestra contra? —Estaba convencido de que debíamos considerarla nuestra enemiga.

—Eso podría volverse a nuestro favor si apelamos al resentimiento del pueblo hacia el poder establecido.

Narayan cogió la idea. Ese mismo resentimiento llevaba también reclutas a los Impostores.

—Pero es menor del que imagináis. No es vuestra tierra. Mi gente es muy fatalista.

Era cierto. Pero tenían cosas a las que aferrarse. De no ser así, no tendría ahora a dos mil hombres bajo mi estandarte.

—Pero responderán ante la chispa apropiada, ¿no crees?

—Todos lo hacemos, Dama.

—Exacto. Y yo os he dado a ti y a tus compinches esa chispa. Claro que, ¿cómo conseguir una chispa suficiente para encender a toda la masa? Una que les haga apartar el temor que sienten hacia la Compañía Negra y sus objeciones a una mujer comandante. —Podía entender por qué era temida la Compañía ahora. Y por el bien de Matasanos, quizá era una suerte que estuviera muerto para no verlo. Le hubiera roto el corazón.

Narayan no parecía tener sugerencias.

—Necesitamos un rumor electrizante. Uno que entregar a tu hermandad, para que esta haga correr la voz a los cuatro vientos —le dije.

—Dama, temo que el rumor que necesitamos esté ya en boca de todos los jamadares.

—Estupendo entonces, Narayan. Hasta el último de los capitanes de tus bandas habrá oído a estas alturas que se anuncia la aparición de tu Mesías Estrangulador. Supón que, al saber que las noticias proceden de ti, del famoso y honrado Maestro Estrangulador, todos le dan crédito —dije con un tono que se tornaba sarcástico por momentos—. ¿Qué cantidad de hombres sumaría algo así a un estandarte que necesita de miles de ellos? Pensándolo bien, preferiría que tus amigos se quedaran donde están, como nuestras manos y puñales, agazapados. ¿Hay alguna otra leyenda que pueda explotar? ¿Algunos otros temores?

—Los Maestros de las Sombras ya suponen temor suficiente, al menos entre la gente del campo, que tendrá aún vivos los recuerdos del pasado año.

—Eso es cierto. Ya estamos recogiendo los primeros voluntarios del otro lado del río, hombres que de ningún modo podríamos haber soñado enrollar antes de marchar hacia Dejagore. Nuestros alistamientos habituales procedían de la ciudad o eran antiguos esclavos que habíamos liberado tras invadir Ghoja. La gente del campo, acostumbrada a temer a los Maestros de las Sombras, podría suponer una prolifera fuente de mano de obra. Y serán hombres más rudos que los de la ciudad. Claro que lo mejor sería recoger esa cosecha lo antes posible.

En nuestra ubicación actual, podíamos sentir el poder que manaba del palacio y de los templos de Trogo Taglios. En cualquiera de esos lugares era posible que hombres temerosos dictaran mandatos y plegarias prohibiendo la unión en lealtad a nuestras filas.

—¿Tienes amigos en la ciudad?

—No demasiados. Ninguno que conozca personalmente. Quizá Sindhu sí tenga alguno.

—Martinete procede de la ciudad.

—Sí. Y algunos otros más. ¿En qué estáis pensando?

—Podría interesarnos asentarnos definitivamente aquí, de inmediato, antes que la radisha, y especialmente ese mequetrefe llorica de Humo, puedan cambiar de opinión respecto a nosotros. —Hablabamos de nosotros, pero siempre pensaba en mí. Mi esfuerzo no parecía convencer demasiado a Narayan.

—No podemos dejar Hoja. No hay duda de que aún llegarán miles de hombres más. Tenemos que alistar a todos los posibles.

Sonreí.

—¿Y si dividiéramos nuestras fuerzas? Podrías quedarte tú con la mitad, aquí, reuniendo a la gente, y yo me llevaría a la otra mitad a la ciudad.

Reaccionó justo como había esperado. Podía decirse que le entró pánico; no quería perderme de vista.

—Aunque también podría dejar a Hoja al mando. Es respetado, y tiene aquí una gran reputación.

—Esa es una idea excelente, Dama.

Me preguntaba quién estaría manejando a quién.

—¿Considerarías a Sindhu alguien con suficiente respeto para dejarlo también al cargo?

—Más que suficiente, Dama.

—Perfecto. Entonces habrá que poner al día a Hoja respecto a su futuro compañero. Hablarle de tu hermandad.

—¿Mmm?

—Debes conocer las capacidades de una herramienta cuando vas a emplearla. Solo los sacerdotes nos piden creer en las cosas basándonos únicamente en la fe.

—Los sacerdotes y los funcionarios —me corrigió Narayan—. Tenéis razón. Hoja no aceptará nada fundándose en un acto de fe.

Era el último hombre vivo del que esperaba algo así. Y era algo que podría acabar interponiéndose entre ambos, algún día.

—¿Alguno de los miembros de tu hermandad es lo suficientemente cínico como para andar de incógnito en otras hermandades sacerdotales?

—¿Cómo decís, Dama? —su voz sonó herida.

—Mis fuentes de información no son muy suculentas. Si tuviéramos amigos en otras hermandades...

—Al menos en Taglios no tengo constancia de ello, Dama. Lo considero improbable.

Echaba de menos los viejos tiempos, aquellos en los que había disfrutado por

completo de mis poderes, aquellos en los que habría podido conjurar a un centenar de demonios para hacerlos mis espías, o invocar los recuerdos de un ratón que había estado junto a la pared de una estancia en la que mis enemigos habían estado reunidos.

Le dije a Narayan que ya antes había erigido un imperio desde unos inicios tan humildes como los nuestros. Y era cierto, claro que había dispuesto de más armas. Ahora, casi me sentía desarmada.

Estaba recuperando esas armas, pero con demasiada lentitud.

—Haz llamar a Hoja.

* * *

Me llevé a Hoja a pasear río arriba, al este de la fortaleza. Se contentó con atender a mis palabras. Habló solo una vez, crípticamente, mientras nos aproximábamos a un árbol de la ribera sobre el que había apoyado una pértiga de pesca.

—Parece como si Humo no fuera a regresar.

Le dije que se explicase. No acababa de encontrarle sentido a lo que me decía. Miré la fortaleza. Swan y Mather seguían allí, nombrados teóricos comandantes de las fuerzas taglianas al otro lado del río. Me preguntaba hasta qué punto estarían tomándose en serio su cargo. No sabía si Hoja sería consciente de ello. Apenas habría tenido tiempo de reparar en algo así. Había estado trabajando aún más horas que yo misma, aprendiendo él mismo al tiempo que adiestraba a sus hombres. ¿Por qué habría hecho un esfuerzo semejante? Sentía que en su interior daba cobijo a una enorme cantidad de odio irracional.

Sospechaba que pertenecía a la clase de hombres que buscan cambiar el mundo.

Gente fácil de manipular, más fácil que los swans, a los que lo que más les preocupa es que les dejen en paz.

—Estoy considerando ascenderte —le dije.

—¿A qué? —respondió con sorna—. A menos que antes os ascendáis vos misma.

—Claro. Serás el legado de la legión de Ghoja. Y yo la generala del ejército.

—¿Irás hacia el norte?

Hoja no acostumbraba a despilfarrar palabras, y tampoco necesitaba usar demasiadas para obtener la información.

—A estas alturas ya debería estar en Taglios, cuidando de mis intereses —dije.

—Suena peligroso. Te meterás en la boca del lobo.

—¿Por qué crees eso?

—Necesitas estar aquí para alistar soldados, para concentrar poder. Además, hay que controlar a los sacerdotes, impedirles alejar a posibles reclutas.

—Es cierto.

—Necesitas lugartenientes de confianza. Pero estás sola.

—¿Tú crees?

—No estoy seguro. Puede que haya malinterpretado las intenciones de Narayan y Sindhu.

—No lo creo. No compartimos metas. ¿Qué sabes de ellos?

—Nada. Solo que no son lo que aparentan ser.

Consideraré la idea, Hoja debía creer que ocultaban sus verdaderas intenciones.

—¿Has oído hablar de los Impostores, Hoja? ¿Los llamados Estranguladores?

—Un culto mortal. Probablemente legendario. La radisha hizo referencia a ellos y a su diosa. Al mago lo aterroriza. Los soldados lo consideran extinto. ¿Pero no es así, verdad?

—No. Aún hay gente que le rinde tributo. Y, por razones que desconozco, me dan respaldo. No te aburriré hablándote de su dogma. Pero es repulsivo, y no confío en que me lo relataran sinceramente.

Masculló. Me preguntaba qué bulliría en el interior de su cabeza. Lo ocultaba bastante bien.

Ya había conocido a gente como Hoja. El día que conozca a alguien que no me recuerde a ningún otro, estaré sorprendida de verdad.

—Marchad al norte sin temor. Yo me ocuparé de Ghoja.

Confiaba en él.

Me volví. Entonces caminamos de vuelta al campamento. Me esforcé por ignorar el hedor que venía del río.

—Hoja, y tú, ¿qué es lo que buscas? ¿Por qué estás en todo esto?

Se encogió de hombros, algo que no acostumbraba hacer.

—El mundo está poblado de muchos males. Supongo que he elegido uno de ellos para dirigir mi cruzada personal contra él.

—¿Y por qué tanto odio por los sacerdotes?

En esta ocasión no se encogió de hombros. Pero tampoco me dio una respuesta directa.

—Si cada hombre eligiera un mal y lo atacara sin descanso, ¿cuánto tiempo podría pervivir ese mal?

Era una respuesta fácil: para siempre. Se hace más mal en nombre de la rectitud que por cualquier otro motivo. Pocos son los villanos que se consideran tales. Sin embargo, preferí no descomponer a su ilusión. Si es que verdaderamente albergaba alguna. En realidad, dudaba que fuera así. No hay otra que la que nace de la hoja de una espada.

Al principio había creído que la impresión que tenía de mí no difería demasiado de la que podía tener Swan. Pero ahora, nada en él era tan aparente como que me

consideraba una compañera soldado.

Ese Hoja conseguía confundirme.

—¿Hablaréis con Swan y Fibroso? ¿O deberé hacerlo yo? —me preguntó.

—¿Qué crees que es mejor?

—Depende. ¿De qué queréis hablar? ¿Hasta dónde queréis explicar? Con unos cuantos quiebros, podréis llevar a Swan a donde queráis.

—No estoy muy interesada en eso.

—Entonces yo hablaré con ellos. Podéis marchar. Haced lo que tengáis que hacer.

Al amanecer del día siguiente estaba ya camino del norte, acompañada de dos batallones insuficientes e incompletos, de Narayan y de Martinete, y de todos los trofeos que me había cobrado de la caballería de los Maestros de las Sombras.



La radisha aguardaba impaciente, mientras veía a Humo ir y venir afanosamente, asegurándose de que sus conjuros fueran a prueba de intrusos curiosos. El prahbrindrah Drah reposaba estirado sobre un sillón, con aspecto indolente y despreocupado. No obstante, fue él el primero en hablar después que el mago señalara estar satisfecho con las precauciones tomadas.

—¿Más malas noticias, hermanita?

—¿Malas? No sé qué decirte. Lo cierto es que no son agradables. Lo ocurrido en Dejagore fue un completo desastre. Aunque los expertos calculan que los Maestros de las Sombras salieron tan mal parados que en lo que queda de año no volverán a molestarnos. Bueno, y esa mujer que deseas sobrevivió.

El prahbrindrah sonrió.

—¿Y esa era la mala noticia o la buena?

—Está sujeta a interpretaciones. Creo que, y sin que sirva de precedente, Humo podría haber estado en lo cierto.

—¿Y eso?

—Ella insiste en que la derrota no acabó con la Compañía Negra, y que por ello tampoco supuso la rescisión de nuestro contrato. Me pidió más hombres, material y equipamiento.

—¿Lo decía en serio?

—Totalmente. Me recordó sucesos pasados de la Compañía Negra, y lo que les sucede a aquellos que incumplen los acuerdos.

El prahbrindrah rió entre dientes.

—Menuda muchacha, ¿y todo lo hace sola?

—Ha conseguido reclutar ya una fuerza de unos dos mil hombres —señaló la radisha—. Los está adiestrando. Querido, es peligrosa. Mejor será que la tomes en serio.

Humo chilló una vez más, aparentemente incapaz de articular una sola frase.

—Y sí. Mató a Jahamaraj Jah. Jah había querido meterla en problemas. Y ¡paf!

Lo hizo desaparecer.

El príncipe respiró profundamente, dejó escapar el aire entre las mejillas abombadas.

—No podemos culparla por ello. Pero no es el mejor modo de hacer amistad con los sacerdotes.

Humo volvió a gorjear.

—No tiene la más mínima intención de hacer algo así —dijo la radisha—. Hoja se ha pasado a su bando. Lo tiene como número dos. Y ya conoces su opinión sobre los sacerdotes. ¡Maldita sea, Humo! ¡Tranquilízate un poco!

—¿Y qué hay de Swan y Mather?

—Aún no se han vendido. O eso creo. Pero se ha llevado con ella a Swan. La verdad, no entiendo qué ves en ella.

El prahbrindrah rió entre dientes.

—La encuentro exótica. Y hermosa. ¿Por dónde andan ya?

—Los dejé a ambos al mando. Supuestamente. No creo que sirva de nada. Ella se considera la capitana, libre de tomar cualquier decisión que considere justa. Al menos, con ellos dos sabremos lo que está pasando. Podrán mantenernos informados. Tranquilo, Humo. Tranquilo.

—¿Por qué está tan histérico?

—Cree que ella ha hecho una alianza con los Estranguladores.

—¿Los Estranguladores?

—Adoradores de Kina. No deja de gemir desde que se enteró.

—Vaya.

—La primera vez que me reuní con ella, trajo a dos de ellos consigo. Al menos, era gente que parecía pertenecer a los Estranguladores.

Humo logró entonces balbucir una afirmación comprensible:

—Ella misma llevaba uno de esos pañuelos. Creo que mató a Jah con sus propias manos. Debieron deshacerse de su cuerpo según el ritual de los Impostores.

—Dejadme pensar. —El príncipe se pasó los dedos por la comisura de la boca. Finalmente, preguntó—: ¿Eran hombres que había reclutado ella? ¿O es que ha firmado alguna alianza con el culto al completo?

Humo volvió a quejarse. La radisha apuntó:

—No sé. ¿Quién sabe cómo funciona ese culto?

—Dudo que sea monolítico.

—Ella llevaba una pañoleta —dijo Humo—. Y durante el combate con la caballería de los Maestros de las Sombras, se hizo pasar por Kina.

La radisha tuvo que explicar el comentario.

—Entonces, ¿debemos ponernos en lo peor? —preguntó el príncipe—. ¿Aunque se nos antoje poco probable?

—Aunque tenga acceso únicamente a unos pocos Estranguladores, querido, tendrá en sus manos poder impío. Es gente que no teme a la muerte. Matan cuando se les dice. No reparan en el coste que pueda tener para ellos mismos. Y no tenemos forma de saber quién puede estar en sus filas.

—El Año de los Cráneos —dijo Humo.

—No nos dejemos llevar por los nervios. Hermanita, tú hablaste con ella, ¿no? ¿Qué te dijo?

—Quiere continuar la guerra. Completar la misión de la Compañía Negra, y luego espera que nosotros cumplamos nuestra parte del trato.

—Entonces no estamos en peligro inmediato. ¿Por qué no dejarle llevar la iniciativa?

—Matadla ahora —dijo Humo—. Antes de que se haga más fuerte. Acabad con ella. O será ella quien acabe con Taglios.

—Creo que reacciona de forma exagerada. ¿No te parece, hermanita?

—Ya no estoy tan segura.

—Pero...

—No hablaste con ella, no viste la confianza que parece tener en sus fuerzas. Es abrumadora. Se ha vuelto aterradora.

—¿Y qué hay de los Maestros de las Sombras? ¿Quién se encargaría de ellos?

—Aún nos quedaría un año.

—¿Y crees que podríamos reunir un ejército para entonces?

—No estoy segura. Creo que cometimos un error fatal al tratar con la Compañía Negra de la forma en que lo hicimos. Tejimos todo un entramado de engaños, y puede que eso se vuelva en nuestra contra. Estamos metidos hasta el cuello, y no podemos echarnos atrás. Swan, Hoja y Mather estaban convencidos de que incumpliríamos lo prometido. Estoy segura de que Hoja le habrá hablado de ellos.

—Entonces tendremos cuidado —dijo el prahbrindrah, reflexionando—. Pero ahora mismo no veo una amenaza inminente. Si quiere hacer frente a los Maestros de las Sombras, yo digo que la dejemos.

A Humo pareció darle entonces un ataque. Empezó a maldecir, a espetar una frase tras otra, relatando terribles profecías. Y cada frase contenía las palabras «el Año de los Cráneos».

Estaba tan histérico que la radisha acabó por dar la razón a su hermano.

Juntos lo abandonaron entre estertores. Mientras caminaban hacia su ala de palacio, el prahbrindrah preguntó:

—¿Qué le pasará? Ha perdido el control completamente.

—Nunca estuvo demasiado centrado.

—No. Pero ha pasado de ser un ratón a una medusa. Antes lo que temía era ser descubierto por los Maestros de las Sombras. Ahora son los Estranguladores los que

lo aterrorizan.

—A mí también me aterrorizan.

El príncipe resopló.

—Hermanita, nuestro poder es mayor del que crees. Tenemos el poder de manipular al clero.

La radisha resopló. Sabía lo poco o mucho que suponía eso. No tenía más que recordar al Jahamaraj Jah.



En una estancia despojada de techo, ocho hombres estaban reunidos alrededor de una hoguera. La cámara ocupaba la última planta de una casa de vecinos situada en el peor barrio de Taglios. Al casero le hubiera dado un infarto de haber visto lo que sus inquilinos habían hecho con la habitación.

Los arrendatarios llevaban allí apenas unos cuantos días. Eran tipos menudos, arrugados y de tez parduzca, que no recordaban a ningún nativo tagliano. Pero Taglios yace a la ribera de un gran río. Los extraños no dejan de entrar y salir de la ciudad, y sus habitantes rara vez se paran a mirarlos de cerca.

Habían dejado expuesta la habitación a la intemperie, y algunos de sus ocupantes lo lamentaban ahora.

Una lluvia de verano había atravesado el río. No había sido muy intensa, pero las nubes llevaban ya un buen rato cubriendo la ciudad. La lluvia arreciaba. El pueblo de Taglios se mostraba complacido. El chubasco limpiaba la atmósfera y arrastraba la suciedad de las calles. Claro que, mañana, el día se levantaría bochornoso, y todos volverían a quejarse.

Siete de los ocho hombres de tez marrón no hacían otra cosa que contemplar las llamas de la hoguera. El octavo, de vez en cuando, añadía al fuego un puñado de una sustancia que hacía saltar chispas, que llenaba el aire de un humo de aroma intenso. Eran pacientes. Actuaban así durante dos horas, cada noche.

De repente, las sombras en lo alto de los muros de la estancia se estremecieron, danzando a la espalda de los hombres y entre ellos. Ninguno se movió, nadie hizo nada que revelara haber sido consciente de la nueva presencia entre ellos. El octavo añadió otro puñado de sustancia aromática y apoyó las manos sobre su regazo. En torno a él se congregaron las sombras. Estas susurraron. Él les contestó:

—Entiendo. —No hablaban tagliano. En realidad aquella era una lengua que nadie en casi mil kilómetros a la redonda de Taglios hablaba.

Las sombras se alejaron.

Los hombres no se movieron hasta que la hoguera se extinguió. Ahora sí que la

lluvia fue para ellos una bendición, pues sofocó las llamas rápidamente.

Aquel que había alimentado la hoguera habló brevemente. Los demás asintieron. Ya tenían sus órdenes. No tenía sentido discutir al respecto. Transcurridos unos minutos, caminaban por las calles de Taglios.

* * *

Humo se adentró en la lluvia maldiciendo.

—Es la historia de mi vida. Nada va nunca como debería. —Correteó con la cabeza gacha—. ¿Qué estaré haciendo aquí fuera? —Debía estar en la fortaleza, intentando hacer entrar en razón a la radisha para que ella, a su vez, pudiera hacer lo propio con su hermano. Iban a echarlo todo a perder. Todo por lo que habían estado esforzándose tanto iba a arruinarse si no hacían algo con aquella mujer.

Su tardanza iba a acabar con Taglios. ¿Es qué no podían verlo?

A veces, un paseo ayudaba a aclarar las ideas. Tenía que tomar un poco el aire, fuera, solo, libre. Entonces vería la forma de actuar. Acabaría encontrando la forma, estaba seguro. Debía haber alguna manera.

Entonces un murciélago le pasó volando tan cerca que pudo sentir el batir de sus alas. ¿Un murciélago? ¿En una noche así?

Recordó un tiempo, antes que las legiones marchasen, en que los murciélagos habían estado por todas partes. Entonces alguien había hecho un considerable esfuerzo por erradicarlos. Alguien quizá como esos magos que habían viajado con la Compañía Negra.

Frenó en seco, de repente se puso nervioso. ¿Murciélagos volando con aquel tiempo? No era un buen presagio.

No le había dado tiempo a alejarse demasiado de la fortaleza. En un minuto volvería a estar a salvo, de vuelta en palacio.

Otro murciélago revoloteó junto a él. Se volvió y echó a correr.

Pero tres hombres le cerraron el paso.

Se volvió a girar.

Y encontró más hombres. Parecían estar por todas partes. Estaba rodeado. Durante medio minuto le parecieron una horda. En realidad, solo eran seis. Uno de ellos, en un tagliano bastante malo, le dijo:

—Un hombre te querer ver. Tú viene con nosotros.

Miró a su alrededor, enloquecido. No tenía escapatoria.

* * *

Era su gran paradoja, pensó Humo. Siempre aterrorizado cuando el peligro aún era insustancial, y en calma cuando por fin se concretaba: empujado a través de calles oscuras y húmedas, rodeado por hombres que no lo superaban en altura. Sentía la mente despejada. Podría librarse en cuanto quisiera. Un pequeño conjuro y estaría a salvo.

Pero estaba en medio de una trama, y quizá resultaría crucial saber de qué se trataba. Podría obrar aquel conjuro más tarde, cuando lo averiguara.

Entretanto, aparentó estar tan afligido y asustado como siempre.

Sus captores lo condujeron hasta los barrios bajos de la ciudad, hasta una edificación que parecía estar a punto de derrumbarse en cualquier momento. De hecho, temía más un posible derrumbamiento que a sus captores. Estos le abrieron paso a través de unas escaleras destartaladas. Finalmente, uno de los hombres llamó a una puerta siguiendo los golpes de una contraseña.

La puerta se abrió. Entraron. Humo observó al hombre que los había estado aguardando. No era diferente a los otros seis que lo habían llevado hasta allí. Tampoco el hombre que les había abierto la puerta había sido muy distinto. Todas crías del mismo nido. Sin embargo, el que lo había recibido parecía hablar un tagliano aceptable.

—¿Sois el llamado Humo? —preguntó—. ¿El jefe de bomberos? No creo recordar el título completo.

El mago imaginó entonces que debían saber quién y qué era, en caso contrario no lo habrían llevado hasta allí.

—Lo soy. Eso me supone en desventaja con respecto a vos.

—Yo no tengo nombre. Se refieren a mí como Aquel que Dirige a los Ocho que Sirven —dijo con una sombra de sonrisa en el rostro—. ¿Algo largo, no? Pero no importa. Soy el único aquí que habla vuestra lengua. No me confundiréis con ningún otro.

—¿Por qué interrumpisteis mi paseo? —«Aparenta despreocupación, informalidad», pensó.

—Porque compartimos un interés común, al tratar con un peligro tan inmenso que podría acabar por devorar al mundo: el Año de los Cráneos.

Por fin Humo sabía con quién trataba.

Logró controlarse, pero su mente volaba a toda velocidad. Sus esfuerzos por conservar su anonimato se habían malogrado. Los Maestros de las Sombras lo habían localizado.

Quizá Swan tenía razón. Quizá no fuera más que un cobarde. Lo era.

Y lo había sabido siempre. Pero no era ningún maldito llorica. Podría controlar su miedo.

Claro que, lo humillaba pensar que Swan tuviera que tener siempre la razón en

todo. Sauce Swan no era más que una bestia que caminaba erguida sobre sus cuartos traseros y que aparentaba hablar como un humano.

—¿El Año de los Cráneos? —preguntó—. ¿A qué os referís?

El hombre esbozó media sonrisa.

—Creo que iremos más rápido si nos ahorramos las actuaciones. Sabéis bien que Kina está desperezándose. Al hacerlo, se mece y despierta a otras criaturas a las que no conviene molestar. El primer murmullo de Kina ya recorre el mundo. Pronto, la mujer que es su avatar será consciente de lo que es.

—¿Me tomáis por necio? —inquirió Humo—. ¿Creéis que podré romper mi lealtad con tanta facilidad? ¿Que con solo apelar a mis temores me venderé?

—No. No se trata de venderse. Aquel que me envía es para vos como vos podéis ser a un ratón. Y tiene recelos. Ha leído los huesos del tiempo.

Y ha visto lo que puede pasar. Esa mujer puede engendrar el Año de los Cráneos. Podrá volver a ser lo que fue en otro tiempo, una vez henchida por el aliento de Kina. Ante un terror semejante, todo palidece. El empuje de un ejército se convierte en el balbuceo de un niño. Pero aquel que me envía no tiene poder para andar allá donde habita el peligro. Ella se ha rodeado de la Estirpe de Kina. Se hace más fuerte a cada hora que pasa. Aquel que me envía debe permanecer en su refugio, conteniendo la marea de tinieblas que se cierne sobre Lugar de las Sombras. No puede hacer más que transmitir su petición de auxilio y ofrecer su amistad, la misma que podréis poner a prueba a vuestra voluntad, y reclamar cuando creáis conveniente.

Un ardid. Sin duda estaba ante un enrevesado ardid. Pero Humo no se atrevía a rechazarlo de plano. Sentía la presencia de magia en aquel lugar. Pero no había tenido tiempo de calcular su medida. Si se negaba sin darles más alternativa, podría no salir de allí con vida.

—¿Cuál es el Maestro de las Sombras al que consideráis vuestro señor? —Pensaba que ya conocía la respuesta, pues aquel hombre había mencionado Lugar de las Sombras.

El hombre de tez marrón sonrió.

—Aquel al que llamáis Sombra Larga. Aunque responde a muchos otros nombres.

Sombra Larga, el amo de Lugar de las Sombras. Aquel Maestro de las Sombras cuyo dominio estaba más alejado de Taglios, el menos conocido de los cuatro, aquel del que se decía que era un demente. Y que no se había involucrado de lleno en los ataques sobre Taglios.

El extranjero añadió:

—Aquel que me envía no se ha implicado en esta guerra. Se opuso a ella desde el principio. Se negó a tomar parte en la misma. Hay peligros más acuciantes de los que preocuparse, inquietudes más letales, y son las que lo mantienen atareado.

—He visto hombres como vosotros atacar a los taglianos en muchas ocasiones.

—Pero pensad; fue al otro lado del río. En los territorios meridionales de Taglios. ¿Veis ya dónde está el factor común, mago?

—La mujer.

—La mujer. El fulcro de Kina. Aquel que me envía ha consultado los huesos del tiempo. Mientras ella se convierte en un peligro más y más grande, más acosado se siente, y menos capacitado está para luchar. Necesita aliados. El temor lo tiene atenazado. Está dispuesto a dar más de lo que reciba. La plaga de la perdición ha arraigado en Taglios, y poco puede hacer él al respecto. Los propios taglianos son quienes deben erradicarla.

—Pero hay una guerra en marcha. Y no fueron los taglianos quienes la empezaron.

—Ni él tampoco. No obstante, es posible poner fin a esta guerra. El tiene el poder de hacerlo. De los tres que ansiaban el enfrentamiento, dos están ya muertos. Sombra de Tormenta y Sombra Lunar dejaron de existir. Conjura Sombra aún persiste. Controla los ejércitos combinados de los tres, pero está malherido. Puede ser instado a aceptar la paz. Puede ser incluso suprimido, si es ese el precio que requiere la paz. Es posible reestablecer la paz. Taglios puede volver a ser lo que era antes que esta locura comenzara. Pero aquel que me envía no invertirá sus recursos en hacer realidad todo esto si no obtiene un premio por distraer parte de su atención.

—¿Parte de su atención de qué?

—De la piedra relumbrante. Khatovar. No sois ningún campesino inculto. Habéis leído a los clásicos. Sabéis que Shadar Khadi no es sino una pálida sombra de Kina, por mucho que los clérigos Khadi lo nieguen. Sabéis que Khatovar, en la vieja lengua, significa el Trono de Khadi, y que se dice es el lugar en que Khadi cayó a la tierra. Aquel que me envía cree que la leyenda de Khatovar es el eco de una historia más antigua y certera. De Kina.

Humo se esforzaba por controlar sus temores y emociones. Forzando una sonrisa, dijo:

—El trato que me ofrecéis es extraordinario. Debo digerirlo, pues es un verdadero festín.

—Pues es solo un primer plato. Aquel que me envía está realmente desesperado. Necesita de un amigo, un aliado, alguien con influencia en esta tierra, alguien que ponga fin a la cosecha antes de que florezca. Y hará lo que sea necesario para demostrar su buena fe. Me ha ordenado deciros que estaría dispuesto incluso a conducirnos ante él, para que así podáis juzgar su honestidad por vos mismo. De ser ese vuestro deseo y siempre que os sintáis seguro al hacerlo. No pondría impedimentos a que traigáis con vos el número de guardaespaldas que consideraseis conveniente, en caso de que quisierais dirigiros a él personalmente.

—Es mucho que digerir —redundó Humo, que ya solo deseaba salir de allí cuanto antes. Antes que alguien revelara su lado sanguinario.

—Así es. Lo suficiente como para dar un vuelco a vuestro mundo. Y aún más, pero eso está aún por llegar. Ahora, habéis estado ya demasiado tiempo fuera. No queremos que vuestra ausencia se convierta en objeto de preocupación. Marchad. Pensad. Y tomad vuestras decisiones.

—¿Cómo podré ponerme en contacto con vosotros?

El hombre de tez marrón sonrió.

—Seremos nosotros los que daremos con vos. Abandonaremos este lugar tras vuestra partida, a menos que os sintáis invadido por el vano deseo de convertirlos en héroe. Un murciélago os encontrará cuando llegue el momento. Disponed entonces lejos de ojos curiosos, y serán estos mismos que os trajeron hasta aquí los que se reunirán con vos.

—Entendido. Y, sí, tenéis razón. Será mejor que regrese. —Humo se escabulló enseguida por la puerta, aun sin estar seguro de dónde estaba. Nadie interrumpió su marcha.

Tenía mucho sobre lo que reflexionar. En cualquier caso, aquel encuentro le había resultado productivo, aunque solo fuera como muestra de que los Maestros de las Sombras habían conseguido introducir nuevos agentes en la ciudad, después que los magos de la Compañía Negra los hubieran exterminado a todos.

* * *

El hombre menudo y de tez parda que hablaba peor tagliano preguntó a su líder:

—¿Morderá el anzuelo?

El líder se encogió de hombros.

—La oferta es lo bastante sustanciosa como para probarlo. Puede apelar a sus temores, a su ego, a sus ambiciones. Cree que se le ha entregado la posibilidad de destruir aquello que teme y odia. La oportunidad de convertirse en alguien importante, en un pacificador. Una poderosa apuesta para él, para obtener nuevos y poderosos amigos. Si existe alguna posibilidad de convertirlo en un traidor, la hemos puesto en marcha.

El hombre sonrió. Sus compañeros hicieron lo propio. Enseguida, los ocho empezaron a recoger sus cosas. El líder no tenía dudas de que la conciencia del mago le haría informar de aquel contacto inicial.

Esperaba que no fuera a tardar demasiado en convencerse a sí mismo, en dejarse seducir. Al Maestro de las Sombras le preocupaba dejar pasar el tiempo. Y cuando estaba preocupado, no era precisamente amable.



La radisha nos llevaba solo un día de ventaja. Y aunque en teoría a un grupo de un millar de hombres debía resultarle más costoso detenerse y reemprender la marcha que a otro más reducido, lo cierto es que ganábamos terreno. Narayan nos había equipado con los hombres más eficientes y motivados. Para cuando la radisha hubo alcanzado la ciudad, estábamos solamente a dos horas de ella.

Hice una entrada descarada, con las tropas desplegadas, y fui directa a los barracones que había empleado la Compañía cuando habíamos estado instruyendo a las legiones. Ahora los ocupaban hombres a los que habíamos dejado atrás (los heridos en la batalla del vado de Ghoja) y otros que se habían presentado voluntarios tras nuestra marcha. La mayoría acudía cada día desde sus casas para no descuidar su entrenamiento, pero aun así los barracones continuaban igualmente atestados. La cifra de alistados superaba ya los cuatro mil.

—Imparte algo de disciplina —dije a Narayan en cuanto fui consciente de la situación—. Asegúrate de ponerlos de nuestro lado. Aíslalos cuanto puedas del exterior. Ponte a trabajar con ellos enseguida. —Aquellas palabras sonaban firmes. ¿Sería factible llevarlas a la práctica?

—Se propaga la voz de nuestra llegada —me informó—. Pronto toda la ciudad estará al tanto.

—Tampoco tenía sentido impedirlo; era algo que ya había tenido en cuenta. Además, la gente tendrá una idea más o menos clara de lo que habrá sucedido a aquellos que no han vuelto a casa. Muchos serán los taglianos deseosos por conocer el destino de sus hombres. Quizá sea posible adquirir nuevas amistades al ponerlos al día.

—No daremos abasto. —Cada vez pasaba más veces por alto el dirigirse a mí como una superior. Se consideraba ya a mi altura en aquella empresa.

—Es probable. Pero haz ver que no nos molestan las indagaciones. Y haz correr la voz de que un gran número de taglianos está atrapado en Dejagore, y que yo podría sacarlos de allí con algo de ayuda.

Narayan me miró con cara rara.

—Dama, no tiene sentido pensar así. Esos hombres están sentenciados. Aunque aún sigan con vida.

—Nosotros lo sabemos. Pero el resto del mundo no. Si alguien se interesa, solo necesitamos para sacarlos de allí reunir los suficientes hombres y armas en un espacio corto de tiempo. Eso bastará para interponerse en el camino de todo aquel que quiera frenarme. Si alguien abre la boca, se interpretará como un gesto de despreocupación hacia los sitiados. Hoja dice que todos los de aquí consideran ladrones a los sacerdotes. Podrían coger un gran enfado si ven que estos empiezan a jugar con las vidas de sus hijos, hermanos y maridos. Así que nos aprovecharemos de las fricciones religiosas. ¿Que nos molesta un sacerdote gunni? Pues apelamos a la laicidad shadar o vehdna. Y ni una palabra de que en realidad yo soy aquí la única soldado profesional.

Narayan me dedicó su acostumbrada y repulsiva sonrisita.

—Se ve que le habéis dado muchas vueltas.

—No he tenido mucho más que hacer en el camino hasta aquí. Ponte en marcha. Tenemos que asumir el control antes de que nadie se pregunte si tenemos legitimidad para hacerlo. Antes de que los alborotadores den con formas de hacérselo pasar mal. Tantea el terreno en busca de miembros de tu hermandad. Necesitaremos el mayor acceso posible a información de toda clase.

Narayan no era un líder carismático, pero sí tenía habilidades tácticas. Había demostrado que era capaz de erigirse entre unos pocos hombres; pero nunca conseguiría que una banda con un tamaño algo más considerable lo siguiera solo por ser una figura audaz.

Esa ida me traía a la mente a Matasanos. Él no había destacado por su carisma; más bien había sido una especie de comandante que se había trabajado a sus tropas en el día a día. Se había identificado con la tarea a acometer, había tenido en cuenta las opiniones de sus súbditos, y había puesto a trabajar a los mejores hombres en cada cometido. Casi siempre había acertado, y había cumplido. Exceptuando una vez, la última, en Dejagore, cuando su debilidad se hizo aparente.

No había sido capaz de pensar con rapidez. No había sido bueno intuyendo.

Debía acostumbrarme a emplear el pasado. Matasanos estaba muerto.

No quería pensar más en él. Me seguía torturando.

Y tenía mucho trabajo que hacer.

Empecé pasando lista a los nuevos miembros que iban a estar disponibles para nuestras tropas.

Nada especialmente prometedor. Muchos lanceros, jóvenes con determinación, pero apenas nadie que asomara como líder en ciernes. Maldición, cómo echaba de menos toda la maquinaria militar que había conseguido poner en marcha en casa.

Empecé a poner en duda las acciones de mi pasado. Cómo había llegado a mi situación actual. Pero era inútil, no tenía que darle más vueltas. Ya no podía volver atrás. Aquel imperio era historia. Y ya no tenía cabida para mí.

Pero había otras cosas que echaba de menos aparte de mis ejércitos. Carecía de una maquinaria de inteligencia. No tenía forma de desentrañar secretos.

En la medida que se lo permitía, Martinete seguía siendo mi sombra; estaba decidido a protegerme. Probablemente, con órdenes estrictas de su jamadar, Narayan.

—Martinete, ¿conoces las tierras que rodean a Taglios? —le pregunté.

—No, Dama, hasta mi alistamiento no había salido del lugar.

—Pues necesito hombres que las conozcan. Encuéntralos, por favor.

—¿Pero, Dama?

—Este lugar es indefendible. La mayoría de los hombres pasa más tiempo en su casa que aquí. —¿Por qué le estaría yo dando explicaciones?

—Debemos librarnos de cualquier posible distracción o vulnerabilidad. —Lo ideal iba a ser una colina próxima al camino del sur, con agua y un gran bosque.

—Preguntaré, Dama. —Parecía reacio a dejarme, pero no tuve que decírselo dos veces. Estaba aprendiendo. Un año más y dejaría de ser una promesa.

Narayan hizo acto de presencia antes de que marchara Martinete.

—La cosa está funcionando bien. Hay mucho nerviosismo. Los hombres que estuvieron presentes en la derrota de la caballería de los Maestros de las Sombras, unos seiscientos, exageran todo lo sucedido. Ya se habla de liberar Dejagore antes de la llegada de la estación de las lluvias. Ni siquiera tuve que empezar el rumor.

Durante la temporada de las lluvias, el Principal se convertía en una muralla. Por cinco o seis meses, era la perfecta defensa natural de Taglios ante los Maestros de las Sombras. Pero también al revés.

¿Y si quedaba atrapada al sur del río a la llegada de las lluvias? Eso me daría tiempo para dar forma a mi ejército.

Claro que, al mismo tiempo, me dejaría sin vía de escape.

—Narayan, consígueme...

—¿Si, Dama?

—Por un momento había olvidado que no habías estado siempre a mi servicio. Iba a enviarte a por algo que recabé antes de llegar al sur.

Uno de nuestros mayores logros había sido reunir un censo de hombres, materiales, animales, habilidades y demás recursos al servicio de un ejército. Los resultados aún debían andar por algún sitio.

Existía el modo de hacer frente a la crecida del río, con los hombres y los recursos apropiados.

—¿Si, Dama? —volvió a preguntar Narayan.

—Disculpa. Me preguntaba qué estoy haciendo aquí. A veces tengo esos lapsus.

Me tomó la palabra. Empezó a hablar de venganza y de volver a dar forma a la Compañía.

—Ya lo sé, Narayan. Es solo que estoy algo fatigada.

—Descansad, entonces. Tendréis que estar al máximo de vuestras posibilidades en los días venideros.

—¿Y eso?

—La gente comienza a agruparse ahí fuera; ansían conocer el destino de sus seres queridos. Sin duda los falsos sacerdotes tendrán ya noticias de nuestra llegada, e incluso habrán llegado a oídos de palacio. Serán muchos los que acudirán a intentar sacar ventaja de vuestra presencia.

—Tienes razón.

Martinete regresó con media docena de hombres y algunos mapas. Ninguno de ellos había bajado conmigo desde el norte. Estaban nerviosos. Me mostraron tres lugares que podían ajustarse a lo que necesitaba. Uno de ellos lo deseché de inmediato; ya había levantado una aldea allí en otra época. Ninguno de los otros dos me pareció especialmente aconsejable. Y eso significaba que tendría que ir a mirar por mí misma.

Por fin algo en lo que matar el tiempo.

Me estaba volviendo tan sarcástica como Matasanos.

Agradecí la ayuda y ordené que se fueran. Me iría bien descansar durante algunos minutos. Como había dicho Narayan, pronto tendríamos que hacer frente al asedio de la multitud. Los más impacientes por conocer el destino de sus seres queridos podrían darnos problemas.

Arrastré mis enseres hasta las dependencias de comandancia que había ocupado la última vez; una pequeña habitación que me había negado a compartir. Me dejé caer en el catre. Seguía igual que cuando me había marchado. Un trozo de roca envuelto en lino.

Descansaría unos momentos.

* * *

Pero volaron las horas. Soñé. Y cuando Narayan me despertó, estaba confusa. Lo hizo mientras visitaba las cavernas de los antiguos. La voz que me llamaba sonaba más fuerte, clara, insistente, más acuciante.

Intenté recomponerme.

—¿Qué sucede?

—Los familiares vienen a montones. Los estaba haciendo pasar de uno en uno, pero han empezado a empujar y a apretujarse. Pueden ser ya unos cuatro mil, y no

paran de llegar.

—Está oscuro. ¿Cómo me has dejado dormir tanto?

—Lo necesitabais. Por cierto, también llueve. Quizá nos favorezca.

—Al menos servirá para mantener a unos cuantos en sus casas. —Fuera cual fuera la forma en que arregláramos aquello, nos iba a llevar su tiempo—. Sé de una plaza pública en la que desfilamos antes de marchar al sur. No recuerdo su nombre, pero encuéntrala. Di a los familiares que se reúnan allí. Y di a los hombres que se preparen para una marcha corta, bajo la lluvia. Que Martinete prepare mi armadura, pero que se olvide del casco.

* * *

Cuando llegamos a la plaza, en ella había cinco mil personas congregadas. Traté de intimidarlos guardando silencio. Los recibí montada en mi corcel, estudiando el mar de candiles, lámparas y antorchas, con la tropa formando a mi espalda.

—Tenéis derecho a conocer el destino de vuestros seres queridos —empecé a decir—. Pero los soldados y yo misma tenemos frente a nosotros mucho trabajo. Si cooperáis, superaremos este trance con displicencia. Si no mantenéis el orden, será interminable. —Mi tagliano mejoraba por momentos. Nadie pareció tener problemas en entenderme.

—Cuando os señale, pronunciad el nombre de la persona en la que estáis interesada, con voz alta y clara. Si alguno de los soldados sabe de él, lo hará saber. Entonces caminaréis hasta ese soldado y hablaréis con él brevemente, en voz baja. Si sus noticias no son buenas, conteneos. Son muchos los interesados en saber de sus conocidos. Y tienen que poder escuchar las noticias sobre ellos.

No confiaba en que aquello fuera a funcionar bien por mucho tiempo, pero quería que fuera un gesto con el que se me identificara afectuosamente fuera de los círculos de poder.

El sistema funcionó durante más tiempo del que había esperado; los taglianos son gente maleable, acostumbrada a hacer lo que se le pide. Cuando empezó a nacer el desorden, me bastó con avisar que nos marcharíamos si no se recuperaba la compostura.

Algunos de los buscados estaban en mi tropa. Dispuse a Narayan entre la formación. Le di instrucciones de dar un breve permiso a aquellos de los que supiera que fueran diligentes, que trabajaran de buena gana y con eficiencia, y que fueran leales. Esperaba que eso dejara claro a los que no cumplieran estos requisitos el motivo por el que no se les concedía permiso. Todo se reducía al truco del palo y la zanahoria.

La cosa funcionó. Hasta los más novatos se comportaron. Nos llevó toda la noche, pero logramos satisfacer a la mitad de la muchedumbre. Me aseguré de recordarles a todos, cada poco, que la legión de Mogaba, y quién sabe cuántos más, estaba atrapada en Dejagore. Y todo gracias a la desertión del Jahamaraj Jah. Hice que pareciera que aquellos de los que no había noticias estaban entre los asediados.

La mayoría estarían muertos.

Látigo, zanahoria y manejo de los sentimientos. Llevaba tanto tiempo haciéndolo que casi podía practicarlo dormida.

Recibimos un mensajero. Había sacerdotes en los barracones, esperando reunirse conmigo.

—Que esperen —murmuré. Quizá se habían apresurado para evitar una futura posición precaria, o puede que esperasen una posible confrontación. No importaba. Esperarían hasta que acabásemos.

Dejó de llover. No había sido nunca nada más allá de una molesta llovizna.

Cuando limpiamos la plaza, desmonté y caminé hasta Narayan. Teníamos a setenta hombres menos en nuestras filas. Los había dejado marchar.

—¿Viste los murciélagos? —le pregunté.

—Sí, vi unos cuantos, Dama —parecía perplejo.

—¿Se les considera alguna clase de presagio de Kina?

—Creo que no. Pero nunca ejercí como sacerdote.

—Para mí sí tienen significado.

—¿Qué queréis decir?

—Dejan claro como el agua que los Maestros de las Sombras tienen espías en la ciudad. Da esta orden a todos: debe darse muerte a todo murciélago. Si es posible, debe averiguarse dónde anidan. Hay que andarse con ojo con los forasteros. Que la orden se extienda al pueblo. De nuevo tenemos espías entre nosotros, y quiero ponerle las manos encima a unos pocos.

Sin duda acabaríamos inundados de informes inútiles sobre gente inofensiva, pero... Unos pocos no lo serían. Y daríamos cuenta de ellos.



Entre aquellos que me aguardaban se encontraban delegaciones de las tres jerarquías religiosas. Y no estaban precisamente contentos por haber estado esperando. No me disculpé. No estaba de buen humor, y no me importaba hacer frente a posibles enfrentamientos.

Habían estado esperando en el comedor porque no habíamos tenido otro sitio en el que ubicarlos. E incluso allí habían tenido que apretujarse, pues debieron dejar espacio a hombres que no habían encontrado otro lugar mejor en el que estirar sus petates.

Antes de entrar me dirigí a Narayan:

—Primer punto a mi favor: vinieron sin que los llamara.

—Seguramente porque ninguno deseaba ver cómo tratábais en privado con los demás.

—Seguramente. —Fruñí el ceño tanto como pude, añadí una pizca de glamour y entré con gran estridencia en el comedor—. Buenos días. Me honra vuestra presencia pero, al mismo tiempo, dispongo de poco tiempo. Si tenéis algo que discutir, por favor, id al grano. Voy con una hora de retraso respecto al horario previsto, y no me queda tiempo para charlar.

No sabían cómo tratarme. Una mujer hablándoles con rudeza debía de ser algo nuevo para ellos.

Alguien situado al fondo me espetó una pregunta del todo lamentable.

—Perfecto, veo que vamos fijando posiciones. Eso nos ahorrará tiempo. Mi posición frente a la religión es la indiferencia. Y mantendré esa indiferencia mientras la religión me ignore. Respecto a los asuntos sociales, mi posición es la misma. Soy soldado, de la Compañía Negra, contratada por el prahbrindrah Drah para librar a Taglios de los Maestros de las Sombras. Mi Capitán causó baja. Yo he tomado su lugar, y pretendo cumplir nuestro contrato. Si estas afirmaciones no responden a vuestras preguntas, entonces quizá no estéis en condiciones de formularlas. Mi antecesor era un hombre paciente. No quería ofender a nadie. Pero yo no comparto

esas cualidades. Soy franca y grosera cuando me enfrento a los problemas. ¿Alguna pregunta?

Claro que tenían preguntas. Y empezaron protestando. Elegí a un hombre al que había reconocido, uno ofensivo y detestado por sus iguales. Era un gunni calvo que vestía de color escarlata.

—Tal. Estáis siendo grosero. Dejadlo ya. No tenéis ningún asunto legítimo que defender aquí. En realidad, ninguno lo tenéis. Ya he dicho que no me interesa la religión. Y creo que a vosotros no deberían interesaros los asuntos militares. Dejemos que cada uno se ocupe de sus competencias.

El bueno de Tal hizo su papel, como había previsto. Su respuesta fue más que grosera, fue un desafío directo predicado contra mi sexo, a lo que añadió la exigencia de mi suicidio.

Le lancé un Martillo Dorado, no directo al corazón, pero sí a su hombro derecho. Lo hizo girar y caer de bruces. Gritó durante más de un minuto antes de desmayarse.

El silencio se apoderó de la sala. Todos, incluidos un confundido Narayan, me miraron con los ojos como platos.

—¿Veis? Ya he dicho que no soy como mi predecesor. Él habría actuado cortésmente. Se hubiera aferrado a la persuasión y a la diplomacia, superando con creces la línea en la que una demostración es la forma más efectiva de comunicarse. Partid y ocupaos de vuestros asuntos religiosos. Por mi parte, yo seguiré haciendo la guerra e impartiendo la disciplina propia de la batalla.

Debían ser conscientes de que el contrato de la Compañía había erigido al Capitán como virtual dictador militar durante un año entero. Matasanos no había hecho uso de esos poderes, y yo tampoco esperaba tener que hacerlo. Pero estaban ahí, por si acaso.

—Marchad. Tengo trabajo que hacer.

Y se marcharon. En silencio. Pensativos.

—Bien —dijo Narayan una vez que hubieron abandonado todos el comedor—. Bien.

—Ahora saben que no soy ninguna debilucha. Saben que tengo una misión que cumplir, y que no me importará aplastar a todo aquel que se interponga en mi camino.

—No son los tipos más adecuados para tenerlos como adversarios.

—Son ellos los que tienen que elegir, eso está claro. Pero están confundidos. Les llevará tiempo decidir qué hacer. No tardarán en ponerse trabas los unos a los otros, y yo he ganado algo de tiempo. Narayan, necesito agentes de inteligencia. Ve a por Martinete. Dile que quiero a esos hombres que me trajo antes. Ha llegado el momento de echar un vistazo a esos emplazamientos. —Antes de darle tiempo a rebatirme, añadí—: Y dile también que si espera seguir siendo mi sombra, mejor que aprenda a cabalgar. A partir de ahora, temo que no dejaré de ir de un sitio para otro.

—Entendido, Dama. —Se alejó rápidamente, pero antes de salir se detuvo un instante, miró atrás y frunció el ceño. Debía preguntarse quién estaba utilizando a quién, y quién llevaba la voz cantante. Bueno, allá él. Mientras continuara dudando, yo me ocuparía de reafirmar mi posición.

Los hombres que ocupaban el comedor me dedicaron miradas con diferentes grados de sobrecogimiento.

—Descansad mientras aún podéis hacerlo, soldados. Vuestros días de hastío están contados.

Entonces fui a mis aposentos a esperar a Martinete.



Matasanos contemplaba la noche de fina lluvia, jugueteando nerviosamente con briznas de hierba entre sus dedos. Uno de los caballos relinchó. Pensó en ir hasta él, montarlo a pelo para marcharse al galope. Calculaba que tendría un cincuenta por ciento de probabilidades de escapar.

Eso contando con que las cosas no hubieran cambiado. Al menos, ya se había recuperado físicamente casi por completo.

Sostuvo en alto una figurita que había hecho con la hierba. Tenía aspecto humano y medía unos diez centímetros de alto. La hierba le daba un ligero tufillo a ajo. Se encogió de hombros, la lanzó a la lluvia y cogió de un bolsillo algunas briznas más. Habría hecho ya un millar de figurillas. Moldear la hierba se había convertido para él en una especie de pasatiempo.

A su espalda sintió un continuo aporrear. Volvió la espalda a la noche y caminó con parsimonia hacia la mujer. Había sacado de alguna parte un juego de herramientas de armero. Era el segundo día que pasaba construyendo algo. Parecía ser una armadura negra, pero ¿para qué la querría?

Ella miró la figura equina que Matasanos estaba moldeando.

—Podría conseguirte papel y algo de tinta.

—¿Lo harías? —Tenía tanto que anotar... Se había acostumbrado a llevar un diario.

—Podría. Lo que haces no es un pasatiempo apropiado para un hombre crecido como tú.

Matasanos se encogió de hombros y apartó el caballo a un lado.

—Tómame un descanso. Es hora de la revisión.

Había dejado de llevar túnicas. Ahora su atuendo era el mismo que había llevado cuando la había conocido: ropa ceñida de cuero negro, que de alguna manera dejaba cierta ambigüedad respecto a su sexo. Era su indumentaria de Atrapa Almas, como ella misma la llamaba. Aún le quedaba por acabar el casco.

Dejó sus herramientas a un lado, y lo miró de forma traviesa.

—Pareces triste —dijo eligiendo una voz achispada.

—Estoy triste. Ponte en pie. —Ella lo hizo. Matasanos retiró el cuero que le cubría el cuello—. Está sanando muy bien. Puede que mañana mismo te quite las suturas.

—¿Quedará mucha cicatriz?

—No lo sé. Depende de lo bien que funcionen tus hechizos de curación. No sabía que fueras presumida.

—Soy humana. Y soy mujer. Quiero tener buen aspecto. —Seguía empleando la misma voz, pero esta vez sonaba menos alegre.

—Tienes buen aspecto. —Hablaba sin pensar. Se limitaba a afirmar una verdad. Tenía buen aspecto en tanto en cuanto era una mujer hermosa. Como su hermana. Desde que había cambiado su forma de vestir, se había percatado de ello. Y no podía evitar sentirse en cierto modo culpable.

Se carcajeó.

—Te leo la mente, Matasanos.

En realidad no era así. De haber podido hacerlo, no estaría tan contenta. Pero sí sabía bien cómo pensaban las personas; había vivido mucho. Era capaz de extraer una novela completa de unas pocas pistas físicas.

Matasanos dejó escapar un gruñido. Cada vez lo hacía más a menudo. No tenía sentido intentar ocultar por completo sus sentimientos.

—¿Qué estás haciendo?

—Una armadura. Ambos estaremos completamente sanados muy pronto. Y entonces nos lo pasaremos bien.

—Apuesto a que sí. Al final, ninguna de las posibles complicaciones que había previsto había tenido lugar; y él mismo había empezado a ejercitarse físicamente.

—Querido, podría decirse que somos el factor imprevisto en este juego: el caos. Mi querida hermana y los taglianos no saben nada de nosotros. Esos zoquetes de los Maestros de las Sombras saben de mi existencia, pero desconocen que tú sigues vivo. Me creen una pequeña molestia revoloteando en la oscuridad. Dudo que pudieran siquiera considerar el hecho de que llegara a recuperarme.

Apoyó su mejilla sobre una mano.

»Soy más sencilla de lo que crees.

—¿Y eso?

Había tornado su voz más masculina, como para hablar de negocios pero, al mismo tiempo, también sonaba más seductora.

—Tengo ojos por todas partes. Conozco hasta la última palabra pronunciada por todo aquel en que pueda estar interesada. No hace mucho, lo dispuse todo de forma que Sombra Larga estuviera distraído mientras Aullador visitaba a Conjura Sombras, para cortar los hilos con los que le controlaba Sombra Larga.

—¡Maldición! Ahora caerá sobre Dejagore con todo su poder.

—Seguirá agazapado, aparentando que nada ha cambiado. El asedio no le supone ningún desgaste. Estará más interesado en mejorar su posición respecto a Sombra Larga. Sabe que este acabará con él en cuanto no lo considere necesario. Ya verás, nos lo pasaremos bien. Los azuzaremos, y haremos que se muerdan la cola. Cuando pase todo el revuelo, quizá descubramos que ya no hay Sombra Larga, ni Conjura Sombras, ni Aullador; solos tú y yo con un imperio a nuestros pies. Aunque quién sabe, quizá los espíritus me empujen hacia otro destino. No tengo ni idea. Simplemente trato de pasarlo bien.

Matasanos negó con la cabeza de forma casi imperceptible. Resultaba difícil de creer, pero era cierto. Podía matar a miles de personas con sus tramas, hacer desgraciadas a millones, y para ella no era más que un juego.

—Nunca lograré entenderte.

Dejó escapar la risa de una niña tonta. Pero estaba claro que no era joven ni necia.

—Yo misma no logro entenderme. Pero hace mucho ya que renuncié a hacerlo. Resulta desesperante.

Juegos. Desde el principio ella se había visto envuelta en enrevesadas estratagemas y manipulaciones, sin ningún fin aparente. Su mayor placer era sentarse a ver florecer su confabulación, hasta devorar a su víctima. La única trama en la que había fracasado había sido la ideada para sustituir a su hermana. Y, en realidad, tampoco le había supuesto un fallo estrepitoso, pues había logrado sobrevivir.

—Pronto empezarán a llegar los seguidores de Kina —se pronunció finalmente—. No podemos estar aquí para entonces. Lo mejor será que bajemos a Dejagore para crear algo de confusión. Tenemos que arreglárnoslas para llegar allí justo cuando Conjura Sombras crea estar listo para hacer algún movimiento por su cuenta. Será interesante comprobar cómo se desenvuelve.

Matasanos no acababa de comprenderlo, pero no preguntó. Estaba acostumbrado ya a oírla hablar con acertijos. Le pasaba la información con cuentagotas, cuando creía que debía saberla. No tenía sentido azuzarla. Iba a servir para poco más que malgastar su tiempo. Y sus esperanzas.

—Es tarde —dijo ella—. Por hoy ya ha sido suficiente. Vayamos a dormir.

Matasanos gruñó, pues la idea no lo complacía. Aquel lugar le resultaba escalofriante, y prefería no pensar demasiado al respecto; algo que le sucedía todas las noches, pues al menos sufría una espantosa pesadilla por cada una. Le vendría bien abandonarlo.

Quizá se las arreglara para desaparecer; eso si encontraba la manera de esconderse de los cuervos.

Quince minutos después de apagar la luz, Atrapa Almas le preguntó:

—¿Estás despierto?

—Sí.

—Hace frío.

—Mmm. —Siempre hacía frío. La mayoría de las noches, conciliaba el sueño entre temblores.

—¿Por qué no te acercas?

Los temblores empeoraron.

—No creo que sea buena idea.

Ella se carcajeó.

—Ya habrá otra ocasión.

Se quedó dormido pensando en la forma en que ella lograba resultarle más inquietante que el propio templo. Los sueños empezaban a resultarle más preocupantes que las propias pesadillas.

* * *

Se despertó en mitad de la noche. La lámpara estaba encendida de nuevo. Atrapa Almas intercambiaba murmullos con una bandada de cuervos. Parecían hablar de los acontecimientos que se estaban desarrollando en Taglios. Ella parecía complacida. Volvió a quedarse dormido sin acabar de entender lo que había ocurrido.



Ninguno de los potenciales campamentos era perfecto. Uno de ellos ya había sido fortificado anteriormente, hacía mucho tiempo. Durante siglos, la gente había ido despojándolo de piedras para otros usos. Elegí ese emplazamiento.

—Nadie recuerda su nombre —le dije a Martinete mientras cabalgábamos de vuelta a la ciudad—. Da que pensar.

—¿Mmm? ¿En qué?

—En la naturaleza fugaz de las cosas. Toda la historia de Taglios podría haber cambiado dependiendo de lo sucedido en este lugar, y nadie recuerda ni siquiera su nombre.

Me miró intrigado, esforzándose por entender lo que le decía. De veras quería hacerlo, pero carecía de la capacidad suficiente. Para él el pasado era la semana anterior, y el futuro, mañana. No había realidad más allá del día de su nacimiento.

Pero no era ningún necio. Parecía grande, torpe y tonto, pero su inteligencia rondaba la media. Simplemente no había aprendido a utilizarla.

—No importa. No te preocupes. Son cambios de humor. —Eso sí que lo entendía. Entraba dentro de sus cálculos. Su esposa y su madre habían tenido «cambios de humor».

Claro que tampoco tenía demasiado tiempo para pensar en aquel momento. Estaba demasiado concentrado en no caerse del caballo.

Volvimos a los barracones. De nuevo nos encontramos con una multitud en busca de sus seres queridos. Narayan se estaba ocupando de ellos con bastante eficacia. Todos me estudiaron con curiosidad. Aunque, no de la forma en que lo habrían hecho con Matasanos. Aquel que había sido saludado en todas partes como el Libertador. Yo no era más que una loca que quería jugar a hacerse el hombre.

Pero sabría crecer entre ellos. No era más que generar una leyenda.

Narayan me recibió.

—Recibimos a un mensajero de palacio. El príncipe quiere cenar con vos esta noche. En un lugar conocido como la floresta.

—¿De veras? —Aquel era el sitio en el que lo había conocido, conducida por Matasanos. La floresta era un lugar de recreo frecuentado por personajes ricos e influyentes—. ¿Fue una orden o una petición?

—Una invitación. Algo del estilo de «si haríais el honor de bla... bla».

—¿Aceptaste?

—No. No tenía forma de conocer vuestras intenciones.

—Entiendo. Envía un mensajero. Iré. ¿A qué hora te dijo?

—No lo especificó.

Aquello ralentizaría mis planes, pero era posible que un encuentro así sirviera para evitar posteriores enemistades e incordios. Como mínimo, me permitiría conocer las molestias que podía esperar de la administración.

—Voy a hacer un boceto del campamento que planeo edificar. Enviaremos una compañía y a quinientos reclutas más para que vayan empezando. Elige a todos los que consideres que debemos mantener lejos de la ciudad. Así conservaremos los problemas lejos de esta. Por lo demás, ¿qué tal va todo?

—Bastante bien, Dama.

—¿Hay señales de nuevos voluntarios?

—Vinieron algunos.

—¿Y de esa unidad de inteligencia? ¿Has empezado ya con ella?

—Hay mucha gente deseando traernos información. Sobre todo acerca de forasteros. Pero nada realmente interesante.

—Sigue con ello. Ahora voy a ocuparme de esos planos. Después redactaré una lista de peticiones para el prahbrindrah. Luego me arreglaré algo. —Tenía que tener por algún lado mis atuendos imperiales, los que había vestido la última vez que había estado allí, y también mi carruaje, el que había traído del norte para luego abandonarlo al marchar a Ghoja.

—Martinete, antes de encaminarme al sur hice que algunos hombres me labraran una armadura especial. Necesito encontrarlos.

Empecé a trazar bosquejos y a hacer cálculos.

* * *

El carruaje no resultaba tan majestuoso sin sus cuatro corceles de antaño, pero conseguiría que la gente se quedara igualmente boquiabierta. Mis habilidades bastarían para hacer que los caballos escupieran fuego por los cascos y para añadir también algo de glamour a la carrocería. El cráneo escupe fuego de la Compañía refulgía en ambas puertas. Las ruedas ribeteadas de acero y los cascos retumbaban con estruendo.

Estaba complacida.

Llegué a la floresta una hora antes del anochecer, entré y eché un vistazo. Estaba justo como la recordaba. Además, la flor y nata de la sociedad tagliana había venido a husmear. Martinete y un tipo de pañoleta roja (llamado Abda y de ascendentes vehdna) hacían las veces de mis guardaespaldas. No conocía a Abda, pero lo había traído porque Narayan me había hablado bien de él.

Se habían arreglado para la ocasión. Lo cierto era que Martinete podía acicalarse decentemente si le apuntabas a los riñones con un puñal. Bañado, peinado y con la barba recortada, después de cambiarse de ropa, resultaba bastante apuesto. Abda, en cambio, no fue a mejor. Era un rufián menudo y de mirada perdida, incapaz de aparentar lo contrario.

Deseaba haber podido acompañarme también de un guardaespaldas gunni, más que nada como declaración de intenciones. Pero cuando tienes prisa, no puedes estar en todo.

El prahbrindrah se puso en pie conforme me acerqué a él.

—Pudisteis encontrarme. Empezaba a preocuparme. No fui explícito sobre el lugar exacto del encuentro —dijo tras sonreírme.

—Me pareció lo más lógico pensar que estaríais en el mismo lugar en que nos encontramos la vez anterior.

Miró a Martinete y a Abda. Él sí había venido solo. ¿Sería una muestra de la confianza que tenía en la veneración de su pueblo? Puede que se equivocase.

—Poneos cómoda —me invitó—. He intentado que la comanda se ajuste a vuestros posibles gustos. —Volvió a mirar a Martinete y a Abda, perplejo. No sabía qué hacer con ellos.

—En mi última visita a este lugar —empecé a decir— alguien intentó asesinar a Matasanos. Haz como si no estuvieran. Confío en su discreción. —En realidad no tenía ni idea de si debía confiar en Abda. Pero tampoco hubiera sido muy sensato hacerlo evidente.

Los camareros empezaron a agasajarnos con refrigerios y aperitivos. Desde la floresta era imposible creer que Taglios fuera una nación bajo la amenaza de la desaparición.

—Estáis espléndida esta noche.

—Pues no me siento así. Estoy agotada.

—Deberíais relajaros. Tomaros las cosas con más calma.

—¿Es que los Maestros de las Sombras han decidido irse de vacaciones?

Cogió algo que recordaba a un langostino. ¿De dónde habrían sacado langostinos en esta zona del mundo? Bueno, en realidad el mar tampoco estaba tan lejos.

Y eso me hizo pensar en algo. Ya lo consideraría más tarde.

El príncipe tragó su bocado y se limpió los labios con la servilleta.

—Parecís decidida a complicarme la vida.

—¿Y eso?

—Avanzáis rugiente como un vendaval, sin dejar a nadie tiempo para pensar. Sois como una avalancha. A vuestro paso, la gente solo puede concentrarse en mantener el equilibrio.

Sonreí.

—Si diera tiempo a los demás a hacer otra cosa que correr a mi paso, tropezaría al instante. Ninguno parecís comprender la magnitud de la amenaza de nuestro enemigo. Es como si hubierais invertido vuestras prioridades. Todos parecen querer correr sin perder de vista a los demás. Entretanto, los Maestros de las Sombras planean exterminaros a todos.

Mordisqueó un bocado y aparentó cavilar.

—Tenéis razón. Pero no podemos culparlos por ser humanos. Nadie aquí es capaz de pensar en términos de enemigos eternos. O, al menos, de enemigos verdaderamente letales.

—Y los Maestros de las Sombras también cuentan con eso.

—No hay duda de ello.

Nos sirvieron un nuevo plato, más sustancioso. Un ave de alguna clase. Estaba sorprendida. El príncipe había tenido educación gunni, y se supone que estos son vegetarianos estrictos.

Al estudiar los alrededores vi dos cosas que no me gustaron. Primero, que había decenas de cuervos apostados en los árboles. Y segundo, que ese sacerdote al que había humillado hacía poco, Tal, nos observaba acompañado de varios de sus compinches.

El prahbrindrah dijo:

—Es por vos que estoy sometido a una gran presión. Y en parte procedente de mi círculo más próximo. Todo esto me hace estar en una situación delicada.

¿Dónde estaría su hermana? ¿Serían ella y Humo quienes lo manejaban? Era factible. Me encogí de hombros y seguí comiendo.

—Me ayudaría conocer vuestros planes —dijo el príncipe.

Se los expuse.

—Pero suponed por un momento que hay gente que no aprueba o considera que sois el campeón más apropiado...

—No es algo importante. Se trata de un contrato. Debe cumplirse. Y no hago distinciones entre enemigos del país o extranjeros.

Entendió a qué me refería.

A lo largo del siguiente plato no pronunció palabra alguna. Finalmente espetó:

—¿Matasteis a Jahamaraj Jah?

—Sí.

—¡Por los dioses! ¿Y por qué?

—Su sola existencia era una ofensa para mí.

El príncipe tragó aire.

—Desertó en Dejagore. Y eso nos costó la batalla. Esa fue razón más que suficiente. Pero, además, planeaba matar a vuestra hermana para luego culparme a mí de su asesinato. Tenía una esposa. Si las mujeres shadar son lo bastante necias como para matarse por sus maridos, podéis decirle que vaya encendiendo la pira. Cualquier esposa de un sacerdote con un marido como Jah haría bien en empezar a recoger leña. Le va a hacer falta.

—Empezaréis una guerra civil —dijo estremeciéndose.

—No si todo el mundo se centra en sus quehaceres y se preocupa de sus propios asuntos.

—Pero no lo entendéis. Los sacerdotes no tienen límites para lo que consideran sus asuntos.

—¿De cuántos hombres estamos hablando? ¿Unos pocos miles? ¿Habéis visto alguna vez a un jardinero podar? Da un tijeretazo a una ramita aquí, a una rama allá, y la planta crece más fuerte. Y yo pienso podar cuanto sea necesario.

—Pero... estáis sola. No podréis hacer frente a...

—Puedo. Y podré. Pienso cumplir el contrato. Y vos también deberéis hacer lo propio.

—¿Cómo?

—Me han llegado rumores de que vos y vuestra hermana no negociasteis de buena fe. Amigo mío, no sería nada inteligente por vuestra parte. Nadie engaña a la Compañía. —No respondió—. No se me dan demasiado bien los jueguecitos. No soy una persona sutil. Mis soluciones son directas y definitivas.

—Las soluciones directas y definitivas engendran respuestas semejantes. Matas a Jah, y los demás jahs se hacen a la idea de que su única alternativa es matarte a ti primero.

—Eso solo si pasan por alto la opción de ocuparse de sus propios asuntos. ¿Además, en qué me estoy arriesgando? No tengo nada que perder. Ese siempre será mi destino, así que mejor que me vaya haciendo a él. ¿Por qué colaborar en mi propia destrucción?

—Pero no podéis dedicaros a matar a todos los que no estén de acuerdo con vos.

—Y no lo haré. Solo a aquellos que no estén de acuerdo pero que intenten imponerme sus ideas. Aquí y ahora, en Taglios, no hay causa legítima para buscar conflicto.

El príncipe pareció sorprenderse.

—No os entiendo.

—Taglios debe prevalecer ante los Maestros de las Sombras. La Compañía fue

contratada para esa misión. ¿Dónde está el problema? Estamos haciendo lo que acordamos, vosotros pagaréis como acordasteis y luego nos marcharemos. Eso debería dejar a todo el mundo contento.

El príncipe me miraba como si se preguntara cómo podía ser tan ingenua.

—Estoy empezando a pensar que no tenemos una base común sobre la que comunicarnos. Quizá esta cena haya sido una equivocación.

—No. Ha sido productiva. Y lo seguirá siendo si me escucháis. No me voy a andar con rodeos. Os estoy exponiendo justo cómo van a sucederse los acontecimientos. Sin mí, los Maestros de las Sombras os comerán vivos. ¿De veras crees que les importará qué culto pueda estar por encima de qué otro en la despilfarradora concesión de la construcción de ese muro? Sé bien cómo piensa esa gente. Si alcanzan Taglios, masacrarán a todo aquel que pueda suponerles un problema en un futuro. Debes ser consciente de que es así. Ya viste lo que hicieron por todas partes.

—Es imposible discutir con vos.

—Eso es porque sabéis que tengo razón. Tengo una lista con necesidades inmediatas. Debo levantar un campamento y preparar sin más demora un campo de entrenamiento.

Era consciente de que eso podría ser fuente de conflictos, pues los recursos tendrían que proceder de los destinados a la construcción de esa absurda muralla. Pero la ciudad era demasiado grande para ser rodeada de manera eficaz; aquel proyecto era injustificable. No era más que una herramienta para transferir la riqueza del estado a unos pocos individuos.

—Los hombres y recursos destinados al muro pueden ser empleados con mayor provecho —dije.

Lo entendió al instante. Yo estaba buscando problemas. Gruñó.

—¿Por qué no nos limitamos a disfrutar de nuestra comida? —le dije.

Y así lo intentamos, pero el encuentro no acabó de cuajar como una velada festiva.

Algunos platos después, con la conversación variando entre sus años mozos y los míos, decidí retomar la ofensiva.

—Ah, hay una cosa más que necesito. Los libros que Humo ocultó. —Los ojos se le pusieron como platos—. ¿Qué es eso que tanto teméis del pasado? —le pregunté.

Con un esbozo de sonrisa, dijo:

—Creo que ya lo sabéis. Humo no tiene dudas al respecto. Cree que es por eso por lo que habéis venido hasta aquí.

—Dadme una prueba.

—El Año de los Cráneos —dijo.

No estaba del todo sorprendida, pero fingí perplejidad.

—¿El Año de los Cráneos? ¿Qué es eso?

Miró a Martinete y a Abda. Vi nacer en él la duda. Recordé haber jugueteado con mi pañoleta mientras había estado hablando con su hermana. Aquella duda se disiparía pronto.

—Si no sabéis nada al respecto, deberíais indagar. Aunque no soy yo el más indicado para informaros. Preguntad a vuestros amigos.

—No puedo considerar tener ninguno si no está el prahbrindrah Drah entre ellos.

—Pues es una lástima.

—¿Y vos, tenéis?

De nuevo lo desconcerté. Forzó una sonrisa.

—Quizá no. Quizá deba intentar hacer algunos. —Entonces la sonrisa cambió.

—Todos necesitamos tener unos pocos. Pero a veces nuestros adversarios no nos dejan encontrarlos. Debería regresar ya. Mi número dos no tiene demasiada experiencia, y tiene el lastre añadido de su ubicación en vuestro sistema de castas.

Me pareció ver en él una sombra de desilusión. Quizá habría esperado de la reunión algo más que una discusión sobre príncipes y señores de la guerra.

—Gracias por la cena, prahbrindrah Drah. Volveremos a vernos, pronto. Martinete. Abda. —Ambos se aproximaron. Martinete tendió su mano. Los dos se habían mantenido a mi espalda, casi invisibles. Me alegró comprobar que estaban alerta. Martinete lo hubiera estado igualmente, aunque solo fuera por estar en aquel sitio. Un hombre de su posición no tenía posibilidad de visitar la floresta en condiciones normales—. Os deseo una feliz noche, príncipe. Y espero poder entregaros las cabezas de los enemigos de Taglios antes de que acabe el año.

Viéndonos marchar, su mirada se antojaba lastimera y anhelante a un tiempo. Sabía bien lo que él estaba sintiendo. Yo había tenido sentimientos semejantes siendo emperatriz en el norte. Claro que había sabido ocultarlos mejor.



Martinete esperó hasta estar seguro de que nadie nos oía para hablar.
—Dama, se está cociendo algo.
—¿Problemas?

—Hemos sido espiados en todo momento por agentes encubiertos al servicio de sacerdotes gunni. Por su forma de actuar, diría que no se traían nada bueno entre manos.

—Entiendo. —No cuestioné su juicio. Carecía de una imaginación tan prolífera. Chasqué los dedos para llamar al criado más cercano—. Traer al Maestro Gupta.

El Maestro Gupta era el administrador de la floresta. Era una especie de dictador benigno. Trataba bien a sus invitados; especialmente a aquellos próximos al prahbrindrah Drah. Hizo acto de presencia casi al instante.

—¿Qué puede desear la gran señora de este inmundo gusano? —dijo como un culí.

—¿Qué tal una espada? —Ataviada como emperatriz, no había venido apenas armada. Solo tenía una daga corta.

Se le abrieron los ojos de par en par.

—¿Una espada? Pero Dama, ¿para qué querría yo tener una espada?

—No tengo ni ida. Pero querría coger prestada una, si podéis conseguírmela.

Con los ojos aún más ensanchados, se inclinó varias veces.

—Veré qué puedo hacer. —Entonces salió pitando, lanzando miradas de incertidumbre por encima del hombro.

—Martinete, ayúdame a librarme de parte de este vestido.

Visiblemente escandalizado, se negó.

—Martinete, te estás jugando pasar tus días en la tropa cavando zanjas para letrinas.

Me tomó la palabra, aceptó las miradas reprobatorias de unas pocas decenas de espectadores y me ayudó a librarme de las pesadas prendas. Lo estaba poniendo en apuros.

Por su parte Abda, al que no le pedí participar, aparentó no presenciar la escena.

Gupta se materializó de vuelta. Llevaba una espada. Parecía más un juguete que lucir.

—La pedí prestada a un caballero lo bastante amable como para permitirme entregárosela a vos. —También se hacía el ciego. Imaginaba que ya lo habría visto todo a lo largo de los años. La floresta era conocida por ser también un lugar común de citas para amantes.

—Gupta, estaréis entre mis buenos pensamientos por siempre. ¿Haría bien en suponer que el personal fue a por mi carruaje cuando vieron que me disponía a marchar?

—Si no lo tenéis disponible, los encargados harían bien en empezar a buscar trabajo, Dama.

—Gracias. Os mandaré de vuelta este juguetito enseguida.

Martinete volvió a aguardar hasta estar seguro de que nadie nos oía, y gruñó una pregunta.

—Si encontramos problemas, vendrán de dentro de la cancela. Una vez alcancemos el carruaje, estaremos a salvo —le contesté.

—¿Tenéis algo en mente, Dama?

—Quiero hacer saltar la trampa, si es que nos han tendido alguna. Entonces los eliminaremos o los haremos prisioneros y nos los llevaremos de aquí, para que nadie nunca vuelva a verlos. ¿Cuántos crees que habrá?

Martinete se encogió de hombros. Ya no perdía el tiempo mirándome. Solo tenía ojos para el enemigo.

—Ocho —informó Abda—. Más aquel al que humillasteis. Pero este evitará aproximarse demasiado. En caso de ser visto, luego tendría que dar explicaciones.

—¿Eres experto en estas lindes?

—En mis días de acólito, me vi envuelto en un par de tramas semejantes.

No tenía ni idea de a qué se refería. Pero no parecía el mejor momento para recoger datos sobre su pasado. Nos estábamos acercando a la zona justamente anterior a la salida, que estaba rodeada de arbustos.

Digo arbustos porque desconozco la nomenclatura de la jardinería. Puedo decir que era vegetación de entre uno y dos metros de alto. Hasta la última de sus hojas era revisada y cuidada diariamente. La función de aquella densa vegetación era la de ocultar a la floresta del mundo, de modo que los señores de Taglios no fueran profanados por miradas del pueblo.

Nada más dejar atrás a Gupta, había empezado a obrar un conjuro. Al llegar a las matas, ya lo tenía listo. Era otro juego de niños, pero mi más ambicioso esfuerzo reciente. Pronuncié las palabras desencadenantes y arrojé la resultante bola de fuego a los arbustos que tenía a mi izquierda.

Cuando la bola hubo recorrido apenas unos tres metros, sus llamas fueron ya tan abrasadoras que eran capaces de derretir el acero. La esfera estalló en fragmentos, que a su vez se hicieron trizas.

Se escuchó un grito.

Y otro más. Un hombre saltó de entre las matas, arrojándose sobre su costado.

Yo tenía ya otra bola lista, y la lancé hacia el otro lado del camino.

—Esperad —dije—. Dejados salir. Los acorralaremos camino abajo, contra la cancela. —Tres hombres nos interrumpían ya el paso, con las miradas furiosas. Tres más se les unieron, como ganado espantado. La maleza estaba ardiendo—. Ya es suficiente. En marcha.

Avanzamos apresurados. Aquellos desconcertados aspirantes a asesinos se retiraron. Se amontonaron junto a la cancela, cerrada. Los cancerberos se contemplaron perplejos las llamas, sin acabar de estar seguros de qué debían hacer.

—Martinete, acaba con ellos. Y mételes dentro del carruaje. —Uno de los guardias me reconoció e hizo su trabajo eficazmente, al tiempo que Martinete la emprendía contra los seis adversarios.

—Dama...

Abda estaba a mi espalda. Me giré. Un hombre, envuelto en llamas, cargaba contra nosotros blandiendo un tulwar, un arma que no había visto nunca antes en aquel lugar. Parecía una antigualla.

Abda lo eludió, contraatacó rápidamente con su pañoleta, rodeando el cuello en un abrir y cerrar de ojos. Ni siquiera tuve que usar la espada prestada. El ímpetu del asesino hizo que su propio cuello cediera.

Punto y final. Martinete subió los cuerpos al carruaje.

—Mis agradecimientos al Maestro Gupta por el préstamo —le dije al menos tembloroso de los guardias de la puerta, dándole la espada—. Y transmitidle mis disculpas por los posibles daños. El sacerdote Chandral Chan Tal se hará cargo de los costes encantado. ¿Martinete, estamos listos?

—Sí, Dama.

—Abda, carga ese bulto. —Caminé hasta el carruaje y trepé junto al conductor, miré a un lado y a otro y avisté a Tal. Junto con otros dos sacerdotes vestidos de rojo, estaba en la misma acera, a unos veinticinco metros de distancia, con los ojos desorbitados. Los saludé.

—Cargado, Dama —me avisó Abda.

Me divertí a costa de Martinete y el propio Abda. No pensaban que fuera bueno que estuviera ahí arriba, a la vista de todos, pero tampoco me querían dentro, junto al muerto y a los cautivos.

—¿Cómo se comportaría una buena tagliana, Martinete? ¿Correría siguiendo la estela del carruaje?

Avergonzado, negó con la cabeza.

—Subid a bordo.

Pasamos de largo junto a Tal y sus compinches.

—Aprovechad bien las pocas horas que os quedan —les dije.

Tal se puso pálido. Los otros dos parecían estar hechos de una materia más recia. O más estúpida.



El día había amanecido hermoso. El cielo estaba salpicado apenas por unas pocas nubes, soplaba una suave brisa y hacía un frío impropio para aquellas alturas del año. Permaneciendo en la sombra, incluso podías evitar sudar. Era media mañana, y los trabajos en el campamento habían comenzado con el amanecer. Cuatro mil hombres trabajando a un tiempo lograban progresos evidentes.

Tenía prioridad el asegurar cobijo, levantar comedores, establos y almacenes. Lo había planeado con ambición para albergar una guarnición de diez mil hombres. Incluso Narayan se mostraba inquieto porque tuviera una meta tan elevada habiendo empezado hacía tan poco.

Había pasado la mañana tomando juramento a los soldados en grupos reducidos, según su culto, haciéndolos comprometerse sin restricciones con la sagrada defensa de Taglios. Obtener aquellos juramentos era una forma de conseguir obediencia ciega para con los comandantes.

Los más astutos compinches de Narayan seleccionaron a los sacerdotes y fanáticos religiosos con anticipación. Con la basura que obtuvimos, constituimos una pretendida unidad especial. Serían en total unos trescientos hombres. Los dispusimos a los pies de la colina, recibiendo un «adiestramiento acelerado». Los enviaría a una misión osada y espectacular en cuanto encontrara una adecuada, lejos de nosotros. Finalmente me senté a la sombra de un viejo árbol, observando y dirigiendo. Martinete se agachó junto a mí.

Con el rabillo del ojo vi que Narayan se acercaba. Lo había dejado en la ciudad. Me levanté y pregunté: «¿Y bien?».

—Listo. Dimos con el último de ellos una hora antes de que yo partiese de la ciudad.

—Bien. —Dar con Tal había sido tarea fácil, pero sus compañeros nos lo habían puesto más complicado. Los compinches de Narayan habían dado cuenta de ellos—. Eso está bien. ¿Se ha levantado mucho revuelo?

—Es difícil asegurarlo tan pronto, aunque un emisario gunni apareció justo

cuando me marchaba.

—¿Y eso?

—Quería acordar la liberación de los hombres de la floresta.

—¿Y?

—Le dije que ya habían sido liberados. Lo deduciré.

—Excelente. ¿Algo nuevo sobre los espías de los Maestros de las Sombras?

—No. Pero hay gente que dice haber visto a esos menudos hombres de piel arrugada y de color marrón que mencionasteis. Así que deben de estar en la ciudad.

—Están en la ciudad. Y daría un par de dientes por saber qué traman. ¿Algo más?

—Por ahora no. Excepto el rumor de que el prahbrindrah Drah reunió a los mandamases metidos en el proyecto del muro para decirles que en lugar de este se os construiría una fortaleza. He movido unos hilos hasta llegar a un conocido que trabaja ocasionalmente en palacio, cuando se necesita ayuda extra. Nuestro príncipe no tiene un servicio permanente acorde con su posición. Aunque conociendo lo ocupado que estará a partir de ahora, no creo que consiga demasiado. Incluso tampoco en caso de que acabe infiltrándose.

—No importa. Estudia la posibilidad de conseguir que tu amigo sea empleado de forma indefinida. ¿Hemos recibido muchos voluntarios más?

—Solo unos pocos. Aún es demasiado pronto. La gente quiere ver antes cómo os las arregláis para codearos con los poderes establecidos.

Era comprensible. Nadie quiere aliarse con un perdedor.

Me interesaba saber qué se decía de mí. Era una pena que no dirigiese ya las fuerzas que otrora comandaba.

Pero no iba a dejar a las fuerza vivas de Taglios holgazaneando.

—Regresaré contigo. Tengo algo que hacer. —Había recordado algo que mi marido había hecho en una ocasión con objeto de reafirmar su mandato. Una versión de aquello podría hacer que todo el mundo olvidara los tejemanejes políticos por un tiempo.

Iba a necesitar un escenario apropiado. Tenía que empezar a buscarlo de inmediato. Mientras cabalgábamos, pregunté a Narayan:

—¿A cuántos arqueros tenemos en nuestras filas? —Sabía que a casi ninguno, pero podríamos compensarlo con su habilidad para buscar.

—No muchos. La arquería no es una habilidad muy practicada. Más que nada, un entretenimiento para marhans. —Se refería a la casta superior.

—Pero alguno habrá. Quiero que des con ellos. Y que estos adiestren a hombres de confianza.

—¿Tenéis algo en mente?

—Quizá un giro de una vieja historia. Puede que nunca llegue a necesitarlos, pero en caso de ser así, quiero saber que están disponibles.

—Como de costumbre, deberemos esforzarnos para encontrarlos —dijo. Y enseguida lució esa sonrisa que tanto me habría gustado borrarle del rostro para siempre.

—Para crear a un batallón de arqueros hacen falta arcos y flechas, y también toda la parafernalia auxiliar. —Eso lo mantendría ocupado. No tenía muchas ganas de hablar, y tampoco de lidiar con fieras. En realidad, ya llevaba así unos pocos días. Lo achacaba a la falta de sueño, a las pesadillas y al hecho de que llevaba demasiado tiempo bordeando el límite de mis posibilidades.

Los sueños persistían. Las mismas pesadillas. Me limité a arrinconarlas en una esquina de mi mente, a aceptar su incomodidad y a aprender a vivir con ellas. Eso era lo máximo que podía hacer con el tiempo del que disponía. Una vez que acabara con las preocupaciones más inmediatas, me ocuparía de esos sueños.

Por un momento estuve pensando en mi antiguo marido, el Dominador, y recordando sus tácticas para erigir imperios. Luego reparé en mi propia situación. La falta de líderes continuaba suponiendo un gran lastre. Cada día, mis hombres tenían que cumplir con tareas con las que no estaban familiarizados, según mi intuición o la del mismo Narayan. A veces funcionaba, pero otros acababan cediendo bajo la presión. Y esta ahora era más acuciante, cuando se suponía que queríamos levantar toda una horda, casi de forma inconsciente.

Mientras nos aproximábamos a la ciudad, acercándonos al andamiaje allá donde se habían dado inicio a la construcción del muro, Narayan señaló:

—Dama, estamos a menos de un mes del Festival de las Luces.

Por un momento no comprendí a qué se refería. Luego recordé que aquel era la gran festividad de su culto. Y también reparé en momentos en los que me había insinuado que mi presencia allí sería buena, si quería recoger el apoyo de los Estranguladores. Debía ir para convencer a otros jamadares de que era la Hija de la Noche, y de que podría engendrar el Año de los Cráneos.

Tenía que aprender más sobre ese culto. Averiguar qué era lo que ocultaba Narayan.

Pero no tenía tiempo para hacer todo lo que tenía pendiente.

La noche anterior habíamos recibido las primeras noticias de mensajeros de Dejagore. Mogaba estaba resistiendo. Ese tozudo de Mogaba. No había tenido esperanzas de volverlo a ver. Ahora no tardarían en rodar cabezas. Él también reclamaría la capitanía. Estaba tan segura como de que el sol saldría al siguiente amanecer.

Cada cosa a su tiempo. Cada cosa a su tiempo.



El encuentro con los sacerdotes no fue precisamente un éxito. La radisha estaba furiosa. Su hermano parecía preocupado. Humo chilló:
—Tenemos que hacer algo con esa mujer.

Estaban en una sala protegida, pero en ella se había conseguido colar un espía, oculto entre unos chismes, en una estantería alta. Abajo, los ocupantes de la habitación no eran conscientes de que el ojo amarillento de un cuervo los vigilaba.

—Tengo mis dudas —replicó el prahbrindrah Drah—. Hablamos largo y tendido. Y creo que fue sincera. Mi intuición me dice que deberíamos darle rienda suelta.

—¡Dioses! —gritó Humo—. ¡No!

La radisha permanecía neutral. Por el momento.

—Anoche estuvimos a poco de echarlo todo a perder. Fuimos incapaces de evitar el conflicto. Lo único que nos salvó es que pudimos distraer la atención de la Dama hacia ellos. No podemos deshacernos de ella, Humo.

—Tenemos cogido al león por la cola —dijo el prahbrindrah Drah—. No podemos dejarlo marchar. Siento como si estuviera en una gran poza y todo el borde estuviera repleto de gente deseando arrojarme piedras.

—Acabará con nosotros —dijo Humo. Le costaba mantener su tono de voz contenido. Dejarse llevar por el pánico había jugado en su contra anteriormente. Al prahbrindrah Drah y la radisha había que convencerlos con razonamientos—. Tiene tratos con los Estranguladores.

—Un grupo que cuenta con apenas unos pocos cientos de integrantes en todo el mundo —señaló la radisha—. ¿Y cuántos de ellos habrá en las tierras de las sombras? Hay más sacerdotes traicioneros en la ciudad que Estranguladores en todo el mundo.

—Deberíais releer las viejas crónicas —sugirió Humo—. ¿Cuán numerosa era la Compañía Negra la primera vez que llegó a esta tierra? Justo antes de que casi empujaran a nuestros ancestros a vivir el Año de los Cráneos. No puedes tratar con la oscuridad. Despierta el mal en todo el mundo. No puedes dejar que el tigre entre en tu casa, solo para que eche al lobo. No hay punto intermedio. Ninguna cuerda floja es lo

suficientemente segura como para arriesgarse a caminar tranquilamente sobre ella. Nadie puede hacer pelear algo así contra otra oscuridad sin esperar consecuencias. Reflexionad sobre lo que hizo la mujer la noche pasada.

—Es desolador —dijo el prahbrindrah Drah—. Era un trabajo de todo un siglo del Maestro Gupta y sus antecesores.

—¡No hablaba de esos malditos arbustos! —dijo Humo, casi desbocado—. Hay un muerto, a manos de la hechicería. Y siete más fueron raptados hacia quién sabe qué infausto destino. Tal y sus compinches fueron asesinados en sus propios templos. ¡Estrangulados!

—Ellos se lo buscaron —dijo la radisha—. Actuaron como necios. Y pagaron por ello. Habrás notado que al resto de los sacerdotes gunni no los molestaron...

—¿Al grupo de Ghapor? Probablemente alentarían a Tal, para darle luego la espalda cuando no salió bien.

—Probablemente.

—¿Pero no veis lo que ha conseguido ella? Hace un año ningún sacerdote habría barajado la opción del asesinato. Ahora es aceptada. A nadie le desconsuela.

—Tal ha desaparecido —continuó Humo tras hacer una pausa—. Dijisteis que era un necio y que él se lo buscó, y tenéis razón. No obstante, era una de las más importantes personalidades de Taglios. Tanto como Jahamaraj Jah. Quien también se lo había ganado a pulso. Cuando ella elija al próximo, bueno, quizá todo el mundo volverá a decir lo mismo. «Se lo había buscado». Y luego habrá otro y otro más, y os llegará el turno a vos y luego al prahbrindrah Drah y será ya una avalancha que no podremos frenar. No importa lo profesional que pueda ser como soldado. Puede llegar a ser más fuerte de lo que nunca fue. Es posible que pueda incluso arrollar a los Maestros de las Sombras con los ojos cerrados. Sin embargo, incluso aunque estos no lleguen a cruzar el Principal, si no consiguen subir más allá de Dejagore, si no obtienen otra victoria en una nueva escaramuza, Taglios sin duda perderá si nuestra resistencia no tiene éxito.

El prahbrindrah Drah empezó a hablar. Pero la radisha se le adelantó.

—Tiene algo de razón. Taglios no volverá a ser el mismo.

—¿A qué te refieres?

—Si damos carta blanca a la mujer, confeccionará un Taglios a imagen de las tierras de las sombras. Ese será el precio de la victoria. Humo, entiendo tu razonamiento hasta ese punto. Pero, aun conociendo tu obsesión con los Estranguladores y el Año de los Cráneos, he visto actuar a esa mujer, y dudo que nadie aparte de ese hombre, Matasanos, llegara a tener alguna influencia sobre ella. Hermano, tiene razón. Para salvarnos, nos convertirá en aquello que tanto tememos.

—Entonces, estaremos malditos si aceptamos y también si no. Si la dejamos continuar, estamos perdidos. Si no, los Maestros de las Sombras nos comerán vivos.

—Hay otra forma... —empezó a decir Humo. Pero no podía continuar. No les había contado todo al informarlos del encuentro con los agentes de Sombra Larga. Y ya era demasiado tarde. Si mencionaba detalles que antes había pasado por alto, le retirarían su confianza. Incluso podrían llegar a pensar que su oposición a la mujer estaba fundamentada en órdenes procedentes de los enemigos de Taglios.

Aquel menudo hombrecillo lo había previsto. Maldito fuera.

—¿Y bien? —inquirió la radisha.

—Tuve una idea. Pero iba a ser imposible llevarla a cabo. Me dejé llevar por las emociones. Olvidadlo. Kina se estremece. La Hija de la Noche camina entre nosotros. Debemos acallarla.

—Podríamos llevarnos toda la noche hablando de este tema —dijo el prahbrindrah Drah—, y ninguno cambiaríamos de idea. Mejor será que nos concentremos en mantenernos un paso por delante de los sacerdotes, hasta que lleguemos a un acuerdo.

Humo negó con la cabeza. No funcionaría. La mujer los mantendría a todos confusos y enfrentados; y para cuando se dieran cuenta, ya sería demasiado tarde. Así actúa la oscuridad. Con engaños. Engaños sin fin.

Pero no tenía sentido seguir hablando. Solo quedaba una cosa por hacer.

Si lo descubrían, lo tacharían de traidor. Pero no había otra respuesta posible.

Solo le quedaba rogar por tener el valor suficiente y la cabeza despejada. Los Maestros de las Sombras eran también maestros del engaño. No dudarían en utilizarlo si fuera necesario. Pero si jugaba sus cartas inteligentemente, podría ser más útil a Taglios que una docena de ejércitos.

Así, empezó a querer poner fin a aquella charla.

Mientras los dos hermanos se alejaban, el príncipe dijo:

—Humo, hay una cosa que querría saber. ¿Cómo es que, de repente, ella ha puesto precio a la cabeza de todos los murciélagos?

—¿Qué queréis decir?

—Me lo dijo el shadar Singh. Lo oyó decir de camino aquí. Ha hecho correr la voz de que cualquier chico que quiera ganarse unas pocas monedas no tiene más que entregarle unos murciélagos muertos. Hasta la última familia necesitada de la ciudad empezará a cazarlos. Y te puedes imaginar la fortuna que habrá de pagar por ellos. ¿Y todo por qué?

—No tengo ni idea —mintió Humo. Sentía que el corazón estaba a punto de salirse por la boca. Claro que lo sabía. Todo eso de que había que informar de los forasteros avistados en la zona... no era mera propaganda. Ella era bien consciente de lo que hacía—. Sé de algunos exóticos conjuros que emplean en su receta miembros de murciélago pulverizados. O pelos, garras, vísceras. Pero son del tipo que hacen que el ganado de tu vecino se vuelva estéril o que sus gallinas dejen de poner huevos.

Nada que pueda serle útil.

Los murciélagos vivos, en cambio, sí que eran útiles para los Maestros de las Sombras.

Apenas pudo esperar a que el príncipe y su hermana girasen una esquina, cámara abajo. Enseguida se encaminó al exterior, antes de que no hubiera murciélagos que pudieran encontrarlo.



Matasanos se sentó en una roca, en el bosque, apoyándose en un árbol, retorciendo con sus manos una figurilla con forma de animal. La acabó y la arrojó contra un tocón. Los cuervos lo observaban, pero se esforzaba en no prestarles atención. Sus pensamientos estaban centrados en Atrapa Almas.

No se podía decir que fuera una buena compañía. Años de introspección obligada la habían dejado así; podía mostrarse amistosa y animada durante breves períodos de tiempo, pero era incapaz de mantener ese estado de ánimo. Lo cierto es que tampoco él. A veces le parecía que, más que juntos, avanzaban en paralelo. Pero ella no lo iba a dejar libre solo porque no fueran almas gemelas. Tenía planes para él.

Llevaba todo el día yendo y viniendo afanosamente por el templo. Matasanos desconocía qué la hacía actuar así. Pero tampoco sentía el impulso de averiguarlo. Se sentía abatido. Estaba bajo de ánimos.

El trago Cara de Sapo se materializó.

—¿A qué vienen esas caras largas, capi?

—¿Qué motivos hay para que no sea así?

—Me tienes a mí aquí.

—¿Cómo va todo en Dejagore?

—Pues también he estado allí. He andado ocupado.

—¿Haciendo qué?

—No puedo decírtelo —el trago imitó el semblante taciturno de Matasanos—. En mi última visita, tus chicos se las estaban arreglando bastante bien. Aunque puede que estuvieran más alborotados y enfrentados que de costumbre. El viejo Un Ojo y sus compadres no se llevan bien con Mogaba. Nada, nada bien. Han estado incluso planteándose la posibilidad de esfumarse y mandarlo al diablo con sus métodos de actuación.

—Si lo hicieran, sería su fin.

—Lo que está claro es que no les tiene mucho cariño.

—Ella dice que marcharemos hacia allá.

—Genial. Entonces harás bien en tener cuidado.

—No creo que sea eso lo que tenga en mente. ¿Te ha llamado?

—Vine a informar. Están sucediendo cosas interesantes. Podrías preguntarle. Quizá te informe.

—¿Qué se trae entre manos?

—Está ocupándose de dejar este lugar como si nunca hubiera estado habitado. Queda poco para eso del festival. Esos bichos raros no tardarán en venir.

Matasanos dudaba que fuera a obtener la respuesta correcta, pero preguntó igualmente:

—¿Qué tal está la Dama?

—Bien. Aguantando. Tendrá todo listo en seis meses. Tiene a todos esos pasmarotes de Taglios tan atontados que puede hacer todo lo que le place.

—¿Está en Taglios? —No había sabido eso. Atrapa Almas no se lo había dicho. Claro que, no lo había preguntado.

—Lleva ya semanas allí. Dejó a ese tipo, Hoja, al mando de las tropas en Ghoja, y subió a la ciudad dispuesta a tomar el mando.

—Y así lo hará. No es de la clase de personas que espera a que las cosas sucedan por sí solas.

—¿Sí? Cuéntame. ¡Un momento! Creo que la jefa me llama. Mejor que vaya. Ve empaquetando tus cosas.

—¿Qué cosas? —Su única posesión eran prácticamente las ropas que llevaba puestas. Y no eran más que harapos.

—Todo lo que quieras llevar contigo. En una hora nos habremos marchado.

No discutió. Era inútil hacerlo con una piedra. Lo que él quisiera, o sus intereses, no contaban. Disfrutaba de menos libertad aún que un esclavo.

—Tómalo con calma, capi —dijo el imp. Y se desvaneció.

* * *

Juntos cabalgaron hasta que Matasanos estuvo tan exhausto que se vino abajo. Entonces descansaron, pero volvieron a ponerse en marcha enseguida. Atrapa Almas ignoraba bondades tales como restringir el viaje a las horas de luz. Aceptó un tercer descanso solo después de llegar a las colinas al noroeste de Dejagore. Apenas hablaba, excepto para dirigirse a sus cuervos y también brevemente a Cara de Sapo, siempre después de detenerse, mientras Matasanos dormía.

Lo despertó con la salida del sol.

—Amor mío, hoy haremos nuestra reentrada al mundo. Siento no haber sido tan amable como hubiera querido. —Esta vez era incapaz de distinguir alguna

característica en la elección de su voz. Pensaba que debía ser la suya propia, pues era bastante parecida a la de su hermana, con un tono siempre neutro—. Tengo muchas cosas en mente. Debería ponerte al día.

—Eso estaría bien.

—Veo que no has abandonado tu gusto por el sarcasmo.

—Me conserva el ánimo.

—Es posible. Bueno, así están las cosas: la semana pasada, las fuerzas de Conjura Sombras atacaron Dejagore. Fueron repelidas. Hubiera tenido éxito de haber podido emplear todas sus habilidades. Pero le fue imposible sin dejar ver a Sombra Larga que su estado no es tan débil como aparenta. Esta noche hará una nueva intentona. Quizá tenga éxito. Ese Un Ojo tuyo y Goblin han roto con su comandante.

»Mi adorada hermana, por su parte, se ha hecho fuerte en Taglios y sus alrededores. Tiene a sus órdenes a seis mil hombres, aunque ninguno vale para nada.

»Dejó a ese hombre, Hoja, en Ghoja mientras ella se encaminaba al norte. Tiene los mismos problemas que ella, y además, ninguna experiencia. Aunque algunos de sus hombres sí la tienen como legionarios. Ha decidido hacerlos aprender por las duras. Ha empezado a ocupar los territorios circundantes, especialmente al sur de camino hacia Dejagore.

—Probablemente eso le hará más fácil alimentar sus tropas.

—Exacto. Su fuerza supera ya los tres mil hombres. Sus exploradores han tenido escaramuzas con las patrullas de Conjura Sombras. Y por supuesto, la gran noticia es que el mago Humo se ha dejado seducir por Sombra Larga.

—¿Cómo dices? Ese pequeño bastardo... Nunca confié en él.

—Sombra Larga apeló a su idealismo. Y al terror que le inspira mi hermana y la Compañía Negra. Le aseguraron que debía creer en ellos, haciéndole ver que podría convertirse en un héroe al salvar a Taglios de sus supuestos salvadores, al obtener la paz para las tierras de las sombras.

—Ese hombre es un necio. Pensaba que uno de los requisitos para ser mago es la inteligencia.

—La inteligencia no siempre va acompañada de la sensatez, Matasanos. Y tampoco se puede decir que sea un absoluto idiota. No confié en Sombra Larga. Empleó todo ardid a su alcance para hacer cumplir su palabra a Maestro de las Sombras. Su verdadero error fue ir a reunirse con él en Lugar de las Sombras.

—¿Cómo?

—Aullador y Sombra Larga combinaron sus talentos para crear una alfombra voladora como aquellas que solíamos emplear antaño, antes de que fueran destruidas. Bastante raquíta, pero suficiente para permitir al Aullador llevar volando al mago hasta Lugar de Sombras, y también para sembrar de espías todo Taglios. Humo está ahora allí abajo. Cara de Sapo lo tiene vigilado. Sombra Larga se esfuerza por

subyugarlo. Regresará a Taglios como una criatura al servicio de Sombra Larga.

A Matasanos no le gustaban las noticias que estaba oyendo. Tres grandes magos hacían frente común contra Taglios ahora, y la única criatura mágica con la que contaba la defensa de la ciudad se había convertido en una marioneta en manos del enemigo. Quizá fuera cierto que la Dama estaba haciendo una buena labor, pero sería difícil que bastara para hacer frente a los Maestros de las Sombras y a los adversarios que estaban a su espalda.

Taglios estaría condenada antes de lo que nadie esperaba.

Khatovar se antojaba más lejano que nunca.

No podría manejar la situación ella sola. Y también había que recuperar los Anales... Los habían perdido, atrapados en Dejagore. Le era imposible alcanzarlos.

¿Estaría Murgen ocupándose de ellos? Por su bien esperaba que así fuera.

—Pero no has dicho nada de nuestro papel en todo esto.

—Claro que sí. Ya te he hablado de ello. Simplemente vamos a pasarlo bien. Sustraeremos apoyos a unos y otros. Los desequilibraremos a todos. Esta noche haremos que todo este extremo del mundo se estremezca y se pregunte qué demonios está ocurriendo, y quién es ese que está metiendo mano por todos lados.

* * *

Solo después de que le dijera que empezara a prepararse, creyó empezar a entender.

—¿Cómo que a prepararme?

—Ponte la armadura. Ha llegado el momento de acobardar a los hombres de Conjura Sombras. De salvar Dejagore.

Se quedó perplejo.

—¿Preferirías dejar que aniquilaran a tus hombres? —preguntó ella.

—No. —Los Anales estaban en la ciudad. No podían perderse. Desempaquetó la armadura que habían transportado desde el templo—. No puedo ponerme esto solo.

—Lo sé. Yo también necesitaré ayuda con la mía.

¿Con la suya? Había supuesto que adoptaría su antigua imagen de Atrapa Almas. Ahora empezaba a adivinar su sutileza.

La armadura que se había construido en el templo era una réplica del atuendo de Tomavidas de la Dama. Aquella fachada los dejaría a todos completamente confundidos. Al Creaviudas se le suponía muerto. A la Tomavidas se la creía en Taglios. Y a ninguno se le suponían poderes mágicos. Los sitiados se quedarían atónitos y los hombres de Conjura Sombras abatidos. Sombra Larga podría sospechar la verdad, pero nunca estaría seguro. Humo, el príncipe tagliano y su hermana se

quedarían desconcertados. Incluso la propia Dama sería confundida.

Estaba seguro de que lo creía muerto.

—Maldita seas —dijo mientras ajustaba el casco a la cabeza de Atrapa Almas—. Infiernos. Maldita seas. —No podía negarse a colaborar. Si ambos no intercedían, Dejagore caería rendida y sus defensores serían masacrados.

—Tranquilízate, amor mío. Tranquilízate. Olvida tus sentimientos. Limítate a divertirme. Mira. La lanza —dijo señalando.

Era la lanza que había sostenido el estandarte de la Compañía desde hacía siglos. La había estado buscando, en vano, en el templo. No la había visto. Ahora estaba más allá del fuego que habían encendido para tener algo de luz. Brillaba con fuerza. De ella colgaba un estandarte, pero era incapaz de distinguirlo.

—¿Cómo...? —Al diablo con ella y su hechicería. Se prestaría a su juego solo cuanto fuera necesario. No le daría el placer de ir más allá.

—Coge el estandarte, Matasanos, y sube a tu montura. Ha llegado el momento. —Incluso había conjurado la armadura apropiada para los corceles, completamente recargada, y que ya empezaba a relucir con brillos de llamas mágicas.

Obedeció. La armadura de Atrapa Almas reflejaba algunas pequeñas diferencias respecto a aquella que la Dama había creado para su aspecto de la Tomavidas. Matasanos no pudo evitar sobresaltarse. Resultaba más intimidatoria, irradiaba un aura amenazadora. Era la viva imagen de la muerte.

Dos enormes cuervos negros se posaron en sus hombros. Los ojos de los animales refulgían rojizos como llamas. Otras aves semejantes los siguieron, envolviendo a Atrapa Almas. Cara de Sapo se materializó sobre el cuello de su caballo, parloteó brevemente, y se desvaneció.

—Vamos. Llegaremos justo a tiempo para sacarles las castañas del fuego. —Su voz había sonado como la de un niño dicharachero que contemplara el progreso de una travesura.



Mather asomó por la habitación.
—Ya viene, Sauce.

Soltando un gruñido, Swan abrió las contraventanas para dejar entrar más luz. Contempló el campamento de Hoja y sus ramificaciones. Los mismos dioses parecían estar del lado de Hoja; había estado recibiendo nuevos reclutas a montones. Ninguno de ellos había querido enrolarse en la guardia de la radisha, algo en lo que él había depositado grandes esperanzas. Pero el nombre de la radisha era menos respetado que el de Hoja. Y, maldita sea, estaba tan decidido a ser fiel a la Dama, como Fibroso lo era con la radisha.

—Fibroso, Fibroso dime, ¿por qué demonios no volvemos de una vez a casa? —murmuró para sus adentros.

Hoja entró escoltado por Mather. Ese muñón humano que era Sindhu lo acompañaba, justo a su espalda. Era como la sombra de Hoja. A Swan no le gustaba nada aquel hombre. Le daba escalofríos.

—Fibroso dice que tienes algo para nosotros —dijo Hoja.

—Sí. Tenemos noticias frescas. —Después que Hoja empezara a extenderse hacia el sur, había empezado a interceptar patrullas por su cuenta—. Nuestros chicos se hicieron con algunos prisioneros.

—Lo sé.

Claro que lo sabía. No se ocultaban nada. Ni siquiera lo intentaban. Seguían siendo amigos, por mucho que no compartieran puntos de vista. Hoja había trazado casi todo su plan en aquella cámara, sobre la mesa de mapas. Swan solo tenía que echar un vistazo para resolver cualquier duda que tuviera.

—Se produjo un gran enfrentamiento en Dejagore la otra noche. Conjura Sombras se lanzó al ataque con todo lo que tenía. Los nuestros lo tenían mal. Entonces, no se sabe cómo, aparecieron dos gigantescos jinetes que exhalaban llamas, envueltos en armaduras negras, arrojando relámpagos por todos lados y pateando traseros a diestro y siniestro. Cuando se tranquilizó el revuelo, los que

habían resultado maltrechos habían sido los Maestros de las Sombras. Uno de los prisioneros lo vio con sus propios ojos. Dijo que Conjura Sombras tuvo que agotar su bolsa de trucos para contener a esos dos. Esto fue lo que nos contaron.

Swan no perdía de vista a Hoja mientras parloteaba. Se percibía cierta emoción asomando bajo aquella insípida fachada.

Tras terminar la historia, dijo:

—Y bien, viejo compinche, ¿qué opinas? ¿Te suenan de algo esos dos milagrosos salvadores?

—La Dama y Matasanos. Enfundados en sus armaduras.

—¡Premio! ¿Pero...?

—Él está muerto y ella en Taglios.

—Acertaste una vez más. Tendremos que darte un premio. ¿Y qué crees que ocurrió realmente entonces? Sindhu. ¿A qué viene esa sonrisita?

—Kina.

El orondo hombre fue objeto entonces de todas las miradas.

—Repite esas descripciones, Sauce —dijo Mather.

Swan así lo hizo.

—Kina —dijo Mather—. Coincide con la descripción que dan de ella todos.

—Pero no puede ser ella —dijo Sindhu—. Kina duerme. La Hija está atada a la carne. —La relación de Sindhu con los Impostores era un secreto a voces, pero no era de mucha ayuda. Normalmente siempre ocurría así. Afirmaba una cosa, y acto seguido se contradecía.

—No voy a perder el tiempo rompiéndome la cabeza, chico —dijo Swan—. Alguien que encaja en esa descripción entró ahí y echó a patadas a esos zoquetes. Quizá sea Kina o quizá no, eso no me importa. Lo cierto es que alguien quería que la gente pensara que había sido Kina. ¿No es así?

Sindhu asintió.

—¿Y quién era el que la acompañaba? ¿Tiene algún sentido todo esto?

Sindhu negó con al cabeza.

—Estoy confundido.

Mather tomó asiento en la ventana. Swan se estremeció. Fibroso tenía a la espalda una caída de cuatro metros.

—Tranquilos. Dejadme pensar —dijo.

—Tranquilos. Dejadle pensar —repitió Swan. Fibroso era un genio desentrañando tramas.

Aguardaron. Swan caminó nervioso. Hoja estudió el mapa. No quería perder tiempo. Sindhu permaneció impasible, aunque aparentaba agitación.

—Hay otra fuerza involucrada —recordó Mather.

—¿De qué hablas? —gorjeó Swan.

—Solo así encajan las piezas, Sauce. Los Maestros de las Sombras están dispuestos a devorarse los unos a los otros, pero aún no llegan a esos extremos. Eso juega a nuestro favor. Y en nuestro bando no contamos con nadie que pueda hacer un uso semejante de la magia. Así que debió tratarse de alguien más.

—¿Y para qué?

—¿Para crear confusión?

—De ser así, realmente lo conseguí. ¿Y por qué?

—No consigo imaginarlo.

—¿Y quién?

—Ni idea. Nadie lo sabe; todos tendrán que seguir su rastro, morder el anzuelo para intentar adivinarlo.

Hoja no parecía prestar atención, aunque era imposible afirmarlo.

—¿Resultaron muy mal parados los Maestros de las Sombras? —preguntó.

—¿Cómo dices?

—Los ejércitos de Conjura Sombras. ¿En qué estado han quedado?

—Lo bastante tocados como para no poder lanzar otra ofensiva contra Dejagore hasta recibir refuerzos. Pero no lo suficiente como para que nuestros amigos puedan romper el asedio.

—Entonces ha sido la interferencia justa para mantener el equilibrio.

—Según las palabras de los prisioneros, los nuestros sufrieron bastantes bajas. Murió casi la mitad. Eso significa que las tropas de los Maestros de las Sombras debieron ser vapuleadas seriamente.

—Aunque no hasta el punto como para dejar de mandar patrullas como la que interceptaste, ¿no?

—Conjura Sombras teme que aprovechemos la situación para atacarlo. No quiere más sorpresas y debe supervisar nuestros movimientos.

Hoja caminaba. Se acercó de nuevo al mapa, toqueteó las guarniciones y las avanzadillas que había apostado, hasta a más de doscientos kilómetros al sur. Caminó y preguntó a Mather:

—¿Será cierto? ¿O será solo lo que quiere que creamos? Quizá nos esté tendiendo una trampa.

—Los prisioneros así lo creían —dijo Swan.

—Sindhu, ¿cómo es que no hemos tenido noticias de Hakim? —preguntó Hoja—. ¿Cómo es que nos han tenido que llegar las noticias por esta vía?

—No lo sé.

—Pues quiero que lo averigües. Habla con tus amigos. Sin perder más tiempo. Si todo eso es cierto, deberíamos haberlo sabido antes de que la patrulla llegara aquí con los prisioneros.

Sindhu abandonó la estancia, inquieto.

—Ahora que has conseguido librarte de él —dijo Swan—, dinos, ¿qué tienes en mente?

—Lo que tengo en mente es averiguar si esa historia es cierta. Sindhu tiene a gente rondando por De jagore. Habrían enviado a un mensajero al minuto de empezar la pelea. Y otro más debería de haber hecho llegar un informe completo al finalizar la misma. Quizá uno no se habría abierto paso hasta aquí, pero dos no habrían fracasado. Hemos enrolado a casi todos los cuatrerros y campesinos con ansias batalladoras.

—¿Crees que los prisioneros eran infiltrados?

—No lo sé —dijo Hoja volviendo a caminar—. De serlo, ¿qué pretenderían? ¿Mather?

Fibroso reflexionó.

—De ser infiltrados, no se hubieran dejado coger. A menos que solo quieran generar confusión. O no hacen bien su trabajo. Quizá estén diciendo la verdad, pero no estás predispuesto a creerla porque no la has oído de boca de tus exploradores. Podría ser una forma de ganar tiempo.

—Una ilusión —dijo Swan—. ¿No recuerdas lo que solía decir Matasanos? Su arma favorita era la ilusión.

—No era exactamente eso lo que decía, Sauce —lo corrigió Mather—. Aunque más o menos. Está claro que hay alguien que quiere hacernos ver algo que no está ahí realmente. O que ignoremos algo que sí lo está.

—Me voy —dijo Hoja.

—¿Cómo que te vas? —graznó Swan.

—Pongo rumbo al sur.

—¡Pero qué dices, amigo! ¿Estás loco? Vas a dejarte llevar, a morder su anzuelo.

Hoja salió de la habitación.

Sauce se giró hacia Mather.

—¿Qué hacemos, Fibroso?

Mather negó con la cabeza.

—Nos olvidaremos de Hoja. Va a conseguir que lo maten. Quizá no deberíamos haberlo salvado de esos cocodrilos.

—Puede que sí. Pero entonces, ¿qué haremos?

—Enviaremos un mensajero al norte. Luego lo acompañaremos.

—Pero...

—Estamos al mando. Podemos hacer lo que queramos —dijo Mather antes de abandonar también la cámara.

—Están locos. Los dos —murmuró Swan. Estudió el mapa durante un minuto, se acercó a la ventana, contempló el revuelo en el campamento de Hoja, vislumbró el vado y los técnicos que disponían los pilones de madera para el puente estacional de

la Dama—. Todos se están volviendo locos. —Entonces se pasó un dedo por los labios y lo arrastró furiosamente—. ¿Por qué iba a actuar yo entonces como un cuerdo?



Ya está —dije—. No hay por qué esperar más. —Me había llegado el rumor de que un sacerdote vehdna, Imán ul Habn Adr, había ordenado a los trabajadores vehdna de la construcción abandonar mi campamento para presentarse a trabajar en ese absurdo muro de la ciudad. Era la segunda deserción del día. El contingente gunni había hecho lo propio una hora después de empezar a trabajar—. Los shadar serán los siguientes; no se presentarán mañana. Finalmente han decidido ponerme a prueba, Narayan. Reúne a los arqueros. Martinete, envía esos mensajes que he hecho redactar a los escribas.

A Narayan se le pusieron los ojos como platos. No podía creer que actuaríamos. No podía creer que fuera a tomar la decisión.

—¿Dama?

—En marcha.

Martinete y Narayan se pusieron manos a la obra.

Merodeé el campamento, intentando enjugar mi rabia. No tenía razón para enfurecerme. Lo sucedido no había sido ninguna sorpresa. Los cultos no me habían concedido una sola tregua desde que había dado cuenta de Tal. Y eso suponía que se habían puesto de acuerdo entre ellos para hacerme frente y volver a ponerme a prueba.

Aproveché el respiro, reclutando a unos doscientos hombres por día. Hice que el campamento se estableciera de forma temporal. La mampostería de la fortaleza, que debía sustituir a la estructura provisional, iba avanzando a buen ritmo. Hice que algunos hombres completaran las primeras fases de su adiestramiento. Los engatusé o extorsioné con armas, animales, dinero y material del prahbrindrah Drah. En la región disponía aún de más de lo que necesitaba.

Había desarrollado mi talento de manera considerable. Aún seguía sin suponer una amenaza ni siquiera para Humo, pero mis progresos me complacían.

Las malas noticias eran mis sueños y una constante sensación de náusea de la que era incapaz de librarme. Quizá fuera el agua que consumíamos en el campamento,

aunque seguí sintiéndola al regresar a la ciudad. Seguramente fuera una simple reacción a la falta de sueño.

Me negué a rendirme a los sueños, a prestarles atención. Los reduje a un sufrimiento por el que tenía que pasar, como un grano. Llegaría el día en que tendría la oportunidad de hacer algo con ellos. Entonces ajustaría cuentas.

Observé a mis mensajeros trotar hacia la ciudad. Ya era tarde para hacerlos volver.

Tanto si tenía éxito como si fracasaba, de ambas formas conseguiría llamar su atención.

* * *

Martinete me ayudó a ajustarme la armadura. Un centenar de hombres presencié la escena. Los barracones seguían estando tan atestados como siempre, aunque ya había trasladado a los primeros cinco mil hombres al campamento.

—Empiezan a ser más voluntarios de a los que tenemos algo que encomendarles, Martinete.

—Levantad el brazo, Dama —dijo gruñendo.

Levanté ambos brazos, y vi con el rabillo del ojo a Narayan abriéndose paso entre la multitud. Parecía que hubiera visto un fantasma.

—¿Qué sucede?

—El prahbrindrah Drah está aquí. Ha venido solo. Quiere veros —intentó susurrar, pero los hombres lo escucharon. Empezó a correr la voz.

—¡Silencio! ¡Todos! ¿Que está aquí? ¿Dónde?

—Di orden a Abda de que lo trajera dando un rodeo.

—Bien pensado, Narayan. Martinete, sigue trabajando.

Narayan salió pitando antes de que Abda trajera al príncipe. Lo saludé con la adecuada cortesía pública. Él dijo:

—Olvidad eso. ¿Podéis despejar el lugar un poco? Desearía algo de privacidad.

—Un simulacro de incendio. Algo parecido. Salid. Abda, hazte cargo.

La muchedumbre empezó a moverse a regañadientes. El príncipe miró a Martinete.

—Martinete se queda. Me hace falta hasta para vestirme.

—¿Os sorprende verme?

—Así es.

—Me alegro. Ya era hora de que algo os sorprendiese.

Me quedé mirándolo sin más.

—¿Qué son todos esos rumores sobre que vais a abandonar?

—¿Abandonar el qué?

—Que vais a dimitir. A marcharos. A dejarnos a merced de los Maestros de las Sombras.

Aquellas habían sido las insinuaciones inherentes en los mensajes, aunque no el contenido en sí. Yo misma los había hecho difundir.

—No sé a que te refieres. Voy a charlar con algunos sacerdotes, solo para aclarar los términos de nuestra relación. ¿De dónde has sacado la idea de que iba a abandonar?

—Es lo que se dice. Están todos frenéticos. Creen que han logrado derrotaros. Que han conseguido haceros frente, impedir que paséis por encima de ellos, y que ahora vais a decir adiós.

Justo lo que quería que pensasen. Lo que ellos querían pensar.

—Pues me temo que se van a decepcionar.

—En toda mi vida no me han dado más que problemas —dijo sonriente—. Tengo que ver esto.

—No te lo recomendaría.

—¿Y por qué no?

No podía decírselo.

—Confía en mí. Lo lamentarás si estás presente.

—Lo dudo. No podrían causarme más disgustos de los que ya me provocan. Quiero estar presente cuando los desengañes.

—De ser así, nunca lo olvidarías. No lo hagas.

—Insisto.

—Que conste que te alerté. —Estar allí no le iba a hacer ningún bien, pero sí era bueno para mis intereses. Me dije a mí misma que lo había intentado. Tendría la conciencia limpia.

Martinete acabó de vestirme.

—Necesito a Narayan —le dije—. ¡Abda! ¿Podrás cuidar del príncipe? Si me disculpas...

Hablé con Narayan en una esquina, entre susurros. Le conté lo sucedido. Me dedicó su horripilante sonrisa hasta estar ansiosa de arrancársela del rostro. Pero enseguida cambió de tema.

—Dama, casi tenemos al Festival encima. Pronto tendremos que hacer planes de viaje.

—Lo sé. Los jamadares quieren darme el visto bueno. Pero ahora tengo mucho en lo que pensar. Primero intentemos superar esta noche.

—Claro, Dama. Por supuesto. No era mi intención apuraros.

—Y por los diablos que no lo hiciste. ¿Está todo listo?

—Sí, Dama. Desde bien temprano esta mañana.

—¿Podrán hacerlo? ¿No les temblará el pulso cuando llegue el momento?

—Dama, nunca se sabe cómo puede actuar un hombre hasta que le llega el momento de hacerlo. Pero todos fueron antiguos esclavos. Pocos de ellos taglianos.

—Excelente. En marcha. Saldremos en unos minutos.

* * *

La plaza era conocida como Aiku Rukhadi, confluencia Khadi. Tiempo atrás había sido un cruce de caminos, antes de que la ciudad inundara el campo. Había sido shadar, pero ahora era vehdna. No era una plaza muy grande, y su diámetro mayor tendría unos cuarenta metros. En su centro tenía una fuente pública, que abastecía de agua al vecindario. Estaba atestada de sacerdotes.

Los líderes de los cultos habían acudido y consigo habían traído a todos sus compinches, que ansiaban presenciar la humillación de una advenediza hembra. Se habían vestido para la ocasión. Los shadar de blanco, con simples camisolas y bombachos. Los vehdna llevaban caftanes y esplendorosos turbantes. El contingente más numeroso, el de los gunni, estaba subdividido en sectas. Algunos lucían túnicas color escarlata, otros azafrán, índigo y aguamarina. Los sucesores del Jahamaraj Jah iban de negro. Calculé que en total habría allí congregados entre ochocientos y mil hombres. En la plaza casi no cabía un alfiler.

—Todo sacerdote con una mínima notoriedad está aquí —me informó el príncipe. Accedimos a la plaza siguiendo el paso de una docena de tamborileros incompetentes. Eran nuestra única defensa. Incluso había dejado atrás a Martinete. Los tamborileros despejaron un espacio contra un muro.

Le dije al príncipe:

—Así es como quería que sucediese. —Esperaba que mi atuendo resultara lo bastante imponente. Sobre mi semental negro dominaba la vista del prahbrindrah, cuyo caballo zaino no era ningún enano. Los sacerdotes lo avistaron y empezaron a murmurar. Ochocientos hombres murmurando hacen más ruido que un enjambre de langostas.

Nos coloqué de forma que dábamos la espalda a la muralla, con los tamborileros al frente.

¿Funcionaría?

A mi marido le había dado un resultado asombroso hacía mucho tiempo.

—Grandes señores de Taglios... —se hizo el silencio. Mi conjuro había ido bien, la voz sonaba rotunda—. Gracias por venir. Taglios se enfrenta a una dura prueba. Los Maestros de las Sombras suponen una amenaza que no puede ser subestimada. Los relatos que se oyen de ellos no son más que una sombra de la realidad. A esta

ciudad y a la nación entera le resta una única esperanza para hacer frente al enemigo. Y en las facciones reside la derrota.

Todos escuchaban. Estaba complacida.

»En las facciones reside la derrota. Algunos de vosotros consideraréis que no soy la campeona que necesita la causa de Taglios. Otros habéis sido seducidos por el ansia de poder. Estáis inmersos en la división entre facciones. Y yo he decidido frenar esa división, para impedir que Taglios se vea derivada de la mayor misión que debe acometer. Para ello he decidido erradicar la causa de este fraccionamiento en facciones. Después de esta noche, Taglios tendrá un solo rostro.

Cuando aún aguardaban que les presentara mi dimisión, me coloqué el casco. Liberé las llamas mágicas.

Entonces empezaron a sospechar.

—¡Kina! —gritaron algunos.

Desenvainé mi espada.

Las flechas empezaron a volar.

* * *

Mientras yo hablaba, hombres escogidos por Narayan habían estado levantando barricadas en las estrechas calles que daban acceso a la plaza. Al desenvainar la espada, los soldados que ocupaban las casas que rodeaban la plaza soltaron sus flechas. Los sacerdotes empezaron a chillar. Intentaron huir. Pero las barricadas eran elevadas, y se lo impidieron. Intentaron volverse hacia mí, pero me bastaba para repelerlos detrás de mis aterrorizados tamborileros. La lluvia de flechas continuaba.

Surgían de un lado y otro. Caían. Los sacerdotes rogaban piedad.

La lluvia continuó hasta que bajé mi espada.

Desmonté. El prahbrindrah Drah bajó la mirada desde su zaino, completamente pálido. Intentó decir algo, pero era incapaz de hablar.

—Te avisé.

Narayan y sus amigos se unieron a mí. Les pregunté:

—¿Fuisteis a por los carros? —Íbamos a necesitar decenas de ellos para sacar todos aquellos cuerpos y llevarlos hasta un cementerio no consagrado. Asintió, incapaz tanto como el príncipe de pronunciar palabra—. Esto no es nada, Narayan —le dije—. He hecho cosas mucho peores. Y las haré aún peores. Comprueba que estén todos muertos. Asegúrate de que lo hayamos previsto todo. —Crucé el campo de la masacre para dar orden a los arqueros de liberar a aquellos que habían recluido en sus propias casas.

El prahbrindrah Drah ni siquiera se movió. Se quedó sentado sobre su caballo,

contemplando la escena, dolorosamente consciente de que su presencia allí hacía parecer que aprobaba lo sucedido.

Martinete se dirigió a mí:

—Dama —jadeó. Había venido a la carrera desde los barracones.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Ha llegado un mensajero de Ghoja. De Hoja. Vino cabalgando sin descanso. Debéis venir de inmediato. —No se lo veía afectado en absoluto por la masa de cadáveres. Tenía cara de estar contemplando a las mujeres coger agua del pozo en lugar de a los compinches de Narayan rematando a los heridos.

Obedecí. Hablé con el mensajero. Durante un minuto estuve enojada con Hoja. Entonces comprendí.

Las acciones de Hoja suponían la excusa perfecta para sacar las tropas de allí, antes de que pudieran enterarse de lo que había sucedido en esa plaza aquella noche.



El prahbrindrah Drah estuvo una hora sentado, con la mirada perdida en el muro de su dormitorio. No respondía a las preguntas de su agitada hermana. ¿Qué había ocurrido?

Al fin se decidió a mirarla.

—¿Finalmente lo hizo? ¿Acaso esperabas que no lo hiciese? Te dije que no fueras.

—Es que no abandonó. No. No lo hizo —dijo el príncipe con una risita nerviosa—. Ni por asomo —su voz sonaba espeluznante.

—¿Y qué sucedió?

—Resolvió todos nuestros problemas con los sacerdotes. No de forma permanente, pero pasará mucho tiempo antes de que... —Su voz se perdió en un hilillo—. ¡Soy tan culpable como ella!

—Pero, maldita sea, ¿qué ha sucedido? ¡Dímelo!

—Los mató. A todos. Los atrajo hasta la plaza haciéndolos pensar que iban a humillarla. Pero había dispuesto a arqueros para que los abatieran. A un millar de sacerdotes. Y yo estaba presente. La vi caminar entre los cadáveres luego, rebanando las gargantas de los heridos.

Por un momento, la radisha creyó que se trataba de alguna broma de mal gusto. Algo así era imposible.

—Se ha salido con la suya. Siempre se sale con la suya. Humo tenía razón.

La radisha empezó a caminar, dando vueltas, escuchando a medias a su hermano flagelarse. Era grotesco. Una atrocidad más allá del entendimiento humano. Cosas así no sucedían en Taglios. Era imposible.

Claro que, ¡menuda oportunidad! La jerarquía religiosa tardaría años en reponerse de aquel desaguizado. Atrocidad o no, estaban ante una oportunidad única para conseguir todas las metas para las que habían trabajado. Aquello podría significar el regreso de la primacía del estado.

Entonces se escuchó un crujido. La radisha se volvió perpleja, boquiabierta.

La mujer estaba allí. Se había adentrado en el palacio quién sabe cómo. Aún vestía esa grotesca armadura, cubierta entera de sangre.

—¿Te informó ya?

—Sí.

—Los Maestros de las Sombras atacaron Dejagore. Fueron repelidos y sufrieron muchas bajas. Hoja avanza hacia el sur para liberar la ciudad antes de que reciban refuerzos. Corro a unirme a él. No podré dejar a nadie aquí que continúe mi trabajo. Ambos tendréis que ocuparos de todo. Enviad equipos de construcción a la fortaleza. Continúad enrolando nuevas unidades. Hay una pequeña oportunidad de que consigamos hacer frente a lo peor en las próximas semanas, de forma que únicamente nos quede combatir a Sombra Larga. Pero es aún más probable el escenario de un enfrentamiento prolongado, en el que habremos de requerir hasta el último de los hombres y recursos de los que dispongamos.

La radisha era incapaz de articular palabra. Aquella mujer tenía manchadas las manos con la sangre de un millar de sacerdotes. ¿Cómo era posible discutir con alguien semejante?

—Os he entregado la oportunidad que siempre deseasteis. Aprovechadla.

La radisha se esforzó por pronunciarse. Pero, de nuevo, fue incapaz. Nunca antes se había visto tan aterrorizada.

La mujer continuó:

—Ninguna ambición me ata a esta tierra. Mientras no interfiráis en mi camino, no tendréis motivos para temerme. Acabará con los Maestros de las Sombras. Completaré el cometido de la Compañía. Y volveré a por la recompensa acordada.

La radisha asintió como impelida por una mano que la agarrara del pelo para obligarla a mover la cabeza.

—Después de resolver la situación en Dejagore —dijo la mujer— regresaré. —Entonces fue hasta el prahbrindrah Drah y le puso la mano en un hombro—. No te lo tomes a mal. Ellos mismos fueron quienes escribieron sus propios destinos. Sois un príncipe. Y un príncipe debe mostrarse firme. Sed firme ahora. No dejéis que el caos se apodere de Taglios. Os dejaré una pequeña guarnición. Su reputación bastará para prestar el sostén suficiente a vuestra voluntad.

Entonces se alejó a grandes pasos.

La radisha y su hermano se quedaron mirándose el uno al otro.

—¿Qué hemos hecho? —preguntó él.

—Ya es demasiado tarde para lamentarlo. Debemos salir de esta.

—¿Dónde está Humo?

—No lo sé. Hace días que no lo veo.

—¿Tendrá razón? ¿Será ella realmente la Hija de la Noche?

—Lo desconozco. No tengo ni la menor idea. Lo que sé es que ahora cabalgamos

sobre la espalda del tigre. Y no podemos dejarlo ir.



Antes del amanecer ya me había marchado. Me llevé conmigo hasta al último hombre que pude reunir, dejando atrás únicamente a aquellos que habían tomado parte en el exterminio de los sacerdotes. A estos los dejé a modo de guarnición, acompañados de algunos más, para que permanecieran en la ciudad durante una semana. Luego se desplazarían hasta el lejano vado del Principal de Vehdna-Bota. No quería darles la oportunidad de comentar con otros hombres la masacre acaecida, al menos con aquellos que aún no estaban al tanto de la misma.

Mi fuerza la formaban ya unos seis mil hombres. Apenas suponían más que una muchedumbre armada, pero les sobraba entusiasmo. Y ansiaban liberar De jagore.

Me esforcé por continuar adiestrándolos durante la marcha.

Narayan no estaba contento con nuestros movimientos. Rumiaba su desazón. Al tercer día de marcha se dirigió a mí. Estábamos a poco más de treinta kilómetros de Ghoja.

—¿Dama?

—¿Así que por fin has decidido abordarme?

Aparentó no estar sorprendido. Se esforzaba por aceptar todas mis decisiones. Aparentemente. ¿Acaso estaría lamentando ya su decisión de nombrarme Mesías de los Estranguladores? Estaba segura de que deseaba un mayor control de la situación. No quería una Hija de la Noche independiente, que se guiara por sus propias ambiciones e ilusiones.

—Sí, Dama, pues mañana es Etsataya, el primer día del Festival. Estamos solo a unos pocos kilómetros de la Arboleda Santa. Es importante que acudáis a presentaros ante los jamadares.

Lo conduje fuera de la marea humana.

—No he tratado de evitarlo. Otros asuntos me han tenido absorta. Has dicho el primer día. Pensé que se trataba de un festival centrado en la celebración de un día santo.

—Son tres días, Dama. Y el segundo es en realidad el más especial de las

celebraciones.

—Narayan, no puedo permitirme un retraso de tres días.

—Soy consciente, Dama. —Resultaba divertido comprobar el modo en que se hacía más patente el respeto en su lenguaje cuando quería conseguir algo—. Pero disponemos de hombres capaces de mantener la marcha del grupo. Todo lo que deberán hacer es seguir el sendero. Con vuestros corceles, recuperar el terreno perdido no sería difícil.

Enmascaré mis sentimientos. Aquello era algo que tenía que hacer, por mucho que no quisiera. El culto de Narayan no me había sido muy útil hasta entonces.

Pero él sí había supuesto para mí una valiosa ayuda. Debía mantenerlo contento.

—Está bien. Asegúrate de que el grupo se dirija en la dirección correcta y que mantenga el nivel de marcha. Tráeme a Martinete y mis cosas.

—Entendido, Dama.

Media hora después, abandonamos la formación.

* * *

Cuando llegamos a la arboleda santa de los Estranguladores ya había anochecido. No podía ver demasiado, pero sí sentir. No había visitado muchos lugares que irradiaran un aura tan siniestra como aquel. Algunos miembros de la hermandad de Narayan ya habían llegado. Nos unimos a ellos. Sentía sus miradas de soslayo; no se atrevían a estudiarme de frente.

Allí no había mucho que hacer, así que me fui a dormir temprano.

Me visitaron sueños mucho peores que los anteriores: implacables, incesantes. No pude librarme de ellos hasta el amanecer, cuando los primeros rayos de sol se asomaron entre la bruma y los oscuros árboles. Diez mil cuervos graznaban y volaban en lo alto. Narayan y sus compinches lo consideraron un augurio muy favorable. El cuervo era el ave preferida por Kina; su mensajero y espía.

¿Tendrían alguna relación con los cuervos que habían estado siguiendo durante tanto tiempo a la Compañía? Según Matasanos, no habían dejado de acompañarla desde poco antes de cruzar el Mar de los Tormentos. Y este mar se extiende más de diez mil kilómetros al norte de la arboleda.

Me desperté con nauseas. Al intentar incorporarme vomité. A mi alrededor se arremolinaron hombres solícitos, pero incapaces de hacer nada útil para aliviarme. Narayan parecía aterrorizado. Había invertido mucho en mí. Si me perdía ahora, se quedaría sin nada.

—¡Dama! ¡Dama! ¿Qué sucede?

—¡Que estoy echando las tripas! —espeté—. Consígueme algún remedio.

En realidad no podía hacerse nada.

Lo peor ya había pasado. A partir de ese momento solo era ya náusea, que empeoraba cuando me movía con una mínima brusquedad. Me salté el desayuno. Transcurrida una hora, pude levantarme y pasear sin demasiada incomodidad, siempre que me lo tomara con calma.

Sentirme enferma era algo nuevo para mí. Nunca antes lo había estado. Al menos no de esa manera.

La arboleda reunía ya a un centenar de hombres, quizá incluso más. Todos se asomaban para echar un vistazo a su maltrecho Mesías. No creo que estuvieran impresionados. Al menos, de haber estado en su lugar, yo no lo habría estado. Nadie podía estar a la altura de una profecía milenaria. Y tan maltrecha como estaba, su decepción sería doble.

Narayan hizo un buen trabajo al defender su apuesta; consiguió que no me cortaran la garganta.

El grupo resultaba de una mezcla de religiones, castas, y muchos de sus integrantes eran forasteros en Taglios, todos igualmente siniestros que la arboleda. Allí apestaba a oscuridad y a sangre coagulada.

Nadie parecía tener espíritu festivo. Más bien parecían estar aguardando a que sucediera algo. Me llevé a Narayan a un rincón y le pregunté.

—Antes del anochecer no suele suceder nada especial —me dijo.

—La mayoría de los hombres llegará hoy mismo. Los que ya lo han hecho se encargarán de los preparativos. Esta noche tendrá lugar una ceremonia, la apertura del festival, en la que se transmite a Kina que mañana será su día sagrado. Todas las celebraciones de mañana tienen la intención de convocarla. Se le presentarán los candidatos, que deberán ser aceptados y rechazados. Después comenzará el festín. Durante todo el Festival, los sacerdotes examinarán las peticiones que se les presenten. Este año no son demasiadas. Una antigua disputa entre las bandas Ineld y Twana que está pendiente de juicio, y poco más. Esta sí atraerá mucha atención.

Respondí frunciendo el ceño.

—A veces las bandas entran en conflicto. La Ineld es de ascendencia vehdna, la Twana, shadar. Ambas se acusan mutuamente de herejía y entremetimiento. Se trata de una vieja disputa que ha ido a peor desde la invasión de los Maestros de las Sombras. En ciertas regiones de sus territorios las bandas constituyen la única ley, y eso hace que haya más cosas en juego.

Se trataba de una historia demasiado larga, pesada, repleta de tópicos humanos y que si servía para algo era para ilustrar que los Impostores eran poco más que un puñado de letales fanáticos. En algunas zonas del territorio, gobernaban los bajos fondos. Las bandas en cuestión procedían del poblado estado de Hatchpur, en el que los Impostores eran particularmente poderosos. La verdadera contienda radicaba en

una disputa territorial entre bandas criminales.

—Finalmente —puntualizó Narayan—, Illuk, de la banda Ineld, dejó a todos perplejos al insistir en que el conflicto debía ser llevado ante la justicia de Kina.

Por la forma en que lo decía, parecía no augurar nada bueno. La justicia de Kina debía de ser muy radical.

—¿Es algo poco común?

—Todos lo consideran un farol. Illuk debe esperar que Kowran, el jamadar de la banda Twana, se eche atrás. Eso dejaría el juicio en manos de los sacerdotes, quienes tendrían en cuenta su negativa al juicio de Kina.

—Pero, ¿y si no lo hace?

—No es posible apelar un juicio de Kina.

—Eso pensaba.

—¿Os sentís mejor?

—Algo. Sigo con nauseas, pero he logrado controlarlas.

—¿Podréis comer? Deberíais.

—Puede que algo de arroz. Nada muy condimentado. —En Taglios tenían especial gusto por las especias. En la ciudad, el olor de las cocinas podía acabar resultando angustioso.

Me condujo hasta Martinete, que se mostraba vacilante. Conseguí contenerme mientras comía. Bueno, más bien fui dando pequeños bocados, dejando asentarse cada uno de ellos en mi estómago. Mientras, Narayan fue haciendo desfilar una serie interminable de sacerdotes y jamadares, para hacer las presentaciones formales. Vi que algunos de los últimos lucían pañoletas negras. Solo fueron cuatro en total. Hablé al respecto a Martinete.

—Son muy pocos los que reciben tal honor, Dama. Y entre todos ellos, el jamadar Narayan fue el primero. Es una leyenda viviente. Ningún otro hombre se habría atrevido a traeros hasta aquí.

¿Sería eso una advertencia? Quizá haría bien en andar con cuidado. Seguramente habría también políticos, con sus intereses en juego. Algunos capitanes de bandas podrían oponerse a mí simplemente por el hecho de estar asociada a Narayan.

Narayan. Una leyenda viviente.

¿Cómo habrían convergido nuestros caminos? Yo no era ninguna creyente en dioses ni en destinos, de acuerdo con los términos habituales. Sí creo que el mundo es regido por una serie de poderes. Y los conozco bien, pues en otro tiempo yo misma fui uno de ellos.

No había duda de que aquel que me enviaba los sueños que padecía era quien había dispuesto nuestro encuentro. Ya fuese una hembra humana o alguna criatura, había mostrado interés en mí mucho antes de que yo llegara a ser consciente de esa apetencia.

¿Podría estar ella detrás de la caída de Matasanos? ¿Habría sido su eliminación parte de un plan para despojarme de ataduras emocionales?

Era posible. Y factible, cuando los Maestros de las Sombras bien podían considerar que quizá así yo me girase hacia otro objetivo.

Sentí cómo la furia crecía en mi interior. La controlé y la encaucé, dejé que Martinete acabara de darme la comida y fui a explorar el lugar. Caminé hasta el corazón de la arboleda y examiné el templo por primera vez.

Apenas era más que una pequeña asamblea. Estaba tan enterrado en vegetación que apenas era reconocible. Nadie fuera me impidió el paso. Pero decidí no tentar la suerte subiendo los escalones, y me limité a caminar por sus alrededores.

* * *

Encontré a un tipo que se ofreció a ir a buscarme a Narayan. No tenía intención de entrar en un lugar sagrado sin ser invitada. Salió con aspecto irritado.

—Vayamos a dar un paseo. Tengo algunas preguntas. La primera: ¿a alguien le puede ofender que entre en el templo?

—No lo creo —dijo tras pensar durante unos segundos.

—¿Alguien que diga que no soy quien tú afirmas? ¿Tienes enemigos de la clase que se opondrán a ti en todo?

—No. Pero hay ciertas dudas.

—Estoy segura de ello. Mi aspecto no es el más apropiado.

Él se encogió de hombros.

Lo había llevado hasta el lugar que quería. Entonces sugerí:

—Para haber sobrevivido a tus viajes en verano habrás desarrollado ciertas habilidades silvicultoras, ¿no?

—Sí.

—Pues mira a tu alrededor.

Lo hizo. Y se quedó perplejo.

—Alguien ha dado cobijo a caballos aquí.

—¿Hay alguien más que viniera a lomos de caballos?

—Unos pocos. Impostores de alta casta que vinieron de muy lejos. Durante el día de ayer y la jornada de hoy.

—No es una pista fresca. ¿Hay establecida alguna clase de guardia regular?

—Solo nosotros venimos a este lugar. Nadie más se atreve.

—Pues parece que alguien lo hizo. Y por lo que aparenta, su estancia no fue corta. Demasiado estiercol para tratarse de una visita fugaz.

—Tendré que informar a los demás. Si el templo ha sido profanado, deberán

celebrarse ritos de purificación. —Mientras ascendíamos los escalones hacia el templo, dijo—: Esto supondrá un punto a tu favor. Nadie más se percató de lo que visteis.

—Porque nadie ve lo que no espera ver.

El interior del templo estaba débilmente iluminado. Sus arquitectos debieron haber compartido alguno de mis sueños, y los habían recreado en piedra. Narayan congregó a varios jamadares y les dijo lo que había descubierto. Inquietos, refunfuñaron y despotricaron, y enseguida se dividieron para comprobar si verdaderamente unos infieles habían profanado su templo.

Yo me dediqué a pasear.

En la búsqueda hallaron el lugar en el que los intrusos habían estado cocinando. El sitio había sido despejado, pero las manchas de humo son difíciles de eliminar. Estas sugerían que alguien había acampado en el lugar durante bastante tiempo.

Narayan se me acercó sigilosamente, luciendo esa sonrisa suya.

—Dama, ahora es el momento justo para que los impresionéis.

—¿Por ejemplo?

—Empleando vuestro talento para averiguar cualquier cosa sobre nuestros desconocidos visitantes.

—Claro. Así de simple. No sé si me llegará siquiera para dar con su letrina o su basurero.

Me observó, preguntándose cómo podía saber que los tenían, luego entendió. No había desperdicios ni heces humanas en las cercanías.

—Podría servirnos de mucho.

Uno de los jamadares nos dijo que, tras haber estado investigando, habían descubierto bastantes pistas de la existencia de una ocupación prolongada.

—Una mujer y un hombre. La mujer dormía junto al fuego. El hombre reposaba junto al altar. No parecía molestarles. ¿Dama? ¿Podríais vos echar un vistazo?

—Será un honor. —Al principio no entendí cómo habían averiguado que era una mujer quien dormía junto al fuego. Hasta que uno de ellos sacó una larga hebra de cabello—. ¿Podríais averiguar algo a partir de esto?

—Sí. Que ella no tenía el cabello rizado. Si es que se trata de una mujer realmente. —Algunos hombres gunni se dejan el cabello largo. Los shadar y los vehdna suelen tenerlo rizado. Los últimos lo suelen llevar corto. Aparte de eso, todos en este extremo del mundo tenían cabellos oscuros, siempre que lo llevaran más o menos limpio.

Swan, con sus rizos dorados, era un ejemplar muy curioso.

Mi sarcasmo no escapó a mi audiencia. Entonces continué:

—No esperéis que pueda ver el pasado ni el futuro. Aún. Kina me visita únicamente en sueños.

Dejé hasta al propio Narayan perplejo.

—Visitemos ese otro lugar.

Me mostraron la zona en la que había estado reposando el hombre. De nuevo habían establecido su sexo por la longitud de los cabellos. Habían encontrado uno de unos siete centímetros de largo, de color castaño.

—Guarda esos cabellos, Narayan. Quizá nos sean útiles en otro momento.

Los Impostores se repartieron por el lugar en busca de nuevas pistas. Narayan sugirió:

—Intentemos encontrar ese pozo negro.

Salimos. Recorrimos una gran extensión de terreno, y finalmente encontré el lugar. Los miembros de más baja casta del culto lo destaparon. Estuve paseando mientras aguardaba.

—Dama, encontramos esto. —Un jamadar me entregó una pequeña figurita animal que alguien parecía haber hecho retorciendo y enlazando briznas de hierba. Era la clase de pasatiempo que suele hacer la gente cuando está desocupada. El hombre parecía preocupado.

—Es algo que debieron hacer para matar el tiempo. No tiene ningún poder. No obstante, si hubiera más por la zona quisiera verlas. Quizá puedan decirnos algo sobre aquel que las hizo.

En menos de un minuto me entregaron otra.

—Colgaba de una ramita, Dama. Imagino que debe representar un mono.

Los pensamientos bullían en mi cabeza.

—No mováis nada. Quiero verlo todo en su sitio.

Durante las siguientes horas encontramos multitud de aquellas figurillas, algunas hechas de hierba, otras de cortezas de árboles. Alguien había tenido mucho tiempo libre y nada en qué emplearlo. Conocía a un hombre que acostumbraba hacerlo, de forma inconsciente, con trozos de papel.

La mayoría de las figurillas eran monigotes, monos colgando de ramas, bestias de cuatro patas que podían representar a cualquier animal. Sin embargo, algunos de estos últimos llevaban a lomos jinetes. Y estos siempre llevaban espadas o lanzas.

Debí dejar escapar un sonido, pues Narayan me dijo:

—¿Sí, Dama?

—Estas figuras no son insignificantes —murmuré—. Pero que me zurzan si sé dónde radica su importancia.

Dieron con un gran puñado de estas figuritas donde alguien parecía haber estado reposando, sobre una roca y reclinado contra un árbol, retorciéndola mientras soñaba despierto. Había sido en un pequeño claro, a unos cuantos metros de distancia. En el centro del claro había un tocón.

Nada más pisar el lugar supe que estaba muy cerca de saber qué había tras todas

esas figurillas. ¿Pero qué? Fuera lo que fuese, estaba muy lejos de llegar a ello, aún.

—Si algo tenemos que averiguar, será en este lugar —le dije a Narayan—. Que todo el mundo vuelva a sus quehaceres —murmuré. Entonces me aposté sobre la roca. Recogí unas briznas de hierba y empecé a retorcerlas, dándoles forma. Los hombres desaparecieron. Dejé que mis pensamientos fluyeran hasta la ensoñación. No sé cómo, los sueños no me visitaron.

Pasaron los minutos. Más y más cuervos se posaron sobre los árboles, a mi alrededor. Mi interés debió hacerse demasiado evidente.

¿Aguardarían a comprobar si averiguaba algo? ¿Quizá algo sobre aquellos que habían estado habitando en aquel lugar? ¡Ah! Aquellos pájaros tenían más relación con ellos que con los Impostores. No eran presagios; al menos no en el sentido en que los Estranguladores esperaban. Eran mensajeros y espías.

Cuervos. Por todas partes, siempre presentes, los cuervos. Y rara vez comportándose como se esperaba de ellos. Eran herramientas en manos de alguien. Y su repentino interés sugería que temían que llegara a averiguar algo que no debía saber. Y eso significaba que estaba en la buena pista.

Mi mente saltó de piedra en piedra, cruzando un arroyo de desconocimiento. Si llegaba a descubrir algo, mejor sería que no lo hiciera evidente.

Comprensión.

Aquel claro me resultaba familiar porque me recordaba a un lugar en el que había vivido. Si ese tocón representaba la Torre, la misma desde la que en otro tiempo había regido mi imperio, entonces las piedras repartidas podrían representar los eriales que había dispuesto para que únicamente se pudiera alcanzar la fortificación a través de un estrecho y letal corredor.

Todo encajaba poco a poco. Eran patrones casi invisibles, aunque dispuestos por alguien que se sabía vigilado. ¿Alguien quizá rodeado de cuervos? Si dejaba volar mi imaginación, esas rocas repartidas, esos aparentes escombros, esas figuras retorcidas, constituían una representación bastante exacta de las cercanías de la Torre. De hecho, un par de varitas, algunos desperdicios y la pisada de una bota y un resto de suela sobre un montículo de arena encajaban bastante bien con una situación que únicamente había existido una vez en la historia de la Torre.

Me costó aparentar calma e inconsciencia.

Si las rocas y las ramitas y demás tenían un significado, lo mismo debía suceder con las criaturas de hierba y los troncos. Me levanté para contemplarlo todo con más perspectiva.

Algo me llamó la atención. Una hoja situada a los pies del tocón. Y sobre ella, sentada, una diminuta figura. Aunque lo suficientemente grande para dejar un claro mensaje.

Aullador, el que por entonces había sido mi señor de la alfombra voladora. Al que

se le suponía muerto por un desprendimiento desde las alturas de la Torre. Hacía ya tiempo que había averiguado que no era cierto. El mensaje dejado debía indicar que Aullador estaba involucrado de algún modo en los actuales acontecimientos.

Aquel que hubiera colocado todo aquel escenario me conocía, y debía esperar que visitara la arboleda. Y eso debía significar que alguien me seguía los pasos. Y que ese mismo alguien debía tener acceso a las informaciones de los cuervos, aun no siendo su maestro. De no ser así, no tendría significado tomarse tantas molestias para dejar un mensaje tan encubierto e incierto.

Pero había más.

Muchos grandes hechiceros se habían visto envueltos en la batalla en la que se suponía que Aullador había muerto. A la mayoría se los creyó también muertos en ese enfrentamiento. Desde entonces, había podido descubrir que muchos de ellos escaparon tras fingir su destrucción. Volví a estudiar las figuras. A algunas era posible identificarlas como representaciones de esos magos. Habían sido pisoteadas. ¿Habrían sido destruidas intencionadamente?

Lo estudié durante mucho tiempo, pero seguía sin entender el mensaje clave. Casi había anochecido cuando distinguí una figurita hábilmente labrada que parecía tener una cabeza bajo su brazo. Me llevó un rato captar el significado de esa figura.

Le había dicho a Narayan que nadie ve lo que no espera ver.

Cuando me di cuenta de que lo imposible no era del todo así, muchas cosas encajaron. Mi hermana estaba viva. Un nuevo paisaje de lo que estaba sucediendo se desplegó ante mí. Y me asusté.

Y así, asustada, pasé por alto el mensaje más importante de todos.



Narayan no estaba de buen humor.

—El templo entero debe ser purificado. Todo ha sido profanado. Al menos, no cometieron sacrilegios voluntarios o blasfemias. Los ídolos y las reliquias están intactos.

No tenía ni idea de lo que estaba hablando. Por todos lados veía caras largas. Miré a Narayan por encima del fuego de la cocina. Interpretó mi mirada como un interrogante.

—Algún infiel que hubiera encontrado las reliquias sagradas o el ídolo podría haberlos desvalijado.

—Puede que tuvieran miedo de la maldición.

Los ojos se le pusieron como platos. Miró a su alrededor, e hizo un gesto pidiendo silencio. Entonces murmuró:

—¿Cómo sabéis eso?

—Esas cosas siempre arrastran maldiciones. Es parte de su tosco encantamiento. —Perdonaría mi sarcasmo, no estaba por la labor. No quería perder más tiempo rondando la arboleda. No era un lugar precisamente agradable. Un lugar en el que había muerto mucha gente, y no precisamente ancianos. La tierra estaba colmada con su sangre y huesos, y también con sus gritos. Aquel olor, tanto físico como psíquico, debía ser el preferido de Kina.

—¿Durante cuánto tiempo se extenderá todo esto, Narayan? Me esfuerzo por colaborar, pero no voy a quedarme por aquí rondando el resto de mi vida.

—Entiendo. Dama. El Festival no se va a celebrar. El proceso de purificación llevará semanas. Los sacerdotes están consternados. Las ceremonias se trasladarán a Nadam. Normalmente se trata de una festividad menor, una pausa que se toman las bandas entre una temporada y otra, momento en que los sacerdotes aprovechan para recordarles que deben conjurar a la Hija de la Noche en sus plegarias. Los sacerdotes siempre alegan que aún no está entre nosotros porque no se ha rezado con suficiente convicción.

¿Es que no se acababan sus festividades? Supongo que a cualquier religión le sucedería lo mismo, en caso de ponerse a enumerar sus días santos o sagrados por alguno u otro motivo.

—Entonces, ¿qué hacemos aquí todavía? ¿Por qué no partimos ya hacia el sur?

—No solo vinimos por el Festival.

Era cierto. ¿Pero cómo iba a convencer ahora a todos esos hombres de que era su Mesías? Narayan no me había transmitido las especificaciones. ¿Cómo podía actuar una actriz sin conocer su papel?

Ahí radicaba la dificultad. Narayan me creía la Hija de la Noche. Quería que lo fuera. Y eso significaba que, en caso de pedírselo, no creería necesario aleccionarme el respecto. Esperaba que lo supiera instintivamente.

Y no tenía la menor idea.

Los jamadares parecían disgustados, y Narayan nervioso. No estaba resultando a la altura de sus expectativas y esperanzas, incluso después de haber descubierto que su templo había sido profanado.

Entre susurros, pregunté:

—¿Se esperan de mí hazañas sagradas en un lugar que ha dejado de serlo?

—Lo desconozco Dama. No tenemos referencias. Todo está en manos de Kina. Ella mandará algún presagio.

Presagios. Genial. Y no tenía manera de ponerme al día en los presagios que aquel culto podía considerar significativos. Estaban los cuervos, por supuesto. Aquellos hombres pensaban que era una bendición que todo el territorio de Taglios estuviera infestado por aves de carroña. Lo consideraban un presagio del Año de los Cráneos. ¿Pero que otras cosas creerían importantes?

—¿Consideráis los cometas objetos relevantes? —pregunté—. Hacia el norte, el año pasado, y también algún tiempo atrás, se avistaron grandes cometas. ¿Los visteis aquí abajo?

—No. Los cometas son malos presagios para nosotros.

—Lo fueron para mí.

—Se los conoce como Espada de Sheda, Lengua de Sheda o Shedalinca. Derraman la luz de Sheda sobre el mundo.

Sheda era un arcaísmo del nombre de la principal deidad gunni, aquella que era también conocida como el Señor de todos los Señores de la Luz. Sospechaba que las creencias del culto de los Impostores debían haberse ramificado hacía algunos cientos de años del grueso de dogmas gunni.

—Los sacerdotes afirman que Kina se muestra más débil cuando los cometas surcan el cielo —me informó—. Pues entonces la luz gobierna los cielos día y noche.

—Pero, la luna...

—La luna es la luz de la oscuridad. Pertenece a las sombras, y permite cazar bajo

su manto a las criaturas de la sombra.

Luego siguió divagando sin sentido. La religión local tenía su luz y su sombra, derecha e izquierda, bien y mal. Pero a Kina, a pesar de sus ataduras con la oscuridad, se la suponía fuera de la lucha eterna, más allá de ella, enemiga tanto de la Luz como de la Sombra, aliada de ambas según las circunstancias. Me resultaba muy confuso que nadie pareciera saber cómo eran las cosas a los ojos de sus deidades. Vehdna, shadar y gunni, todos se mostraban respetuosos con los dioses de los demás. Dentro del culto mayoritario gunni las diversas deidades, ya estuvieran identificadas con la Luz o las Sombras, eran respetadas por igual. Todos tenían sus templos, sus cultos y sus sacerdotes. Algunos cultos, como el Shadar Khadi del Jahamaraj Jah, estaban contaminados con las doctrinas de Kina.

Conforme Narayan intentaba aclararme las cosas (consiguiendo solo enturbiarlo todo aún más) su mirada se iba tornando más furtiva. En sus explicaciones no hablaba mirándome a los ojos. Con la mirada perdida en las llamas de la cocina seguía hablando, cada vez más taciturno. Pero se le daba bien disimularlo. Nadie pareció percatarse. Claro que, yo tenía mucha experiencia interpretando los gestos de la gente. Noté tensos también a algunos de los jamadares.

Algo estaba a punto de suceder. ¿Quizá algún tipo de prueba? Con aquella compañía, lo único seguro es que no iba a ser fácil.

Los dedos se me escurrieron hasta la pañoleta amarilla que colgaba de mi cinto. No había practicado demasiado últimamente. Casi no había tenido tiempo para ello. Me di cuenta de mi acción, y me pregunté por qué lo habría hecho. Difícilmente aquella arma me serviría para zafarme de aquel embrollo.

Estaba en peligro. El sentimiento era intenso ahora. Los jamadares se mostraban nerviosos y excitados. Dejé fluir mi intuición psíquica, a pesar del aura que inundaba la arboleda. Era como respirar profundamente en una habitación con el ambiente cargado, en la que un cadáver llevara pudriéndose una semana. Perseveré. Si estaba consiguiendo no doblegarme ante los sueños, podría superar aquello.

Formulé a Narayan otra pregunta que lo impulsó a iniciar otra charla. Entonces me concentré en la forma y los patrones de mis aledaños psíquicos.

Lo vi.

Y estuve lista para cuando sucedió.

Era un hombre de pañoleta negra. Un jamadar cuya reputación casi rivalizaba con la de Narayan, de nombre Moma Sharra-el, y vehdna. Ya cuando nos habían presentado, tuve la sensación de que aquel era un hombre que mataba por el placer que le suponía hacerlo, no en nombre de su diosa. Su pañoleta ondeó como un relámpago negro.

Cogí al vuelo el extremo que llevaba el impulso. Se lo arrebaté sin darle tiempo para reaccionar, y lo enrosqué alrededor de su cuello. Sentía como si llevara toda mi

vida haciéndolo, o como si otra mano guiara la mía. Hice algo de trampa, empleando un conjuro silencioso para golpearle el corazón. No tuve piedad de él. Sentía que sería un error tan letal como el no haber reaccionado.

No habría tenido ninguna opción de no haber percibido que algo no iba bien.

Nadie gritó. Nadie dijo una sola palabra. Estaban conmocionados, incluido Narayan. Ninguno me miró. Sin ninguna razón aparente, dije:

—Madre está disgustada.

La frase me granjeó una serie de perplejas miradas. Plegué la pañoleta de Moma tal y como me había enseñado Narayan, descarté la amarilla y me apropié de la negra. Nadie discutió mi autopromoción.

¿Cómo hacerme con aquellos hombres sin corazón? Ahora estaban impresionados, pero no indeleblemente, no para siempre.

—Martinete.

Martinete salió de la penumbra. No habló por temor a revelar mis intenciones. Creo que se habría interpuesto si Moma hubiera tenido éxito en su ataque, aunque eso habría supuesto su sentencia de muerte. Le di instrucciones.

Cogió una soga e hizo una lazada con ella en el tobillo izquierdo del reciente cadáver, arrojó el otro extremo sobre una rama e izó el muerto de manera que quedó colgando cabeza abajo sobre las llamas.

—Excelente, Martinete. Excelente. Que todo el mundo se agrupe alrededor.

Mientras el llamamiento se propagaba, unos y otros acudieron a regañadientes. Cuando estuvieron todos, le corté la yugular a Moma.

La sangre tardó en brotar con fuerza, pero lo hizo finalmente. Un conjuro menor hizo que cada gota destellara al alcanzar el fuego. Agarré a Narayan por su brazo derecho, lo hice extenderlo y poner la palma para que cayeran sobre ella unas pocas gotas. Entonces lo liberé.

—Todos —dije.

Los seguidores de Kina no se sienten cómodos con el desparramamiento de sangre. Existe una explicación, aunque compleja e irracional, que tiene que ver con la leyenda de los demonios que fueron devorados por Kina. Narayan me habló de ello más tarde. Tiene importancia porque hizo que la tarde fuera aún más memorable para esos hombres que ahora tenían la sangre de su compañero en sus manos.

Ninguno me miró mientras llevaba a cabo mi pequeña ceremonia. Aproveché la oportunidad para aventurar un conjuro que, para mi sorpresa, brotó sin demora. Hizo que las manchas de sangre en sus manos quedaran tan indelebles como un tatuaje. A menos que fuera yo quien las borrara, todos llevarían durante toda su vida una mancha escarlata en la mano.

Me había ganado a los jamadras y a los sacerdotes. Les gustara o no, estaban marcados. El mundo no les perdonaría si llegaba a conocerse su significado. Aquellos

con las palmas teñidas de sangre serían incapaces de negar haber estado presentes en la presentación de la Hija de la Noche.

Ahora no veía rastro de duda en sus rostros, por fin era lo que Narayan afirmaba.

Aquella noche, los sueños fueron especialmente intensos, aunque no sombríos. Floté en la calidez de la aprobación de aquella otra que me quería como su criatura.

Martinete me despertó antes de que hubiera luz suficiente para llegar a ver. Él, Narayan y yo misma abandonamos el lugar a lomos de nuestros caballos antes del amanecer. Narayan no habló en todo el día. Seguía turbado.

Sus sueños se estaban haciendo realidad, y ahora no sabía si eran lo que realmente deseaba. Estaba asustado.

Y yo también.



Sombra Larga no salía de su furia. Ese mago, Humo, un don nadie, era un terco. Estaba decidido a no ser subyugado. Quizá incluso moriría antes de serlo.

En toda Atalaya resonó un aullido. El Maestro de las Sombras levantó la vista, imaginando burla en aquel alarido. Ese sucio Aullador... Había conseguido jugársela de alguna forma. Nadie más podría haber liberado a Conjura Sombras. Traición. Siempre traición. Pero se las pagaría. Se las pagaría. Su agonía se prolongaría años.

Pero ya habría tiempo para eso más tarde. Ahora tenía que arreglar algunos desaguisados. Tenía que someter a ese pequeño mago.

—¿Qué habría pasado en Borrascosa?

La suposición más evidente era la de que ella se hubiera presentado en su personificación de la Tomavidas. Dorotea Senjak había visitado Taglios. De eso no había duda. Pero no tenía poder suficiente para enfrentarse a Conjura Sombras de tú a tú, mientras se aseguraba la derrota de su ejército.

¿Quién había sido entonces aquel que la había acompañado, el portador de la lanza? ¿Había sido ese el verdadero poder?

Sintió un repentino temor. Dejó lo que tenía entre manos, subió hasta la cámara de cristal, observó la llanura de reluciente piedra. Había fuerzas en movimiento, pero no alcanzaba a distinguirlas todas. Después de todo, quizá no habría sido ella. Quizá habría abandonado. Sus sombras adiestradas no habían visto rastro de ella desde hacía tiempo. Puede que hubiera puesto rumbo al norte de nuevo, tras cobrarse su venganza. Siempre había ansiado regir en el imperio de su hermana.

¿Es que había un jugador desconocido en el tablero? ¿Serían la Tomavidas y el Creaviudas solo espectros conjurados por Senjak? Las sombras argumentaban que estaba siendo guiada por alguna clase de poder. ¿Pero y si Tomavidas y Creaviudas realmente estuvieron presentes en la batalla? ¿Y si le habían inculcado la idea de generar imitaciones de forma que todos los creyesen irreales, simples actores, hasta que fuera demasiado tarde?

Augurios nefastos. Preguntas desalentadoras. Y ni una respuesta.

La luz del sol cabrioleaba entre las columnas de la llanura. Aullador gemía. Los quejidos del mago resonaban en la fortaleza.

Se estaba acercando.

Tenía que hacerse con Senjak. En ella estaba la clave. Su cabeza contenía todas las llaves del poder. Conocía los Nombres. Conocía las Verdades. Albergaba secretos con los que forjar armas, secretos capaces de detener la más oscura oleada que esperase a romper desde la llanura.

Pero antes, debía ocuparse del mago. Antes que nada estaba ese mago. Humo. Él sería el que le entregaría Taglios, y puede que también a Senjak.

Regresó a la estancia en la que aquel hombrecillo se debatía entre el dolor y el terror.

—Habré de poner fin a esta inútil resistencia. De inmediato. Se me ha agotado la paciencia. Descubriré cuáles son tus temores, y los haré realidad.



El ejército de Hoja avanzaba a tramos de treinta kilómetros. Exploraba sin descanso con su caballería. Los hombres de Sindhu, que se habían adelantado para investigar qué había sido de los Impostores que vigilaban Dejagore, regresaron asegurando que no había rastro de ellos.

Hoja transmitió las noticias a Mather.

—¿Qué opinas?

Mather negó con la cabeza.

—Seguramente asesinados o capturados.

Swan y Mather tenían a sus propios exploradores trabajando, hacia el sur. Swan dijo:

—Por lo que hemos oído, los habitantes de la tierras de las sombras salieron bastante mal parados. Nuestros chicos atravesaron sus fronteras e indagaron en su campamento. Quedan solo dos tercios de ellos. Y la mitad muy maltrechos. Además, ese Mogaba no deja de azuzarlos con incursiones. No tienen ni un solo momento de descanso.

—¿Nos tienen vigilados? ¿Saben de nuestra llegada?

—Debemos asumir que así sea —dijo Mather—. Conjura Sombras es hechicero. Y no lo llaman Maestro de las Sombras por nada. Y están también los murciélagos. Matasanos creía que estaban bajo su poder. Últimamente no han dejado de perseguirnos.

—Entonces deberemos ser muy cuidadosos. ¿Cuántos efectivos podrían reunir si decidieran hacernos frente?

—Escucha bien lo que te dice, Fibroso —dijo Swan—. Empieza a sonar como un profesional. Efectivos. Madre mía. Ella va a acabar haciendo de él un auténtico señor de la guerra pateaculos.

Hoja se rió entre dientes.

—Si me preguntas, creo que los suficientes —continuó Swan—. Si logran sacarlos a hurtadillas sin que se dé cuenta Mogaba, podrían poner en nuestro camino

unos ocho o diez mil veteranos.

—¿Con el Maestro de las Sombras entre ellos?

—Dudo que se atreviese a dejar su puesto —aventuró Mather—. Sería una invitación al desastre.

—Entonces la clave está en avanzar con cautela, sin dejar de enviar exploradores, e intentar reunir toda la información que podamos conseguir sobre ellos, al menos tanto como puedan saber ellos de nosotros. ¿No os parece?

Mather rió entre dientes.

—Eso dirían los manuales. Pero tenemos un factor que juega a nuestro favor: sus exploradores no se mueven a la luz del día. Y en esta época del año, los días son largos.

Hoja gruñó pensativo.

* * *

Hoja dio el alto a cincuenta kilómetros al norte de Dejagore. Las informaciones de los exploradores decían que Conjura Sombras había desplazado las tropas hasta situarlas sobre las colinas que tenían ahora al frente, durante la noche, mientras eran invisibles a las defensas de la ciudad. Los hombres a los que había dejado atrás simulaban preparar un nuevo asalto.

—¿Dónde están exactamente? —preguntó Hoja. Los exploradores no habían podido establecerlo. Debía de ser en algún punto del camino, conforme este serpenteaba entre las colinas. Allí estaban, aguardando. Solo cuatro mil aparentemente, pero suficientes para enfrentarse a su banda.

—¿Les harás frente? —preguntó Swan—. ¿O nos limitaremos a rondarle para mantener a unos cuantos lejos de Mogaba?

—Eso tendría sentido —sugirió Mather—. Hacer que algunos estén ocupados, mientras Mogaba se encarga de la refriega. Si tuviéramos forma de hacerle llegar un mensaje...

—Ya lo he intentado —dijo Hoja—. Y no la hay. Tienen la ciudad aislada completamente. Ahí apostada en medio de esa hondonada, como un...

—¿Pozo? —dijo Swan—. ¿Y bien, qué hacemos entonces?

Hoja reunió a sus oficiales de caballería. Los envió en busca del enemigo. Al no encontrar resistencia inmediata, movió su tropa quince kilómetros hacia el sur y acampó. A la mañana siguiente, en cuanto los murciélagos se marcharon, hizo formar para la batalla, pero no dio ninguna otra orden. Sus exploradores trillaron las colinas. Repitió la operación en los dos días siguientes. En la tarde del segundo día, un jinete trajo noticias del norte, noticias que hicieron que una sonrisa naciera en el rostro de

Hoja. Pero no se las comunicó inmediatamente a Swan ni a Mather.

A la cuarta mañana, la línea de batalla avanzó. Se adentró lentamente en las colinas, asegurándose de que sus batallones seguían en formación y unidos. No había prisa. La caballería encabezaba la marcha.

Antes del mediodía contactaron. Hoja no lanzó una ofensiva total. Dejó que sus hombres proyectaran escaramuzas, pero evitó un enfrentamiento frontal. Su caballería hostigó al enemigo con proyectiles. Los hombres de las tierras de las sombras no les atacaron.

El sol desapareció por el oeste. Hoja permitió que las escaramuzas crecieran en número.

El comandante enemigo dio la orden de atacar.

Los oficiales de Hoja tenían órdenes de mandar retirada en cuanto el enemigo moviera sus tropas. Debían detener la retirada solo si el enemigo frenaba su avance. En ese caso, debían reanudarse las hostilidades.

Y el juego continuó así hasta, que los hombres de la tierras de las sombras perdieron la paciencia.



Di el alto a la columna, reuní a Narayan y a Martinete y a los hombres que hacían las veces de oficiales.

—Este es el lugar. A la espalda de esta zanja. Me colocaré con el estandarte en el centro, desplegado a los hombres a ambos lados.

Narayan y los demás parecían perplejos. Nadie parecía creer lo que estaba ocurriendo. Lo más sensato se antojaba dejar que las cosas discurrieran tal y como lo estaban haciendo, hasta que el enfrentamiento se fuera diluyendo.

Dispuse a todos mis hombres, y casi tuve que explicar a cada líder de escuadrón dónde quería que se posicionaran sus efectivos. Por fin, Narayan intuyó cuál era el plan.

—No funcionará —apostó. Desde lo de la arboleda había estado mostrándose muy pesimista. Creía que nada volvería a funcionar a nuestro favor.

—¿Por qué no? Dudo que sepan ni que estamos aquí. Pude confundir a sus murciélagos y sus sombras.

O eso esperaba.

Una vez que tuve a todos donde quería, me coloqué la armadura, dejé que Martinete me la ajustara y lo conduje junto a Narayan a un emplazamiento desde el que poder ver qué sucedía al otro lado de la cresta.

Vi justo lo que había esperado: una nube de polvo que se encaminaba hacia nuestra posición.

—Narayan, ya vienen. Ve y di a los hombres que en menos de una hora tendrán la oportunidad de probar el sabor de la sangre de los habitantes de las tierras de las sombras. Da órdenes de que en cuanto los hombres de Hoja aparezcan por los huecos entre la formación, deberán tapar esos huecos.

La polvareda se acercaba a pasos agigantados. Vigilé a Narayan preparar la sorpresa. Vi cómo la excitación se apoderaba de mis hombres. Estaba especialmente concentrada en las pequeñas tropas de los jinetes, en los flancos. Si seguían el ejemplo de Jah, me esperaba otro desastre.

Casi tenía ya encima a los hombres de Hoja. Me coloqué en posición, rodeé de nuevo mi armadura de llamas mágicas. Martinete apareció a mi lado, imponente enfundado en la armadura de Creaviudas que había hecho para él. También lo rodeé de llamas, aunque no pude hacer nada respecto a los cuervos que acostumbraban a posarse en los hombros de Matasanos cuando este adoptaba esa personalidad. De todas formas, dudaba que los habitantes de las tierras de las sombras llegaran a percatarse.

Los hombres de Hoja aparecieron cresta abajo. Hasta que fueron conscientes de que estábamos de su lado, se sucedieron ciertos momentos de confusión. Sauce Swan iba al galope, con los cabellos ondeando al viento, riendo como un demente.

—Justo a tiempo, querida. Justo a tiempo.

—Controla a tus hombres. La caballería a los flancos. ¡En marcha!

Fue a hacer lo que le dije.

Por fin aparecieron los primeros habitantes de las tierras de las sombras. El caos hizo mella en ellos. Intentaron frenarse, pero los camaradas que les seguían los pasos los obligaban a continuar la marcha. Su principal preocupación parecía ser alejarse todo lo posible de Martinete y de mí.

¿Dónde estaba Hoja? ¿Y su caballería?

Los habitantes de las tierras de las sombras se arrojaron contra mis hombres sin orden ni concierto, como una lluvia de granizo, y enseguida se volvieron para huir. Una vez nos dieron la espalda, no tuve dudas acerca del desenlace. Ordené a la caballería avanzar. No me esforcé por mantener a mis hombres en formación. Les dejé dar caza al enemigo.

Al pasar la cresta, avisté a Hoja y a sus jinetes. Los había hecho correr hacia los flancos, distanciándose de los soldados de a pie de las tierras de las sombras, luego había hecho regresar a la caballería a la espalda del enemigo, repartiéndola de forma que pudiera cortar el paso a los fugitivos. Mi caballería se encargó de hacer lo propio en los flancos del enemigo.

Solo unos pocos lograron escapar.

Antes de que se hiciera de noche, todo había acabado.



Este Hoja se nos ha convertido en todo un general. Siempre te supiste capacitado, ¿no es cierto? —dijo Swan, incapaz de reprimirse.
Hoja asintió.

Quizá fuera así. En realidad podría ya hacer las veces de comandante... a menos que simplemente le hubiera sonreído la suerte del principiante.

Swan rió entre dientes.

—La pelota está ahora en el tejado del viejo Conjura Sombras. Apuesto a que estará echando espuma por la boca.

—Lo veo muy probable —dije—. Pero podría tomar medidas. Quiero apostada una guardia férrea. La noche aún pertenece a los Maestros de las Sombras.

—Vamos, ¿y qué van a hacer? —inquirió Swan.

—No lo sé. Y espero que no tengamos que averiguarlo por las malas.

—Tranquilízate, Swan —dijo Hoja—. Aún no hemos ganado la guerra.

Aunque por la forma en que se había celebrado la victoria, era fácil creer que sí.

—Cuéntame más cosas sobre esos otros Creaviudas y Tomavidas —le pedí a Hoja.

—Debes de saber tanto como yo. Cuando Conjura Sombras atacó, tuvo a su alcance hacerse con la ciudad. Pero estos dos aparecieron desde el otro lado de las colinas. Tomavidas lo obligó a luchar para salvar su vida. Mientras, Creaviudas cabalgó como un loco liquidando a sus hombres. Ni siquiera pudieron tocarlo. Una vez que nuestros hombres expulsaran lejos de la ciudad a los atacantes, desaparecieron. Mogaba intentó lanzar una incursión, pero no le prestaron apoyo. Y sufrió numerosas bajas.

Vi a un cuervo apostado sobre un arbusto próximo. Intenté disimular.

—Entiendo. No hay nada que podamos hacer al respecto. Olvidémonos de ellos y tracemos los planes de mañana.

—Dama, ¿lo creéis sensato? —preguntó Narayan—. La noche pertenece a los Maestros de las Sombras —dijo como haciendo evidente que había sombras entre

nosotros escuchando, y también murciélagos sobrevolándonos.

—Podemos hacer uso de ciertas herramientas. —Podía ocuparme de los murciélagos y de los cuervos, aunque no deshacerme de las sombras. Cualquier cosa que no fuera confundirlas estaba más allá de mis limitados poderes—. Aunque, puede que ni siquiera importe. Sabe que estamos aquí. Sabe que iremos a por él. No tiene otra cosa que hacer que sentarse a esperar. O echar a correr, según le plazca.

No tenía esperanzas de que Conjura Sombras se decantara por la segunda opción. Aún se imponía en cuanto a fuerza, si no en número, sí ciertamente en poderío. La proeza que habíamos logrado era lo máximo a lo que podíamos aspirar. No enviaría a mis hombres a una vorágine de hechicería.

Aquella victoria incrementaría la confianza en la tropa, pero podría suponernos un problema si se sobrevaloraba. Esa, en parte, había sido una de las razones de la derrota de Matasanos. Tuvo suerte en unas cuantas ocasiones y se acostumbró a contar siempre con ella. Y llega un momento en que la suerte se agota.

—Tienes razón, Narayan. No tiene sentido forzar nuestra situación. Ya lo discutiremos mañana. Haz correr la voz. Nos pondremos en marcha bien temprano. Ahora deben descansar. Puede que mañana tengamos que repetir la hazaña de hoy. — Había que recordar a los hombres que aún habría más batallas que luchar.

Todos marcharon, dejándonos solos a Martinete, a Hoja y a mí.

—Buen trabajo, Hoja —dije mirándolo—. Muy buen trabajo.

Asintió. Era consciente.

—¿Qué tal se lo están tomando tus amigos? —Swan y Mather habían salido con su grupo de guardias de la radisha.

—No andan cortos de miras —dijo encogiéndose de hombros.

—¿A qué te refieres?

—Taglios seguirá donde está después de la marcha de la Compañía Negra. Y ellos han echado raíces en ella.

—Es comprensible. ¿Supondrán algún problema?

Hoja rió entre dientes.

—Ni siquiera quieren poner en aprietos a Conjura Sombras. Si pudieran hacerlo, echarían a correr a una posada perdida para quitarse de en medio.

—¿Entonces no se toman en serio su juramento con la radisha?

—Tan en serio como vos vuestro contrato.

—En ese caso, me corresponde a mí asegurar que no haya tensiones.

—Mejor no dar ideas a las sombras —dijo con un gruñido.

—Cierto. Dejémoslo para mañana.

Se puso en pie y se fue.

—Martinete, vamos a cabalgar un rato.

Martinete se quejó. Puede que, dentro de unos cien años, llegara a asemejarse a

un buen jinete.

Ambos seguíamos enfundados en nuestras armaduras, con la incomodidad que eso suponía. Di unos retoques a los atavíos y cabalgamos entre nuestros hombres. Debía mantener sus mentes fijas en mí. Me detuve para agradecer la labor de aquellos que habían destacado especialmente. Cuando hube acabado el espectáculo regresé a mi posición dentro del campamento, indistinguible de cualquier otra, y me entregué a los sueños nocturnos.

* * *

De nuevo me levanté con nauseas. Martinete hizo todo lo posible por ocultarlo a los hombres. Vi a Narayan cuchichear con Sindhu al respecto. Por el momento no me preocupaba. Sindhu se marchó a toda prisa, presumiblemente para informar a Hoja. Narayan regresó.

—Quizá deberíais visitar a un médico.

—¿Tienes alguno a mano?

Lució una sonrisa que era una sombra de la acostumbrada.

—No. No disponemos de ninguno.

Y eso significaba también que muchos de los heridos morirían innecesariamente, en muchas ocasiones víctimas de sus propios remedios caseros. Matasanos acostumbraba a promover la disciplina médica entre sus hombres casi en cuanto estos aprendían a tenerse en pie. Y había hecho bien.

Había tenido tratos con muchos soldados y ejércitos distintos. Y no tenía dudas de que la enfermedad y las infecciones eran peores enemigos que las armas del adversario. Antes de la muerte de Matasanos, la fortaleza y determinación en materia de salud de la tropa había sido uno de los puntos fuertes de la Compañía.

Ese dolor... Maldita sea. No había conseguido superarlo aún. Nunca antes había llorado la pérdida de alguien.

Ya había luz suficiente como para ahuyentar a los murciélagos y las sombras.

—Narayan, ¿ha comido ya la tropa? —Maldita nausea—. Pongámoslos en marcha.

—¿En qué dirección?

—Llama a Hoja. Os lo explicaré.

Trajo a Hoja. Les expliqué. Marché junto a la caballería, dejando que Hoja se ocupara del resto de los hombres. Me encaminé quince kilómetros al este, luego volví hacia las colinas. Los cuervos no dejaron de perseguirme, pero no eran ellos los que me preocupaban. No eran informadores de los Maestros de las Sombras.

Cuando hube avanzado otros quince kilómetros sobre las colinas, di el alto. Ahora

podía ver parte de la llanura.

—Desmontad y descansad. No hagáis ruido. Almorzad comida fría. Martinete, ven conmigo. —Avancé junto a él—. Con cuidado, puede que haya vigías.

Pero no nos topamos con ninguna, y pudimos contemplar todo el panorama que teníamos ante nosotros.

Había habido cambios. La primera vez que habíamos pisado esos cerros habían sido verdes y habían estado poblados por granjas y huertos. Ahora estaban salpicados de franjas color marrón. Sobre todo hacia el sur. Los canales no trasportaban ya tanta agua como antaño.

—Martinete, tráeme a esos dos pañoletas negras, Abda y ese otro como se llame.

Fue. Mientras tanto, analicé nuestras posibilidades.

Los campamentos y artefactos para el asedio de Conjura Sombras rodeaban la ciudad. Cerca de la puerta norte, los sitiadores habían levantado una rampa de tierra que llegaba a la altura del muro, lo que tampoco significaba un gran logro. Dejagore había sido construida en lo alto de una colina, protegida por murallas que no alcanzaban los quince metros de altura. La rampa había quedado bastante maltrecha. Había hombres removiendo tierra para rehacerla.

Presumiblemente aquella habría sido la punta de lanza para el fallido ataque nocturno, aunque aún no se había podido determinar con exactitud.

Los sitiadores no parecían estar en muy buena forma. Y por el estado de sus campamentos se diría que no andaban con la moral muy alta. ¿Podría suponer aquello una ventaja? ¿Tendrían las tropas noticia del percance del día anterior? En caso de ser así, de que les rondara el temor de que una fuerza mayor pudiera aplastarlos como un martillo contra el yunque de la ciudad, quizá estuvieran listos para ser aplastados.

Fui incapaz de ubicar a Conjura Sombras. Puede que estuviera refugiado en los restos del campamento base, al sur de la ciudad. Este tenía su propia zanja y muralla. De nos ser así, era lo bastante cuidadoso como para no dejarse ver. Puede que Mogaba acostumbrara espolearlo.

Martinete regresó acompañado de Abda y aquel otro tipo.

—Quiero encontrar un modo de bajar sin ser vistos —dije—. Separaos, e intentad encontrar uno. Atentos a los vigías. Si somos capaces de llegar abajo, esta misma noche podremos darles una sorpresa que no olvidarán.

Asintieron y se escabulleron rápidamente. Martinete lo hizo con su acostumbrada mirada de inquietud. Seguía sin creer que pudiera arreglármelas sola.

Claro que a veces yo misma me lo cuestionaba.

Dejé que avanzaran, y entonces me encaminé hacia el oeste. Tenía reservada una sorpresa para los Maestros de las Sombras. Eso si mi tullido talento estaba a la altura.

Tardé más de lo esperado en prepararla, pero finalmente conseguí dejarla en funcionamiento. Iba a ser una trampa para murciélagos; algo así como una llama que

atrae a las polillas para acabar con ellas. Desde que había dejado Taglios, la idea me había estado rondando la cabeza, aunque en diferentes versiones. También podría funcionar con cuervos, con algunos retoques.

Y eso me dejaba solo a las sombras.

No nos habíamos topado con ellas, pero había viejos rumores que decían que, lejos de las tierras de las sombras, en los días de las conquistas, esas sombras podían actuar como espías y asesinos. Habían sido demasiadas las veces en que habían muerto capitanes y reyes en momentos demasiado oportunos, sin ninguna explicación aparente. Puede que la muerte de dos de los Maestros de las Sombras hubiera bastado para dejarlos sin esa baza. Puede que un asesinato exigiera un esfuerzo combinado. Esperaba que fuera así, aunque no contaba con ello.

Dejé la trampa funcionando y me escabullí de vuelta al lugar en que me había deshecho de Martinete. Los demás ya estaban esperándome. Martinete me miró con el ceño fruncido. Le permití hacerlo. Le había cogido cariño, como a un hermano. Hacía mucho tiempo que nadie se había preocupado de mí como él lo hacía. Me hacía sentir bien.

Después de Martinete, Abda informó:

—Hemos encontrado dos rutas de bajada. Ninguna de las dos es perfecta. La mejor podría ser empleada por los jinetes. Limpiamos los pasos de vigías. Envié a unos cuantos hombres ahí abajo, por si hay algún cambio de guardia.

Eso podría suponer un problema.

Hoja se presentó entonces, perseguido por Narayan y Sindhu.

—Habéis ido a buen ritmo —le dije.

Resopló y contempló la ciudad. Expuse mis planes.

—No espero conseguir demasiado. La idea es hostigar a Conjura Sombras, desmoralizar a sus hombres y dejar que los nuestros se hagan a la idea de que tienen enfrente a un buen ejército, ahí abajo.

Hoja miró el sol, ya al oeste, y volvió a resoplar.

Swan y Mather se nos unieron.

—Poned en marcha a los primeros hombres —dije—. Abda, explícales las rutas. Tú, Mather, hazte cargo de la infantería. Sindhu, te encargarás de los jinetes. Swan, Hoja, Narayan, Martinete, acompañadme. Tenemos que hablar.

Mather y Sindhu pusieron la operación en marcha. Nos alejamos de ellos. Le pregunté a Swan:

—Swan, tu gente fue la que vino con noticias del enfrentamiento, ahí abajo. Dime todo lo que sepas.

Así lo hizo. Fui haciéndole preguntas conforme se explicaba. Pero no conseguí ni la mitad de la información que buscaba. Al menos no la que había esperado.

—Hay un tercer grupo que está metiendo baza en el juego —dijo Swan.

—Exacto. —Los cuervos estaban cerca. No podía mencionar nombres—. Entonces, ¿esos atacantes sin duda se hicieron pasar por Tomavidas y Creaviudas?

—Definitivamente.

—Eso significa que esos hombres de ahí abajo se dejarán llevar por el pánico si los vuelven a ver. Martinete, ve a por las armaduras.

Mientras hablábamos, Narayan rondaba incansable, pero sin aportar nada y sin dejar de estudiar la ciudad.

—Se han puesto en movimiento —alertó.

—¿Nos habrán visto?

—No creo. No actúan como esperando enfrentarse a dificultades.

Eché un vistazo. Después de un rato me atreví a adivinar:

—Les han llegado las noticias. Están agitados. Sus oficiales intentan mantenerlos ocupados.

—¿De veras vas a atacar? —preguntó Swan.

—Me limitaré a hostigarlos. Lo justo para que Mogaba sepa que tiene amigos aquí fuera.

Mientras el día avanzaba, fui transmitiendo órdenes a los hombres: que comieran frío y no dejaran de moverse. Martinete apareció con nuestras armaduras y los caballos.

—Nos quedan dos horas de luz. Deberíamos hacer algo mientras aún puedan vernos.

—Dama —anunció Narayan— un grupo de unos cuatrocientos o quinientos de ellos se encamina hacia el sur.

Lo comprobé. Era difícil aseverarlo desde la distancia, pero por su aspecto parecían más un batallón de trabajo que hombres armados marchando. Qué curioso. Al norte de la ciudad se estaba constituyendo un grupo parecido.

—Ayer mismo empezaron a recibir noticias —dijo Sindhu, que se había presentado de repente—. Están muy nerviosos.

Arqueé una ceja.

—Me aproximé lo suficiente como para captar algunas conversaciones. Están moviéndose. Pero no sé con qué intenciones.

Mi buen Sindhu.

—¿Por casualidad no escucharías dónde podríamos encontrar a Conjura Sombras?

No.

Hice marchar a todos con sus correspondientes instrucciones. Martinete y yo nos colocamos las armaduras. Este no pronunció ni una sola palabra en todo el rato. Acostumbraba a mantener una pequeña charla, descuidada pero reconfortante.

—Te veo demasiado callado.

—Estoy pensando. En todo lo que ha pasado apenas en un par de meses. Me pregunto...

—¿Qué?

—Si las cosas están tan mal como para que realmente pueda emerger el Año de los Cráneos.

—Vamos, Martinete. —No era ningún cerebro, más bien podía decirse que su mente era bastante inexorable. Debía de estar sufriendo una crisis de fe a causa de los acontecimientos de la arboleda. Aunque estaba claro que el verdadero origen de aquel sentimiento debía remontarse más atrás en el tiempo. Volvía a estar preocupado. Kina perdía a su presa.

Maldita sea, yo misma había dejado a Matasanos atravesar mis defensas y volverme una sentimental. Ya no podía hacer como antiguamente, ese viejo usar y tirar.

Puede que ese sentimentalismo siempre hubiera estado ahí. Puede que fuera como una especie de ostra. Matasanos siempre me lo había dicho. Antes casi de que llegáramos a conocernos, había escrito acerca de mí cosas que sugerían que ya entonces pensaba que yo albergaba algo especial en mi interior.

Y esa gente de ahí abajo había acabado con él. Destruyeron sus sueños y retorcieron los míos. Me importaba un comino el Año de los Cráneos o Kina. Lo que buscaba era una compensación.

—Déjalo, Martinete. —Me acerqué a él, le puse una mano sobre el pecho y lo miré a los ojos—. No te preocupes. No debes concomerte. Créeme cuando te digo que voy a darlo todo para que esto funcione.

Maldito fuera, aquel hombre confiaba en mí. La mirada de un enorme perro fiel asomó en sus ojos.



El prahbrindrah Drah siguió el consejo de Humo. Releyó los viejos libros que hablaban de la primera visita de la Compañía Negra. Hablaban de muerte y de sufrimiento, pero tras estudiarlos concienzudamente, no encontró ningún indicio que hablara de un regreso de la Compañía desde el norte. Cuanto más los asimilaba, más se apartaba de la actitud que Humo quería que adoptara.

La radisha fue a visitarlo.

—Vas a gastarlos de tanto mirarlos —dijo.

—No. Ya no tengo que leer más. Humo estaba equivocado.

—Pero...

—La mujer no importa. Apuesto mi propia vida a que no tiene ninguna intención de convertirse en la Hija de la Noche. Es una maniobra sutil. Has de leer estos volúmenes una y otra vez para empezar a comprenderlo, pero hay señales repartidas en él, señales que acaban siendo evidentes por mucho que trataran de esconderlas. Son exactamente lo que aparentan ser.

—¿Cómo? —se sorprendió la radisha—. ¿Es que no tienen intención de regresar a Khatovar?

—Es una aventura a ciegas. Me hubiera gustado ver que habría pasado si llegaron a conseguirlo.

—Puede que aún lo presenciemos. Si alguien puede derrotar a los Maestros de las Sombras es esa mujer.

—Quizá —dijo el príncipe sonriendo—. Con la paz que se respira aquí ahora, estoy tentado de encaminarme al sur. Aquí no queda nadie que pueda ponerme en aprietos.

—Quítate esa idea de la cabeza.

—¿Qué idea?

—Eso de que la gente ahora te tiene miedo. No durará mucho. Mejor será que te hayas ganado su respeto para cuando el miedo haya desaparecido.

—Pero por una vez me gustaría poder salir y hacer algo por el simple hecho de

hacerlo, no porque pueda fortalecer mi cargo.

Una luz entre la discusión y el debate. Y Humo la oscureció; entró en la habitación, se quedó quieto y los miró con expresión perdida.

Ambos le devolvieron la mirada.

—¿Dónde demonios has estado? —inquirió la radisha.

El príncipe la silenció y replicó:

—¿Qué ha pasado, Humo? Tienes un aspecto horrible.

* * *

Humo estaba atónito. La mente le funcionaba a cámara lenta. Había sido lo último que había querido; entrar y toparse directamente con ellos dos. Necesitaba tiempo para reponerse.

Abrió la boca.

Sombra Larga destellaba tras sus ojos. El terror y el dolor lo atenazaban, pero no podía decirles nada. No le quedaba otra alternativa que cumplir las órdenes del Maestro de las Sombras. Y rezar.

—¿Dónde demonios has estado? —volvió a preguntar la radisha—. ¿Tienes idea de todo lo que ha sucedido mientras estabas fuera tonteando?

Estaba enfadada. Bien. Eso la distraería.

—No.

La radisha lo puso al día.

Se quedó consternado.

—¿Los mató a todos? ¿A todos? —Era una oportunidad perfecta para hacer fuerte su razonamiento, pero no tenía la fuerza ni la voluntad necesarias. Solo pensaba en tumbarse y dormir toda la noche, por primera vez desde... desde...

—A todos los que tenían una posición mínimamente relevante. Ahora podría hacer todo lo que quisiera en Taglios. Si estuviera aquí.

—¿No lo está? —Sombra Larga no lo había mantenido al día—. ¿Y adonde fue?

—En este momento puede que en Dejagore.

Poco a poco fue sonsacando a la radisha, para ponerse completamente al día. Habían sucedido muchas cosas. Quizá Sombra Larga no le hubiera dicho nada porque él mismo lo desconocía. En ese caso no podía quejarse.

¿Quién detuvo el ataque de Conjura Sombras en Dejagore?

El príncipe no abrió la boca. Se limitó a quedarse sentado, con aspecto soñoliento. No era buena señal. El príncipe resultaba mucho más peligroso cuando aparentaba indiferencia.

No iba a lograrlo.

No quería. Pero si fracasaba... El semblante del Maestro de las Sombras ardía en su mente. El terror lo amedrentaba.

—Tenemos que hacer algo —masculló—. Debemos ponerla bajo control, antes de que devore a toda la nación... —El prahbrindrah abrió los ojos. En ellos no había cabida para la simpatía.

—Humo, seguí tu consejo. Leí esos viejos libros seis veces. Una detrás de otra. Y lograron convencerme.

El mago casi desfalleció de alegría.

—Me convencieron de que tienes la cabeza llena de basura. La Compañía no tiene nada que ver con todo lo que afirmas. Ahora estoy de parte de ella.



Aunque aún no se había hecho de noche, activé el conjuro que desconcertaría a las sombras. Sabía que anochecería antes de que acabáramos.

Los jinetes estaban ya en sus puestos. Los habitantes de las tierras de las sombras no parecían recelar. Estaban concentrados en lo que fuera que se trajeran entre manos esos grupos de trabajo. Los dos habían desaparecido entre las colinas, dejando un millar menos de hombres a los que hacer frente.

¿Cómo estaría Conjura Sombras? Sin duda no de muy buen humor. Haber perdido a cuatro mil hombres de una fuerza de asedio ya de por sí insuficiente, tenía que haberle dolido.

Hoja había repartido a suficientes unidades de infantería por la zona como para cubrir la retirada de la caballería.

—Ha llegado la hora —le dije a Martinete.

Asintió. No había mucho que añadir.

Apremié a mi semental a que subiera a un afloramiento de roca sobre el que sería visible desde toda la llanura. Martinete me siguió. Esperaba que no hiciera ninguna patochada, como caerse del caballo, ya que algo así restaría bastante al dramatismo a la escena.

Desenvainé mi espada. La hoja estaba envuelta en llamas.

Sonaron las fanfarrias. Los jinetes salieron al descubierto. Los shadar ya podían considerarse casi veteranos. Hoja los había adiestrado bien. Estaba complacida con sus avances.

Al fondo estalló el caos.

Parecía que iba a ser imposible que las tropas del Maestro de las Sombras se recompusieran. Temía poder encontrarme con otra inesperada victoria en mis manos. Cuando volví a envainar mi espada y las fanfarrias llamaron a repliegue, ya era noche cerrada. Los habitantes de las tierras de las sombras no persiguieron a mis jinetes.

Hoja se presentó de inmediato.

—¿Y ahora qué?

—Hemos entregado el mensaje. Quizá debiéramos replegarnos. —En el interior del campamento amurallado, junto a la ciudad, empezó a distinguirse un resplandor hediondo—. Antes de que eso nos alcance. —Puse fin a los conjuros que nos mantenían iluminados a Martinete y a mí, desmonté y encabecé la retirada.

Me topé con Sindhu, a quien Narayan había enviado como emisario de la misma pregunta que me había formulado Hoja. Le respondí:

—Quiero que Narayan y vuestros amigos vengan conmigo. Evacuad a la caballería. La infantería saldrá a su paso. Mañana nos largaremos.

Necesitaba el descanso. Me sentía exhausta. Lo único en que podía pensar era en tumbarme y dormir algo. Llevaba tanto tiempo despierta solo a base de mi fuerza de voluntad que temía poder derrumbarme en un momento clave.

No había tiempo material para enviar a toda la infantería colina abajo. Cuando fue evidente aquella imposibilidad, envié a la mayoría de vuelta para levantar el campamento. Yo misma debía estar ya allí, pero aún no habíamos puesto punto y final a la noche.

El valle brillaba como si estuviera siendo iluminado por una inmunda luna de luz verde. El resplandor ganaba intensidad por momentos.

—Al suelo —dije mientras mordía el polvo.

Una bola de una luz hedionda cayó con estrépito en el promontorio desde el que había estado observando la refriega. El terreno y la vegetación saltaron por los aires. Una nube de humo nos envolvió. Se prendieron algunas llamas, aunque no tardaron en consumirse. Mis compañeros se quedaron sobrecogidos.

Yo, en cambio, estaba encantada. Conjura Sombras había errado por doscientos metros. No sabía dónde estaba. Sus murciélagos volaban directos hacia mi trampa y sus sombras estaban confundidas. Hay veces en que unos trucos de segunda pueden resultar tan eficientes como una bola de fuego.

—En marcha —dije—. Pasará tiempo antes de que esté listo para arrojar otra. Saquemos ventaja. Martinete, salgamos de aquí y quitémonos los trajes. Son demasiado pesados de llevar.

Así lo hicimos. Los jinetes pasaron a nuestro lado, murmurando, cansados pero animados. Habían formado una buena ahí abajo. Se los veía orgullosos.

Las amistades de Narayan se congregaron una a una. Para cuando la infantería partió, ya eran unos ochenta.

—Casi todos son integrantes de mi banda —explicó—. Vinieron a Ghoja en respuesta a mis llamadas. ¿Qué tenéis en mente?

—Bajar. —Conjura Sombras estaba sembrando las colinas de hechizos arrojados a ciegas, de proyectiles lanzados al azar. Junto a Narayan, mientras sentía un hormigueo de cansancio recorrer mi tripa y mis pechos, murmuré—: Nos infiltraremos en su campamento e intentaremos llegar hasta el Maestro de las

Sombras.

No pude ver su expresión, pero probablemente la idea no lo emocionaba.

—Pero...

—No volveremos a encontrar con una oportunidad mejor. Sombra Larga tiene conocimiento de todo lo que acontece en cuanto sucede. Sus recursos siguen intactos. Sabe que Conjura Sombras está en problemas, y actuará. —Probablemente enviando al Aullador—. Así que mejor que hagamos algo mientras aún podemos.

No estaba por la labor. Maldito fuera. Si se negaba, sus estranguladores lo seguirían.

Pero tenía las manos atadas. Yo era su Hija de la Noche, y más le valía no atreverse a discutirme. Dejó escapar un gruñido, y musitó:

—No me gusta. Pero si debe hacerse, os ruego que no vayáis. Es un riesgo demasiado grande.

—Tengo que hacerlo. ¿Soy el Mesías, lo has olvidado? Aún tengo que demostrarlo para ganar algo de crédito.

Desde luego que no quería ir. No pensaba más que en tumbarme y dormir. Pero tenía que representar el papel que había adoptado.

Escogió a veinticinco de sus hombres, de los que conocía bien sus habilidades. Al resto los descartó. Se unieron a los soldados que se dirigían hacia el campamento.

—Sindhu, coge a cuatro hombres y adelántate para explorar. No des ni un paso en falso. —Escogió a los hombres. Se unió a la tropa, que estaba bastante agrupada, aunque con los flancos desplegados. Narayan aplicaba sus conocimientos tácticos para grupos reducidos.

A nuestro alrededor vagaban sombras, aún ciegas a nuestra presencia. Sin embargo, no confiaba al cien por cien en esa ceguera. De haber estado en el lugar de Conjura Sombras, las habría hecho simular inconsciencia.

El caos aún regía en la zona. Conjura Sombras continuaba bombardeando las colinas. Puede que sus sombras no supieran dónde estábamos, pero sí que no todos nos habíamos zafado.

Sindhu apareció para informar de sus exploraciones.

—Hay agua al frente.

No tenía sentido. Antes de caer el sol había estado seco.

—¿Está encharcado? —le pregunté.

—Sí.

—Qué raro. —Aunque no había modo de descubrir lo que significaba antes del amanecer—. Andad con cuidado. —Enseguida volvió a adelantarse. El resto reemprendimos la marcha. Pronto pisamos un terreno encharcado hasta un par de centímetros, aunque el terreno que había bajo la capa de agua estaba firme.

Una de las razones del origen de parte de la confusión reinante se hacía evidente.

Los habitantes de las tierras de las sombras intentaban mantenerse apartados de las colinas. Cuando se aproximaban demasiado a la ciudad, eran atacados por los arqueros. Sin embargo, el aparente desorden empezaba a desaparecer.

Sindhu tuvo que eliminar a algunos centinelas.

Conjura Sombras dejó de acribillar las colinas.

—Sus sombras debían estar vigilando a esos centinelas —aventuró Narayan.

O no. Quizá mi proximidad era el origen de su confusión. Debía envolver a los centinelas. Claro que, puede que se hubiera percatado de nuestra proximidad de alguna otra forma. Di orden a Sindhu de presentarse en cuanto sospechara que fuéramos a encontrarnos alguna sorpresa.

Estábamos ya a un centenar de metros del viejo campamento amurallado. Sindhu estaba junto a su maltrecho portón. Veía el paso franco. Teníamos vía libre para asestar el golpe a Conjura Sombras.

Y entonces parecieron abrirse las puertas del infierno.

Medio centenar de bolas de fuego cayó sobre nosotros. Su luz reveló la presencia de un centenar de hombres que avanzaban furtivamente hacia el campamento. Eran taglianos, fornidos hombres de piel oscura. Algunos estaban a un palmo de distancia de mis Estranguladores.

Crucé la mirada con su comandante, Mogaba el nar, a unos diez metros de distancia. Habíamos tenido la misma idea.



Sombra Larga contemplaba una mesa sobre la que había posado un cuenco lleno de mercurio, en el que se reflejaba el semblante asustado y tembloroso de su esclavo, Humo. En la estancia deambulaba también Aullador. Entre ambos reunían suficiente poder como para comunicarse con el pequeño mago. Aullador estaba distraído en aquel momento.

Parecía que el esclavo no tema nada de lo que informar. No solo no había dado con Senjak, sino que esta además había estado eludiendo su vigilancia lo suficiente como para haberse encaminado hacia el sur, puede incluso que hasta la propia Borrascosa. Sombra Larga extendió una mano sobre el cuenco y desdibujó la imagen. Humo se desvaneció de la superficie del cuenco, y fue reemplazado por una amalgama de caóticos colores.

Aullador rió entre dientes.

—Tendrías que haberle seducido. Tienes demasiada inclinación por la fuerza bruta. Lleva más tiempo hacerlo por las malas. Ahora no es más que un juguete roto. Y ellos ya no confían en él.

—No me digas cómo hacer... —No estaba con ninguno de sus mequetrefes subalternos. Era alguien casi tan poderoso como él. No toleraría ser intimidado. Debía apaciguarlo, atraerlo. Seducirlo.

—Veamos cómo le va a nuestro colega en Borrascosa.

Aunaron talentos de nuevo. Aunque Sombra Larga podía alcanzar la comunicación hasta una distancia semejante sin ayuda, esta sí servía para que se estableciera a mayor velocidad.

Era evidente que Conjura Sombras estaba inquieto. Apenas respondía esporádicamente. La magnitud y el alcance de sus preocupaciones se hicieron lentamente aparentes.

—¡Malditos sean todos! —Había perdido ya a cuatro mil hombres. El caos se había adueñado de los asediadores, y quién sabía cuántos hombres más perdería aquella misma noche. Conjura Sombras se aferraba a su último recurso desesperado

por mantener sitiada la ciudad—. Esta vez sí que es la mismísima Senjak. No puede ser de otra forma. Y ha recuperado algunas de sus habilidades.

—Eso, o ha encontrado a alguien que pueda prestárselas.

Ese era Aullador, siempre encontrando explicaciones alternativas, saliéndose por la tangente. Maldito fuera. Sería un placer matarlo.

Aunque puede que tuviera que pasar un siglo antes de que consiguiera acabar con él.

—Lo que sea. El caso es que está allí. Es una oportunidad para acabar con la amenaza que representa. ¿Has acabado ya la nueva alfombra?

—Está lista.

—Haré que tres de los mejores hombres de mi guardia te acompañen. Deberás traerla aquí. Disfrutaremos de su compañía durante décadas. —¿Accedería Aullador? No era ningún ingenuo.

Enviarlo suponía un riesgo. Podría escapar con Senjak en su poder. Y el conocimiento que ella albergaba...

Pero hombre precavido vale por dos. Por eso lo haría acompañar de sus tres mejores agentes.

—Si fracasamos en esto, ya solo nos quedará una alternativa: soltar a uno de los grandes en la Llanura.

Aullador pareció interrumpir momentáneamente su concentración. Un terrible alarido salió de sus labios. Luego, el pequeño manojito de harapos que era rió entre dientes.

—Consideradla atrapada. Tengo algunas cuentas pendientes.

Sombra Larga vio a aquel amasijo abandonar la estancia, llevándose consigo su característico hedor. Puede que el primer tormento que le esperase fuera en forma de agua y jabón.

Mandó llamar a sus tres más destacados Guardianes, les dio instrucciones, y entonces volvió a intentar contactar con Conjura Sombras. Este no respondió. Estaría absorto en sus pensamientos. O muerto.

Sombra Larga se retiró a su torre de cristal. Los cuervos que estaban apostados en su cúpula lo miraron desde lo alto. Había llegado el momento de dar cuenta de ellos. Para siempre. Pero antes enviaría unas sombras a Dejagore.



Mogaba se sorprendió más al verme a mí que yo a él. Un gesto claro de contrariedad afeó su rostro, como evidente muestra de su sorpresa. Y eso que siempre se esforzaba por tener bajo control los sentimientos que dejaba entrever al mundo.

La mirada persistió apenas durante un instante. Después, alteró su trayectoria para unirse a mí. Antes de que Mogaba pudiera alcanzarme, Martinete se interpuso entre ambos. Abda se materializó a mi izquierda. Narayan se aseguraba de que nadie me buscara problemas.

Al frente, Sindhu, tras maldecir la luz, ordenó a los hombres avanzar. No había otra alternativa que dar primero. Era eso o morir.

—Dama —dijo Mogaba—. Os creíamos muerta. —Era un tipo grande que no tenía ni un gramo de grasa en el cuerpo, tan musculoso como un héroe de ficción. De tez más oscura que Hoja y consumado comandante, era uno de los nar, descendientes de la Compañía Negra original. Matasanos lo había enrolado en Gea-Xle, a lo largo de uno de nuestras expediciones al sur. Los nar constituían una clase particular de guerreros allí. Con un millar de nar, podría haber liquidado a los Maestros de las Sombras tan rápido como los hombres pudieran marchar.

Pero solo quedaban con vida entre quince y veinte, según mis cálculos. Y todos eran leales a Mogaba.

—¿En serio? —respondí—. Soy más dura de lo que creéis. —Sus hombres se abalanzaron contra el campamento junto a los míos, esforzándose por alcanzar a Conjura Sombras antes de dar a este tiempo para reaccionar. Sospechaba que habían sido los hombres de Mogaba quienes habían disparado las luces. De haber estado en el lugar de Conjura Sombras, habría esperado un ataque procedente de el antes que otro mío.

—¿Lleváis con vos la lanza? —inquirió. Aquella pregunta me cogió desprevenida. Habría esperado que quisiese hablar del asedio o discutir acerca de quién de los dos tenía más razones para reclamar para sí la capitanía.

—¿Qué lanza?

Ante mi respuesta, sonrió aliviado.

—El estandarte. Murgén lo perdió.

Estaba claro que jugaba a las medias verdades. Desvié la conversación hacia los asuntos que nos concernían; no nos sobraba el tiempo. Los habitantes de las sombras se preparaban para repelernos.

—¿Qué tal estáis vosotros? Yo no llevo a ningún veterano, y apenas a unos pocos hombres con adiestramiento. Solo puedo aspirar a hostigarlos, no a liberarlos.

—No se puede decir que andemos muy sobrados. En su último asalto estuvieron a punto de derrotarnos. ¿Dónde reuniste una fuerza así? ¿Quién te apoya? Murgén vio morir a Matasanos.

—Los enemigos de los Maestros de las Sombras son mis amigos. —Mejor mostrarse críptica que regalarle cualquier tipo de información.

—¿Por qué no habéis exterminado de una vez a los Maestros de las Sombras?

No podía responderle sin mentirle. Y mentí.

—Ya no tengo las compañías que solía.

—¿Y quienes eran aquellos que estaban ahí arriba esta tarde?

—Todos los que podían llevar armadura.

Esbozó una media sonrisa, mostrando una fina hilera de dientes afilados.

—La capitanía, pues. No entra en vuestros planes liberarnos, ¿no es así?

Hablábamos el idioma de las Ciudades Joya, pues ambos intentábamos eludir la participación de nuestros acompañantes en la conversación.

En el interior del acuartelamiento empezaron a resonar alaridos.

—¡Narayan! ¡Ahora! —grité. Los habitantes de las tierras de las sombras emplazados al oeste de nuestro grupo podrían actuar en cualquier momento—. La capitanía no supone ningún problema —le dije a Mogaba—. La línea sucesoria está perfectamente establecida. Cuando el Capitán muere, le sucede su Lugarteniente.

—La tradición manda que el Capitán debe ser elegido.

Ya teníamos nuestro esperado enfrentamiento.

—¡Sindawe! ¡Nos vamos! —gritó Mogaba—. No funcionará. —Sus arqueros y artilleros se afanaban en la muralla, arrojando proyectiles para cubrir la retirada—. Ahora ambos conocemos nuestras respectivas posturas, Dama.

—¿De veras? No tengo más enemigo que aquel que ha elegido tomar postura como tal. Mi único interés radica en la destrucción de los Maestros de las Sombras. —Mis hombres avanzaron a mi flanco. Los de Mogaba hicieron lo propio. Una marea de habitantes de las tierras de las sombras se abalanzaba contra nosotros.

Mogaba me dedicó una sonrisita, se giró y se encaminó de vuelta a la ciudad, de cuyos muros colgaban las cuerdas de escape.

—En marcha, Dama —me instó Martinete.

Así lo hice.

Un grupo de habitantes de las tierras de las sombras fue en pos de mi grupo, sin duda considerándonos una presa más fácil. Sobre las colinas, alguien que observaba la escena había mostrado la suficiente iniciativa como para hacer sonar fanfarrias a modo de farol. Nuestro adversario flaqueó en su persecución y nos perdimos entre los oscuros barrancos.

Tras reagruparnos, pregunté a Narayan:

—¿Llegamos a acercarnos?

—Hubiera sido nuestro si esos otros no lo hubieran alertado. Sindhu llegó a estar a poco más de un par de metros de él.

—¿Y dónde está ahora? —No lo había visto regresar. Odiaba no tenerlo cerca.

—Está bien —dijo Narayan con su sonrisita—. Solo perdimos a un par de Estranguladores. Los que no veis, como él, se perdieron entre la confusión y huyeron a la ciudad.

Por una vez no me molestaba la sonrisa.

—Buena idea, Narayan. ¿Crees que encontrará amigos ahí dentro?

—Unos pocos. Lo que más me interesaba era ponerlo en contacto con vuestras amistades. Aquellos a los que ese Mogaba no debe tener demasiado contentos.

Mogaba aún no era un problema grave. No estaba en posición para molestarme. Y la solución era dejar que se pudriera solo. Podía aparentar buscar formas de liberar la ciudad, mientras que en realidad solo estaría adiestrando a mis hombres hasta que se creyeran verdaderos soldados. Entretanto, Mogaba podría desgastar al enemigo por mí.

El fallo, claro, era que Conjura Sombras tenía aliados que podían decidir prestarle auxilio.

Dejagore y sus alrededores no valían la pena, pero la ciudad sí tenía cierto valor simbólico. Las tierras de las sombras estaban mucho más pobladas hacia el sur. Esos pueblos estarían atentos a los acontecimientos. El destino de Dejagore podría decidir el propio sino del imperio de los Maestros de las Sombras. Si perdían la ciudad a nuestras manos y nos veían con intenciones de avanzar de nuevo hacia el sur, los oprimidos podrían alzarse.

Todos esos pensamientos revoloteaban en mi mente mientras intentaba reunir el valor necesario para cruzar las colinas de vuelta a nuestro campamento.

Me fue imposible hacerlo, y Martinete tuvo que auxiliarme.



Los jinetes se detuvieron para estudiar la colina junto al camino.

—Seguro que los tiene ocupados —dijo Atrapa Almas. Lo que hacía unas pocas semanas había sido la cima despejada de una colina relucía ahora como un laberinto de mampostería. La construcción parecía avanzar día y noche.

—Es buena. —Matasanos se preguntaba qué tal le estaría yendo a la Dama en el sur. Y también se preguntaba qué estaban ellos haciendo allí.

—Maldita sea, lo es. —La hechicera lo acarició con delicadeza, como a un amante. Había cogido esa costumbre. Y a eso había que sumar que su aspecto recordaba mucho más al de la Dama. Tenía que esforzarse para resistirse.

Ella le sonrió. Sabía lo que pasaba por su cabeza. El ya había planteado sus justificaciones. Pero ella tenía ya media batalla ganada.

Matasanos hizo rechinar sus dientes y contempló la fortaleza, tratando de ignorarla. Atrapa Almas lo volvió a acariciar. Él hizo un comentario sobre la distribución de la edificación, no muy inteligente. Entonces volvió a mirarla de nuevo, con los ojos como platos.

—Solo como precaución, querido. Aún no has rendido tu corazón. Pero llegará el día en que lo hagas. Vamos. Hagamos una visita a nuestros amigos. —Entonces apremió a su semental para que avanzara.

Unos cuervos que volaban en círculo les abrían paso. Atrapa Almas quería atraer la atención. Y lo había conseguido. Era una mujer hermosa y exótica.

Matasanos encajó las piezas cuando la vio dirigirse a un hombre como si lo conociera; intentaba hacerse pasar por la Dama. Y no era extraño que ella lo obligara a guardar silencio.

A él nadie le prestaba atención. Mientras se abrían paso entre hombres sudorosos y animales, entre polvo y repiqueteos, el hedor propio del trabajo y estiércol, solo los insectos se interesaban en él.

Quizá fuera el momento de desaparecer en algún desliz de su atención. Y si los cuervos eran distraídos, ¿serían capaces de encontrarlo luego entre tal muchedumbre?

Ella encabezó la marcha hacia las obras que se llevaban a cabo en lo alto de la colina, ya casi completadas. Se detuvo en infinidad de ocasiones para departir con desconocidos, casi siempre tratando asuntos triviales. Si quería hacerse pasar por la Dama, no lo estaba haciendo precisamente bien. Los modales de la Dama eran distantes e imperiosos, siempre que no estuviera buscando un objetivo concreto. A menos que quisiera que se corriera la voz de que la Dama estaba de vuelta...

¿Qué estaría tramando?

La conciencia le decía a Matasanos que debía actuar. Pero no se le ocurría qué hacer.

Nadie lo reconocía. Aquello no iba precisamente a favor de su ego. Apenas unos meses atrás, todo Taglios le había saludado como su libertador.

Las noticias no tardaron en propagarse. Conforme se aproximaban a la fortaleza interior, un hombre salió a recibirlos. ¡El prahbrindrah Drah en persona! ¿Estaría allí dirigiendo las obras? Aquello no iba con él. Acostumbraba refugiarse lejos del alcance de los sacerdotes.

—No esperaba teneros de vuelta tan pronto —dijo el príncipe.

—Obtuvimos una victoria menor al norte de Dejagore. Los Maestros de las Sombras perdieron a cuatro mil hombres. Hoja planeó la operación y la dirigió. Por eso he decidido dejarlo al mando. Regreso para reclutar y adiestrar nuevas formaciones. Habéis hecho un buen trabajo aquí. ¿Debo asumir que los sacerdotes abandonaron su obstruccionismo?

—Los convencisteis —dijo el príncipe, aparentemente inquieto—. Claro que no habéis hecho muchos amigos. No deberíais descuidar vuestra espalda. —No dejaba de desviar la mirada a Matasanos. Parecía perplejo—. Vuestro hombre, Martinete, tiene hoy un aspecto extraño.

—Secuelas de la disentería. ¿Qué tal va el reclutamiento?

—Lento. La mayoría de los voluntarios está trabajando aquí en las obras. Muchos hombres no acaban de decidirse por enrolarse.

—Hagamos que se enteren de la victoria. Hagamos que sepan que es posible romper el asedio. A Conjura Sombras no le queda ya fuerza, y Sombra Larga no le está ayudando. Está solo, con un ejército tan maltrecho que solo el temor que él mismo inspira lo mantiene unido.

Matasanos contempló, arriba en el cielo, unas nubes que flotaban hacia el este, desde el mar. No tenían nada especial, únicamente que provocaron un chasquido dentro de su cabeza. ¡Menuda perra ladina! Sabía exactamente qué se traía entre manos.

La Dama estaba allí abajo, enfrentándose a Conjura Sombras al otro lado del Principal, el mismo cauce que durante la estación lluviosa se convertía en una muralla infranqueable. Un toque allí, un empujoncito acá, y la contienda continuaría

hasta que ya fuera demasiado tarde como para que la Dama volviera a cruzar el río, de vuelta. Y la temporada de lluvias no estaba ya especialmente lejana. A dos meses vista como mucho. Y la Dama quedaría atrapada allí, junto a los Maestros de las Sombras. Atrapa Almas dispondría de cinco meses para hacerse con el control al otro lado, sin ningún tipo de intromisión. Puede incluso que sin nadie que descubriera quién era realmente. Sus cuervos mantendrían vigiladas las rutas hacia el norte. Interceptarían a cualquier mensajero.

¡Menuda perra! ¡Menuda perra de corazón azabache!

El príncipe frunció el ceño, mirándolo, percibiendo su agitación. Pero le preocupaba más la mujer.

—Puede que podamos volver a levantar ese jardín, algún día.

—Eso sería perfecto. Pero recordad que ahora es mi turno de celebración.

El príncipe esbozó media sonrisa.

—Eso si os dejan. Después de lo sucedido la última vez...

—Pero no fui yo quien empezó.

¿De qué iba todo aquello? ¿La Dama se había visto envuelta en algún jaleo en la Floresta? La Atrapa Almas no le había contado todo. Solo lo justo para mantenerlo en vilo.

Entonces se sintió vigilado, y divisó a Humo acechando en la sombras. El semblante del mago era puro odio. Este se disipó al percibir que estaba siendo observado. Entre temblores, se escabulló.

Los cuervos lo siguieron. Matasanos se dio cuenta. Era imposible no hacerlo. Dondequiera que fuera, vigilarían a Humo. Y Atrapa Almas sabría todo lo que hiciera.

—¿Han completado ya mis aposentos? —preguntó Atrapa Almas—. Ha sido un camino largo y asfixiante. Necesitaré al menos un par de horas para volver a ser humana.

—Aún no están listos del todo, pero servirán. ¿Querréis que envíe a alguien a por vuestras monturas y a prestaros una mano con vuestras cosas?

—Sí. Por supuesto. Os lo agradezco. —Entonces jugueteó con la mirada. El príncipe se avergonzó—. Quisiera reunirme con ciertas personas. —Acto seguido enumeró a gente que Matasanos no conocía—. Envíalos a mis aposentos. Martinete los entretendrá hasta que yo acabe de asearme.

—Como queráis. —El príncipe llamó a su séquito y lo hizo partir en busca de las personas requeridas.

Matasanos desmontó a señal de Atrapa Almas y entregó su caballo. Entonces siguió a su captora, mientras esta hacía lo propio con el príncipe. A regañadientes, tuvo que reconocer que los cuervos habían hecho un buen trabajo en sus exploraciones; todo estaba saliendo a pedir de boca.

Una vez en los departamentos de la Dama, descubrió por qué se referían a él como «Martinete», por qué nadie lo había reconocido. Encontró un espejo. Y en él se vio reflejado como un enorme y sucio shadar, con vello suficiente en su cuerpo como para poder pasar por un gorila.

Lo había encantado.

* * *

Los hombres por los que había preguntado Atrapa Almas eran de baja casta, sacos de huesos, criaturas menudas y enjutas incapaces siquiera de mirarla a los ojos. Mientras se presentaba a cada uno de ellos, todos recitaron unas ristras de palabras, a modo de cántico, que Matasanos no entendió. Eran todos títulos inquietantes, como «Hija de la Noche». ¿A qué se referirían con eso? Estaban sucediendo muchas cosas y las desconocía todas, todas escapaban a su control.

—Quiero que vigiléis a ese mago, Humo —dijo a los hombres Atrapa Almas—. Al menos dos de vosotros habréis de estar a su vista en todo momento. Estoy especialmente interesada en saber si se acerca a la calle de los Faroles Ahogados. De entrar en ella, detenedlo. No me importa cómo lo hagáis, aunque preferiría que no tuviera que entrar antes de tiempo en el paraíso.

Todos los hombres jalaron de pliegues de pañoletas coloreadas que asomaban de sus calzones.

—Como deseéis, así se hará, señora.

—No lo dudo. Os quiero manos a la obra. Encontradlo. Pegaos a él. Es peligroso para nosotros.

Los hombres abandonaron la estancia a toda prisa, aparentemente ansiosos de alejarse lo antes posibles de la mujer.

—Os tienen terror —apuntó Matasanos. Al estar de nuevo a solas con ella, había recobrado la voz.

—Naturalmente. Me creen la hija de su diosa. ¿Por qué no te aseas? Puedo olerte desde aquí. Haré que te traigan ropa limpia.

El baño y la ropa fueron lo único bueno en todo el día.



Mi sueño fue todo menos reparador. De nuevo las pesadillas. En ellas deambulaba por cavernas, bajo tierra, en parajes que apestaban a podredumbre. Aquellas grutas habían dejado de estar heladas. Los viejos que había visto otras veces estaban ahora putrefactos. Putrefactos pero vivos. Cuando estos parecieron avistarme, pude sentir su llamada, la forma en que me culpaban. Tras mucho intentarlo, fui incapaz de acercarme a mi destino, fuera el que fuera.

La criatura que pretendía reclutarme se estaba impacientando.

Narayan me despertó.

—Por su aspecto, se diría que hubiera visto un fantasma.

Me incorporé. Enseguida empecé a vomitar. Narayan suspiró. Sus compinches se apresuraron a taparme para ocultarme de mis hombres. Se lo veía preocupado. Temía que todo lo invertido en mí pudiera irse al traste. Si moría, él moriría conmigo.

Pero yo no estaba preocupada. Todo lo contrario, no me inquietaba morir o ser incapaz de librarme de aquel sufrimiento. ¿Qué me estaría pasando? Parecía que me estaba acostumbrando al mismo malestar matutino, y que no lo pasaba ya tan mal durante el resto del día.

No tenía tiempo para andar enferma. Tenía mucho trabajo que hacer. Había mundos esperando a ser conquistados.

—Ayúdame, Martinete. ¿Me he ensuciado?

—No, Dama.

—Al menos la diosa me es favorable en estas cosas menores. Cuéntame qué sucede, Narayan.

—Será mejor que lo veáis vos misma, Dama. ¿Podéis?

Martinete había traído las monturas. Me esforcé por recobrar me, aunque le dejé que me ayudara a montar. Pusimos rumbo a las colinas. Mientras dejábamos el campamento, vi cómo Hoja, Swan y Mather juntaban sus cabezas, aparentemente inquietos. Narayan no se unió en la cabalgada, pero podría adherirse al trote a nuestro grupo en cuanto quisiera.

Había estado en lo cierto. Verlo era mejor que oírlo. No habría dado crédito a un informe verbal.

La llanura se había inundado. De las colinas, al norte y al sur, brotaba una furiosa corriente de agua. Los acueductos parecían haberse vuelto locos.

—Por fin sabemos hacia dónde se dirigen aquellos grupos de trabajo —dije—. Deben de haber desbordado ambos cauces. ¿Qué profundidad ha alcanzado el agua?

—Debe de andar ya por los tres metros.

Intenté adivinar el nivel máximo que podría llegar a alcanzar. La vista de las colinas era engañosa. Era complicado establecer una cifra. La llanura estaba a un nivel más bajo que la tierra al otro lado de las colinas, pero no demasiado. No creía que el agua pudiera subir por encima de los veinte metros. Pero eso bastaría para inundar la ciudad.

Mogaba estaba en un buen aprieto. No tenía escapatoria, a menos que construyese barcas o balsas. Conjura Sombras no iba a tener que malgastar un solo hombre para derrotarlo.

—¡Por los dioses! ¿Dónde estaban ahora los habitantes de las tierras de las sombras? —Tenía un mal presentimiento; había puesto un pie en el cepo.

Narayan llamó a uno de sus exploradores. Este informó de que el grueso del grupo se había dividido en dos fuerzas, hacia el norte y al sur, poco después del amanecer.

Consulté mapas mentalmente y le dije a Narayan:

—Tenemos que darnos prisa. Debemos actuar a toda velocidad, o estaremos muertos antes del medio día. Seguidme. Tú, soldado, sigue a Martinete y no te separes de él. ¿Tenemos a más hombres por aquí?

—Algunos, Dama.

—Pues tendrán que arreglárselas por sí solos. ¡En marcha!

Estábamos en el punto de mira, de eso no había duda. Con solo un jinete experto y conmigo teniendo que hacer un par de paradas para vomitar lo pasamos mal, pero conseguimos volver al campamento antes de que la trampa se activara.

Hoja ya tenía a los hombres listos para la marcha. Ahora sabía qué había estado tramando con Swan y Mather. Le habían llegado noticias de la subida del nivel del agua y había intuido el peligro. Estaba a la espera de órdenes.

—Envía a la caballería al norte y al sur. Quiero que espíen y que hostiguen al enemigo.

—Ya está hecho. Doscientos hombres en cada dirección.

—Bien. Tienes talento innato para esto. —Yo ya había tenido tiempo para recordar, rechazar y volver a tener en consideración una treta que habían gastado a mis ejércitos en las tierras del norte. Había que ser rápido. Podía distinguir lo que parecía ser una nube de polvo hacia el norte—. Desplaza a la infantería hacia las

colinas. Quiero que hasta el último de mis jinetes se dedique a cortar maleza y a arrastrarla a su paso, y que ponga rumbo al este. Manda mensajeros a las escaramuzas, quiero mantener el contacto tanto tiempo como sea posible. Haz que giren hacia el este, y mantenlos en cabeza mientras los demás puedan seguirlos.

Aquella artimaña no funcionaría una vez anoheciera, si es que llegaba a funcionar. Llegado ese momento, las sombras al servicio de Conjura Sombras le informarían y echarían a perder la sorpresa. Pero aún teníamos tiempo de evitarlo.

Si no dejaba de perseguirme, los hombres de Mogaba tendrían tiempo de escapar. Y eso era lo último que quería.

Hoja no perdió un segundo. Swan y Mather se apresuraron a ayudar. Nuestras diferencias podían esperar.

Las tropas pusieron rumbo a las colinas, adentrándose en ellas, y un nuevo sentimiento de disciplina y confianza se hizo aparente. Confiaban en que tanto yo como Hoja podíamos sacarlos de aquel aprieto. Los jinetes se adelantaron, levantando polvareda suficiente como para aparentar ser una horda en marcha.

Hoja, Swan, Mather, Narayan y yo misma observamos la escena desde una loma baja.

—Eso debería bastar para hacerles morder el anzuelo —dije—. Verán que nos escabullimos, se pondrán nerviosos e intentarán echarse sobre nosotros a toda prisa.

Swan cruzó dos dedos, levantando la mano hacia el cielo.

—¿Y cuál será nuestro siguiente movimiento? —preguntó Hoja.

—Avanzar hacia el norte por entre las colinas.

—Ya han picado —anunció Mather.

—Se me ocurre que, en pro de conseguir mayor velocidad —dijo Hoja—, quizá haya dejado atrás a todo aquel que no esté al máximo de sus posibilidades.

—Aprendes rápido —le dije—. Y te estás volviendo perverso.

—Estos son asuntos perversos.

—Así es. ¿Hace falta explicar algo?

Parecía que a Swan sí.

—Conjura Sombras debe de haber dejado atrás a sus heridos y tropas de segunda fila, para que no lo ralenticen. Deben de estar allí arriba, justo donde el camino norte se adentra en las colinas. Podremos cogerlos por sorpresa. Narayan, haz que algunos exploradores se adelanten.

Narayan volvía a mostrarse complacido con mi actitud. Teníamos muchas perspectivas de masacre. Un auténtico Año de los Cráneos parecía cada vez más inminente.



Humo se adentró en la penumbra, miró a derecha e izquierda y maldijo en voz baja. Allí estaban de nuevo. ¡Esos hombres! Era incapaz de darles esquinazo. Parecían poder prever todos sus movimientos.

Era descorazonador y aterrador al mismo tiempo. Cuanto más se retrasara en visitar a sus contactos, más intensa se hacía la imagen de Sombra Larga en su mente y más aterrorizado estaba, de una forma tan intensa que lo sentía parte de su propia alma. Le habían hecho algo terrible, algo que le había calado tan hondo como podía calar en un hombre. De alguna forma, Sombra Larga había ocultado en lo más hondo de su ser un fragmento de sí mismo, todo para obligarlo a cumplir la voluntad del Maestro de las Sombras.

La voz interior se convirtió en una serie de alaridos. Si no se zafaba de sus perseguidores, le sería imposible no delatar a sus contactos.

Aparentó no ver a sus seguidores, aunque estos no hacían gran esfuerzo por no ser vistos. ¿Es que ella sabía lo que tramaba y solo quería mantenerlo alejado de sus contactos? Quizá fuera eso. Y quizá no importara que los llegara a delatar.

Reanudó la marcha.

Sus seguidores lo imitaron.

Intentó eludirlos, confiando en su mejor conocimiento de la estructura de la ciudad. Llevaba toda su vida zafándose entre las sombras, callejones y pasadizos de la ciudad. Del mismo modo que conocía el palacio mejor que cualquier ser vivo, también lo hacía con Taglios. Se esforzó al máximo. Después de salir de un laberinto de chabolas en el que él mismo se había perdido dos veces hasta conseguir escapar, se encontró a uno de sus perseguidores esperándolo, recostado contra un edificio.

El hombre lo miró, sonriendo entre dientes.

Sombra Larga nubló por completo su mente. El Maestro de las Sombras estaba furioso. Se le agotaba la paciencia.

Humo cruzó sin el menor sigilo la calle.

—¿Cómo diablos os las arregláis para seguirme?

El hombre escupió hacia un lado, sin perder la sonrisa.

—Mago, no es posible escapar de la mirada de Kina.

—¡Kina! —Otro terror más que sumar a los temores de Sombra Larga.

—Puedes correr cuanto quieras, pero no esconderte. Puedes retorcerte y contornearte, pero te será imposible soltarte de su anzuelo. Puedes esconderte y murmurar en habitaciones cerradas con llave, pero no podrás mantener ningún secreto. Ella cuenta hasta el último de tus suspiros.

Cada vez se sentía más aterrorizado.

—Los lleva contando desde que naciste.

Humo se giró y echó a correr.

—Hay una escapatoria.

—¿Cómo?

—Hay una escapatoria. Mírate. Si mantienes tu alianza con el Maestro de las Sombras, estarás muerto si lo averiguan tus amigos taglianos. Pero si ellos no te dan muerte, será el Maestro de las Sombras el que lo haga, cuando dejes de servirle. No obstante, hay una escapatoria. Puedes volver a casa. Puedes zafarte de ese terror que, como una bestia, ansia devorar tu alma.

Humo estaba demasiado aterrorizado para pararse a pensar cómo es que aquel matón no hablaba como tal.

—¿Cómo? —Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de librarse de las garras del Maestro de las Sombras.

—Ven con Kina.

—¡De eso nada! —dijo casi aullando. ¿Es que su única escapatoria era doblegarse ante un terror aún peor?—. ¡No!

—Es tu elección, mago. Pero no te auguro nada bueno.

Humo volvió a echar a correr, y esta vez sin detenerse. No le importaba si lo seguían. Corriendo, sintió que el pánico se iba desvaneciendo. Cuando casi había alcanzado su destino, se dio cuenta de que no había visto un solo murciélago desde que había salido de palacio. Eso era nuevo. ¿Dónde estaban los mensajeros de los Maestros de las Sombras?

Se adentró en una casa de vecinos bastante alta, se apresuró a correr escaleras arriba, martilleó una puerta.

—Entra —dijo una voz.

Dos pasos después del umbral, se quedó paralizado.

El hombre que le había hablado estaba apoyado contra la pared que tenía enfrente. Ocho cadáveres ocupaban la estancia, todos estrangulados.

—La diosa no desea que tu maestro sepa que su hija está aquí —le dijo.

Humo chilló como una rata pisada. Echó a correr. El hombre se carcajeó.

El hombre que estaba rodeado de cadáveres se encogió. Se convirtió en el trasgo

Cara de Sapo, quien tras reírse entre dientes se desvaneció.

* * *

Humo se esforzó por calmarse antes de entrar en el palacio. Su mente empezó a revolverse. Aún le quedaba un relámpago. Podía freírlo tanto como a sus enemigos, pero... Engullido por la penumbra podría escapar hacía la única luz que era capaz de distinguir.

No se doblegaría ante Kina.



Al tiempo que nos envolvía el anochecer, caímos sobre los rezagados de Sombra Larga. Sobre todos y cada uno ellos. La masacre fue considerable. No conseguimos que fuera completa solo porque tenía a mi caballería ocupada en otros quehaceres. Pero acabamos nuestro trabajo antes que el último de los rayos de sol abandonase el firmamento.

—El viejo Conjura Sombras conocerá lo sucedido en apenas unos minutos —dijo Swan—. Imagino que se pondrá hecho un basilisco. Tenemos que poner rumbo lejos de sus zarpas.

No andaba desencaminado. Mientras atravesábamos las colinas, yo había estado dándole vueltas a la idea de ir en pos del grupo apostado en el acceso sur. Y no fue hasta que escuché las palabras de Swan que fui consciente de que me sería imposible alcanzar a hurtadillas esa posición. Ya se había hecho de noche. Y la noche era territorio de Conjura Sombras. Ahora conocería nuestra posición exacta y hacia dónde nos encaminábamos. A menos que fuera una posición que le pillase muy lejos, iba a estar esperándonos dondequiera que fuese.

Por otro lado, podría estar lo suficientemente desesperado como para recurrir a Sombra Larga. Y puede incluso que la ayuda de ese Maestro de las Sombras ya estuviera de camino. Fuera lo que fuera lo que los enemistaba, no iba a ser un trecho tan grande como el que separaba su enemistad con el resto del mundo. Aunque inmadura, la suya era una lucha sobre los restos de una primera conquista.

—¿Hay alguna forma de que nos quedásemos aquí, aparentando ser los hombres de los Maestros de las Sombras? —inquirió Hoja.

—No. No tengo capacidad para hacer algo semejante. Nuestra mejor apuesta será regresar al norte hasta que deje de perseguirnos, y luego mantenerlo inquieto hasta que decidamos nuestro siguiente movimiento.

Narayan había empezado a preocuparse por perderse su postergado Festival. Aunque ya había superado una primera prueba, recelaba de mi voluntad por convertirme en la Hija de la Noche. Un movimiento hacia el norte serviría para

aliviarlo. Por otro lado, las tropas necesitaban también descansar de la sensación de peligro inminente; poder recuperarse y digerir sus éxitos.

—¿Y qué hay de los hombres de la ciudad? —fue la siguiente pregunta de Hoja.

—Están más seguros de lo que lo estamos nosotros. Conjura Sombras no podrá llegar hasta ellos ahora.

Narayan refunfuñó. Sindhu estaba entre ellos.

—Mogaba aguantará —dije—. Se le da bien resistir. —Demasiado bien, en realidad. Llegaría un momento en que tendríamos problemas, él y yo.

Solo Narayan parecía complacido con la idea de volver a poner rumbo al norte. Pero nadie se quejó.

Definitivamente, había ganado terreno.



No es que Humo fuera un mago extraordinario, pero dentro de sus limitaciones, que por cierto reconocía, era eficiente y competente. Además, conocer los propios límites es una gran virtud.

¿Estaría la mujer realmente al tanto de todos sus movimientos? Eso quería decir que estaba al mando de una insospechada agencia de espionaje. Y necesitaba darle esquinazo, aunque fuera durante solo unos minutos.

Se escabulló por el interior de palacio, esquivando a sus empleados, quienes andaban buscándolo. Consiguió alcanzar una de sus estancias protegidas y, una vez dentro, cerró la puerta con llave.

Era evidente que sus escudos habían sido atravesados, si daba crédito a las palabras de aquel hombre, en las que había estado implícito que ella estaba al tanto de todo. Eso quería decir que también había estado observando lo sucedido en el interior de aquella estancia protegida. Ella era más de lo que aparentaba. Mucho más. Era la Hija de la Noche. Y había cegado a ese necio del príncipe. ¿No habían ido de nuevo esa misma mañana a visitar la Floresta?

Solo él podía detenerla ahora. Ya habría tiempo para preocuparse luego de librarse de Sombra Larga.

El rostro del Maestro de las Sombras tomó forma en su cabeza. Las piernas se le volvieron mantequilla. Agitó la cabeza con violencia, obligando a la aparición a desvanecerse, apresurándose a levantar y asegurar las defensas de la estancia.

Descubrió una mirilla a través de la cual podría haber estado espionando algún perverso espíritu. O sombra, para el caso era lo mismo.

Rellenó el agujero. Entonces obró un conjuro que lo llevó hasta el límite. Le serviría para ocultar su posición, siempre que no fuera objeto de una búsqueda muy ceñida. Sintióse a salvo, relleno con un frasco de mercurio líquido un cuenco de plata, trabajando con toda la presteza de la que se sentía capaz. Sin embargo, antes de acabar, ya temió haber sido demasiado lento.

Alguien intentaba forzar la puerta. Sobresaltado, se esforzó por seguir

concentrado en abrir una vía de comunicación con Atalaya. Lo estaba logrando. Lo estaba logrando. Y más rápido de lo que había esperado. El Maestro de las Sombras había estado concentrándose también en su persona.

El jaleo en la puerta pasó a gritos y un martilleo constante. Lo ignoró.

El tan temido semblante apareció en la superficie del metal líquido, sorprendido. Murmuró una serie de palabras, pero no se escuchó sonido alguno. El Maestro de las Sombras se encontraba demasiado alejado, y el poder de Humo no era demasiado. El pequeño mago gesticuló con violencia. ¡Presta atención! Le sorprendía su propia temeridad. Pero estaba en una situación desesperada, y las situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas.

Humo cogió papel y tinta y garabateó. Al otro lado de la estancia se esforzaban por echar abajo la puerta. Maldita sea, esa mujer no había tardado en reaccionar.

Sostuvo en alto el mensaje. Sombra Larga lo leyó. Lo volvió a leer. Y entonces el Maestro de las Sombras lo miró a los ojos y asintió. Se quedó desconcertado. Con cuidado murmuró unas palabras, de modo que Humo pudiera leerle los labios.

La puerta empezaba a ceder. Además, alguien intentaba acceder también por otro lado a la estancia, arañando y tirando del agujero que había taponado.

La puerta cedió aún más.

Humo había conseguido entender medio mensaje cuando el agujero de la pared se destapó. La estancia se llenó de una densa humareda. De ella surgió un semblante. Era un rostro infame, dotado de colmillos y con indudables intenciones malvadas. Iba en su busca. Chillando, dio un brinco, volcando la mesa y el cuenco.

Al mismo tiempo que el demonio lo apresaba, la puerta terminó de ceder. Aullando, se vio engullido por un abismo de terror.

* * *

Los guardias echaron un vistazo a la estancia, maldijeron, dejaron caer el ariete y echaron a correr. El príncipe entró en la habitación y vio cómo la criatura hacía pedazos a Humo.

—¿Qué diablos es esa cosa? —dijo la radisha, que estaba a su espalda.

—Ni idea. Y no creo que quieras quedarte a averiguarlo. —Miró a su alrededor en busca de un arma y enseguida reconoció lo absurdo de su impulso, asiendo una astilla a modo de espada que había arrancado del marco de la puerta.

El monstruo levantó la vista, sobresaltado. Se lo quedó mirando. Parecía que la situación iba más allá de las instrucciones que había recibido. Se quedó flotando en medio de la estancia, inmóvil.

El prahbrindrah arrojó la esquirra de madera a modo de lanza.

La criatura se encogió, retirándose hacia una esquina superior de la habitación hasta esfumarse a toda velocidad, de manera espectacular y dejando a su estela un olor como a canela, mostaza y vino, todo mezclado.

—¿Qué diablos era eso? —repitió la radisha. Estaba petrificada. El prahbrindrah saltó hasta el mago. La sangre de este estaba desparramada por todas partes, junto a jirones de tela. La criatura lo había empujado hasta una esquina. Lo que quedaba del mago estaba encogido, en posición fetal.

El príncipe cayó de rodillas.

—Está vivo. Ve a por ayuda. Rápido. No vivirá por mucho tiempo. —Y enseguida empezó a auxiliarlo como pudo.



Sombra Larga dejó escapar un prolongado alarido de rabia que resonó por todo Atalaya. El grito atrajo a toda una prole de aduladores, inclinándose ante él por temor a que pudiera volcar su furia en ellos, fuera lo que fuese lo sucedido.

—¡Marchaos! ¡Machaos y esperad a que...! ¡Un momento! ¡Venid aquí!

De repente recobró la calma. En momentos de crisis, tenía una facilidad increíble para recuperar el control de sí mismo. Era en esos instantes cuando pensaba mejor, cuando respondía con más rapidez. Puede que aquella desgracia fuera acompañada de un golpe de suerte.

—Traedme el cuenco grande. Y mercurio. Quiero también ese fetiche de mi huésped y aliado. Necesito contactar con él.

Todos echaron a correr aterrorizados. Le complacía presenciar aquella escena. Le tenían pavor. Y el miedo daba poder. Gobiernas todo aquello que te teme... Entonces pensó en las sombras y en la llanura de piedra reluciente. De nuevo volvió a sentirse furioso. Pero controló esa rabia, tanto como había controlado el miedo. Un día, cuando acabará por fin con sus distracciones, la llanura volvería a doblegarse ante él. La conquistaría, y con ella conquistaría el temor que le producía.

Antes de que él mismo tuviera tiempo para prepararse, sus sirvientes lo habían tenido ya todo listo.

—Ahora marchaos. Esperad hasta que os vuelva a llamar.

Impulsó el cuenco y trató de alcanzar a su hombre. Pero no alcanzó nada. Volvió a intentarlo. Y otra vez. Hasta en cuatro ocasiones probó. Cinco. Estaba a punto de dejarse llevar de nuevo por la rabia.

Finalmente, Aullador respondió.

—¿Dónde estabas?

—Volando —dijo con un susurro, casi imperceptible—. Tuve que aterrizar. Tengo malas noticias. Ha vuelto a engañar a nuestro hombre. Ha masacrado a otros pocos cientos de nuestros agentes.

Poco importaba eso a Sombra Larga. Las tribulaciones de Conjura Sombras no

eran más que paja.

—¿Está ella allí por fin?

—Claro que sí.

—¿Estás completamente seguro? ¿La has visto? Mis sombras fueron incapaces de encontrarla. La noche pasada no pudieron hacer más que sugerir su presencia en una zona determinada.

—No con mis propios ojos —admitió Aullador—. Estoy tanteando sus fuerzas, a la espera de lanzar un ataque. Creo que será a última hora de esta misma noche.

—Acabo de tener noticias de nuestro mago, en Taglios, tras un esfuerzo desesperado por su parte. Todos nuestros agentes allí han sido estrangulados. Afirma que ella está allí, acompañada de esa sombra suya shadar. Sabe que el mago está a nuestro servicio. Antes de que pudiera acabar la comunicación, una criatura demoníaca irrumpió en la escena y lo despedazó.

—Pero... es imposible. No hace ni dos días que estaba aquí.

—¿Pero, la has visto? ¿Con tus propios ojos?

—No.

—Recuerda: siempre se ha servido del engaño y la manipulación. Tenemos pruebas de que está recuperando sus poderes. Puede que incluso mucho más rápido de lo que deja entrever. Quizá nos haya estado engañando para hacernos creer que está en un sitio, cuando en realidad está en otro. El tagliano dijo que nuestros agentes fueron asesinados con el fin de impedir que informasen de su presencia allí.

Aullador no respondió esta vez.

Ambos quedaron pensativos. Sombra Larga se pronunció finalmente:

—Soy incapaz de concebir que haya movilizado a todo un ejército solo para hacernos creer que está en nuestro territorio. Pero la conozco. Y tú también la conoces. Si para ella es importante que creamos que está en un sitio en el que no está, debe tener una importancia vital para nuestros intereses. Algo hay en Taglios que no quiere que descubramos. Puede que esté tras la pista de la lanza. Alguien la recogió del campo de batalla. Desde entonces no ha vuelto a ser vista.

—Si salgo hacia allí, puede que perdamos Dejagore y a Conjura Sombras. Sus habilidades no están al cien por cien. Tiene la mente tan roma como el filo de cuchillo que hubieran usado para cortar piedra.

Sombra Larga maldijo por lo bajo. Sí. Rezaba porque llegara el día en que Conjura Sombras dejara de serle útil. Cuando no tuviera que necesitar un baluarte que disponer contra las fuerzas del norte. Pero por el momento, alguien tenía que llevarse los golpes.

—Haz lo que sea necesario y luego sal de ahí —nada demasiado complicado para aquel mequetrefe—. Hazte con ella enseguida. Los tormentos del mismo infierno serán un placer comparado con lo que nos puede venir encima si la dejamos suelta, al

mando de todos sus poderes recuperados.

—Dadlo por hecho —musitó Aullador—. Consideradla atrapada.

—En lo que respecta a Senjak, nunca doy nada por hecho. ¡Maldita sea, hazte con ella! —dijo metiendo inconscientemente el puño en el mercurio. Eso acabó con la conexión.

Dejó que la rabia lo recorriera. Arrojó objetos, rompió otros, hasta que por fin la aplacó. Luego subió a su torre y masticó su odio contemplando la llanura, bajo la noche.

—¿Por qué me atormentas? ¿Por qué? Aléjate. Déjame en paz. —De no ser por esa presencia, ahí fuera y lista para romper sus ataduras, sería libre para ocuparse por sí mismo de todos aquellos asuntos. Todos aquellos problemas no serían nada, de poder lidiar con ellos personalmente. Sin embargo, debía servirse de incompetentes agentes con poder insuficiente para cumplir sus cometidos.

Pensó en el mago tagliano. Una herramienta que no había servido para hacer aquello para lo que había sido labrada. Al menos le había sido útil en cierto sentido. Era una pena que la hubieran destruido tan rápidamente.

Una pena.



La caballería se nos unió a dos días al norte de Dejagore, donde hice acampar a la tropa. El ambiente era en general bastante optimista. Los hombres estaban disgustados por haber tenido que retirarse. No querían creer que simplemente habían estado afortunados, que no eran invencibles. Yo quería que fueran conscientes de que les podía cambiar la suerte. Pero no me creían. La gente suele creer lo que le conviene.

Narayan y el mismo Hoja se habían visto contagiados por esa confianza. Los dos hubieran puesto rumbo al sur de nuevo sin rechistar, de habérselo ordenado. Y estuve tentada de hacerlo. Llegué a considerar una suerte el estar enferma. Me obligaba a seguir con los pies en la tierra.

Idearon un plan para hostigar a Conjura Sombras hasta llevarlo a otra trampa.

—Conjura Sombras no se meterá en la boca del lobo —les dije—. Es posible que, si lo separamos de sus hombres, podamos hacerlos caer en una trampa, pero no a él.

Narayan se me acercó para decirme:

—Señora, no fue la suerte. Fue Kina. Su espíritu anda suelto. El Año de los Cráneos está cerca. Ella pasa su mano sobre los ojos del enemigo. Y está de nuestro lado.

Deseaba decirle que aquel que da por sentada la ayuda de un dios no merece ninguna ayuda en absoluto, pero me callé la boca. Los Impostores eran auténticos creyentes. No importaba lo sedientos de sangre que pudieran estar, ni lo criminales que pudieran resultar sus hazañas, lo cierto era que creían realmente en su diosa y su misión. Kina no era una simple ficción ideada a conveniencia de excusar sus crímenes.

Tras meses de pesadillas, lo cierto era que me resultaba difícil no dar yo misma crédito a Kina. Es posible que no del modo en que Narayan la consideraba su diosa, pero sí como una poderosa fuerza que se alimentaba de muerte y destrucción.

—¿Y por qué no dejar fuera de juego a Conjura Sombras?

—Cómo no. Eso solo se le habría ocurrido a un genio, Hoja. Puede que si lo

deseamos todos juntos, con fuerza, salga flotando panza arriba.

Me sonrió. No fue una sonrisa desagradable como las de Narayan, pero sí igualmente efectiva, por lo escasas que eran en él.

—Por favor, venid a dar un paseo conmigo —dijo ofreciéndome una mano.

Hoja había estado a punto de cruzar la línea que marcaba el límite. Temía no haberlo mantenido suficientemente a raya. Reparé en que posiblemente aquel hombre tendría sus propios planes, y que no tenía ni la menor idea de en qué podían consistir.

Nos alejamos del grueso del grupo. Narayan, Martinete y Swan no nos perdieron de vista, cada uno con sus recelos correspondientes.

—¿Y bien?

—Conjura Sombras constituye nuestro principal adversario. Si acabamos con él, su ejército se vendrá abajo.

—Es probable.

—Tengo ojos y oídos. Y mi cerebro funciona. Pregunto cuando tengo necesidad de averiguar cosas. Sé bien lo que es Narayan. Y sé también lo que sois vos para él. Y creo saber en lo que ellos quieren convertirnos.

Menuda sorpresa. Puede que la mitad de mis tropas pensara igual, aunque pudiera no considerar que Martinete y Narayan fueran merecedores de su legendaria reputación.

—¿Y?

—He visto a Sindhu en acción. Y entiendo que Narayan es mejor que él.

—Y es cierto.

—Entonces dirigidlo contra Conjura Sombras. Puede acabar con él antes siquiera que llegue a darse cuenta.

Era una buena forma de acabar con un mago, estrangulándolo. Una de las principales bazas de Conjura Sombras residía en sus conjuros hablados y, en segunda línea, en los que obraba gesticulando. Podías acertarle con un puñal, una espada o un proyectil y aún iba a poder emplear la voz o las manos, a menos que aprovecharas para acabar con él al instante. Narayan podía acabar con su voz. Eso suponiendo que fuera capaz de romper un cuello tan rápidamente como afirmaba. En ese caso sus gestos no iban a tener importancia.

—Parece factible. Solo que hay un pequeño problema: acercarse a Narayan lo suficiente como para dejarle usar su pañoleta.

—Mmm.

—Narayan, para los de su clase, es lo que yo acostumbraba a ser para la mía. El pináculo. El sùmmum. Lo he observado. Es la muerte en persona. Pero carece de las habilidades que le permitirían aproximarse a Conjura Sombras lo suficiente. Nunca aprendió a hacerse invisible.

Hoja rió entre dientes.

—Apuesto a que ese es un truco que le encantaría que le enseñáseis.

—Seguro que sí. Has considerado todas las posibilidades. Conoces las dificultades a las que nos enfrentamos. Pareces haberle dado muchas vueltas; dime entonces cómo podremos resolverlo. No creo que vayamos a sacar mucho de esto, pero te escucharé.

—Hay distintas clases de asesinos. Los locos solitarios a los que no les importa morir matando. Los astutos que ansían poder, ansiosos por volverse contra uno mismo una vez eliminan a su objetivo. Y los profesionales.

No veía a dónde quería llegar. Y así se lo hice saber.

—Para alcanzar el éxito hay que eludir las debilidades de cada clase. Os he observado. Vuestras habilidades no son lo que acostumbraban ser, pero os hacéis valer. Podríais disfrazar a todo un grupo de asalto que se echase sobre Conjura Sombras. Bajo la ilusión de que nuestros objetivos son impersonales, no se resguardará de ningún ataque personal que pueda prever. ¿No es cierto?

—Hasta cierto punto.

—Hasta cierto punto. Conjura Sombras no debería estar al tanto de vuestras disputas con Mogaba. De modo que el grueso de la tropa se concentraría en liberar la ciudad. Mientras, un puñado de hombres se encarga de acabar con Conjura Sombras.

—¿Y cómo?

—Narayan se encargaría del asesinato en sí. Vos tendréis que disfrazar al grupo de ataque, o hacerlo invisible. Martinete es indispensable. Yo deberé ir porque nadie maneja un arma tan bien como yo. Swan también, porque su presencia implica que el estado tagliano está involucrado. Mather estaría mejor, porque eso supondría también la implicación de la Mujer, pero Fibroso necesitará llevar las riendas aquí. Es firme. Tiene buena cabeza. Sauce es todo pasión, coraje sin reflexión. A eso deberán añadirse todos los especialistas que pudiera necesitar Narayan.

—Dos sujetabrazos —dije en jerga estranguladora. Hoja me dedicó una mirada fugaz. Le sorprendía que me hubiera involucrado tanto en aquel mundo. Caminamos en silencio. Finalmente le dije—: Has hablado más en un momento que todo lo que te había oído desde que te conozco.

—Hablo cuando tengo algo que decir.

—¿Sabes jugar a las cartas? —No había visto a nadie hacerlo al sur del ecuador. En esta región, los adinerados acostumbraban jugar al dominó o a juegos de tablero; por su parte, los menos acaudalados jugaban con dados o palos que revolvías en un bote para luego lanzar.

—Algunos. Fibroso y Mather tienen cartas, pero están gastadas.

—¿Sabes lo que es un comodín?

Asintió.

Entonces me detuve, incliné la cabeza, cerré los ojos, me concentré y conjuré una

feroz ilusión. La hice nacer desde bien alto, como un lagarto volador de dos veces el tamaño de un águila. Entonces se arrojó en picado.

Los cuervos tienen buena vista. Tienen cerebro, el propio de un pájaro, pero no son genios. Se asustan. Y el pánico haría incomprensible sus informes de lo ocurrido.

Hoja vio a los cuervos levantar el vuelo.

—Es cosa vuestra —dijo.

—Esos pájaros son espías al servicio de uno de los comodines que hay en este juego. —Entonces le conté lo que había visto en la arboleda, al menos como lo interpreté.

—He oído a Mather y a Swan mencionar a ese Aullador y a la Atrapa Almas. Nada bueno. Claro que tampoco tienen buenas palabras para vos. ¿Qué intereses tienen en todo esto?

Le habló al respecto hasta la vuelta de los cuervos. Hoja no tuvo problemas a la hora de comprender lo intrincado de las intrigas del antiguo imperio. Debía de tener experiencia en asuntos semejantes.

Los cuervos reestablecieron su vigilancia. Esta vez no los molesté. Hacerlo demasiado a menudo levantaría sospechas. Hoja lució una leve sonrisa, estaba complacido. Mientras fuimos de vuelta junto a los demás, que aguardaban en silencio, murmuró:

—Es la primera vez que me alegro de que Fibroso y Sauce me salvasen.

Le devolví una rápida mirada. Era cierto. Por primera vez desde que lo conocía, parecía vivo de verdad.



El prahbrindrah Drah se giró lentamente frente a un espejo, admirándose.

—¿Qué te parece?

La radisha estudió su traje a medida, de seda brillante, adornado con joyas. Se lo veía muy apuesto.

—¿Hace cuánto que te volviste un pavo real?

El príncipe medio desenvainó una espada que había mandado forjar como símbolo de su posición en el estado.

—¿Y bien?

Era un arma todo lo buena que podía ser labrada por manos taglianas. Su empuñadura y pomos eran una autentica obra de arte e incorporaban oro, plata, rubíes y esmeraldas. Todo entrecruzado con los emblemas de las religiones taglianas. La hoja era resistente, afilada, práctica, pero su empuñadura resultaba demasiado pesada y torpe de llevar. En resumen, no era un arma de combate, más bien un artículo de oficina.

—Magnífico. Empiezas a parecer una caricatura de ti mismo.

—Puede que sea así. Pero me divierte hacerlo. Y si Mather estuviera aquí, también tú estarías haciendo algo parecido, ¿no lo crees así?

La radisha le dedicó una mirada afilada. Había cambiado desde que se había encaprichado de la Dama. Tenía algo entre manos, y por primera vez en la vida no lo compartía con ella. Eso la inquietaba. Sin embargo, se limitó a decir:

—Pierdes el tiempo. Está lloviendo. Nadie visita la Floresta con esta lluvia.

—No lloverá por mucho más tiempo.

Y ciertamente fue así. Era una lluvia pasajera. Siempre lo eran en aquella época del año. Aún faltaba al menos un mes para la llegada de las verdaderas lluvias. Con todo, no podía evitar pensar que su hermano haría bien en evitar los jardines aquella noche, aunque solo fuera un estúpido presentimiento.

—Te preocupas demasiado. Relájate un poco. Deja que ella ponga algo de su parte.

Su hermano le devolvió una risita. Había que reconocerlo. Puede que la Dama fuera una sangrienta asesina, pero conseguía plantarle una sonrisa en el rostro.

—Aún no he perdido la cabeza como para entregar el palacio.

—No me refería a eso. Pero la noto cambiada desde su vuelta. Me preocupa.

—Agradezco tu preocupación. Pero tengo la situación controlada. Taglios es mi primer amor. Y el suyo es la Compañía. Si algo tiene entre manos no puede ser más que asegurarse de que no nos retractamos de nuestro acuerdo.

—Pues puede que eso ya sea bastante. —Teniendo en cuenta que la Compañía Negra aún estaba en la cuerda floja, entre la posición del príncipe y la de Humo.

—¿Qué tal está Humo? —preguntó el prahbrindrah Drah.

—Aún no se ha recuperado. Dicen que no tiene fuerza de voluntad suficiente para hacerlo.

—Pues di a esas sanguijuelas que, por su propio bien, más vale que lo haga. Quiero saber qué sucedió. Quiero saber qué era aquella criatura. Quiero saber por qué quería matarlo. Nuestro Humo ha estado metido en algo. Y ha estado a punto de acabar con nosotros.

Habían discutido eso una y otra vez. Había detalles en la forma de comportarse de Humo que no auguraban nada bueno. Y sospechaban que hasta que conocieran la verdad, estarían en el filo de la navaja.

—No me has dicho lo que te parece.

—Pienso que todo el que te vea creará que pareces un príncipe con sangre azul, en lugar de un vendedor de hortalizas al que le han puesto unas ropas que no le quedan bien y al que acostumbran llamar príncipe.

El príncipe se rió entre dientes.

—Tienes razón. Bajo todo ese sarcasmo, tienes razón. Nunca antes me había preocupado mi aspecto. Claro que tampoco había querido impresionar a nadie. Es hora de que me vaya.

—Imagino que esta vez sí que te acompañaré... —Lo decía en broma, solo para ver cómo reaccionaba.

—Claro que sí. Prepárate. Será divertido ver su reacción.

Y a lo mejor también instructivo. La radisha se sintió orgullosa de su hermano. Después de todo, no estaba tan perdido.

—No tardaré nada.

Y así fue. Le llevó más tiempo dar instrucciones a los que atendían a Humo que vestirse para salir.



Matasanos se apoyó en la lanza que sostenía el estandarte de la Compañía, bajo su disfraz shadar. Estaba hastiado, completamente alerta y del todo angustiado. Había empezado a perder la esperanza de poder escapar. Estaba a un paso de mandarlo todo al infierno e intentar salir por patas a la mínima oportunidad, por pobre que esta fuera.

El prahbrindrah Drah y la Atrapa Almas charlaban y se reían tras faroles de papel, mientras los empleados de la Floresta iban y venían. Estaban ensimismados el uno con el otro. Habían dejado al margen a la invitada sorpresa, la radisha, que era del todo ignorada.

Matasanos se había quejado por el hecho de dedicar tanto tiempo al príncipe y tan poco a la preparación de los soldados. Atrapa Almas le había respondido carcajeándose, y diciéndole que no tenía por qué preocuparse. Que le serían fieles para siempre. Lo de ahora era solo política.

Se veía incapaz de aguantar a su captora por más tiempo. Lo tenía subyugado, desesperado, a poco ya de rendirse. Y cuando lo hiciera, podía decirse que ella se habría llevado la victoria.

Quizá debería hacerlo. Puede que una vez que se apuntase ese último tanto se limitara a irse, de vuelta al norte, donde tenía mejores perspectivas. A veces hablaba de volver al norte.

Ser su pareja había sido un suplicio. Había hecho de él poco más que un botín de guerra. A veces hablaba del hecho de ser la Atrapa Almas, del peso que constituía aquello en lo que había elegido constituirse. En esos instantes, cuando era posible ver su lado humano, era cuando resultaba más vulnerable. En esos momentos él la había confortado. Y sabía bien que no se trataba de instantes fingidos; no era táctica alguna. No había sitio para la sutileza dentro de su catálogo de medios de conquista.

Rumiando estos pensamientos, le llevó un rato darse cuenta de que la radisha le prestaba más atención de la que debía merecer un guardaespaldas. No lo hacía demasiado evidente, pero lo estudiaba concienzudamente. Se quedó perplejo,

inquieto y finalmente curioso. ¿A qué sería debido? ¿Habría algún resquicio en su disfraz? Era imposible saberlo. Nunca había visto al hombre por el que se suponía debía pasar.

Empezó a pensar en lo que estaría haciendo la Dama, en las relaciones que estaría construyendo. ¿Sería aquel un proyecto más dentro de los planes de venganza de la Atrapa Almas? Era posible que no solo quisiera seducirlo y lacerar su corazón, sino también que la propia Dama encontrara a alguien con el que hacer hueco en el suyo, hasta que, finalmente, se enterase de que él no había muerto.

Vaya gente. Todo por unas llanuras insignificantes. Relativamente insignificantes, teniendo en cuenta que ellos, en cierto modo, eran casi semidioses. Puede que, para ellos, el amor tuviera más significado que para los simples mortales.

La radisha lo miraba cada vez con más atención. Fruncía el ceño, en un gesto semejante al que hace alguien que está intentando recordar una cara.

Qué demonios, no tenía mucho que perder. Le guiñó un ojo.

Su única reacción aparente fue arquear las cejas. Dejó de estudiarlo. Fingió un retomado interés por su hermano y la mujer a la que creía la Dama.

Matasanos volvió a imbuirse en sus pensamientos. Perdido en sus divagaciones, no vio a los cuervos levantar el vuelo, uno a uno.

* * *

Aunque había que reconocerle los méritos, la Atrapa Almas no estaba a la altura de la Dama. El carruaje era silencioso y anodino. Matasanos, junto al conductor, agarró su lanza, preguntándose de qué estarían hablando ahí atrás. El príncipe y su hermana habían aceptado el paseo, en vista de que el cielo había empezado a nublarse de nuevo.

Aquella llovizna encajaba con su humor perfectamente.

—¡So! —dijo el conductor.

Matasanos distinguió un repentino resplandor en un callejón al que se aproximaban. Al tiempo que se giraba para comprobar de qué se trataba, una esfera de cegadora luz rosácea, del tamaño de un puño, alcanzó el portalón izquierdo del carruaje. Enseguida una segunda le siguió el paso, acertando al carro en el frontal, envolviéndolo en chispas. Los caballos se soltaron y abandonaron el vehículo, desbocados. Una tercera esfera alcanzó el carruaje, destrozando una de las ruedas traseras.

El vehículo se tambaleó, presto a volcar. Matasanos saltó para abandonarlo. El impulso de su salto contra el carro bastó para evitar el vuelco. Mientras el vehículo se estrellaba finalmente, Matasanos fue a parar al suelo, en la calle pero al otro lado del

callejón.

De dicho callejón salieron unos hombres, cargando.

Matasanos abrió de un tirón la puerta del carruaje. Atrapa Almas y la radisha estaban inconscientes. El príncipe estaba aturdido, pero consciente. Matasanos lo agarró de su preciosa camisa y tiró de él. Al otro lado del carruaje se escuchó un alarido. El conductor.

Matasanos cargó rodeando la trasera del maltrecho vehículo y se dio de bruces con lo que parecía ser una masa de harapos flotantes. Sin dudarlo, le asestó un tajo con la lanza, que aún empuñaba.

Aquel fardo de tela dejó escapar un aullido que hizo que a Matasanos se le helara la sangre.

Era Aullador, y lo acompañaban tres personas más, que se giraron hacia Matasanos.

El príncipe apareció dando tumbos al otro extremo del carro, empuñando su señorial espada. Rebanó la espalda a uno de los atacantes.

Aullador gimió, moviendo ambas manos, enloquecido. Matasanos volvió a acuchillarlo. La calle entera bramó y se estremeció. Matasanos fue arrojado contra el carruaje y sintió que unas cuantas costillas sufrían el impacto. El tronar pareció resonar una y otra vez, como si fuera devuelto incesantemente al retumbar en el interior de un profundo cañón. Su último pensamiento consciente fue: «otra vez no». Apenas había acabado de salir de su convalecencia.

* * *

Tras recuperarse, Matasanos se vio rodeado de gente que corría alocada, como ratones aterrorizados. La radisha estaba arrodillada junto a su hermano. La creciente masa de transeúntes había ahuyentado a los atacantes. Dos de ellos parecían estar muertos y un tercero gravemente herido. Matasanos se incorporó a medias, de rodillas, palpándose las costillas. La respuesta fue un dolor agudo, pero no del tipo que se sentía al tenerlas rotas. Se arrastró hasta la radisha y le preguntó:

—¿Qué tal está?

—Solo inconsciente, creo. No alcanzo a ver ninguna herida —respondió sin mirarlo. Al otro lado de la calle resonaron gritos. Debía de venir de camino una ayuda ya tardía.

Matasanos escudriñó el interior del carruaje.

Atrapa Almas había desaparecido.

Aullado había desaparecido.

¿Se la habría llevado?

La radisha levantó la mirada. Los ojos se le quedaron como platos.

—¡Tú! Ya pensaba que me resultabas demasiado familiar... —¿Es que los conjuros de Atrapa Almas se habrían disipado? ¿Sería él mismo de nuevo?

—¿Adonde fue ella?

—Esa cosa que nos atacó...

—Un hechicero conocido como Aullador. Tan poderoso e inmundado como los Maestros de las Sombras. Ahora trabaja para ellos. ¿Se la llevó?

—Eso creo.

—¡Maldita sea! —Entonces se agachó con cuidado, recogió la lanza y la empleó para ayudarse a sostenerse en pie—. ¡Gente! ¡Salid de aquí! Volved a casa. Apartaos. ¡Un momento! ¿Alguien pudo ver algo de lo sucedido?

Algunos testigos explicaron lo visto. Matasanos volvió a preguntar:

—Esa criatura que huyó. ¿Hacia dónde fue?

Los testigos señalaron al callejón.

Utilizando la lanza a modo de muleta, pues tenía que sumar a las maltrechas costillas un tobillo doblado, cojeó hasta el callejón.

Vacío. Aullador había desaparecido y la Atrapa Almas con él.

Mientras caminaba de vuelta, fue consciente de lo que significaba el fin de los conjuros de Atrapa Almas: era libre. Al menos por el momento.

El prahbrindrah Drah se incorporó. Los transeúntes, conscientes de que habían atacado a su príncipe, comenzaron a marcharse a regañadientes, dedicando gestos amenazantes al atacante que había sobrevivido.

—¡Retroceded! —gritó Matasanos—. Lo necesitamos con vida. He dicho que os vayáis a casa. Es una orden.

Al fin algunos empezaron a reconocerlo.

—¡Es el Libertador! —dijo una voz. Aquel título le había sido concedido por aclamación pública, en los días de la defensa de Taglios al frente de su compañía.

Algunos se marcharon. Otros se quedaron, aunque replegándose.

Cada vez se escuchaba más cerca al grupo de tardío auxilio.

El príncipe miró a Matasanos incrédulo. Este le tendió la mano, y el príncipe la aceptó. Ya puesto en pie, murmuró:

—¿Era el disfraz parte de alguna estrategia que debamos conocer?

—Luego habrá tiempo para eso. —El príncipe debía pensar que se había estado haciendo pasar por Martinete desde el principio—. ¿Podréis caminar? Mejor que salgamos de aquí antes de meternos en más problemas.

Por fin llegó la ayuda esperada, en forma de media docena de guardias de palacio. Alguien con el aplomo suficiente habría ido en su busca.

—¿Es que han raptado a la Dama? —preguntó el Príncipe. Desconcertado, enseguida enmudeció—. Claro, imagino que esa sería su intención; de no ser así,

estaríamos todos muertos.

—Eso imagino yo también. Pero se van a llevar una buena sorpresa. Pongámonos en marcha. —Mientras reemprendían el paso, rodeados por los guardias, Matasanos inquirió—: Y a todo esto, ¿dónde se mete ese mago tuyo cuando se le necesita?

—¿Por qué lo decís? —preguntó la radisha.

—Hace semanas que ese ser inmundo se ha vendido a los Maestros de las Sombras. Preguntadle al respecto.

—Ya nos gustaría poder hacerlo —dijo el príncipe—. Pero estuvo a poco de ser asesinado a manos de un demonio. Ahora está en coma. Irreversible, por lo que parece.

—Alguien debería ir a por el prisionero —dijo Matasanos—. Quizá pueda contarnos algo útil.

Pero no sería así. Mientras nadie lo había estado observando, había fallecido.

Matasanos se sorprendía al comprobar lo rápido que se estaba haciendo cargo de la situación. Puede que fuera por la presión acumulada durante tantos meses indefenso. O quizá fuera debido a la premura derivada de la certeza de que la situación no tardaría en resolverse.

El príncipe debía de estar en lo cierto: la Dama había sido el objeto de aquel ataque. Y eso significaba que el adversario le había perdido el rastro en algún momento, y luego la había confundido con la Atrapa Almas. Sonrió con denuedo. No estaban preparados para tratar a la fiera a la que habían capturado insospechadamente.

¿Durante cuánto tiempo jugaría con ellos la Atrapa Almas antes de descubrir su verdadera identidad? ¿Le bastaría a él?

Mejor no contar con eso. Debía apresurarse.

Debía recomponerse tanto como pudiera, mientras tenía la oportunidad.

* * *

Matasanos acabó de contar su historia. El príncipe y su hermana lo habían escuchado boquiabiertos. La radisha fue la primera en recuperar su desenvoltura. Siempre había tenido más tablas que su hermano.

—Ahora que lo recuerdo, Humo nos alertó de que no todo era lo que aparentaba ser. Dijo que podía haber personas implicadas en todo esto que no alcanzábamos a ver.

Todos volvieron la mirada hacia el mago comatoso.

—Príncipe, esta noche hicisteis buen uso de vuestra arma. ¿Veis factible atravesarle con ella si opusiera resistencia?

—No veo por qué no. Después de en lo que nos ha metido, el único problema que veo será no aguijonearlo antes de conseguir sonsacarle.

—No es tan malo. Solo picó el anzuelo mientras creía estar cumpliendo con su deber. Su problema es que cuando se le mete una idea en la cabeza, es incapaz de desecharla aunque no sea la correcta, no importa cuántas pruebas puedas ponerle enfrente. Había decidido que nosotros éramos los malos, que volvíamos para traer el caos a la región, y le perdió su cabezonería. Probablemente nunca llegue a cambiar de idea. De ser ejecutado, moriría considerándose un héroe y un mártir, que murió intentando salvar a Taglios. Quizá pueda reanimarlo. En ese momento deberéis estar atentos para apresararlo, por si intenta algún truco. Hasta un mago maltrecho puede ser letal si se lo propone.

A Matasanos le llevó una hora conseguirlo, pero finalmente logró hacer despertar al mago, para acto seguido hacerle escupir todo lo que sabía.

Entonces, el príncipe se pronunció:

—¿Qué podemos hacer? Aunque su arrepentimiento sea sincero, los Maestros de las Sombras conservan sobre él una atadura que no podemos romper. No quiero matarlo, pero, después de todo, es un mago. Nos sería imposible mantenerlo recluso.

—Pero sí podemos mantener su mente recluida. Tendréis que darle de comer y cambiarle los pañales como a un bebé, pero podría devolverlo al coma.

—¿Y sanaría?

—Su cuerpo, sí. Aunque no puedo hacer nada para reparar el mal que ese demonio hizo a su alma. —La antigua cobardía de Humo parecía haberse tornado en atrevido coraje.

—Hacedlo entonces. Ya nos ocuparemos de él llegado el momento.

Y Matasanos cumplió lo que dijo.



Las sombras al servicio de Conjura Sombras seguían sin descubrir mi paradero. Parecía incapaz de adaptarse a la situación. Y los murciélagos no le servían de nada ahora. De hecho, casi se podía decir que se habían extinguido en el territorio que dominaba mi tropa.

Di el alto a kilómetro y medio del lugar en que mis exploradores habían informado de que Conjura Sombras había establecido su campamento. Habíamos recorrido una distancia considerable en poco tiempo. Necesitábamos descansar.

Narayan se reclinó junto a mí. Jugueteando con su pañoleta, musitó:

—Dama, no acabo de tenerlo claro. Una parte de mí cree firmemente que la diosa desea que cumpla esta tarea, que será lo más grande que haya hecho nunca en su nombre.

—¿Pero?

—Estoy asustado.

—Por como lo dices parece algo de lo que deberías avergonzarte.

—No estaba tan asustado desde mi primera vez.

—Es que esta no es una víctima normal y corriente. Vas a arriesgar más de a lo que estás acostumbrado.

—Soy consciente. Y ese mismo hecho despierta en mí dudas acerca de mi capacidad, de mi valía... incluso de mi diosa. —También parecía avergonzarle admitir una cosa así—. Dama, ella es la número uno entre todos los Impostores. A veces llega a engañarse incluso a sí misma. Y, aunque se trata de una hazaña que hay que acometer, incluso yo, que nunca he ejercido como sacerdote, percibo que los augurios no nos son favorables.

—¿De veras? —Yo no había percibido ninguno, ni malo ni bueno.

—Los cuervos, Dama. Esta noche no nos acompañan.

No me había dado cuenta de eso. Había acabado por acostumbrarme a su presencia, tanto que ya daba por sentado que estarían ahí, tanto si los veía como si no. Tenía razón. No se veían por ninguna parte.

Eso debía tener algún significado. Probablemente alguno importante. Era incapaz de concebir la idea de que su amo pudiera permitirse dejarme un solo minuto sin vigilancia. Lo cierto era que su ausencia no era por mi culpa. Y dudaba también que fuera cosa de Conjura Sombras.

—No me había dado cuenta, Narayan. Es curioso. Aunque, personalmente, es el mejor augurio que he visto en meses.

Me miró frunciendo el ceño.

—Amigo mío, no te preocupes. Eres Narayan, una leyenda viviente. Aquel que será santificado por los suyos. Lo harás bien. —Entonces pasé de la entonación canturreada al tagliano común—. Hoja, Swan, ¿estáis listos?

—Cuándo queráis, querida —respondió Swan—. Os seguiría hasta el fin del mundo. —La tensión lo hacía desvariar.

Estudí a mi grupo: Hoja, Swan, Martinete, Narayan y los dos sujetabrazos. Éramos siete en total. Como Swan había apuntado, el número mínimo para un grupo con una misión semejante. Un conjunto absolutamente diverso. Según los estándares de cada uno, todos podían considerarse buenas personas. Para los demás, todos, exceptuando a Swan, eran unos villanos.

—En marcha, entonces. —Antes de que acabara perdiéndome en mis divagaciones.

No tuvimos que decir una sola palabra. Ya estaba todo hablado. Ni una sola palabra, pues no queríamos alertar a Conjura Sombras.

* * *

El suyo era un campamento absolutamente descuidado. Apestaba a desmoralización. Para Conjura Sombras, mi variopinto ejército podía ser capaz de batir a aquellos habitantes de las tierras de las sombras. Y eran conscientes de ello. Solo aguardaban el momento.

Caminamos entre metros y metros de vigías que murmuraban sentados frente a hogueras. Su lengua recordaba al tagliano. Cuando hablaban con calma, podía entenderla.

No había dudas de que estaban desmoralizados. Hablaban refiriéndose a hombres que sabían habían desertado. Parecían ser muchos, y también se reconocían evidentes intenciones de seguir su ejemplo.

Narayan lo tenía más claro. Confiaba únicamente en sus propias habilidades. Apareció reptando por el hueco junto al que lo aguardábamos. Con un susurro incapaz de viajar más allá de dos palmos, me dijo:

—Hay un redil con prisioneros a la izquierda. Taglianos. Son varios cientos.

Digerí la información. ¿Podría utilizarlos en mi favor? La situación tenía potencial para generar una diversión. Pero era lo último que buscaba ahora.

—¿Hablaste con ellos?

—No. Podrían habernos delatado.

—Tienes razón. Nos ceñiremos a la misión.

Narayan abrió paso. Dio con otro lugar en el que agazaparnos. Empecé a sentir la cercanía de Conjura Sombras. Para un poder tan grade como el suyo, no irradiaba demasiada energía. Hasta entonces solo podía certificar su presencia en el campamento. Ahora podía decir algo más:

—Por allí.

—¿La tienda grande? —preguntó Narayan.

—Eso creo.

Nos acercamos. Por lo que parecía, Conjura Sombras no creía tener la necesidad de disponer de guardias. Puede que él mismo se considerase su mejor salvaguardia. O puede que no quisiera tener a nadie tan próximo a él mientras dormía.

Nos agazapamos envueltos en tinieblas, a menos de cuatro metros de la tienda. En su extremo más apartado ardía una hoguera. De su interior no brotaba luz alguna. Desenvainé mi acero.

—Hoja, Swan, Martinete, preparaos para cubrirnos si algo sale mal. —Diablos. Si algo salía mal estaríamos muertos. Y todos éramos conscientes de ello.

—¡Señora! —protestó Martinete. Su voz amenazaba con adquirir un volumen peligroso.

—Quédate ahí, Martinete. No es momento para discutir. —Ya habíamos tenido esa discusión, en realidad. Y no pensaba ceder. Avancé. Narayan y sus sujetabrazos volaron tras mis pies. Y lo mismo hizo el olor a muerte.

Me detuve a un metro de la tienda, arrastré la hoja sobre las lonas. Se cortaron sin un susurro. Uno de los sujetabrazos ensanchó el hueco lo suficiente como para que Narayan se colase en el interior. Los demás lo siguieron, yo fui la siguiente y luego el primero de los sujetabrazos.

El interior estaba muy oscuro. Narayan nos tocó para señalar que debíamos quedarnos quietos. Era un cazador paciente. Mucho más de lo que yo podría haberlo sido en su lugar, consciente de que la luna estaba a punto de alzarse, arrebatándonos aquella oscuridad. Mientras nos habíamos aproximado a la tienda, habían empezado a hacerse visibles sus primeros rayos.

Narayan dio inicio a su avance; lento, certero, sin levantar un solo ruido. Sus sujetabrazos estaban a su altura. Era imposible hasta oírlos respirar.

Tuve que hacer esfuerzos extraordinarios para no tropezar con nada. Podía sentir la presencia del Maestro de las Sombras, pero era incapaz de ubicarlo.

Narayan, en cambio, parecía saber bien hacia dónde dirigirse.

Al frente debía de haber colgantes que impidieran el paso de la luz, pues la hoguera del exterior no penetraba en la tienda. Deseaba poder ver algo.

E inesperadamente, se hizo esa luz que tanto había ansiado. La suficiente para vislumbrar la espantosa certeza que nos aguardaba.

Teníamos a Conjura Sombras a nuestra izquierda, sentado en posición de loto, contemplándonos a través de una inhóspita máscara de rasgos bestiales.

—Bienvenidos —dijo con una voz que sonaba al siseo de una serpiente. Débil, apenas audible—. Os estaba esperando.

De modo que, después de todo, no habíamos engañado del todo a las sombras.

Pareció adivinar mis pensamientos.

—No fueron las sombras, Dorotea Senjak. Conozco tu forma de pensar, y pronto adquiriré todos tus pensamientos. ¡Arrogante perra! ¿De veras creíste que ibas a poder derrotarme con una espada y la compañía de tres hombres desarmados?

No respondí. No había nada que responder. Narayan empezó a moverse, gesticulando levemente, con un gesto de Estrangulador. Estaba aparentemente inmóvil. Si Conjura Sombras los consideraba realmente hombres desarmados, quizá podíamos tener una oportunidad.

Entonces me decidí a hablar.

—Si crees que me conoces, es que no lo haces en absoluto —lo quería más cerca. Al alcance de Narayan—. ¡Madre Oscura! ¡Madre Kina! ¡Escúchame! Es tu hija quien te llama. Madre, atiende.

No se movió, pero me acertó con algo invisible que me hizo retroceder unos tres metros y soltar un alarido.

La disciplina de la que hicieron gala Narayan y sus hombres me tenía perpleja. No se arrojaron sobre Conjura Sombras, como hubiera sido de esperar. Y tampoco corrieron tras mis pasos, alejándose de su objetivo. Apenas se movieron ligeramente, para estar mejor dispuestos y equilibrados, con un ajuste casi imperceptible.

Conjura Sombras se alzó poco a poco, aparentemente dolorido. Apoyaba uno de sus brazos en una muleta.

—Así es. Estoy tullido. Y sin esperanza de sanar, pues mi único aliado no está dispuesto a concederme la ayuda, que me niega al creer que ya no le soy útil. Y debo agradecértelo. —Entonces extendió una mano. Una sogá, casi invisible, envuelta en llamas azuladas, serpenteó desde sus dedos en dirección a mí. Entonces hizo un gesto de tirar de ella. La cuerda me arrastró hacia él. Era doloroso. Apenas pude reprimir un alarido.

Quería que chillase. Quería que despertara a todo el campamento, para así poder hacer ver a sus incompetentes secuaces hasta dónde habíamos llegado gracias a su descuido. Quería jugar al gato y al ratón.

Entonces la pared de la tienda que estaba a su espalda reventó hacia dentro. Dos

hojas rasgaron telas, y brotó de entre ellas Martinete. Conjura Sombras se giró. Martinete chocó contra él, enviándolo dando tumbos junto a Narayan.

Entonces este y sus sujetabrazos se movieron como mangostas atacando. Narayan pasó su pañuelo alrededor del cuello del Maestro de las Sombras, tan rápidamente que a mis ojos pareció cosa de magia. Los sujetabrazos cumplieron con su cometido, y ya tenían sus miembros estirados antes que su objetivo frenara su inesperado impulso.

La cuerda púrpura me soltó y envolvió a uno de los sujetabrazos. La víctima ensanchó los ojos. Sofocó un grito e intentó seguir sujetando al Maestro de las Sombras, pero le fue imposible.

Nuestro objetivo lanzó entonces su soga contra Narayan. Este adquirió también una mirada desorbitada. Soltó la pañoleta, y Conjura Sombras se volvió entonces contra el segundo sujetabrazos.

Pero Martinete lo atacó por la espalda, cogiéndolo por el cuello y el trasero, levantándolo por encima de su cabeza. Conjura Sombras lo azotó con la cuerda. Aparentemente inmune al dolor, Martinete se dejó caer sobre una rodilla, lanzando al Maestro de las Sombras contra la otra.

Se escuchó el sonido de huesos al romperse, y entonces el mundo entero habría sentido un alarido terrible de no haber sido por la eficacia de Narayan con la pañoleta: había enlazado el cuello de Conjura Sombras al vuelo, mientras Martinete lo lanzaba contra su rodilla. Cayendo junto con su objetivo, ya tenía la lazada bien prieta cuando el aullido intentó abrirse paso por la garganta del Maestro de las Sombras.

Tanto Martinete como Narayan sostuvieron firmemente a su presa.

Hoja entró entonces en la tienda, atravesando con su arma el corazón de Conjura Sombras.

—Sé que tenéis costumbre de hacerlo de otro modo, pero más vale asegurarse.

Bajo su quejumbroso aspecto, Conjura Sombras ocultaba una vitalidad asombrosa. Hoja tenía razón. Incluso después de acuchillado varias veces y estrangulado por completo, con la espalda rota, el brujo seguía forcejeando. Martinete, Narayan y ambos sujetabrazos seguían aterrándolo. Yo me adelanté para ayudar a Hoja a asestarle tajos y cuchilladas.

Swan seguía en el exterior de la tienda, junto al hueco que habíamos abierto. Estaba boquiabierto, tan nervioso que no podía hacer más que seguir vigilando. Pobre Swan. No estaba hecho para la guerra y la violencia.

Tuvimos que trinchar a Conjura Sombras en media docena de piezas para que, finalmente, dejara de forcejear. Permanecimos contemplando los restos. Todos estábamos cubiertos de sangre. Nadie parecía estar por la labor de hacer otra cosa que no fuera jadear y preguntarse si realmente habíamos tenido éxito. Narayan, quien rara

vez dejaba entrever su estado de ánimo, fue el primero en romper el silencio.

—Señora, ¿se puede decir ahora que soy un santo Estrangulador?

—Por tres veces. Te has ganado la inmortalidad. Y ahora mejor será que salgamos de aquí. Que cada uno coja un trozo.

Swan emitió un sonido ahogado de inquietud.

—La única forma de asegurar su fin es quemarlo y esparcir sus cenizas —dije—. Alguien como Sombra Larga podría revivirlo, incluso en su estado actual.

Swan vomitó su última comida. Pareció avergonzarse, como si pensara no haber contribuido en nada a lo que habíamos logrado.

Yo recogí la cabeza de Conjura Sombras. Al pasar junto a Swan le guiñé un ojo y le di un apretón de manos. Al menos eso le haría dejar de darle vueltas a la cabeza.

La luna ya había salido. Faltaba un día para la luna llena completa. Apenas asomando por el horizonte, parecía un monstruo anaranjado. Gesticulé a los demás, indicándoles que se dieran prisa, mientras aún podíamos aprovechar las últimas sombras que ocultaran nuestra huida.

Estábamos a medio camino de la frontera del campamento cuando un espantoso alarido resonó en la noche. Una figura tembló sobre el semblante de la luna. Un segundo aullido volvió a rasgar el silencio. Era un aullido que transportaba una agonía mortal.

—Vamos a tener que correr, Dama. Vamos a tener que correr —dijo Martinete espoleándome.

Por todas partes surgieron soldados de las tierras de las sombras, apresurándose para comprobar de dónde procedía aquel jaleo.



Mientras entraba en los barracones de la ciudad, Matasanos contempló la luna. No habían pasado aún ni cuatro horas desde que tuviera lugar el ataque, y ya todo Taglios sabía que los Maestros de las Sombras habían lanzado un ataque contra el prahbrindrah Drah. Toda la ciudad estaba furiosa.

Y todos sabían ya que el Libertador estaba vivo, que había fingido su propia muerte para conducir al enemigo hasta un terrible error. El complejo militar estaba repleto de hombres ansiosos por arrasar las tierras de las sombras hasta no dejar una brizna de hierba.

Era una situación inestable. Aquella horda deficientemente armada y entrenada no le iba a servir de mucho. Sin embargo, Matasanos decidió reunirlos a todos en la fortaleza que la Dama había empezado a construir, para luego ir desplazándolos al sur en batallones de cinco mil hombres. Ya tendrían tiempo de organizarse durante el camino.

Sospechaba que la mayoría cambiaría de idea antes de alcanzar Ghoja. Independientemente de lo furiosos que pudieran estar, no tenían la infraestructura necesaria para organizar una campaña de represalia. Con todo, sabía que no atenderían a razones, de modo que les dijo justo lo que querían escuchar y se hizo a un lado.

El prahbrindrah Drah estuvo a su lado. El propio príncipe estaba también furioso, aunque la suya era una rabia encauzada por la realidad de la situación. Matasanos delegó sus quehaceres en gente de su confianza, y finalmente dio con los caballos que habían estado tirando del carruaje. Mientras los preparaban recorrió apresurado el campamento, haciéndose con equipo y suministros. Nadie le cuestionó. Los aspirantes a soldados lo veían pasar como un fantasma.

Cogió un arco y un puñado de flechas negras de un escondrijo. Atrapa Almas las había sacado de Dejagore junto con su armadura.

—Son un regalo de tiempo atrás. De cuando yo era poco más que un médico. Me sirvieron bien. Las reservaba para una ocasión especial. Y creo que esta lo merece.

Una hora después, ambos abandonaban la ciudad. El príncipe se preguntaba en voz alta si habría actuado bien, después de haber discutido con su hermana respecto a unir fuerzas con Matasanos. Este le dijo:

—Puedes volverte si quieres. No hay tiempo para introspecciones y titubeos. Claro que, antes de eso, dime a dónde envió la Dama a esos arqueros.

—¿Qué arqueros?

—Los que acabaron con los sacerdotes. La conozco bien. Sé que no los habrá conservado a su lado. Los habrá mandado a algún otro lugar.

—A Vehdna-Bota. A custodiar el fuerte.

—Entonces cabalgaremos a Vehdna-Bota. O cabalgaré, si es que vuelves a casa.

—Yo os acompaño.



No había escapatoria del campamento de los habitantes de las tierras de las sombras. Estábamos atrapados. Y lo peor de todo: no sabía qué hacer.

—Kina —dijo Martinete. El grandullón, afable y mostrenco Martinete había pensado más rápido que yo.

Era cosa de ilusiones, no mucho más complicado que hacer que unas llamas mágicas revolotearan alrededor de una armadura. Me llevó poco más de un minuto transformarnos a ambos. Entretanto, los habitantes de las tierras de las sombras se nos echaban encima, aunque no con el entusiasmo que podía esperarse de alguien que acaba de coger a su enemigo desprevenido.

Sostuve en alto la cabeza de Conjura Sombras. La reconocieron. Potencié mi voz con un conjuro.

—El Maestro de las Sombras ha muerto. Mi disputa no es con vosotros. Claro que, si insistís, podréis uniros a él.

Swan se dejó llevar.

—¡Arrodillaos, gusanos! —bramó—. ¡Arrodillaos frente a vuestra señora!

Volvieron su mirada hacia él. Un palmo más alto que el más grande de todos ellos, pálido como la nieve y con una melena dorada. ¿Un demonio con forma humana? Entonces miraron a Hoja, casi a su altura en exotismo. Y finalmente me contemplaron a mí y observaron la cabeza de Conjura Sombras.

—Arrodillaos ante la Hija de la Noche —dijo Martinete. Lo tenía tan cerca que podía sentir cómo temblaba. Estaba aterrorizado—. Tenéis ante vosotros a la Hija de Kina. Rogadle misericordia.

Swan cogió al habitante de las tierras de las sombras que tenía más próximo y lo obligó a ponerse de rodillas.

No podía creerlo. Se estaban tragando nuestro farol. Uno a uno se fueron arrodillando. Narayan y sus sujetabrazos empezaron a entonar cánticos. Se decantaron por algo sencillo: repeticiones de mantras, cosas cotidianas en los ceremoniales gunni y oficios shadar. Las adaptaban colando frases como «Kina, te

rogamos misericordia. Bendice a tu devota estirpe, que tanto te adora». Y también «ven a mí, Madre de la Noche, mientras aún saboreo sangre en mi boca».

—¡Cantad! —gritó Swan—. ¡Cantad, escoria! —Haciendo como solo Swan sabía hacer, empezó a dar alaridos, obligando a que los más reticentes se arrodillasen y a que los silenciosos cantaran. Parecía demente. Solo un demente puede violentar a un adversario que lo supera en número de uno contra mil. Podrían habernos hecho pedazos. Pero no eran demasiado astutos.

—Son un poco tontos —dijo Hoja maravillado—. Pero más nos vale seguir echando leña al fuego y no darles tiempo para pensar.

—Tráeme agua. Necesito mucha agua. —Sosteniendo en alto la cabeza del Maestro de las Sombras, exigí silencio—. ¡El diablo ha muerto! El Maestro de las Sombras ha visto su fin. Sois libres. Tenéis la bendición de la diosa. Os la ha concedido aun después de haberle vuelto la espalda durante generaciones, incluso después de haberla negado e injuriado. Pero en vuestros corazones está la verdad, es por eso que os bendice. —Azucé las llamas que me rodeaban hasta convertirme en una tea con cara—. Os ha concedido la libertad, pero no es un regalo.

Hoja volvió cargado con un odre de agua.

—Necesitaré un cazo también —le susurré—. Y esconde el agua cuanto puedas. —Continué esforzándome por conseguir mantener un estado de histeria colectiva. Y resultaba menos complicado de lo que podía ser razonable. Los habitantes de las tierras de las sombras estaban cansados, aterrorizados, y odiaban a los Maestros de las Sombras. Narayan dirigió otro cántico. Hoja sacó una copa de la tienda de Conjura Sombras. Lo dispuse todo. No era un conjuro sencillo, pero obtuve un nuevo éxito inesperado.

—Ahora beberé la sangre de mi enemigo. —Yo sabía que el agua de la copa no era más que agua. Y sabía a agua. Pero, a los ojos de los habitantes de las tierras de las sombras, cuando Narayan y sus sujetabrazos empezaron a utilizarla para trazar señales en sus frentes, era auténtica sangre. Hice que las marcas fueran indelebles. Mientras vivieran, aquellos hombres llevarían una marca de sangre.

Hasta este último truco se tragaron. Muchos de ellos decidieron ponerse en pie y poner rumbo a sus casas.

Después de marcar a unos pocos cientos, ordené a los oficiales entre sus filas unirse a mí. Un buen puñado de ellos lo hizo, pero la mayoría había optado por estirar las piernas. Estaban más sometidos a los Maestros de las Sombras por su clase que por su rango o categoría.

—La libertad, como todo, tiene un precio —dije a los oficiales—. Ahora me pertenecéis. Os debéis a Kina. Y esta tiene una misión para vosotros. —No se interesaron por la naturaleza de la misión. Simplemente se preguntaban cómo habían sido tan estúpidos como para quedarse—. Continuaréis con el asedio a Dejagore, pero

no deberéis combatir con los hombres allí atrapados. Los tomaréis prisioneros si intentan escapar, pero solo os enfrentaréis a los llamados nar. Son ellos los enemigos de la diosa.

Luego supe que aquello es lo que habrían hecho igualmente. Las inundaciones habían causado estragos en las reservas de comida que aún quedaban en la ciudad. Mogaba había ignorado en su racionamiento a los habitantes originales de la ciudad. Las enfermedades proliferaban, y los nativos de Dejagore se habían levantado contra Mogaba. El recién creado lago estaba lleno de cadáveres.

Unas medidas tan draconianas habían costado a Mogaba el apoyo de numerosos soldados, que habían comenzado a desertar. De ahí los prisioneros en la prisión del campamento.

Pero de esa prisión no salía otra cosa que silencio. Puede que sus intrigantes desconocieran lo que estaba sucediendo. Puede que temieran atraer la atención para sí. Envíe a Hoja a liberarlos, y a darles instrucciones de dónde podían encontrar a Mather.

Si los habitantes de las tierras de las sombras no me paraban los pies, acabaría aceptando aquel absurdo giro en los acontecimientos.

Ni siquiera levantaron un murmullo. Al amanecer, marcharon a retirar sus avanzadillas en las colinas.

Narayan apareció luciendo la mayor de sus sonrisas.

—Señora, ¿aún os queda alguna duda?

—¿Duda? ¿Sobre qué?

—Sobre Kina. ¿Tenemos o no tenemos su aprobación?

—La de alguien, desde luego. Digamos que es la de Kina. No había visto nada parecido desde que mi marido... No lo habría creído de no haber estado aquí.

—Han estado viviendo durante una generación entera bajo el yugo de los Maestros de las Sombras. Nunca se les ha permitido hacer otra cosa que no sea lo que se les ordenaba. Y la desobediencia se castigaba de forma terrible.

Esa era parte de la explicación. Como lo era la voluntad de desafiar a la opresión. Y puede que Kina también hubiera tenido algo que ver. A caballo regalado no le mires el diente.

Casi todos los prisioneros se habían marchado ya; escogí a dos de ellos para interrogarlos.

—Me reuniré con Sindhu y Murgén —le dije a Narayan.

Enseguida vinieron. Sindhu seguía siendo el mismo de siempre, grande, imperturbable y escueto. Me contó todo lo que había presenciado. Me dijo los amigos de los que podríamos disponer. Permanecerían en sus puestos, listos para servir a la diosa. Dijo que Mogaba era un terco, que se aferraría hasta al último de sus hombres, que no le importaba lo más mínimo que Dejagore hubiera acabado convirtiéndose en

un infierno de epidemias y hambrunas.

—Mogaba busca su lugar en los Anales —añadió Murgen—. Recuerda a Matasanos solo en lo que respecta a desperdiciar ocasiones cuando la Compañía debe hacer frente a lo peor.

Murgen rondaba la treintena. Él sí que recordaba a Matasanos. Era alto, enjuto y estaba permanentemente triste. Había ejercido como portaestandarte de la Compañía y como sustituto de Matasanos en las tareas de Analista. Si todo transcurría como debía, en veinte años ocuparía el puesto de Capitán.

—¿Por qué desertaste? —Aquella no era la clase de acción que se esperaba de él, sin importar la opinión que pudiera tener de su comandante.

—No lo hice. Un Ojo y Goblin me enviaron en vuestra busca. Me juzgaron capaz de atravesar las defensas. Estaban equivocados. Y no me dotaron de la ayuda suficiente.

Un Ojo y Goblin eran hechiceros menores, tan viejos como el pecado y siempre en desacuerdo. Junto a Murgen constituían los últimos reductos del grupo originario de la Compañía Negra que vino del norte, los últimos de aquellos que habían elegido a Matasanos como Capitán y me habían nombrado a mí su Lugarteniente.

Hablamos. Me dijo que Mogaba estaba perdiendo el apoyo de los hombres a los que habíamos reclutado en nuestro camino hacia el sur.

—Quiere hacer de la Compañía un grupo de cruzados. Para él no es una hermandad de guerreros levantada a partir de parias. Quiere convertirla en una panda de guerreros fanáticos religiosos —dijo.

—Adoran a la diosa, señora —intervino Sindhu—. O eso creen hacer. Pero cometen herejías repugnantes. Peor que si no fueran creyentes.

¿Por qué estaría tan indignado? No acababa de entenderlo. Para una persona impía no es fácil comprender esas mínimas distinciones en la doctrina que conceden a los verdaderos creyentes motivo para la indignación. Ya resulta complicado aceptar el hecho de que crean realmente en el sin sentido de su fe. No dejaba de preguntarme si me estaban tomando el pelo, mientras se esforzaban por aguantarse la risa.

Los dos me dieron información de sobra que digerir. Lo intenté. Pero me acababa de levantar. Con sueño o no, era tiempo de estar enferma. Y estaba enferma.



Los mensajeros incorpóreos de Sombra Larga lo alertaron del regreso de Aullador mucho antes de que este apareciera. El Maestro de las Sombras fue al lugar en que solía emerger para esperarlo. Esperó. Y esperó. Y empezó a preocuparse. ¿Le habría traicionado aquel mequetrefe en el último instante?

Las sombras le dijeron que no. No había sido así. Estaba de camino. Estaría al llegar.

* * *

Avanzaba con lentitud. Estaba moribundo. Nunca había sentido tanto dolor, nunca había sufrido de aquella forma. Hasta un punto en que le obnubilaba la conciencia. Únicamente lo mantenía en pie su voluntad, amparada por un talento fuera de lo normal. En su cabeza solo había cabida para un pensamiento: seguir avanzando. Si se doblegaba ante el dolor, caería y acabaría sus días en aquel erial.

Aulló desgarradoramente, hasta que la garganta no le permitió seguir haciéndolo. Sentía cómo el veneno seguía extendiéndose por su vieja piel, devorándolo vivo, aumentando si era posible el dolor.

Estaba perdido, y solo aquel que ansiaba ver su fin podía salvarlo.

Al fin, los relucientes torreones acristalados de Atalaya asomaron en el horizonte.

* * *

Las sombras informaron que Aullador estaba a unos pocos kilómetros, pero casi incapaz de continuar la marcha. Iba solo, cargando con la mujer.

Las piezas empezaban a encajar. Aullador se había visto obligado a combatir. Senjak se había mostrado más poderosa de lo previsto. Ahora había que dejar que

Aullador la trajera hasta la fortaleza. Él podía ocuparse de eso. Cuando por fin tuviera a la mujer en sus manos, dejaría de serle útil. Con los conocimientos de su recién adquirida prisionera, no iba a necesitar más sus servicios.

Entonces vinieron sombras de muy lejos. Enmarañadas, contaban noticias que le hicieron maldecir antes siquiera de oír la mitad de lo que le tenían que contar.

¡Conjura Sombras asesinado! ¡A manos de los devotos de esa demente diosa que reivindicaba Senjak!

¿Es que las malas noticias no tenían fin? ¿Por qué no podían pasarle dos cosas buenas seguidas? ¿Debía acostumbrarse a que cualquier triunfo presagiara un desastre?

Borrascosa estaba perdido. Las huestes de Conjura Sombras se evaporarían como agua de rocío. Antes de la puesta del sol, las sombras dirían adiós a la mitad de sus tropas armadas. Los maltrechos restos de la Compañía Negra abandonarían la ciudad, y su enloquecido líder podría dar rienda suelta a su insana ambición.

No obstante, tenía a Senjak. Iba a apoderarse de una biblioteca viviente que albergaba todo poder y mal concebido por la mente humana. Una vez que descorchara esa botella, nadie se atrevería a interponérsele. Sería más poderoso de lo que ella nunca había sido, un igual a su esposo, en el cénit de su poder. Albergaba cosas en su mente de las que nunca se atrevería a hacer uso, pues en lo más profundo de su ser tenía cabida la indulgencia. Él no era indulgente. No iba a descartar ninguna herramienta. Regiría administrando todo su poder. Su nuevo reinado empujaría al antiguo imperio de la Dama y de su antiguo esposo, Dominador. Todo el mundo se rendiría a sus pies. Nadie en toda su extensión podría frenarlo. Nadie estaría a la altura de su magnificencia y poder, con Aullador mutilado y sentenciado a muerte.

Entonces sintió el revolotear de un cuervo solitario. Aunque parecía comportarse como tal, su presencia le hizo maldecir de nuevo. Lo había olvidado apenas por un momento. Sí que había alguien. Ella aún rondaba por alguna parte.

La alfombra de Aullador apareció renqueante, precedida por la agonía de sus sofocados gritos. Se arrastró pesadamente los últimos metros y finalmente se derrumbó. Sombra Larga volvió a maldecir. Adiós a otra herramienta más. La mujer, inconsciente, cayó de bruces. Yació inmóvil, entre ronquidos. Aullador dio también varios tumbos y no dejó de moverse aún tras que su cuerpo se detuviera, recorrido por los estertores. Entre fallidos aullidos logró espetar un débil gemido.

Un escalofrío recorrió a Sombra Larga. Senjak no podía ser la responsable del estado de Aullador. Una terrible hechicería venenosa estaba consumiendo al menudo mago. Y era tan vigorosa que su solo poder no era suficiente para hacerle frente.

Un poder espantoso andaba suelto en el mundo.

Se arrodilló. Reposó sus manos sobre Aullador, aplacando todo su odio. Hurgó en su interior, combatiendo dolor y veneno a partes iguales. Consiguió hacerlos

retroceder débilmente. Siguió esforzándose y los sometió algo más.

Aquello dio a Aullador un respiro, suficiente para permitirle unirse a los esfuerzos del Maestro de las Sombras. Juntos combatieron el mal hasta hacerlo retroceder lo bastante como para que Aullador recuperase la consciencia. El pequeño hechicero jadeó:

—La Lanza. Tienen la Lanza. No pude presentirlo. Su guardaespaldas me atravesó con ella por dos veces.

Sombra Larga estaba demasiado perplejo para maldecir.

¡Así que la lanza no se había perdido! ¡Estaba en manos del enemigo!

—¿Y saben lo que tienen? —graznó—. Antes no lo habían sabido. Solo ese enloquecido capitán en Borrascosa era consciente. Pero si llegaban a saber la verdad...

—No lo sé —chilló Aullador. Volvía a retorcerse de dolor—. No me dejes morir.

¡La Lanza!

Se les arrebatava un arma y encontraban otra. El destino era un perro traicionero.

—No te dejaré morir —dijo Sombra Larga. En realidad, esa había sido exactamente su intención hasta hacía solo un instante. Pero la Lanza lo cambiaba todo. Ahora iba a necesitar hasta la última herramienta que tuviera a su alcance—. Traedlo dentro —gritó a sus sirvientes. A ella arrojadla a la celda de la dovela. Y haced que las sombras la acompañen.

Volvió a espetar una maldición. El acceso a su ansiada fuente de conocimientos iba a demorarse de nuevo. Salvar a Aullador iba a ser una tarea ardua.

El veneno que lo devoraba era el más potente de todo el mundo, y lo era porque no pertenecía a él, si las leyendas estaban en lo cierto.

Miró hacia el sur, estudiando la llanura de reluciente piedra pulida, que brillaba bajo el sol de la mañana. Algún día...

Hacía mucho tiempo, la Lanza había salido de allí. Era un juguete comparado con lo que aún reposaba en la llanura, esperando a ser recogido por unas manos con suficiente voluntad para hacerlo.

Algún día.



Tardé seis días en solucionar mi investidura en Dejagore. Menos de seis mil hombres quedaban de los tres grandes ejércitos que había reunido Conjura Sombras. La mitad de esos hombres, por diferentes razones, no estaba a la altura. Los combatí a lo largo de las costas del lago. Mis hombres dieron cuenta de ellos. Luego mandé a Murgén de vuelta a la ciudad.

No quería ir. Y no lo culpo. Mogaba bien podría querer ejecutarlo. Pero alguien debía hablar con los supervivientes e informarlos de que, al fin, podían salir. Debía advertirse a todos, exceptuando a los leales a Mogaba.

Mi propia gente parecía no comprender la situación. Pero no perdí tiempo en explicársela. No tenían por qué saberlo. Su única preocupación debía ser cumplir las órdenes.

La noche posterior a la partida de Murgén, varias docenas de soldados taglianos desertaron de la ciudad. Sus noticias eran desalentadoras. Las epidemias iban a peor. Mogaba había ejecutado a cientos de nativos más y a una docena de miembros de sus propias tropas. Únicamente los nar no se quejaban de la situación.

Mogaba sabía de la vuelta de Murgén. Sospechaba que había estado conmigo y que ahora iba en su busca. Mantuvo un agrio enfrentamiento con los magos de la Compañía respecto al portador del estandarte.

No se descartaba el amotinamiento, a menos que las deserciones debilitasen esa posibilidad. Sería la primera vez. En todos los Anales no había registro alguno de un acontecimiento semejante.

Narayan se ponía más y más nervioso pensando en su demorado Festival, temeroso de que yo pudiera querer eludir mi presencia allí. Me esforcé por reconfortarlo.

—Tenemos tiempo de sobra. Y tenemos a los caballos. Saldremos en cuanto deje las cosas listas aquí. —Claro que también quería hacerme una idea de lo que estaba sucediendo al sur. Había enviado jinetes para comprobar los efectos allí de las noticias del destino de Conjura Sombras. Hasta el momento no había recibido

demasiada información al respecto.

La noche antes de que Narayan, Martinete y yo misma pusiéramos rumbo al norte, seiscientos hombres más desertaron de las filas de Mogaba, dejando Dejagore en balsas o a nado. Los recibimos como a héroes, con promesas de importantes cargos en nuevas tropas.

La cabeza de Conjura Sombras, a la que se le habían extirpado y triturado los sesos, daba la bienvenida a los recién llegados a la entrada del campamento. Sería nuestro tótem, reemplazando al extraviado estandarte de la Compañía.

Seiscientos en una sola noche. Mogaba estaría furioso. Pero sus leales se asegurarían que no volviera a suceder tan fácilmente.

Reuní a mis capitanes.

—Hoja, tengo que hacerte esperándome al norte. Narayan y Martinete me acompañarán. Había confiado en tener más noticias del panorama al sur antes de partir, pero deberemos conformarnos con lo que tenemos. Dudo que Sombra Larga vaya a actuar con prontitud. Mantén la labor de patrullaje y una posición firme en el campamento. No espero estar fuera más de dos semanas. Tres a lo sumo, si decido visitar Taglios para informar de nuestros éxitos. Ahora que se nos han unido unos cuantos veteranos, podría ser bueno reorganizar la tropa. Ten en cuenta la posibilidad de que haya habitantes de las tierras de las sombras interesados en enrolarse. Podrían resultarnos útiles.

Hoja asintió. Incluso en un momento así era parco en palabras.

Swan me dedicó una especie de mirada lánguida. Le guiñé un ojo, sugiriéndole que su hora no andaba muy lejos. No sé bien por qué lo hice. No tenía demasiadas razones para alentarle. No me importaba que pudiera seguir fiel a la radisha. Puede que me sintiera atraída por él. A su modo, era quien más despuntaba entre los suyos. Pero no tenía intención de caer de nuevo en esa trampa.

Los viejos sabios dicen que el corazón es como un rehén. Mejor sería no entregarlo.

En cuanto nos pusimos en camino, cabalgando, Narayan se mostró feliz. No me entusiasmaba, pero necesitaba a su hermandad. Tenía planes para ella.

Puede que Conjura Sombras estuviese muerto, pero la lucha apenas había empezado. Aún debíamos plantar cara a Sombra Larga y Aullador, y junto a ellos a todos los ejércitos que pudieran convocar. Y si no tenían éxito en los enfrentamientos a campo abierto, seguía estando la fortaleza de Sombra Larga, en Lugar de las Sombras. Se decía que Atalaya era una fortaleza más infranqueable incluso de lo que lo había sido mi propia Torre, allá en Hechizo, y que se hacía más y más fuerte con cada día que pasaba.

No pretendía alentar aquel nuevo enfrentamiento. A pesar de la suerte que me había acompañado, Taglios no estaba preparado para una lucha semejante.

Puede que esa misma suerte me concediera el tiempo suficiente para volver a alzar mis legiones, adiestrarlas y preparar avanzadillas. Pero sin prisas, para poder dar con comandantes realmente capaces, para poder concentrarme mientras tanto en recuperar mis habilidades perdidas.

No obstante, había cumplido ya mis objetivos más inmediatos. Taglios había dejado de estar en peligro inminente. Había levantado mi base. Nadie discutía mi mando y no tenía perspectivas de nuevos enfrentamientos con los sacerdotes ni con Mogaba. Con algo de cuidado, podría acabar de atar a los Estranguladores como un apéndice que utilizar a voluntad, un brazo invisible que administrara muerte en cualquier lugar, allá donde hubiera alguien que quisiera desafiarme. Mi futuro se antojaba optimista. Y el mayor obstáculo potencial a la vista lo constituía el mago Humo. E iba a poder ocuparme de él.

Optimista. Completamente optimista. Si no fuera por los sueños y el malestar, que no dejaban de empeorar. Si no fuera por mi amada hermana.

Determinación, querida. La determinación acaba otorgando el triunfo. Mi antiguo marido acostumbraba hablar así, confiando en que nada se interpondría en su determinación.

Y lo siguió creyendo a pies juntillas hasta el mismo momento en que le di muerte.



Matasanos cabalgó hasta el fuerte de la guarnición sobre el vado de Vehdnabota, un paso secundario del Principal empleado en su mayoría por habitantes de la zona y abierto únicamente unos pocos meses al año. Desmontó y entregó las riendas de su caballo a un soldado estupefacto que había reconocido al prahbrindrah Drah.

El príncipe necesitó ayuda para desmontar. El viaje a lomos de su caballo había sido una pesadilla. Matasanos no había tenido piedad de él.

—¿Así que es así como te ganas la vida? —graznó el príncipe. Al menos no había perdido el sentido del humor.

—A veces uno no puede permitirse perder un solo segundo —masculló en respuesta—. Pero no siempre es así.

—Preferiría ser granjero.

—Date un paseo para sacarte de encima el agarrotamiento.

—Con las llagas que tengo, sería peor.

—Te pondremos algo de unguento antes de hablar con quienquiera que esté al mando aquí.

El soldado acabó sujetando a ambos caballos. Seguía boquiabierto. A esas alturas, más integrantes del campamento los iban reconociendo. No tardó en correr la voz. Apareció un oficial al trote, había salido de la única estructura con aspecto permanente del complejo ajustándose la ropa. Los ojos parecían salirse de las órbitas. Se lanzó de bruces a los pies de su príncipe.

—¡Levántate! —espetó el prahbrindrah Drah—. No estoy de humor para esa clase de cosas.

El oficial lo obedeció, sin dejar de intentar rendirle tributo.

—Yo no soy lo importante ahora —gruñó el príncipe—. Me limito a seguirlo. Dirígete a él.

El oficial se volvió hacia Matasanos.

—Es un honor para mí, Libertador. Os creíamos muerto.

—Yo mismo me creí muerto no hace mucho. Y así debe volver a suceder. El príncipe y yo nos uniremos a vuestro grupo. Ahora mismo nadie nos vigila, pero pronto irá tras nuestra pista una mirada distante y demente. —Estaba seguro de que la búsqueda aún no había comenzado, porque durante la cabalgada no habían sido asediados por cuervos—. Cuando el escrutinio llegue hasta vuestro grupo, deberemos ser indistinguibles del resto de los soldados.

—¿Venís aquí a ocultaros?

—Algo así. —Matasanos se extendió algo más. Se explayó en cierta medida en la verdad, retorciéndola un poco pero dejando bien claro que eran poderosos enemigos los que andaban tras ellos, y que el mismísimo destino de Taglios podría depender de que conservaran el anonimato hasta llegar a unirse a la Dama, en Dejagore.

—Lo primero que haréis —dijo al oficial— será aseguraros de que ninguno de vuestros hombres hable con nadie extraño al campamento. Nadie debe mencionar nuestra presencia aquí. Nuestros enemigos tienen espías por todas partes, y la mayoría no son humanos. Un perro callejero, un pájaro, una sombra pueden propagar rumores. Hasta el último de tus hombres debe ser consciente de esto. Nadie puede hablar de nosotros. Asumiremos nombres diferentes, y pasaremos a ser soldados rasos.

—Señor, no creo acabar de entenderlo.

—No creo que sea capaz de explicarlo. Pero nuestra presencia aquí deberá bastar como prueba. He vuelto, tras escapar a mi cautiverio, y necesito llegar hasta el grueso de la tropa. No puedo hacerlo solo, ni siquiera disfrazado. ¿Tenéis jinetes entre vuestros hombres?

—Puede que haya unos cuantos —respondió aún más perplejo.

—Necesitamos llevar de vuelta a estos caballos a la recién construida fortaleza. Con suerte, antes de que se inicie la búsqueda. No debemos dejar ningún cabo suelto. Esos jinetes no deberán hacer ni una sola parada y deberán cabalgar disfrazados. Que nadie pueda reconocerlos como miembros de esta compañía.

Matasanos no había tratado aquellos planes con el príncipe durante el viaje por miedo a ser oído. Pero este lo entendió todo al instante.

—¿Marcharemos con la compañía hacia el sur, rumbo a Dejagore?

—Así es. Y ambos seremos arqueros en sus filas.

—Mi experiencia en ruta a pie es aún peor que a lomos de un caballo —se quejó el príncipe.

—Y yo tengo un tobillo renqueante. No apretaremos demasiado la marcha. —Matasanos desvió la mirada sin dejar de hablar, en busca de potenciales curiosos. Continuó dirigiéndose al oficial. Una y otra vez repitió la importancia de que los arqueros mantuvieran la boca cerrada respecto a la que sería su misión, hasta alcanzar al ejército de la Dama. El menor desliz podría suponer el fin de todos ellos. Se

aseguró de que sonara como si los Maestros de las Sombras tuvieran hasta al último de los hombres y demonios a su servicio trabajando para acabar con él y con el príncipe, y también con cualquiera que los acompañase.

Ciertamente, tampoco estaba desvirtuando demasiado la realidad.

El oficial reunió voluntarios para devolver a los sementales, apremiándoles con la urgencia de la misión y la importancia de no revelar a nadie el destino de Matasanos y el príncipe. Enseguida los despidió.

—Ya me siento más seguro —dijo Matasanos suspirando—. Conseguí un turbante y ropa shadar. Y también algo con lo que oscurecer mis manos y mi rostro. Príncipe, vos tenéis más pinta de gunni.

Media hora después, ambos tenían aspecto de ser arqueros comunes y corrientes, exceptuando sus acentos. Matasanos pasó a ser Narayan Singh. La mitad de los shadar vivos eran Narayan Singh. El príncipe, por su parte, se bautizó como Abu Lal Cadreskrah. Lo intuyó apropiado para evitar recelos porque sugería una mezcla de parentescos vehdna y gunni, algo que solo podía ser debido a una madre prostituta gunni.

—Nadie en su sano juicio podría creer que el prahbrindrah Drah llegara a degradarse hasta ese punto.

—Yo no estaría tan seguro —bromeó Matasanos—. Descansa un poco. Y ponte ese linimento de caballo. Saldremos en cuanto reunamos el aprovisionamiento y tengamos listo el transporte.

Un día y medio después, envueltos en un sombrío silencio, listos para enfrentarse a todo, los arqueros cruzaron el río. Según pasaban las horas, el temor y los nervios bullían en Matasanos. ¿Cómo reaccionaría la Dama al verlo con vida?

La respuesta a esa pregunta lo aterrorizaba.



Sombra Larga soportó seis días de insomnio mientras combatía la hechicería que concomía la carne y el alma de Aullador. Logró imponerse, pero a duras penas. Luego, se desmoronó.

Lugar de las Sombras era una ciudad muy, muy vetusta. Apostada desde que se recordaba surgiendo entre sombras de reluciente piedra, era depositaria de un gran reservorio de sabiduría antigua, que en gran parte solo albergaba Sombra Larga, pues este había saqueado sus bibliotecas y se había deshecho de todo aquel que pudiera compartir cualquier conocimiento que él codiciara.

Entre las muchas leyendas sobre la llanura, que ya había sido vetusta al fundarse la ciudad, rondaba una acerca de las Lanzas de la Pasión. La historia contaba que sus afiladas puntas habían sido forjadas a partir de la espada de un rey demonio al que Kina había devorado durante la gran batalla que había enfrentado a la Luz y a la Sombra. El alma de aquel rey demonio había quedado aprisionada en el acero, dividida entre ocho puntas de ocho lanzas distintas. Mientras Kina siguiera dormida, el rey no podría ser restituido.

También las astas de las lanzas eran objeto de fábula. Se decía que dos de ellas fueron fabricadas a partir de los fémures de la propia Kina, extirpados tras haber sido engañada para caer en un sueño sin fin. Otra empleando el pene del Regente de la Sombra, amputado por Kina durante la gran batalla. Las restantes se contaba eran de madera procedente del árbol en el que la diosa de amor fraternal, Rhavi-Lemna, había ocultado su alma poco antes de que los Lobos de la Sombra la dieran caza y la devoraran poco después, a su vez, de la creación del hombre. Kina había presenciado ese disfraz, había despedazado el árbol y lo había utilizado para fabricar virotes de lanzas y flechas. Si los Señores de la Luz lograran alguna vez restituir a Rhavi-Lemna, rescatándola de los estómagos de los hediondos lobos, lo harían sin alma alguna. Y no podrían devolvérsela mientras Kina siguiera dormida.

Cada una de las nacientes compañías libres de Khatovar había seguido la pista de una de las Lanzas al surgir y promover el nacimiento del Año de los Cráneos. Pero,

¿quién las había enviado?

Sombra Larga no lo sabía con seguridad. ¿El espíritu espectral de la durmiente Kina? ¿Los Señores de la Luz, los que querían reestablecer a Rhavi-Lemna? ¿La prole del rey demonio, aquel que seguía preso en las cabezas de las lanzas mientras ella dormía? ¿El Regente de la Sombra, hastiado de partir con desventaja en el solaz del amor?

Los archiveros de la antigüedad registraron el regreso de todas las compañías excepto una, la Compañía Negra, que se perdió en su propio pasado y deambuló sin rumbo a lo largo de los siglos que siguieron, hasta la elección de un Capitán con la ambición suficiente para ahondar en las raíces de la entidad.

Sombra Larga no sabía demasiado acerca de las Lanzas, pero aun así su conocimiento superaba al de cualquier ser vivo. Aullador y Atrapa Almas tenían sus sospechas. Nadie más había imaginado que el estandarte de la Compañía Negra no era más que una vieja reliquia que había sobrevivido al paso de los siglos, hasta desaparecer durante la batalla de Dejagore.

Pero luego había vuelto a aparecer en Taglios, empuñada por un guardaespaldas.

Recobrar el estandarte era una de las prioridades de Sombra Larga. En cuanto Aullador se recuperase, lo enviaría en su busca. Él, por su parte, dedicaría su tiempo a cosechar el conocimiento que albergaba su nueva cautiva.

Pero antes debía dormir tras haberse impuesto, al fin, a las heridas de Aullador.



Hubieron de transcurrir cinco días para que el trasgo Cara de Sapo lograra encontrar a su señora. En ese momento, aguardó a un despiste del Señor de Atalaya para adentrarse en el interior de la fortaleza. Lo hizo con inquietud. Sombra Larga era un poderoso hechicero, temido también en los mundos de los demonios.

Su entrada no alertó a nadie. Las defensas de Atalaya habían sido proyectadas para frenar a sombras procedentes del sur. Cara de Sapo encontró a su señora en una celda oscura, en la profundidad de los cimientos de la fortaleza, con su drogada mente igualmente apresada en otra celda, en las profundidades de sus recuerdos. Dudó qué hacer. Quizá podría olvidarla. O podría ayudarla y tener una probabilidad de obtener su propia libertad. Liberarla no había sido una de las órdenes específicas que ella le había dado.

Se tendió a su lado, perforó su garganta y sorbió su sangre. La limpió y se la devolvió.

Ella fue despertando poco a poco, consciente de la labor de su sirviente, dejándole terminar. El trasgo cerró la herida y ella se irguió, sentándose en la oscuridad.

—¿Y Aullador? ¿Dónde estoy?

—En Atalaya.

—¿Cómo he llegado aquí?

—Os confundieron con vuestra hermana.

—Fue una actuación demasiado buena —dijo riendo amargamente.

—Sí.

—¿Y ella, dónde está?

—Fue vista por última vez cerca de Dejagore. La última semana la he invertido en vuestra búsqueda.

—¿Y cómo es que no la sintieron? Está haciéndose más poderosa. ¿Qué fue de Matasanos?

—Estuve buscándoos.

—Encuétralo. Debo recuperarlo. No puedo permitir que llegue hasta mi hermana. Haz lo que creas necesario para impedirlo.

—No puedo arrebatarte ninguna vida.

—Pues todo menos eso, entonces. Pero no permitas ese encuentro.

—¿No vais a necesitar ayuda aquí?

—Me las arreglaré. ¿Puedes vagar libremente por el interior de la fortaleza?

—Eso creo. Aunque hay partes selladas tras conjuros que únicamente Sombra Larga puede atravesar.

—Quiero conocer cuáles son exactamente. Y quiero saber en qué invierten su tiempo los habitantes de esta fortaleza. Luego podrás partir en busca de Matasanos y mi hermana.

El trago suspiró. Menuda gratitud.

Ella pareció entender.

—Si lo haces bien serás libre. Para siempre.

—¡Entendido! Me marcho.

* * *

Atrapa Almas aguardó a que sus captores aparecieran para sorprenderlos. Mientras había estado esperando, había sentido los susurros que la oscuridad transportaba desde la llanura próxima. Alcanzó a entender parte de esas palabras, y pudo saborear por primera vez el terror que apesaba a Sombra Larga.

No podía limitarse a quedarse agazapada como una araña en un desván. Sombra Larga y Aullador dormían. Debía escapar.

Hasta las piedras que formaban Atalaya habían sido protegidas contra la hechicería. Atrapa Almas se abrió paso fundiéndolas, pues las piedras así lo hacían antes de ceder a su presión.

Los niveles inferiores estaban envueltos en sombras. Resultaba sorprendente. Sombra Larga parecía temer a la oscuridad. Ascendió poco a poco, temerosa de posibles emboscadas, aunque finalmente no la sorprendió ninguna. Conforme se aproximaba a la luz, su inquietud se incrementaba.

Pero nada la aguardaba tampoco allí. Al menos aparentemente. ¿Es que aquella fortaleza estaba desierta?

Algo no iba bien. Agudizó sus sentidos, pero siguió sin percibir nada. Hacia el frente y hacia arriba. Nada de nada. ¿Dónde estaban entonces los soldados? Debería haberlos a cientos, correteando arriba y abajo como la sangre en las venas.

Descubrió un modo de salir. Debía descender por un tramo de escaleras para alcanzarlo. Estaba ya a medio camino en el descenso cuando sufrió el ataque, una

oleada de hombres menudos de tez marrón, empuñando feroces alabardas y vistiendo armaduras de madera e inquietantes y ampulosos cascos decorados con motivos animales.

Había tenido preparado un conjuro, uno que puso a prueba sus límites. Adoptó una postura, dio salida al conjuro. Abrió un agujero enorme que devoró toda clase de material y tejido. Saltaron por los aires chispas de miles de colores. Algo enorme, hediondo y terriblemente hambriento se abrió paso, ensanchando el agujero. El acero no hacía mella en su hocico, y sus bufidos helaban la sangre. La criatura abandonó por fin la matriz que la había traído del infierno en que había habitado y se arrojó en pos de la guarnición. Los hombres aullaron. La bestia pareció volverse aún más frenética al sentir sus chillidos.

Atrapa Almas entró en la noche que envolvía a Atalaya.

—Eso los mantendrá ocupados —dijo mirando al norte, furiosa. Le esperaba una buena caminata.



El puente que había ordenado construir estaba aún incompleto, pero con todo pudimos cruzarlo a pie, mientras otros soldados hacían pasar a nuestras monturas por el vado. Era un movimiento sobre todo simbólico, con la intención de alentar a los constructores.

Narayan parecía impresionado y Martinete por su parte aparentaba indiferencia. Se limitó a señalar que le complacía cruzar el río sin tener que mojarse los pies. No entendía las consecuencias de la existencia del puente.

A causa de mi enfermedad tardamos más en llegar a Ghoja de lo que había previsto. Andábamos escasos de tiempo. Narayan estuvo al borde del ataque de nervios, pero finalmente llegamos a la arboleda sagrada ya avanzada la tarde antes de los ceremoniales. Estaba exhausta.

—Encárgate tú de los preparativos —le dije a Narayan—. Yo ya no puedo más. Me devolvió una mirada de consternación.

—Señora, debéis ver a un médico. Enseguida —dijo Martinete.

—Ya lo tengo decidido. Cuando acabemos aquí, pondremos rumbo al norte. No podré soportarlo por mucho más tiempo.

—Pero las lluvias...

—Queda poco para el inicio de la estación. Si nos entretenemos más de la cuenta en Taglios, cuando volvamos al Principal las crecidas ya habrán comenzado. —En realidad, ya sufríamos lluvias esporádicas cada día—. Tenemos el puente. —Quizá nos veríamos obligados a abandonar nuestras monturas, pero podríamos cruzar la corriente.

Narayan asintió con sequedad.

—Hablaré con los sacerdotes. Martinete, vigila que descanse. La iniciación puede resultar bastante agotadora.

Era la primera vez que lo veía insinuar que debería pasar por la misma ceremonia de iniciación que todos los demás. Me irritó saberlo, pero estaba demasiado cansada para protestar. Me limité a tumbarme sin siquiera cambiar de lugar, mientras

Martinete encendía una hoguera y preparaba algo de comida. Aparecieron varios jamadares presentando sus respetos. Martinete se ocupó de ellos. No vino ningún sacerdote. Enseguida me dejé llevar por la modorra, tanto que ni me preocupé por preguntar a Martinete si eso significaba algo importante.

Con el rabillo del ojo distinguí movimiento, alguien observándonos, que no debería estar haciéndolo. Me giré y pude distinguir un semblante.

No era ningún Impostor. Era una cara que no había visto desde antes de la batalla que me había arrebatado a Matasanos. Cara de Sapo, se hacía llamar. Un trasgo. ¿Qué estaría haciendo aquí?

No tenía fuerzas para ir a por él. Todo lo que pude hacer fue mantenerlo en mente. Nada más después de comer, me quedé dormida.

* * *

El redoble de tambores me despertó. Su tronar sonaba grave, del tipo del que suele hacerse golpeando con los puños o las palmas de las manos. ¡Bum! ¡Bum! ¡Bum! Sonaba sin descanso. Martinete me informó de que no cesarían hasta el amanecer. Se les unieron otros tambores con tronar aún más grave. Eché un vistazo desde el improvisado cobertizo que me había construido Martinete. Uno de los tambores sonaba realmente cerca. El hombre que lo aporreaba empleaba para hacerlo mazos enguatados con mangos de más de un metro de largo. Había un tambor semejante dispuesto en cada uno de los cuatro puntos cardinales.

En el interior del templo también resonaba la percusión. Martinete me aseguró que habían sido consagrados y santificados.

No me preocupé demasiado. Me sentía peor que nunca. Había pasado la noche llevada por los sueños más infaustos que había tenido hasta entonces, sueños aún más terribles, en los que el mundo entero era aquejado de una variedad de lepra extremadamente virulenta. Aún podía sentir el hedor, que no hacía sino empeorar mi malestar.

Martinete previo mi estado. Posiblemente debía de haber estado vigilando mi sueño, prediciendo mi enfermedad por mi mal descanso. No podía saberlo, pero lo cierto es que se aseguró de colocar un sencillo biombo para no acabar convirtiéndome en un mono de feria.

Al llegar Narayan ya había pasado lo peor.

—Si no vais a ver personalmente a un médico después de esto, yo mismo os arrastraré hasta uno en Taglios. Señora, no hay razón para demorarlo más.

—Lo haré. Lo haré. Puedes darlo por hecho.

—Eso espero. Sois muy importantes para mí. Sois nuestro futuro.

En el templo empezaron a resonar unos cánticos.

—¿Por qué esta vez es diferente?

—Demasiada gente para agruparse al mismo tiempo en el interior. Hay muchos ceremoniales e iniciaciones pendientes. No tendréis que hacer nada hasta la noche. Descansad. Y mañana podréis hacer lo mismo si acabáis extenuada de la ceremonia.

Holgazanear sin nada que hacer... Aquello resultaba en sí mismo extenuante. Era incapaz de recordar la última vez que no había tenido otra cosa que hacer que vagar. Una vez que conseguí controlar las náuseas, me concentré en potenciar y fortalecer mis talentos.

Los estaba recuperando casi de forma inconsciente. Ya era capaz de más cosas de las que había sospechado. Estaba casi a la altura del mago Humo, por ejemplo.

Aunque suponía que habría también malas noticias que acompañaran a aquellas buenas. Se me acabó la euforia en cuanto levanté la vista de las palmas de mis manos, dispuestas en forma de cuenco, y me encontré soñando a plena luz del día.

A mi alrededor, y a un tiempo, podía distinguir la arboleda y el paisaje del peor de los sueños. Ninguno de los dos parecía ser del todo real. Ninguno era más sustancial que el otro.

Anduve de las cavernas de la muerte hasta una llanura igualmente letal. Era un lugar que rara vez se me había aparecido. Lo relacioné con la llanura en la que había tenido lugar la batalla en la que Kina había devorado a una horda entera de demonios. Una enorme figura oscura avanzaba a grandes pasos, con estilizados movimientos, a modo de danza gunni. La llanura temblaba bajo cada una de sus pisadas, y podía sentir ese temblor, tan real como un terremoto.

La figura, femenina, iba desnuda. No era del todo humana; tenía cuatro brazos y ocho pechos. En cada mano llevaba un instrumento que sugería muerte o destrucción. Llevaba un collar hecho de cráneos de recién nacidos. De su cintura, como racimos de plátanos podridos, colgaban ramilletes de lo que a primera vista parecían ser pulgares amputados pero que, al ir aproximándose su portadora con fiereza, resultaron ser apéndices masculinos bastante más singulares.

La forma de su cabeza, libre de cabello, se asemejaba más a un huevo que a una cabeza humana. Recordaba a la de un insecto, aunque con rasgos de un animal carnívoro. De la comisura de la boca le goteaba sangre. Sus ojos, enormes, eran dos faros en llamas.

Su presencia era anunciada por un terrible y viejo hedor a muerte.

Me quedé sobrecogida por aquella inesperada y espantosa aparición.

Desde algún resquicio de mi memoria, Matasanos apareció con su acostumbrada e irreverente ironía.

La peste de esta añeja metomentodo anuncia la inminencia de su baño del centenario. Puede que incluso le toque lavarse los dientes.

Me resultó una experiencia tan vivida que miré a mi alrededor. ¿Había alguien hablando?

Estaba sola. Eran solo ensoñaciones, impulsadas por la inquietud. Al volver a mirar al frente, la aparición se había desvanecido. Sentí un escalofrío.

Sin embargo, el hedor permanecía. No había sido producto de mi imaginación. Un hombre que estaba de paso se detuvo, perplejo. Olisqueó, extrañado, y se escabulló rápidamente. De nuevo otro escalofrío.

¿Así iba a acabar? ¿Soñando no solo dormida, sino también despierta?

Sentí un tercer escalofrío, atemorizada. No tendría fuerza de voluntad suficiente para resistir algo así.

Volví a percibir el mismo hedor varias veces más a lo largo del día. Por fortuna, no fue acompañado de la aparición. Decidí no mostrarme de nuevo vulnerable abriendo canales de poder.

* * *

Al llegar la hora, Narayan se presentó. No lo había vuelto a ver desde la mañana. Él había hecho lo propio conmigo. Me miró extrañado.

—¿Qué sucede? —le pregunté.

—Distingo algo como... ¿un aura? Sí, exacto. Es justo la sensación que cabría esperar de la Hija de la Noche. —Entonces pareció avergonzarse—. Las iniciaciones comenzarán en una hora. Hablé con los sacerdotes. Nunca una mujer se ha unido a nuestras filas. No existen precedentes al respecto. Han establecido que debas enfrentarte a la iniciación como uno más.

—Debo asumir entonces que no...

—Los candidatos se presentan desnudos frente a Kina, que debe juzgar su valía.

—Ya entiendo. —Diría que no era algo que me entusiasmara y me quedaría corta, claro que en un principio, era una objeción más por vanidad que por otra cosa. Tenía un aspecto espantoso. Estaba famélica, con las extremidades renqueantes y una tripa sobresaliente. Desde la salida de Dejagore, apenas habíamos probado bocado.

Reparé al respecto. En realidad tenía pocas alternativas. Sospechaba que, si me negaba a desvestirme, no abandonaría con vida la arboleda. Y por otra parte, necesitaba a los Estranguladores. Tenía en mente planes para ellos.

—Haré lo que deba hacerse.

—No tendréis que exponeros a la vista de todos —dijo Narayan claramente aliviado.

—¿No? Claro, solo ante los sacerdotes, los jamadares, el resto de los candidatos y todo aquel que participe en el montaje de la fiesta...

—Ya está todo dispuesto. Serán seis candidatos, el mínimo permitido. Y estarán presentes también un sumo sacerdote, su ayudante y un jamadar como jefe Estrangulador, con orden de abatir a cualquier entonador de salmos que levante la vista del suelo. Incluso, si ese es vuestro deseo, podréis elegir a esos tres hombres.

Resultaba extraño.

—¿Por qué todo tan premeditado?

—No debería decíroslo —dijo Narayan suspirando—. Hay un debate abierto entre los que os consideran la verdadera Hija de la Noche y los que no. Los primeros esperan que deis muerte al sacerdote, a su auxiliar y al jefe Estrangulador una vez que Kina os otorgue su favor. Y quieren poner en riesgo al menor número de personas.

—¿Y qué hay de los restantes candidatos?

—No recordarán nada.

—Entiendo.

—Yo estaré entre los entonadores de cánticos, como vuestro padrino.

—Perfecto —me preguntaba qué sería de él en caso de que yo fracasase—. No me importa quiénes puedan ser los sacerdotes y el Estrangulador.

—Excelente, señora —dijo sonriente—. Ahora, debéis prepararos. Martinete, ayúdame a colocar de nuevo el biombo. Señora, esta es la túnica que vestiréis hasta el momento de presentaros frente a la diosa.

—Me entregó un harapo de color blanco. La túnica parecía haber sido vestida durante generaciones, sin haber sido remendada o limpiada una sola vez.

Enseguida estuve lista.



El interior del templo había sido reformado. Ardían fuegos de un tono rojizo apagado, una iluminación que suscitaba sombras que bailaban sobre terroríficas tallas. La estancia estaba ocupada por un enorme ídolo. Era una representación bastante certera de la criatura que se me había aparecido en la visión, aunque dotada de un adornado tocado repleto de oro, plata y piedras preciosas. Los ojos del ídolo eran rubíes cabochón, y cada uno podía valer lo que toda una región. Sus colmillos eran de cristal.

Bajo el pie izquierdo del ídolo, alzado, yacían tres cabezas. Al entrar mi grupo de candidatos, los sacerdotes estaban arrastrando un cadáver para apartarlo. Tenía signos de haber sufrido torturas antes de ser descabezado.

Diez hombres estaban apostados, recostados hacia el frente y de bruces, a la derecha, y otra decena a la izquierda. Un pasillo de poco más de un metro de ancho separaba a ambos grupos. Reconocí entre ellos la espalda de Narayan. Los veinte cantaban sin descanso.

—Ven, Kina, al mundo. Haz de nosotros, los que te imploramos como la Gran Madre, tu Prole. —Las palabras resonaban con velocidad. Yo era la última de la fila de los recién llegados. El jefe Estrangulador subió al pasillo después de mí, empuñando una pañoleta negra. Sospechaba que su principal función debía ser detener a cualquier candidato que quisiera echarse atrás, y no tanto eliminar a los fieles curiosos.

Un espacio de algo más de cinco metros separaba a los cantores del estrado sobre el que reposaba la diosa. Sus tres cabezas estaban a la altura de los ojos. Dos de ellas parecían estar atentas a nuestra llegada. La tercera contemplaba la planta del pie de Kina, con las garras de los dedos apenas a centímetros de su nariz.

Tenía a mi derecha a los dos sacerdotes, junto a un atril sobre el que había dispuestos varias vasijas doradas.

El comienzo de la ceremonia no fue nada del otro mundo. Cada candidato avanzaba hasta una marca asignada y dejaba caer su túnica, luego se aproximaba a

otra (una línea en el suelo) se humillaba y murmuraba una plegaria ritual. Esta consistía únicamente en rogar a Kina la admisión del candidato, en mi caso concreto, como a su hija. Al pronunciar yo las palabras, una ráfaga de viento barrió la estancia, que fue inundada por una nueva presencia, fría y hambrienta, que arrastró tras de sí el hedor de la carroña. El sacerdote auxiliar se sobresaltó. Aquello no era algo habitual.

Los candidatos nos pusimos en pie y luego nos arrodillamos con las palmas descansando sobre los muslos. El sacerdote jefe farfulló una especie de historia, en un idioma que no parecía tagliano ni recordaba al del cántico de los Impostores. Nos presentaba al ídolo como si este fuera una personificación de Kina. Mientras refunfuñaba, su auxiliar tomó un recipiente alto que tenía una boquilla y lo vertió sobre otro que parecía una salsera, llenándolo de un líquido oscuro. Cuando hubo acabado de parlotear, el sacerdote jefe describió unos pases sagrados sobre el recipiente de menor tamaño, lo levantó presentándolo a la diosa y se encaminó al otro extremo de la marca en forma de línea sobre la que estábamos situados, posando el borde del recipiente en los labios del primer candidato, llenando su boca. El hombre, que mantenía cerrados los ojos, tragó.

El siguiente hizo lo propio con los ojos abiertos. Y se ahogó. Lo hizo ante la pasividad del sacerdote, que mostró la misma inacción cuando los dos siguientes candidatos sufrieron la misma reacción.

Por fin, mi turno.

Narayan era un estafador. Había afirmado prepararme para esto, pero me había dicho que todo era una ilusión. Y aquello no era ninguna ilusión. Era sangre; sangre con alguna droga diluida que le confería un sabor como a hierbas, algo amargo. ¿Sangre humana quizá? No tenía forma de saberlo. El que hubiéramos visto cómo se llevaban arrastrando de allí un cadáver no era ninguna casualidad; se suponía que debía acongojarnos.

Superé la prueba. Nunca antes había hecho nada parecido, pero sí había pasado por cosas terribles. No mostré la más mínima señal de duda y no moví ni un pelo. Me controlé diciéndome a mí misma que estaba apenas a unos minutos de asumir el control de la fuerza más poderosa de aquel extremo del mundo.

De nuevo aquella presencia desplazándose.

Quizá quisiera controlarme.

El sacerdote jefe entregó la vasija a su ayudante, que la devolvió al atril. Enseguida retomó los cánticos.

Alguien apagó las luces de la estancia.

El templo quedó envuelto en la más absoluta oscuridad. Estaba perpleja, pensando que quizá hubiera tenido lugar algún imprevisto. Pero enseguida descarté la idea, al comprobar que nadie parecía preocuparse. Debía de formar parte de la ceremonia de iniciación.

La oscuridad se prolongó durante medio minuto. Entre medias escuché un grito desgarrador, lleno de desesperación y horror.

La luz volvió tan repentinamente como nos hubo abandonado.

Me sentía aturdida; no me resultaba sencillo componer aquella situación.

Restábamos ya solo cinco candidatos. El ídolo se había movido. Había posado el pie que había mantenido alzado, aplastando una cabeza, y ahora levantaba su otra extremidad inferior. El cuerpo del hombre que estuviera dos posiciones más allá yacía bajo la mole. Antes que la luz se hubiera apagado, la mano de la criatura apresó un puñado de huesos. En su otra mano seguía asiendo una espada, pero ahora la hoja brillaba con fuerza. La sangre bañaba los labios, la comisura de la boca y los colmillos del ídolo. Sus ojos refulgían.

¿Cómo era aquello posible? ¿Contendría en su interior alguna clase de ingenio mecánico? ¿Eran el sacerdote y su colaborador responsables de aquel asesinato? De ser así, habrían tenido que actuar con increíble rapidez.

Los sacerdotes parecían tan perplejos como yo.

El sacerdote jefe se abalanzó hacia el montón de las túnicas, me arrojó una de ellas, volvió a asumir su posición y, tras entonar un cántico algo abreviado gritó:

—¡Ha comparecido! ¡Está entre nosotros! Alabada sea Kina, pues nos ha enviado a su hija, para que esté entre nosotros.

Cubrí mi desnudez.

De alguna forma, el devenir acostumbrado de la ceremonia se había visto interrumpido. La escena había dejado indecisos a los sacerdotes, sin saber qué hacer a continuación.

¿Cómo actuar cuando se hacen realidad las viejas profecías? Nunca he conocido a un sacerdote que espere honestamente presenciar en toda su vida un milagro. Para ellos son como el buen vino, mejor cuanto más añejos.

Finalmente se decidió suspender los asuntos pendientes e ir directamente a las celebraciones. Eso significaba que los candidatos fueran iniciados sin presentarse al juicio de Kina. Significaba olvidar los sacrificios humanos. Sin comerlo ni beberlo había salvado la vida a veinte enemigos de los Estranguladores, cuya tortura y asesinato habían estado programados para aquella noche. Los sacerdotes los liberaron como señal al mundo de que los Impostores existían realmente, y de que habían encontrado a su Mesías. Aquellos que no se unieran a Kina no tardarían en ser devorados por el Año de los Cráneos.

Una pandilla de cuidado, los habría clasificado Matasanos.

Narayan me condujo de vuelta a la hoguera, donde dio instrucciones a Martinete de ahuyentar a todo aquel lo bastante temerario como para molestarme. Se disculpó una y otra vez por no haberme preparado mejor para la iniciación. Luego se sentó a mi lado y se quedó mirando las llamas.

—Así que ha llegado, ¿no? —pregunté después de un rato.

—Ha llegado —dijo del todo consciente de a qué me había referido—. Finalmente, se ha hecho realidad. Ya no hay lugar a dudas.

—Mmm. —Lo dejé divagar durante un rato hasta preguntar—: Narayan, ¿cómo hicieron aquello con el ídolo?

—¿Qué?

—¿Cómo se las apañaron para moverlo a oscuras?

Se encogió de hombros, me miró y medio sonriendo reconoció:

—No tengo ni idea. Nunca antes había sucedido. Y he presenciado al menos una veintena de iniciaciones. Siempre se establece la muerte de uno de los candidatos. Pero el ídolo nunca se mueve.

—Vaya. —Me quedé en blanco, hasta que finalmente pregunté—: ¿Sentiste alguna presencia mientras estábamos ahí dentro? ¿Alguien entre nosotros?

—Sí. —Estaba temblando. Y no era por el frío de la noche—. Intentad dormir, señora —dijo—. Mañana tendremos que levantarnos muy temprano. Quiero que veáis a ese médico.

Me dejé caer, a regañadientes, por temor a volver a deslizarme a la tierra de pesadillas. Pero no estuve despierta por mucho tiempo. Estaba demasiado cansada, física y emocionalmente. Mi última visión fue la de Narayan, en cuclillas, con la mirada perdida en la hoguera.

Pobre Narayan, tenía mucho en lo que pensar. Y así iba a ser a partir de ese momento.

Aquella noche no tuve sueños. Sin embargo, a la mañana siguiente, sí sufrí el malestar acostumbrado. Volví a vomitar hasta no escupir más que pura bilis.



El trasgo se escabulló de la arboleda. No le había resultado complicado dar con la mujer, aunque sí le había llevado más tiempo de lo que había esperado. Ahora era el turno del hombre.

Cara de Sapo estuvo mucho, mucho tiempo sin encontrar una sola pista.

No estaba en Taglios. Tras buscar afanosamente, no encontró rastro de él allí. La lógica le decía que debía ir en busca de la mujer. Pero, desconocería dónde estaba, así que se encaminaría hacia su último emplazamiento conocido.

Tampoco estaba en el vado. Y no había señal de que hubiera visitado Ghoja. De modo que no lo habría hecho. Un suceso así aún sería comentado, del mismo modo que aún se seguía hablando de él en Taglios.

Matasanos no, pero sí una horda entera se encaminaba hacia el vado, bajando desde la ciudad. La mujer no se había cruzado con ellos por poco, y se encaminaba hacia el norte. Un golpe de suerte, pero de todas formas no había manera de seguir manteniéndola al margen de las noticias de su marido. Al menos no a largo plazo.

Su principal objetivo ahora era mantenerlos separados, fuera como fuese.

¿Estaría él entre esa muchedumbre? Era imposible. Ya habría oído pronunciar su nombre, de haber sido así.

El trasgo retomó la búsqueda. Si el hombre no había cruzado a la altura de Ghoja, y no estaba tampoco entre los integrantes de aquella horda, eso significaba que cruzaría el río por otra parte. A hurtadillas.

Visitó Vehdna-Bota en último lugar porque lo consideraba el paso más improbable. No esperaba encontrar nada importante. Y nada encontró. Pero era una vacuidad significativa; se esperaba que allí debía haber apostada una compañía de arqueros.

Al seguir la pista a esos arqueros... encontró a su hombre.

Ahora tenía que tomar una decisión. Correr en busca de su señora (algo que le iba a llevar tiempo, porque antes tendría que encontrarla) o tomar sus propias decisiones.

Y eligió esto último. La estación de las lluvias estaba cada vez más cerca, y era

posible que ella hiciera el trabajo por él. Si no podían cruzar el río, no podrían reunirse.

En una noche sin luna el puente de Ghoja, aún sin acabar, se vino abajo. Las aguas arrastraron casi toda la madera ya edificada. Los constructores nunca supieron qué había fallado. Lo único que sabían con seguridad, era que ya era demasiado tarde para reconstruirlo a tiempo.

Toda fuerza tagliana que no cruzara de vuelta el río antes de la crecida de las aguas pasaría medio año en tierras de las Sombras.

Satisfecho, el trasgo fue entonces en busca de su señora.



Los arqueros se detuvieron al avistar el campamento principal tagliano.
—Ahora ya estamos a salvo —dijo Matasanos al príncipe—. Hagamos entonces una entrada apropiada.

La caballería había dado con ellos dos días atrás, a unos sesenta kilómetros hacia el norte. Desde el día siguiente, los jinetes los habían visitado con regularidad. Los arqueros habían demostrado una capacidad admirable para mantener las bocas cerradas. Sauce Swan había dirigido una de las patrullas, y no había reconocido a nadie.

Matasanos había hecho que el capitán pidiera prestadas unas monturas. El único medio de transporte del que habían dispuesto los arqueros habían sido muías, en número suficiente para transportar todo aquello que los arqueros no pudieran llevar por sí solos. Hacía una hora, habían recibido dos monturas ensilladas.

El príncipe se vistió como tal. Matasanos se puso lo que solía llamar su traje de faena, un equipo de señor de la guerra que le habían entregado en sus días de héroe nacional de Taglios. En la primera ocasión que había bajado al sur, no lo había llevado consigo.

Sacó también el estandarte de la compañía y lo volvió a ensamblar.

—Cuando queráis. —Sin duda al prahbrindrah Drah le habría resultado dura la caminata hacia el sur, pero la había soportado estoicamente. Los soldados estaban admirados.

El príncipe y Matasanos subieron a sus monturas y condujeron a los arqueros al campamento. Los primeros cuervos no tardaron en visitar al grupo. Matasanos se carcajeó al contemplarlos.

—«¡Apedread a los cuervos!» era la frase que acostumbraba a decir la gente de Beryl ante visitas de la Compañía. Nunca supe por qué lo decían, pero me parece una forma curiosa de rendir tributo.

El príncipe rió entre dientes, asintiendo, y enseguida se concentró en las felicitaciones de los soldados procedentes del campamento, incapaces de discernir

qué presencia de aquellos dos recién llegados les resultaba más sorprendente.

Matasanos avistó rostros que le eran familiares: Hoja, Swan, Mather... ¡Diablos! Aquel parecía Murgen. ¡Es que era Murgen! No obstante, no alcanzó a ver por ninguna parte el rostro que más ansiaba.

Murgen fue hasta él a toda prisa, reduciendo a la mitad, en cada paso, la distancia que lo separaba de su Capitán.

—Soy yo. No estás soñando —dijo Matasanos desmontando.

—Pero os vi morir.

—Viste cómo me acertaban. Aún respiraba cuando te largaste.

—Entiendo. Pero, por vuestro aspecto...

—Es una historia muy larga. Esta noche tendremos tiempo para charlar sobre ello. Y para emborracharnos, si es que tenéis algo que se pueda beber. —Miró a Swan. Allá donde aparecía, solía haber cerveza—. Toma. Te dejaste esto cuando marchaste a hacer de Creaviudas —dijo entregando el estandarte a Murgen.

Su segundo lo cogió como si fuera a morderle. No obstante, en cuanto lo asió en su mano lo agarró con fuerza, colocando ambas extremidades arriba y abajo de la vara.

—Es el verdadero. Creí que no volvería a verlo nunca. ¿Entonces eres tú realmente?

—Vivo y coleando. Deseando dar unos buenos azotes. Pero antes, tengo que ocuparme de algo importante. ¿Dónde está la Dama?

Hoja, echando rápido un vistazo a la figura del príncipe, dijo:

—La Dama fue al norte con Narayan y Martinete. Hace unos ocho, nueve días ya. Dijo que tenía asuntos urgentes que atender.

Matasanos espetó una maldición.

—Nueve días —apuntó Swan—. ¿Entonces es él realmente? ¿No será nadie que ha adoptado su aspecto para engañarnos?

—Es él —afirmó Mather—. El prahbribdrah Drah no se dejaría engatusar.

—Es mi sino. La historia de mi vida. Justo cuando todo me va de perlas, me encuentro una zancadilla —replicó Swan.

Matasanos avistó a un hombre regordete y achaparrado a la espalda de Hoja. No lo conocía, pero sí reconoció el poder que personificaba. Era alguien importante. Y alguien que no se alegraba precisamente de ver al Libertador con vida. Tendría que estar atento.

—Murgen, deja de enrollarte con el estandarte. Necesito que me pongas al día. Llevo semanas en el dique seco. —O meses, contando con el tiempo que había pasado encubierto—. Que alguien se lleva a este animal para que podamos ir a cobijarnos en alguna sombra.

En el campamento había una confusión que ni habiéndose materializado Sombra

Larga. El regreso de alguien al que se le supone muerto suele complicar bastante las cosas.

Disimulando su vigilancia, Matasanos fue consciente de que el hombre rechoncho y achaparrado no se separaba de su lado, aparentando indiferencia junto a Hoja, Swan y Mather. Sin pronunciar palabra.

Murgen contó sus experiencias desde la nefasta batalla. Hoja contó su parte. Swan añadió una docena de anécdotas.

—Así que el mismísimo Conjura Sombras, ¿eh? —inquirió Matasanos.

—Es esa vieja cabeza pinchada en aquel poste —informó Swan.

—Las piezas van encajando.

—Oigamos tu historia, queremos saber qué noticias traes —dijo Murgen.

—¿Es que vas a anotarlo en los Anales? ¿Los tienes al día?

—Me vi obligado a dejarlos atrás, en la ciudad, al abandonarla —dijo el joven, abochornado.

—Entiendo. Espero poder leer algún día el Libro de Murgen. Si se te da bien, tendrás trabajo de por vida.

—La Dama está liada con uno de esos tomos —dijo Swan.

Entonces todos volvieron sus miradas hacia él. Pareció languidecer.

—Bueno, en realidad mencionó su intención de hacerlo. Cuando tuviera tiempo. No creo que llegara a empezar siquiera. Se limitó a decir que tendría que anotar todo en su mente para poder exponerlo luego adecuadamente. Un deber histórico, o algo parecido lo llamó.

—Déjame pensar un momento —dijo Matasanos. Recogió una piedra y se la tiró a un cuervo. El ave graznó y se alejó revoloteando unos pocos metros, pero no cogió la indirecta. Pertenería a Atrapa Almas, sin duda. Estaba de nuevo en circulación, libre. Eso, o se había aliado con sus captores.

—Hay mucho que hacer —dijo después de un silencio—. Pero sospecho que lo más importante ahora sea solucionar lo de Mogaba. ¿De cuántos hombres puede disponer aún ahí dentro?

—Entre mil y mil quinientos —adivinó Murgen.

—¿Es que Un Ojo y Goblin no desertaron tras su transformación?

—Se las están arreglando por sí solos —dijo Murgen—. Pero no quieren salir. Creen que pueden correr peligro. Prefieren esperar a que la Dama recupere sus poderes.

—¿Que recupere sus poderes? ¿Es que los está recuperando? Nadie me lo dijo. —Claro que, hacía tiempo que lo había sospechado.

—Así es. Aunque no tan rápido como quisiera —explicó Hoja.

—Nada sucede a la velocidad que ella quisiera. Murgen, dime, ¿a qué tienen miedo?

—A la aprendiz de Cambiaformas. ¿La recordáis? Estaba presente cuando dimos cuenta de Cambiaformas y Sombra de Tormenta. Se nos escapó de las manos. Dicen que está encerrada en su forma forvalaka, pero que sigue cuerda. Y creen que quieres darles caza por haber matado a Cambiaformas. Sobre todo a Un Ojo. —Un Ojo había acabado con el mago Cambiaformas después que este hubiera liquidado a su hermano Tam-Tam, tiempo atrás.

—Es la rueda de la venganza, girando sin parar —dijo Matasanos suspirando—. Puede que esté dispuesta a acabar con todo aquel que estuviera implicado.

—No se nos había ocurrido que pudiera ser así.

—Seguro que a ellos ya se les ha ocurrido.

—Con esos payasos nunca se sabe —Matasanos se dejó caer hacia atrás y cerró los ojos—. Quiero oír más sobre Mogaba.

Murgen se explayó.

—Siempre sospeché que ocultaba bastantes cosas —apuntó Matasanos—. Pero sacrificios humanos... Eso es demasiado.

—Pero no los sacrifican. Los devoran.

—¿Cómo dices?

—Bueno, se comen sus corazones y sus hígados. Algunos de ellos. En realidad, solo son cuatro o cinco tipos los que estaban metidos en ese asunto, con Mogaba.

Matasanos volvió a fijarse en el tipo orondo. Su indiferencia resultaba excesiva.

—Supongo que eso explica por qué Gea-Xle era una ciudad tan pacífica —sugirió Matasanos—. Si los guardias de la ciudad se comen a los criminales y a los rebeldes... —Rió entre dientes, aunque el canibalismo no era algo que tomar a broma—. Vos, señor. Creo que no nos han presentado. Y parecéis estar implicado en todo este asunto de Mogaba.

—Es Sindhu —dijo Murgen—. Uno de los asociados de la Dama.

—¿Mmm? —¿Qué habría querido decir?

—Se han sometido a la Sombra —dijo Sindhu—. El verdadero Impostor no acostumbra derramar sangre. Abre el sendero dorado sin tentar la sed de la diosa. Únicamente puede verterse la sangre de un enemigo realmente execrable.

—¿Alguien sabe de qué habla? —dijo Matasanos mirando a un lado y a otro.

—Vuestra novia frecuenta ahora unas compañías algo peculiares —dijo Swan en un dialecto del norte.

—Quizá Fibroso sepa de qué va todo eso. Tiene más experiencia al respecto.

Matasanos asintió.

—Supongo que tendremos que arreglar las cosas. Murgen, ¿estarías dispuesto a volver? ¿Llevarías un mensaje a Mogaba?

—No quisiera parecer un cagado, Capitán, pero lo haría solo si fuese una orden. Quiere matarme. Ha enloquecido, y tal y como está podría intentar hacerlo incluso

ante vuestros propios ojos.

—Ya lo hará otro, entonces.

—Yo lo haré —dijo Swan.

—No creo que sea buena idea —dijo Mather sujetándolo.

—Claro que sí. Fibroso, quiero averiguar qué está pasando, y quiero hacerlo por mí mismo. En lo de Conjura Sombras no fui de gran ayuda. Me quedé helado. Quiero probarme. Y Mogaba puede ser mi oportunidad. Es casi tan siniestro como Conjura Sombras.

—Maldita sea, no es buena idea, Swan.

—Tampoco es que yo tenga fama de ser razonable. Capitán, contad conmigo. ¿Cuándo debo salir?

—¿Tenemos algo entre manos ahora, Hoja? —dijo Matasanos mirando a su alrededor—. ¿Hay alguna razón por la que no debiéramos salir a echar un vistazo y enviar a Swan?

—Ninguna.



La vida es una caja de sorpresas. Las más pequeñas me gustan. Son la salsa. Pero las grandes...
Al llegar a mi nueva fortaleza me di de bruces con un desfile entero de grandes sorpresas.

La primera: un inmediato arresto. Fui arrojada a una celda, junto con mis dos compañeros de viaje. Nadie se molestó en dar una sola explicación. Nadie pronunció una sola palabra. Y pareció sorprenderles que no montase en cólera.

Nos sentamos en la penumbra y esperamos. Temía que Humo pudiera haber acabado imponiendo su punto de vista y que hubiera puesto al prahbribdrah Drah en mi contra. Narayan dijo que quizá se nos hubieran escapado de las manos unos pocos sacerdotes, y que todo aquello fuera cosa suya.

No hablamos demasiado. Nos comunicamos sobre todo con señales y jerga. Quién sabía quién podría estar escuchando.

Cuando hubieron transcurrido unas tres horas, la puerta de la celda se abrió. La radisha Drah entró a grandes zancadas, acompañada por una cuadrilla de guardias. La estancia se atestó en un momento.

—¿Quién eres? —dijo clavándome la mirada.

—¿Qué clase de pregunta se supone que es esa? Soy la Dama, la Capitana de la Compañía Negra. ¿Quién iba a ser si no?

—Matadla si hace el menor movimiento —ordenó antes de volverse hacia Martinete—. Tú, de pie.

Mi leal Martinete hizo oídos sordos. Me miró, y al ver que asentía hizo lo que le habían ordenado. La radisha tomó prestada una antorcha de uno de los guardias, la acercó a Martinete y lo rodeó lentamente. Olisqueaba una y otra vez. Y después de la tercera vuelta a su alrededor, pareció darse por satisfecha.

—Siéntate. Eres quien se supone. Pero la mujer, ¿quién es?

Martinete se lo tomó como un acertijo. Tuvo que darle unas cuantas vueltas. Volvió a mirarme y volví a asentir.

—Ya os lo dijo —señaló.

Entonces la radisha volvió a mirarme.

—¿Podéis probarlo?

—¿Puedes tú probar que eres la radisha Drah?

—No tengo necesidad de hacerlo. Nadie se hacer pasar por mí.

Por fin lo entendí.

—¡Esa zorra! Nunca le ha faltado coraje para cosas así. ¿Así que se presentó aquí fingiendo ser yo? ¿Y qué más hizo?

La radisha se lo pensó antes de contestar.

—Guardias, esta vez es la de verdad. Podéis marchar. —Así lo hicieron—. La verdad es que no demasiado —dijo la radisha por fin—. La principal víctima fue mi hermano. No tuvo demasiado tiempo. Alguien llamado Aullador la dejó inconsciente y se la llevó. Tomándola por vos, según dijo Matasanos.

—¡Ja! Le está bien emplead... ¿Quién has dicho?

—Matasanos. Vuestro Capitán. Ella lo trajo consigo, bajo la apariencia de ese de ahí —dijo, señalando a Martinete.

Sentí vibrar alguna clase de membrana insondable que separaba mi corazón de mis oídos. Con cuidado, antes de romperla, pregunté:

—¿Se lo llevó también Aullador? ¿Dónde está ahora?

—Partió junto con mi hermano en vuestra busca. Disfrazados. Dijo que no tardaría en seguirle el rastro, en cuanto lograrse librarse del Aullador y de Sombra Larga.

Mi mente se zafó del lastre de lo increíble, empezando por los cuervos. Ahora sabía el porqué de aquella interrupción en su espionaje hasta poco antes de alcanzar la fortaleza. Había sido retenida.

—¿Puso rumbo a Dejagore?

—Eso creo. Mi torpe hermano fue con él.

—Y yo aquí —dije carcajeando, casi enloquecida. Sentía la membrana en mi interior ceder—. Quisiera que me dejaseis sola. Necesito pensar.

—Os entiendo —dijo la radisha asintiendo—. Vosotros dos, venid conmigo.

Narayan se levantó, pero Martinete ni se inmutó.

—¿Podrás esperar fuera, Martinete? —le rogué—. Será solo un momento.

—Claro, señora —dijo, y enseguida dejó la estancia junto a los demás. Aunque apostaría a que no se alejó más de cinco pasos de la puerta.

Antes de salir, Narayan ya le iba diciendo a la radisha que debía verme un médico.

* * *

La frustración y la rabia fueron cediendo. Meforcé a calmarme, mientras iba componiendo la situación.

A Matasanos lo había acertado una flecha perdida. En medio de la confusión de la batalla, su cadáver había desaparecido. Solo ahora sabía que el cadáver no era tal. Y, ahora que lo pensaba, quizá aquella flecha no hubiera sido tan azarosa. Creía conocer incluso su procedencia: mi amada hermana. Todo para ajustar cuentas conmigo por haber arruinado su intento de suplirme, en mis días de emperatriz en el norte.

Sabía cómo funcionaba su mente. Estaba claro que volvía a andar libre. Seguiría esforzándose por mantenernos separados, castigándome a través de Matasanos.

Y debía estar de nuevo completa, con el poder suficiente para hacer cumplir su voluntad. Solo cuando yo había estado al máximo de mis poderes ella había estado por debajo de mí.

Creo que nunca antes me había sentido tan frustrada.

La radisha entró entonces sin llamar, acompañada de una diminuta señora enfundada en un sari de color rosa.

—Esta es la doctora Dahrhanahdahr —dijo la radisha—. Es mi médica de cabecera y es la mejor en su trabajo. Incluso sus colegas varones admiten que es ligeramente competente.

Explicué a la mujer lo que había estado padeciendo. Ella escuchó y asintió. Cuando hube acabado, me dijo:

—Tendréis que desvestiros. Creo saber de qué se trata, pero tengo que asegurarme.

La radisha fue hasta la puerta de la celda, utilizando su propia vestimenta para tapar la mirilla.

—Si vuestra modestia lo requiere, puedo darme la vuelta.

—¿Qué modestia? —dije desnudándome.

En realidad sí que me avergonzaba. No quería que me viera con tan mal aspecto.

La médico me examinó durante unos minutos.

—Lo que pensaba —dijo finalmente.

—¿De qué se trata?

—¿Es que no lo sabes?

—De haberlo sabido, habría hecho algo al respecto. No es que me guste estar enferma. —Al menos, desde la iniciación los sueños habían cesado. Al fin podría dormir.

—Pues aún deberéis estar así durante un tiempo —dijo con una mirada chispeante. Menuda actitud para un médico—. Estás embarazada.



Matasanos se colocó en un lugar en el que poder ser visto con facilidad desde la ciudad. Murgén se dispuso a su lado, empuñando el estandarte. Swan partió a bordo de un bote que la caballería había afanado en una de las orillas del río, al norte de las colinas.

—¿Crees que vendrá? —preguntó Murgén.

—Quizá no en persona. Pero alguien vendrá seguro. Querrá asegurarse, de una forma o de otra.

Murgén señaló a los soldados de las Tierras Sombrías que estaban dispuestos a lo largo de la línea de costa.

—¿Alguna idea?

—Aproximada. Mogaba y la Dama se disputan la Capitanía. Ella dio cuenta de Conjura Sombras, pero consideró que quizá no le convenía del todo informar a Mogaba. No supondrá un problema mientras siga recluido en Dejagore.

—Entiendo.

—Es increíble. Murgén, nunca antes había sucedido algo semejante. En todos los Anales no podrás encontrar referencia a riñas acerca de la sucesión. La mayoría de los Capitanes adopta el cargo como fue mi caso, gritando y pataleando.

—Pero la mayoría no tenía una misión sagrada; y no es el caso de Mogaba y la Dama.

—¿La Dama?

—Está decidida a hacer lo que sea necesario para ajustar cuentas con los Maestros de las Sombras, por tu muerte.

—No suena muy sensato, pero es propio de ella. Mirad, parece que Swan ya ha captado su atención. Tú tienes mejor vista que yo.

—Trae de vuelta a alguien de tez oscura que ha subido al bote. ¿Creéis a Mogaba con tanta capacidad de decisión?

—Es un enviado.

El nuevo pasajero de Swan era el lugarteniente de Mogaba, Sindawe; un oficial lo

suficientemente experto como para haber dirigido a toda una legión.

—Sindawe —lo reconoció Matasanos, saludándolo.

El hombre de tez oscura devolvió el saludo tímidamente.

—¿De veras sois vos?

—En carne y hueso.

—Pero... estabais muerto.

—Pues ya ves que no. Solo fue un cuento propagado por el enemigo. Es una larga historia. No creo que haya tiempo ahora. He oído que las cosas no van demasiado bien por allí.

* * *

Sindawe paseó con Matasanos, ocultándose de los ojos de la ciudad, hasta apoyarse sobre una roca.

—Estoy entre la espada y la pared. Debo tomar una decisión.

Con una mueca de dolor, Matasanos se acomodó a su lado. Había maltratado bastante su tobillo en su camino hacia el sur.

—Contadme.

—Debo mi palabra a Mogaba, como gran señor de los nar. Le debo obediencia. Pero ha enloquecido.

—Eso tengo entendido. ¿Qué ocurrió? Aun cuando no estaba de acuerdo con el modo en que hacía las cosas, era el soldado ideal.

—La ambición. Es presa de ella. Por ello alcanzó el puesto de gran señor. —Entre los nar, el liderazgo era determinado por una suerte de desafío atlético militar. Aquel que más destacaba en el conjunto de las pruebas físicas resultaba elegido comandante —. Se unió a vuestra expedición por consideraros débil; alguien que no dudaría demasiado con vida. No vio obstáculo aparente para reemplazaros, después de lo cual se convertiría en una de las estrellas inmortales presentes en las crónicas. Sigue siendo un buen soldado. Pero todo lo que hace lo hace pensando solo en sí mismo, no en el bien de la Compañía ni en el de su cometido.

—Casi todas las organizaciones tienen mecanismos para solucionar esa clase de problemas.

—Entre los nar, ese mecanismo consiste en un desafío. Un combate o una competición. Y no es lo más apropiado en este momento; sigue siendo el más fuerte, diestro y veloz de entre nosotros. Con vuestro permiso, sigue siendo también el mejor estratega.

—Nunca dije que yo fuera un genio. Acabé convertido en Capitán porque todos votaron por mí. No busqué serlo, aunque tampoco lo suficiente como para

doblegarme ante mis detractores. No pienso abdicar solo para que Mogaba pueda darse un baño de gloria.

—Mi conciencia no me permite añadir nada más. Y aun así, me siento un traidor. Él me envía porque desde pequeños hemos sido como hermanos. Soy el único hombre de confianza que le queda. No quiero hacerle daño. Pero él nos lo está haciendo a nosotros. Ha mancillado nuestro honor y nuestro juramento de guardianes.

La palabra «guardianes» en boca de Sindawe era un término nar que no tenía traducción exacta. Implicaba la obligación de defender a los débiles y no doblegarse frente al mal.

—He oído que intenta promover una cruzada religiosa.

Sindawe pareció avergonzado.

—Sí. Desde el principio, algunos se hicieron adeptos de la Madre Oscura. No fui consciente de que él era uno de ellos, aunque tuve que haberlo adivinado. Sus ancestros eran sacerdotes.

—¿Y qué piensa hacer ahora? No parece que le alegre mi regreso.

—Lo desconozco. Temo que pueda afirmar que no sois quien decís ser. Es posible que incluso os crea realmente una treta de los Maestros de las Sombras. Muchos hombres afirman haber visto cómo os daban muerte. Incluido vuestro portaestandarte.

—Muchos vieron cómo me acertaba una flecha. Si alguien hubiera interrogado algo más concienzudamente a Murgen, se hubiera sabido que estaba vivo cuando me dejó en el suelo.

—Sigo estando contra la espada y la pared —dijo Sindawe asintiendo.

Matasanos no quiso preguntar qué sucedería en caso de que decidiera eliminar a Mogaba. Pero los nar combatirían, Sindawe incluido. Aunque no era ese su estilo; no eliminaba a un hombre solo porque fuera una molestia.

—Cruzaré al otro lado y le haré frente. Veremos si me reconoce o no. Será interesante ver qué posición asumen los nar si opta por el amotinamiento.

—¿Se lo harás pagar?

—No lo mataría. Lo respeto. Es un gran soldado. Y quizá pueda continuar siéndolo. O quizá no. En cualquier caso, tendrá que ceder.

—Capitán, admiro vuestra sabiduría —dijo Sindawe con una sonrisa—. Iré a informarle. A él y a todos los demás. Rezo por que los dioses le hagan tener presentes sus juramentos y su deuda de honor.

—No hay tiempo que perder entonces. No quiero entretenerme con algo que no lo merece.

—¿Perdón?

—Posponer una tarea desagradable no es más que demorar un final que tiene que llegar. Marchad. Yo os seguiré.



Sombra Larga consultó a las sombras que había dejado en la celda con la mujer huida. Luego visitó al convaleciente Aullador.

—Necio. Atrapaste a la mujer equivocada.

Aullador no le respondió.

—Era la Atrapa Almas. —Era ella. Y estaba completa. ¿Cómo habría logrado hacer algo así?

Con una voz que era poco más que un susurro, Aullador le recordó:

—Vos me enviasteis allí. Vos insististeis en que Senjak estaba en Taglios.

¿Y que tenía eso que ver con los resultados?

—¿Es que no fuiste lo suficientemente sensato como para saber que estábamos siendo engañados?

Una sombra de desprecio, apenas disimulada, surcó el rostro de Aullador. No discutiría. No tenía sentido. Sombra Larga nunca se equivocaba. Fueran los males que fueran los que le aquejasen, la culpa siempre la tenía otro.

Tras la rabieta, Sombra Larga se quedó frío como el hielo.

—Error o no, culpa o no, lo cierto es que nos hemos granjeado un enemigo. No tolerará haber sido tratada así. Hasta el momento, solo había estado jugando con su hermana. Pero ahora los juegos van a acabarse.

A Aullador se le escapó una sonrisa. Él y Atrapa Almas no se profesaban gran cariño.

—Se marchó caminando —dijo carraspeando.

Sombra Larga resopló.

—Así es. Está en mi territorio. Y a pie. —Empezó a caminar por la estancia—. Sabrá ocultarse de mis ojos de sombras. Pero al mismo tiempo, tendrá que vigilar por su cuenta. No deberé buscarla a ella, sino a sus espías. Sus cuervos me conducirán hasta ella. Luego pondré a prueba nuestras fuerzas.

Aullador captó un tono de osadía en la voz de Sombra Larga. Intentaría algo arriesgado.

Las catástrofes sufridas por Aullador habían acabado con su apetencia por la osadía. Se decantaba más por la seguridad y la calma. Era por eso por lo que había elegido erigir su propio imperio en las ciénagas. Eso le bastaba. No tenían nada que nadie codiciara. Sin embargo, había acabado sucumbiendo a la seducción de los emisarios de Sombra Larga cuando estos lo habían visitado. Y eso lo había llevado a la situación en la que ahora se encontraba, convaleciente, después de haber estado al borde de la muerte, habiendo sobrevivido solo porque Sombra Larga aún lo consideraba útil. No estaba de humor para volver a asumir riesgos. Regresaría gustoso a sus manglares y cenagales. Pero hasta que encontrara la forma de huir, tendría que fingir interés por las tramas de Sombra Larga.

—Nada peligroso —dijo.

—En absoluto —mintió Sombra Larga—. En cuanto averigüe su ubicación, lo demás será pan comido.



No fueron muchos los voluntarios para cruzar el lago con Matasanos. Aceptó a Swan y Sindhu, diciendo a Hoja y Mather: «vosotros tenéis mucho que hacer aquí».

Los tres subieron al bote y Matasanos se puso a remar, pues los demás no sabían cómo hacerlo. Sindhu se puso a popa, Swan a proa. Matasanos no veía sensato tener a aquel tipo rechoncho a su espalda. No se sentía a gusto. Ese hombre tenía un aire siniestro y no actuaba de manera amistosa. Dejaría pasar el tiempo mientras planeaba algo. Pero no quería estar mirando para el lado equivocado cuando saltara la chispa.

A medio camino, Swan dijo:

—¿Vais en serio vos y la Dama? —Había elegido el roseano, el dialecto de su juventud. Matasanos lo hablaba, aunque hacía años que no lo había empleado.

—Lo es por mi parte, aunque no puedo hablar por ella. ¿Por qué lo preguntáis?

—No quiero meter la mano donde me la puedan morder.

—Yo no muerdo. Y tampoco le digo a ella cómo actuar.

—Claro. Tendré que bajar de la nube. Imagino que olvidará siquiera que existo en cuanto sepa que vos aún estáis vivo.

Matasanos sonrió complacido.

—¿Qué puedes decirme de ese tocón humano que tenemos a nuestra espalda? No acaba de gustarme.

Swan siguió hablando durante el resto del trayecto, dando grandes rodeos y circunloquios para evitar términos no roseanos, que pudiera reconocer Sindhu.

—Es peor de lo que imaginaba —dijo Matasanos mientras el bote alcanzaba el muro de la ciudad, a la altura donde parte del mismo se había derrumbado dejando un hueco, como un dedo que asomara en el lago. Swan lanzó las amarras a un soldado tagliano que, por su aspecto, se diría que llevaba una semana sin probar bocado. Fue el primero en dejar la embarcación, lo siguió Matasanos, y a éste Sindhu. Matasanos comprobó que el primero se situaba de forma que pudiera mantener vigilado a Sindhu. El soldado fijó las amarras, haciendo una señal. Los tres lo siguieron.

Los condujo a lo alto del muro oeste, muy extenso, que estaba intacto. Matasanos contempló la ciudad. No se parecía en nada al lugar que recordaba. Se había convertido en una docena de islotes, con uno especialmente grande en su corazón: la ciudadela, donde habían dado cuenta de Sombra de Tormenta y Cambiaformas. De las islas más próximas surgieron espectadores. Reconoció algunas caras y saludó con la mano.

Los supervivientes no nar que Matasanos había traído consigo a Taglios empezaron a proferir vítores, con un sonido entrecortado al principio, pero en un rumor que empezó a propagarse rápidamente. Las tropas taglianas entonaron su saludo al Libertador.

—Parece que se alegran de veros —dijo Swan.

—Por el aspecto de este sitio, creo que se alegrarían de ver a cualquiera que pudiera sacarlos de aquí.

Las calles se habían convertido en profundos canales. Los supervivientes al desastre se habían adaptado a la situación construyendo balsas. Sin embargo, Matasanos dudaba que pudiera servir para trasladarlos más allá de una distancia mínima. Los canales estaban atestados de cadáveres. El hedor a muerte era abrumador. La ciudad era assolada por plagas y demencia, y no había lugar en que hacinar los cuerpos.

Mogaba y los nar aparecieron caminando por la curva del muro, enfundados en sus mejores galas.

—Allá vamos —dijo Matasanos. Los vítores continuaban. Una balsa, a punto de hundirse bajo el peso de antiguos camaradas, empezó a abrirse paso hacia la muralla.

Mogaba se detuvo a poco más de diez metros. Se quedó contemplando a Matasanos con una mirada gélida.

—¿Sabes alguna plegaria, Swan? —Matasanos avanzó en dirección al hombre que tan miserablemente ansiaba ocupar su puesto. Se preguntaba si tendría que hacer una jugada parecida con la Dama. Suponiendo que sobreviviera a aquel encuentro.

Mogaba reanudó también su marcha, paso a paso. Se detuvieron cuando apenas los separaba ya un metro.

—Habéis logrado maravillas desde la nada —dijo Matasanos, apoyando su mano derecha sobre el hombro izquierdo de su interlocutor.

Un repentino silencio se apoderó de la ciudad. Diez mil miradas, de nativos y soldados por igual, se clavaron en el encuentro, conscientes de lo clave que resultaría la respuesta de Mogaba a aquel gesto de camaradería.

Matasanos aguardó inquieto. En una situación como aquella, casi cualquier palabra podía significar decir demasiado. No había nada que discutir o explicar. Todo dependía de cómo reaccionase Mogaba. Si respondía a su gesto con otro parecido, todo iría bien. Pero si no...

Ambos sostuvieron la mirada el uno del otro. Mogaba estaba furibundo. No lo dejaba entrever en su semblante, pero Matasanos podía sentir cómo se debatía en su interior: su ambición enfrentada a toda una vida de adiestramiento, y también a la voluntad evidente de los soldados. Sus vítores dejaban claros sus sentimientos.

Mogaba seguía debatiéndose. Por dos veces levantó su mano derecha, y otras dos veces la dejó caer. En dos ocasiones abrió la boca para hablar, pero otras tantas veces se mordió la lengua, reprimiendo su ambición.

Matasanos bajó la vista el tiempo suficiente para observar a su confidente nar. Intentó transmitirle una llamada de auxilio hacia su jefe.

Sindawe captó la idea. Combatió a su propia conciencia durante unos momentos, y entonces se puso a caminar. Superó a Matasanos y a Mogaba, se unió a los antiguos miembros de la Compañía que estaban a la espalda de Matasanos. Uno a uno, una docena de nar lo imitó.

Mogaba hizo ademán de levantar su mano una tercera vez. Todos contuvieron el aliento. Finalmente, con la mirada perdida en sus pies, dijo:

—No puedo, Capitán. Siento una sombra en mi interior. No puedo. Matadme.

—Y yo no puedo hacer lo que me pides. Prometí a tus hombres que no te haría daño, fuera cual fuera tu elección.

—Capitán, acabad conmigo. Antes de que lo que tenga en mi interior* no sea más que puro odio.

—Aun cuando no hubiera dado mi palabra, no podría hacer algo así.

—Nunca os entenderé —dijo Mogaba, dejando caer por fin su brazo—. Tenéis el coraje de venir hasta aquí a encontraros conmigo, sabiendo que bien podría intentar mataros. Pero sois incapaces de asumir el coste que tendría acabar conmigo.

—No podría sofocar la luz que veo en tu interior. Quizá pueda convertirse en luz de grandeza.

—Capitán, no es ninguna luz. Es un viento salido de la nada, nacido entre tinieblas. Por el bien de ambos ojalá esté equivocado, pero temo que podáis arrepentiros de vuestra clemencia algún día. —Mogaba dio entonces un paso atrás. En ese momento fue Matasanos el que dejó caer su brazo. Todos los presentes suspiraron aliviados, aunque en su interior no albergaban demasiadas esperanzas para un buen desenlace para aquello que habían presenciado. Mogaba los saludó, se giró y partió seguido de tres nar que no habían seguido el ejemplo de Sindawe.

—¡Ey! —gritó Swan un instante después—. ¡Esos malditos están robando nuestro bote!

—Déjalos marchar. —Matasanos se encontró con amigos que llevaba meses sin ver—. En palabras del Libro de Cloete: «En aquellos días la Compañía estaba al servicio de los Syndarchs de Dai Khomena, y se hizo con la ciudad...» —dijo. Sus amigos le sonrieron y rugieron en señal de aprobación. Matasanos les devolvió otra

sonrisa—. ¡Vamos! Hay trabajo que hacer. Una ciudad entera espera ser evacuada. Manos a la obra.

Mientras hablaba, no dejaba de mirar con el rabillo del ojo al bote que surcaba el lago, por un lado, y por el otro a Sindhu.

Qué bien sentaba estar de vuelta.

* * *

Y así fue como la verdadera Compañía acabó imponiéndose y haciéndose finalmente con Dejagore.



Aullador estaba aposentado en lo alto de un taburete alto, lejos de Sombra Larga y de sus preparativos. Le asombraba la colección de cachivaches mágicos y místicos que había logrado reunir Sombra Larga en una sola generación. No habían sido nada abundantes bajo el yugo de la Dama, y desde luego del todo ausentes bajo el mandato precedente de su marido. No habían permitido que nadie se desligara de su caudillaje. Ahora, años después, casi la única posesión de la que disfrutaba Aullador era su libertad. No tenía muchas necesidades.

No se podía decir lo mismo de Sombra Larga. Quería poseer, al menos, una cosa de cada. Codiciaba el mundo entero.

No había gran cosa en la colección de Sombra Larga que fuera de utilidad en aquellos momentos. Aullador sospechaba que en realidad difícilmente lo sería también en el futuro. La mayoría eran cosas recopiladas por el simple afán de que ningún otro pudiera poseerlas. Así era como razonaba Sombra Larga.

La estancia estaba bien iluminada, en parte debido a que al otro lado de los muros de cristal se aproximaba el mediodía, y en parte también porque Sombra Larga había reunido un buen puñado de fuentes de luz en la habitación, sin que dos de estas emplearan el mismo tipo de combustible. Nunca eran pocas las precauciones contra una posible emboscada de las sombras.

Nunca lo admitía, pero vivía aterrorizado.

Sombra Larga estudió la altura del sol.

—Ya es casi mediodía. Hay que ponerse en marcha.

—¿Por qué justo ahora?

—Se muestran menos activas bajo el sol del mediodía.

—Vaya. —Aullador no estaba de acuerdo con sus planes. Sombra Larga tramaba atrapar a una de las más grandes y hambrientas sombras, con el fin de adiestrarla y enviarla tras Atrapa Almas. Para Aullador, aquel plan era una estupidez. Lo consideraba innecesario y demasiado atrevido. Sabían dónde estaba ella. Parecía más sensato atacarla con más soldados de a los que nunca pudiera hacer frente. Pero a

Sombra Larga le gustaba el melodrama.

Aquel plan era demasiado arriesgado. Quizá acabara liberando una criatura que nadie en ese mundo podría controlar. No quería tomar parte en aquella trama pero, como siempre, Sombra Larga no le dejaba otra alternativa. Era un maestro en ese arte.

Varios cientos de hombres ascendieron por el viejo sendero, hacia la llanura, arrastrando una vagoneta cerrada de color negro, un vehículo que normalmente era llevado por elefantes. Sin embargo, no había animal que quisiera acercarse a las trampas para sombras, por mucho que fuera azotado. Solo el temor que los hombres de Sombra Larga sentían hacia su jefe superaba al terror de no saber lo que podrían encontrarse allí arriba. Sombra Larga era el mayor diablo al que temían.

Los hombres colocaron la vagoneta con la espalda hacia la mayor de todas las trampas.

—Ya empieza —dijo Sombra Larga riendo tontamente—. Y esta noche, en la hora bruja, tu vieja camarada dejará de ser una amenaza para nadie.

Aullador, por su parte, no era tan optimista.



Atrapa Almas descansaba en una explanada, disfrazada de tocón. A su alrededor revoloteaban cuervos, cuyas sombras recorrían los restos de un campo de trigo. En la distancia se avistaba una ciudad desconocida.

El trago Cara de Sapo se materializó ante su jefa.

—Traman algo —informó.

—Eso lo supe desde que comenzaron a repeler a los cuervos. Lo que necesito saber es qué.

Con una sonrisa malévola, el trago describió lo que había visto.

—O bien se les ha pasado tu posible presencia, o bien cuentan con ella para que me informes erróneamente. —Entonces se puso camino hacia la ciudad—. Claro que, si hubieran querido suministrarme alguna información incorrecta, la habrían transmitido también a los cuervos. ¿No crees?

El trago no respondió, pues ella no esperaba que lo hiciera.

—¿Y por qué hacer algo así a la luz del día?

—A Sombra Larga le aterroriza lo que podría llegar a liberar si intentara algo así durante la noche —dijo Cara de Sapo.

—Claro, entiendo. Pero no se moverán hasta el anochecer. Querrán liberarla en plenas facultades.

Cara de Sapo murmuró algo respecto a lo mucho que tenía que hacer para ganarse la libertad.

Atrapa Almas rió con la risa propia de una niña pequeña.

—Creo que esta misma noche habrás saldado cuentas conmigo. Eso si eres capaz de generar una ilusión creíble de mi persona.

—¿Cómo?

—Antes vayamos a echar un vistazo a esa ciudad de allá. ¿Cómo dices que se llama?

—Dhar. Nuevo Dhar, en realidad. El viejo Dhar fue arrasado por los Maestros de las Sombras, debido a la fuerte oposición que presentaron a su primera conquista de

este territorio.

—Suenan interesante. ¿Y qué opinan ahora de los Maestros de las Sombras?

—No mucho.

—Se presenta entonces una nueva generación. Creo que vamos a pasarlo bien.

* * *

Al hacerse la noche, la enorme plaza pública céntrica de Nuevo Dhar estaba inusualmente vacía y silenciosa, excepto por un grupo de cuervos que revoloteaba y graznaba. Todo el que se acercaba sentía escalofríos y era llevado por el pavor, hasta decidir regresar en otro momento.

Al borde de la fuente que presidía la plaza estaba sentada una mujer, jugueteando con los dedos en la superficie del agua. A su alrededor se agolpaban los cuervos. En las sombras, a la entrada de la plaza, había otra figura agazapada, observando. Por su aspecto se diría que fuera una vieja bruja retorcida, resguardada contra un muro, con los harapos en los que estaba enfundada apretados para resguardarse del frío de la noche. Ambas mujeres parecían poder mantener su posición indefinidamente.

Eran pacientes.

Y la paciencia suele ser recompensada.

La sombra acudió por fin a medianoche; una criatura terrible y enorme, un espantoso coloso de la oscuridad cuya presencia podía sentirse desde kilómetros de distancia. Incluso Nuevo Dhar, una ciudad carente de todo talento, podía sentirla. Se escucharon los llantos de los niños. Sus madres los hicieron callar. Los padres atrancaron puertas y buscaron lugares en los que ocultar a sus hijos y esposas.

La sombra entró rugiente en la ciudad y se deslizó hacia la plaza. Los cuervos, nerviosos, revolotearon, describiendo vuelos rasantes por toda su extensión. La criatura se zambulló directa hacia la mujer en la fuente, implacable y despiadada.

La mujer se carcajeó, y se desvaneció justo cuando la bestia se arrojaba sobre ella.

Los cuervos se bufaron.

La risa de la mujer se escuchó entonces al otro extremo de la plaza.

La sombra volvió a abalanzarse, atacando. Pero de nuevo la mujer desapareció, y su risa resonó de nuevo a su espalda.

Cara de Sapo, aparentando ser la Atrapa Almas, hizo recorrer la ciudad a la sombra durante más de una hora, dirigiéndola hacia lugares en los que causaría destrucción, mataría y sería reconocida, lugares en los que el odio pudiera brotar y perdurar. La sombra era incansable y persistente, pero no demasiado lista. Se limitaba a seguir atacando, ignorante al efecto que sus ataques pudieran tener sobre la

población, que aguardaba el fin de aquella contienda.

La arpía del borde de la plaza se alzó lentamente, se encaminó renqueante hasta llegar al palacio del gobernador local de Sombra Larga, y pasó junto a soldados y centinelas aparentemente ciegos a su presencia. Bajó cojeando hasta alcanzar la cámara acorazada en la que el gobernador guardaba los codiciados tesoros arrebatados al pueblo sobre el que regía, y abrió una gruesa puerta que solo este debía poder abrir. Una vez dentro, dejó de ser la vieja arpía para tomar la forma de la Atrapa Almas, feliz como un niño risueño.

Había estado estudiando cuidadosamente la sombra mientras Cara de Sapo la esquivaba. La criatura, a diferencia de Cara de Sapo, tenía que recorrer la distancia que separaba dos puntos para ir de uno a otro. Su servidor podría seguir así todo el tiempo que fuera necesario, siempre que se mantuviera alerta.

Y, en su vigilancia, había averiguado la manera de hacer frente a su adversario.

Atrapa Almas estuvo una hora preparando la cámara para que pudiera contener a la sombra en su interior, y otra más disponiendo una serie de conjuros menores que pudieran distraerla de modo que, una vez fuesen activados, la criatura olvidase el motivo que la había llevado hasta Nuevo Dhar.

Por fin abandonó la cámara, cerró la puerta hasta dejar solo una rendija y dispuso una ilusión que la hizo aparentar ser uno de los soldados del gobernador. Entonces envió una señal mental a Cara de Sapo.

El trasgo se presentó dando brincos. Parecía divertirse, conduciendo a su cazador hasta la trampa. Atrapa Almas empujó la puerta a su paso, cerrándola y sellándola. Cara de Sapo apareció de la nada a su lado, sonriente.

—Casi puedo decir que fue divertido. Si no tuviera cosas que hacer en mi propio mundo, casi hubiera querido seguir aquí otros cien años. Contigo uno nunca se aburre.

—¿Es una indirecta?

—Puedes apostar que sí, belleza. Voy a echarte de menos. Y al Capitán, y a sus amigos. Quizá vuelva alguna vez a haceros una visita. Ah, pero tengo tanto que hacer...

Atrapa Almas dejó escapar su risa tonta de niña.

—De acuerdo. Te quedarás conmigo hasta que deje la ciudad. Entonces serás libre de marchar. ¡Guau! ¡Apuesto a que este lugar saltará por los aires! Ojalá pudiera ver la cara de Sombra Larga cuando se entere —dijo carcajeando—. No es ni la mitad de astuto de lo que se piensa. ¿No tendrás algún amigo en tu hogar que quiera trabajar para mí, verdad?

—Quizá uno o dos lo bastante imprudentes. Estaré ojo avizor.

Y juntos echaron a andar, riendo, como niños que hubieran hecho alguna trastada.



Embarazada.

Estaba claro. Todo había encajado en el preciso instante en el que la médico había pronunciado esa palabra. Todo tenía sentido. Y al mismo tiempo, carecía de él.

Una sola vez. Una noche. Nunca había pensado que pudiera sucederme a mí. Y aquí estoy, hinchada como un sapo, apoltronada en mi fortaleza al sur de Taglios, redactando estos Anales, viendo la lluvia caer (y hacen ya cinco meses), deseando poder dormir boca abajo o al menos de lado, o poder dejar de caminar como un pato.

La radisha me había provisto de toda una tropa de doncellas. A ellas les resultaba divertida. Acababa de regresar de mis intentos por enseñarles a sus hombres las mínimas nociones de milicia, y ahora les daba la oportunidad de señalarme y poder decir que era por esto por lo que las mujeres no son generalas y toda esa ristra de tópicos; no es fácil mostrarse ágil cuando la barriga no te deja verte los pies.

Desde luego, el niño es una criaturita muy activa. Por los saltos que da, quizá esté entrenando para corredor de fondo o para campeón de lucha libre.

Creo que he sido bastante oportuna; ya casi he olvidado todo lo que he registrado, tras escribirlo. Si, como la médico prometió, todos mis temores y dudas no son nada y sobrevivo a esto, aún tendré cinco o seis semanas para volver a ponerme en forma antes de que el caudal del río vuelva a bajar y comience una nueva temporada de campañas.

Recibo cada poco tiempo mensajes de Matasanos, en Dejagore, que superan el río arrojados por catapultas. Todo es calma allí. Anhela mi presencia. Y yo la suya. Eso lo haría todo más fácil. Sé bien que el día que el caudal del Principal haya bajado lo suficiente para poder cruzarse, él estará en la orilla norte y yo allí, al sur.

Desde hace unos días estoy bastante optimista, y pienso que ni siquiera mi hermana podrá echarlo todo a perder. Debe de estar al día de todo lo sucedido. Sus cuervos han estado observando. No se lo he impedido, con la esperanza de que eso haga que se calme.

Aquí viene Martinete, de vuelta de su baño. Cuanto más se acerca la fecha, más nervioso está. Es como un crío.

Creo que le aterra que pueda sucederme lo mismo que les pasó a su esposa y su hijo. Se ha vuelto algo extraño, casi parece angustiado. Algo lo tiene muy asustado. Hasta el vuelo de una mosca lo hace saltar. Escudriña cada rincón y sombra cada vez que entra en una habitación.



Martinete había hecho bien en estar asustado. Había aprendido una lección que nunca habría querido conocer. Sabía algo que no debía saber.

Martinete está muerto.

Murió combatiendo a sus hermanos Estranguladores, cuando estos vinieron a arrebatarme a mi hija.

De Narayan puede decirse que también es hombre muerto. Estará rondando ahí fuera, luciendo esa sonrisilla suya. Pero esta vez no le durará mucho. Lo encontrarán; si no lo hacen los soldados que andan en busca de hombres con marcas indelebles en sus palmas, lo haré yo. No tiene ni idea de hasta qué punto he recuperado mis poderes. Lo encontraré y se convertirá en un santo Estrangulador mucho antes de lo que hubiera deseado.

Debería haber sido más cuidadosa. Era consciente de que tenía sus propios planes. Llevo toda la vida rodeada de traidores. Pero nunca, por nada del mundo, habría podido ocurrírseme que, desde el principio, lo que le interesaba a él y los compinches que estaban por encima de él no era yo, sino el hijo que se estaba gestando en mi seno. Qué gran actor.

Ese bastardo con su sonrisilla. Era un auténtico Impostor.

Cuando vinieron a por su Hija de la Noche, ni siquiera había tenido tiempo para elegir un nombre.

Debí haberlo sospechado cuando los sueños desaparecieron tan de repente, al pasar aquella ceremonia. No fui yo ya la consagrada allí. No fui yo la que cambió. Yo no pude ser marcada tan fácilmente.

Martinete no era más que un pañoleta amarilla, pero supo de sus planes. Mató a cuatro de ellos. Y luego, según la doncella, el propio Narayan lo asesinó. Llegado ese punto, Narayan y su banda se abrieron paso fuera de la fortaleza. Y en todo ese tiempo, yo había permanecido inconsciente.

Narayan me las pagará. Le arrancaré el corazón y lo usaré para asfixiar a su diosa. No saben la furia que han desatado. He recuperado mi poder. Les haré pagar. A

Sombra Larga, a mi hermana, a los Impostores y a la propia Kina si se interpone en mi camino.

Se les va a venir encima su tan querido Año de los Cráneos.

Aquí pongo fin al Libro de la Dama.

Enviado: En las profundidades

El viento barre sin descanso la llanura de roca. Susurra sobre el empedrado de color gris pálido que se extiende hasta el horizonte. Canturrea al cruzar las columnas. Arrastra polvo y hoja traídos desde lejos y revuelve la larga cabellera negra de un cadáver que ha estado yaciendo imperturbable desde generaciones, completamente seco. Juguetón, el aire lanza una hoja al interior de la boca del cadáver, que grita en silencio; enseguida vuelve a tirar de ella.

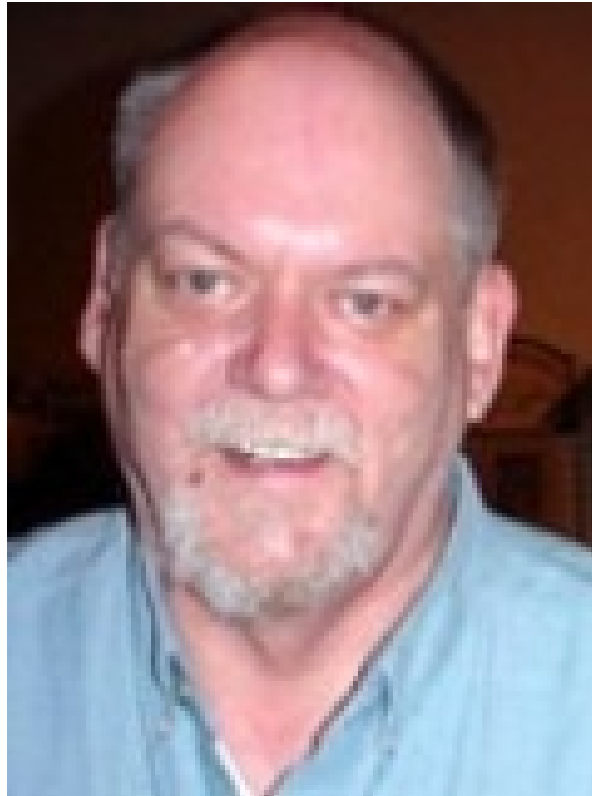
Se diría que las columnas son el único vestigio de una antigua ciudad. Pero no es así. Están demasiado separadas entre sí y su disposición es también demasiado aleatoria. Ninguna está caída o resquebrajada, aunque los años y años de polvo arrastrado por el viento sí han acabado medio enterrando algunas.

Otras, en cambio, parecen casi nuevas. Con menos de un siglo encima.

Al amanecer, y también a la puesta del sol, fragmentos de esas columnas captan la luz, brillando doradas. Durante unos pocos minutos cada día, en su superficie relucen con fuerza áureas figuras.

Ser recordado es, en cierto modo, ser inmortal.

A la noche, los vientos cesan y el silencio se adueña del lugar en que la piedra reluce.



GLEN COOK. (nacido el 9 de julio de 1944) es un escritor contemporáneo estadounidense de ciencia ficción y fantasía, conocido sobre todo por su saga de fantasía, La Compañía Negra. Cook reside en la actualidad en San Luis, Misuri.

El amor de Glen Cook por la escritura comenzó en la escuela y ya en el instituto escribía artículos ocasionales para el periódico escolar. Tras terminar el instituto, Cook pasó algún tiempo en la marina para, posteriormente, ingresar en la universidad, lo que le dejó escaso tiempo para la escritura. Cook comenzó a escribir de manera seria mientras trabajaba para General Motors en una planta de ensamblado de automóviles, desempeñando un trabajo que era «difícil de aprender, pero sin apenas esfuerzo mental» y alcanzando cifras de hasta tres libros escritos al año.

Cook también es bastante conocido por su saga sobre Garrett P.I. que cuenta las peripecias del duro detective Garret, y la saga Dread Empire, buena muestra de los primeros trabajos publicados de Cook.

Actualmente Cook está retirado de su puesto en GM y vive con su esposa, Carol, y sus hijos (Justin, Chris y Mike) en San Luis. Aunque ahora puede dedicarse a tiempo completo a su carrera de escritor, piensa que era más productivo mientras ocupaba su antiguo puesto.